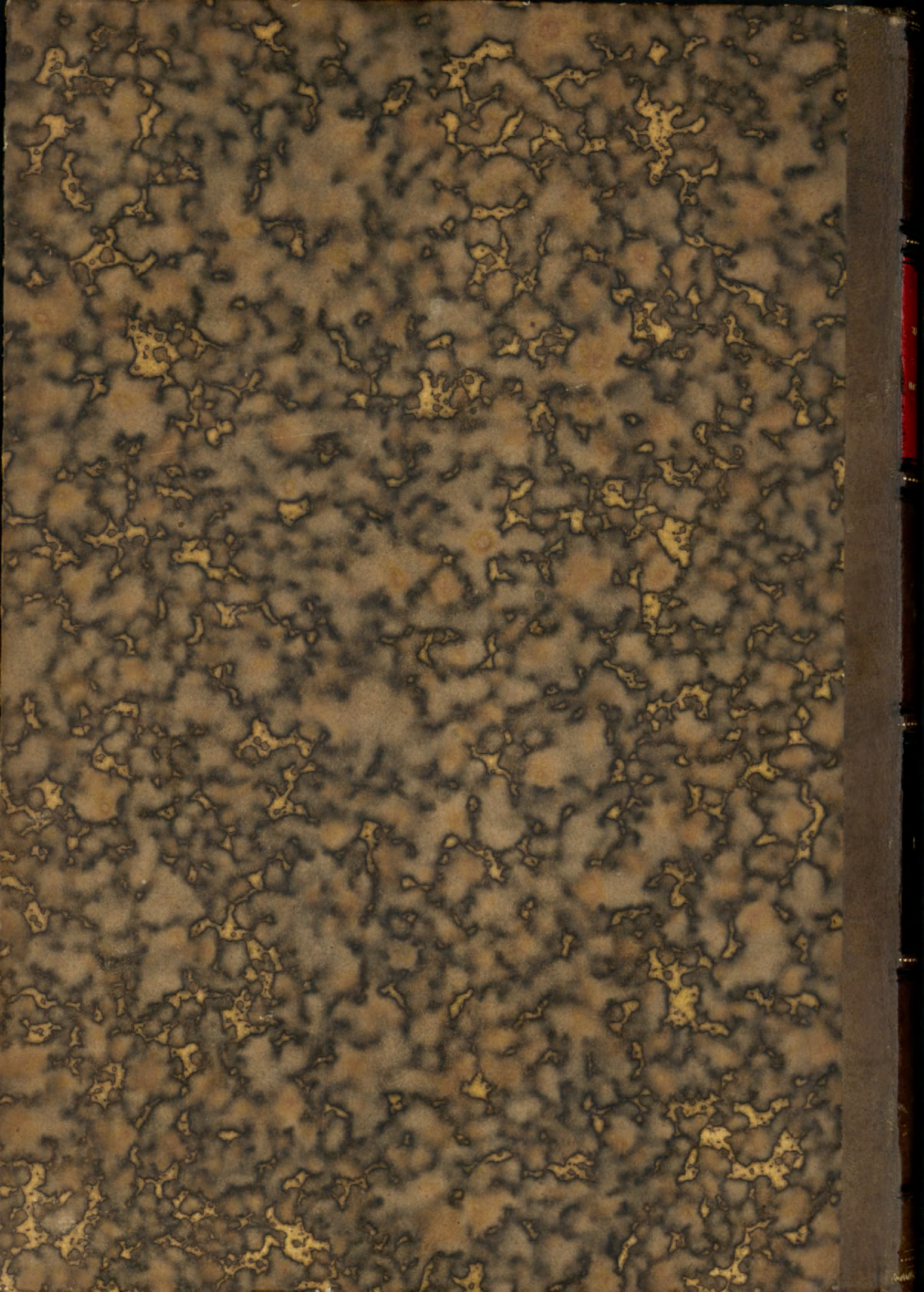
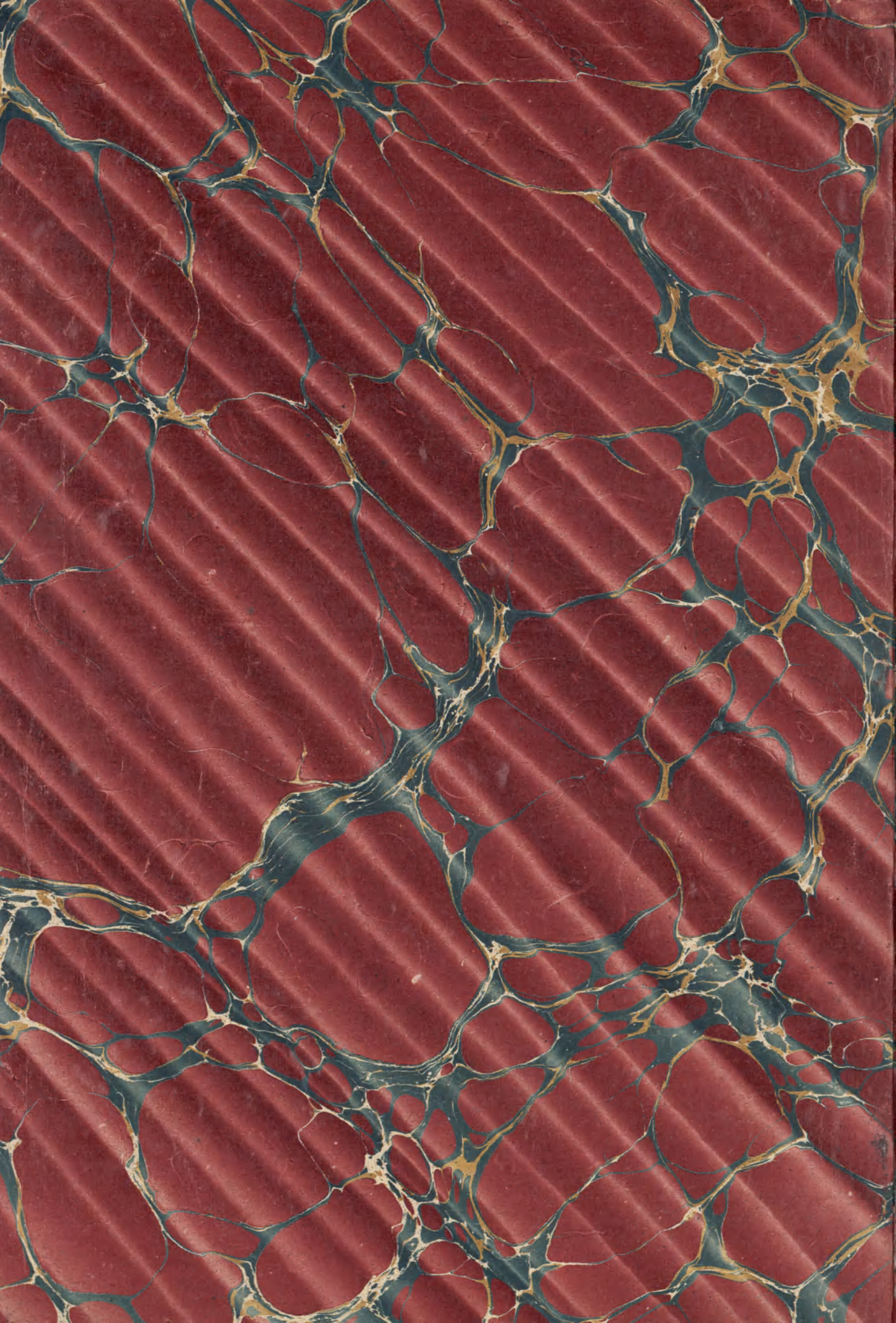


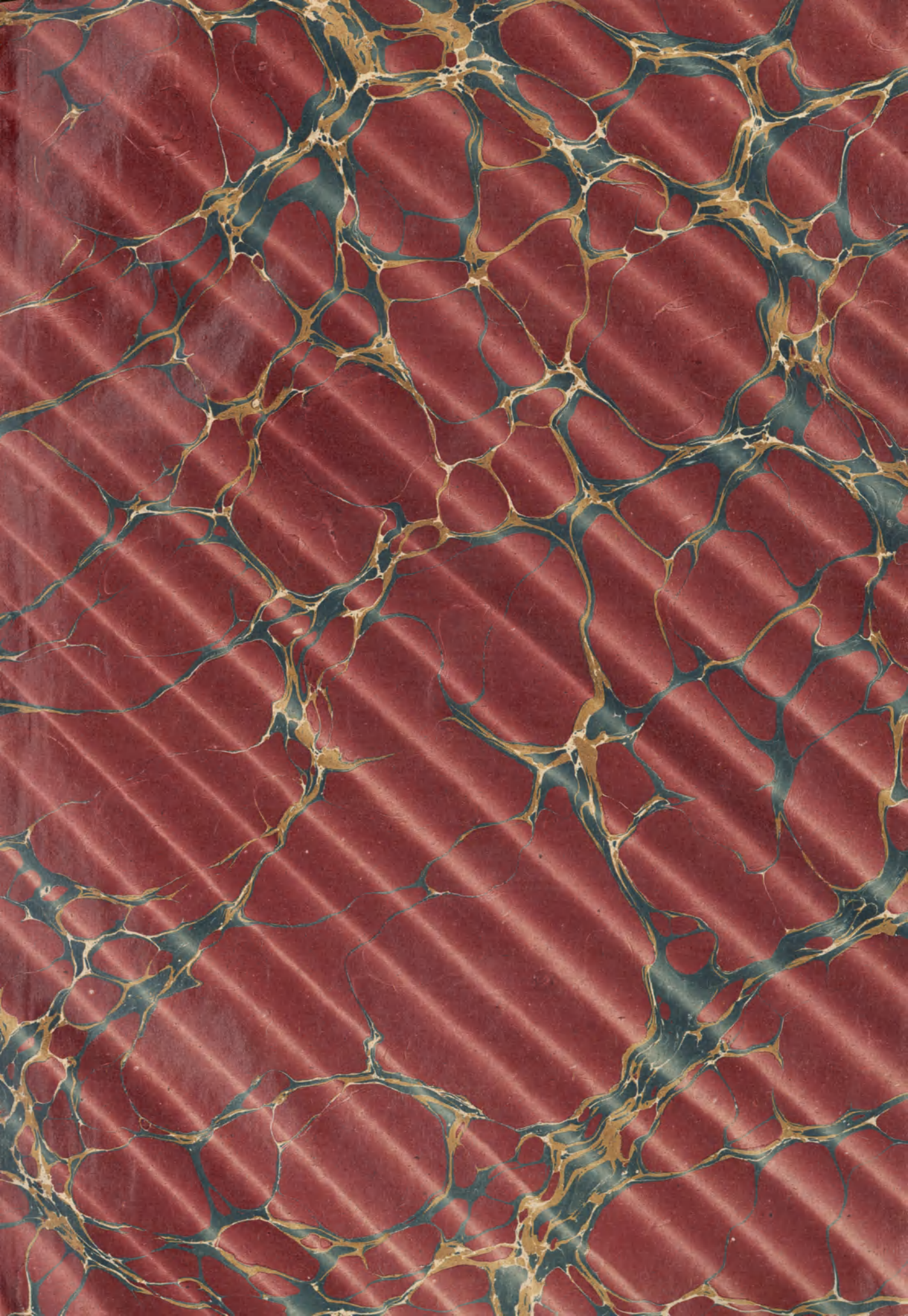
ALMANAQUE
DE LA
ILUSTRACION

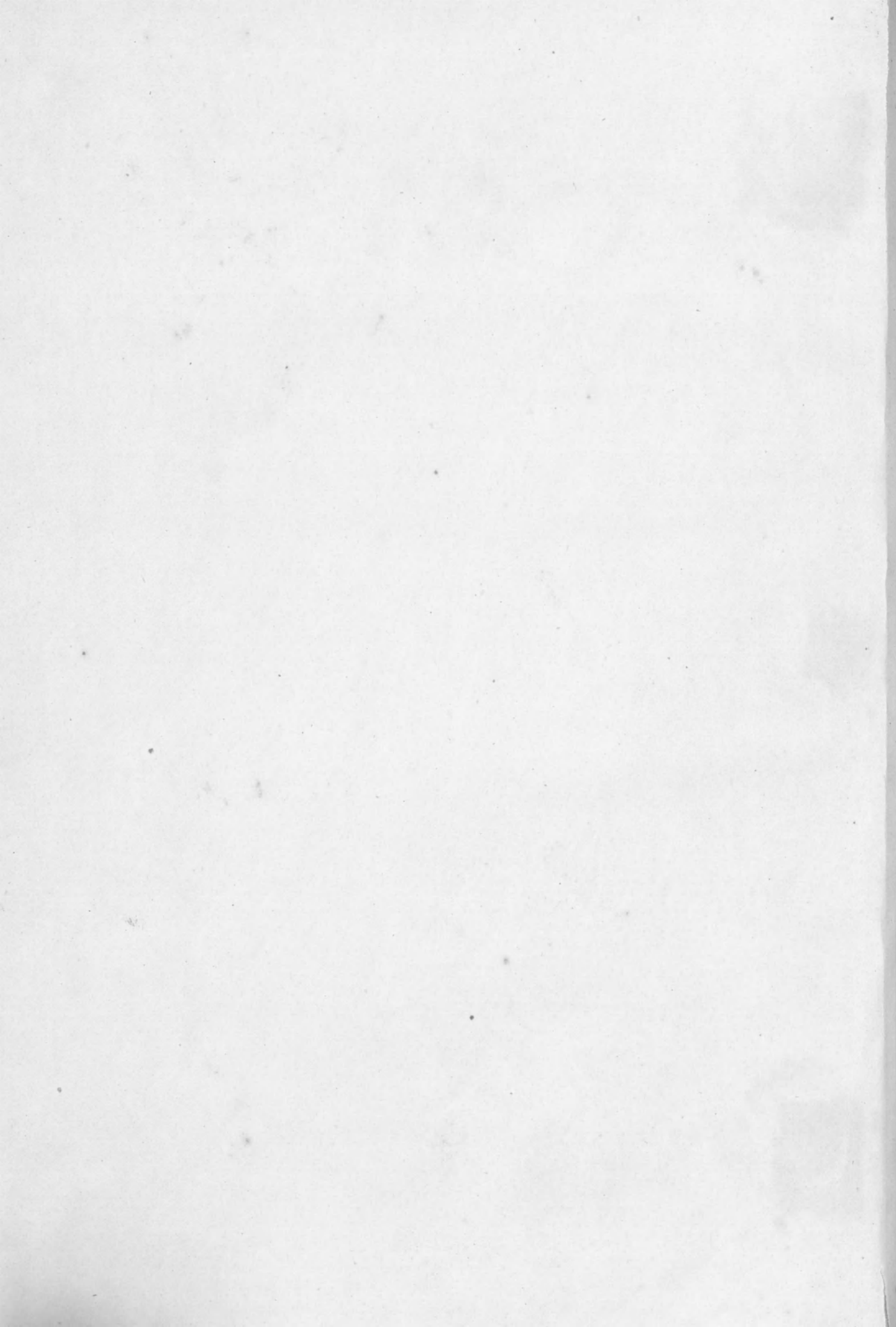
1883

W. B. BAKER









Libreña Rodríguez
12000 pes

12.000

T. 170



R.2060

ALMANAQUE
 DE
LA ILUSTRACION
 PARA EL AÑO DE
1883

ESCRITO POR LOS SEÑORES

ALAS (D. Leopoldo, «Clarín»), ATIENZA Y MEDRANO (D. Antonio), BUSTILLO (D. Eduardo),
 CASTELAR (D. Emilio), FERNANDEZ BREMON (D. José),
 FERNANDEZ SHAW (D. Carlos), GARCÍA CADENA (D. Peregrin), GÜELL Y RENTÉ (D. José),
 ILLESCAS (El Barón de), LANDERER (D. José J.), MADRAZO (D. Pedro de), MENENDEZ PELAYO (D. Marcelino),
 NAVARRETE (D. Ramon de), NUÑEZ DE ARCE (D. Gaspar), PALACIO (D. Eduardo de),
 PALACIO VALDÉS (D. Armando), RODRIGUEZ MOURELO (D. José),
 SBARBI (D. José María), SEPÚLVEDA (D. Ricardo), SUAREZ (D. Pedro de A.), TRUEBA (D. Antonio de),
 VALMAR (El Marqués de), VELARDE (D. José), y VIDART (D. Luis).

 AÑO X.

26 FEB 2001



MADRID,
 ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LOS SUCESORES DE RIVADENEYRA,
 IMPRESORES DE LA REAL CASA,
 Paseo de San Vicente, núm. 20.

1882.

LA ACCIÓN

1888

Es propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA ACCIÓN



MADRID

IMPRESION EN LA OFICINA DE LA ACCION
CALLE DE LA ACCION, 10
TEL. 100

1888

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

	Págs.		Págs.
PRELIMINARES: por D. Pedro A. Suarez.	5	A la poesía, por el Excmo. Sr. D. José Ghell y Renté.	86
Año Astronómico, por D. N. N.	5	El Hombre de los patibulos (A la señora D. ^a Concepcion Arenal), por D. Armando Palacio Valdés.	88
Santoral, por D. Pedro de A. Suarez.	6	Amor idealista. — Amor naturalista, por el Excmo. Sr. Marqués de Valmar, individuo de número de la R. A. Española.	93
Páginas para un libro pensado y no escrito, por el Excmo. Sr. D. Pedro de Medraza, individuo de número de la R. A. Española.	11	Los Mundos habitables, por D. José J. Landerer.	96
Las Bellas Artes: necesidad de una nueva clasificación, por D. Antonio de Atienza y Medrano.	22	Garcí-Lasso de la Vega (Estudio sobre su vida y sus obras poéticas), por D. Luis Vidart.	103
Tipos del teatro, por D. Eduardo Bustillo.	24	Mirando al cielo; poesía, por D. Ricardo Sepúlveda.	112
Los Escenarios históricos, por el Excmo. Sr. D. Emilio Castelar, indivi- duo de número de la R. A. Española.	44	El Protector (Recuerdos de un provinciano), por D. José Fernandez Bremon.	113
Lengua-larga; cuento popular recogido en Vizcaya, por D. Antonio de Trueba.	52	En la Rábida; poesía, por D. Francisco Pérez Echevarría.	118
Darwin, por D. José Rodríguez Moureló.	56	Dos Historias en una; poesía, por D. Carlos Fernandez Shaw.	121
En visita, por D. Eduardo Palacio.	62	La Revancha de un buen Juan, por D. Peregrín García Cadena.	125
Un Documento (novela), por D. Leopoldo Alas (<i>Clarín</i>).	66	La Odalisca; poesía, por D. José Velarde.	138
Hernán el Lobo (canto I de un poema), por el Excmo. Sr. D. Gaspar Nuñez de Arce, individuo de número de la R. A. Española.	74	Nueva primavera; poesía, por el Excmo. Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, individuo de número de la R. A. Española.	140
Diario de una mujer del gran mundo, por D. Ramon de Navar- rete.	82	Trabas del ingenio, por D. José M. Sbarbi.	143
		El hombre-oso, por el Sr. Baron de Illescas.	147

GRABADOS.

BELLAS ARTES.

	Págs.		Págs.
« Mi único modelo », por Raimundo de Madrazo.	4	Vidrieras pintadas de la catedral de Málaga.	128
Retrato de un escultor famoso, por Velázquez.	10	« Amor », por Lengo.	137
Rodela cincelada, por Cellini.	15	« La leyenda del Rey monje », por Casado del Alisal.	142
« Alguien viene », por Alicia Havers.	20	« Diciembre », por Morán.	146
« Laboremus », por Mejía.	21		
<i>El Banquete de la guardia civil</i> (Van Der Helst), <i>Fragments de un friso del Partenón</i> ; <i>La Madonna de Cavallini</i> , <i>La Vendimia</i> ; <i>Estatu- a de una leona</i> , <i>Retrato de una dama</i> , <i>Acrotera</i> , <i>La Mujer adúltera</i> (Van Den Eckout), <i>Partida de casa</i> (Cayp), <i>El Concierto</i> (Palame- des), <i>El Campamento</i> (Wowerman), <i>Marina</i> (Van de Velde), <i>Alto en una posada</i> (Van Ruysdael).	22 á 32		
« En la sacristía », por Rodriguez de la Torre.	26		
« En la huida », por Campuzano.	30		
« Nostalgia », por Sorio.	33		
« La Víctima propiciatoria », por Dollman.	34		
<i>Doble far niente</i> (Hondekoeter), <i>Jugadores de bolos</i> (Van Ostade), <i>Faso griego</i>	36 y 37		
La Montaña de la Santa Cruz, por Moran.	38		
« La Perfidia en brazos de la inocencia » (Escuela inglesa contem- poránea).	51		
« Flor de nieve », por Van Beers.	67		
« La Virgen al pie de la cruz » (escultura en madera).	78		
« Pensando en él », por Bong.	83		
«intero en la Dieta de Worms»,	87		
« Un Héroe » (Escuela alemana contemporánea).	91		
« La Muerte de Santa Cecilia », por Vriendt.	93		
« Viajando por el infinito », por Bisson.	99		
« Gala con uniforme », por Brown.	113		
« Inseparables », por Brown.	117		
« Noviembre », por Mounthe.	124		
« Graziella », por Kubner.	126		
		RETRATOS.	
		Niño de Lencos, en cuatro periodos de su vida.	54
		Carlos R. Darwin.	61
		Moreno Nieto.	95
		Garcí-Lasso de la Vega.	104
		Sarah Bernhardt.	120
		Rosita Mauri.	123
		VARIEDADES.	
		Pintura hallada en el África Austral.	33
		Basilica de San Pedro.	43
		El <i>Duomo</i> y la Torre de Pisa.	47
		Familia de <i>marabouts</i>	55
		Víñetas varias.	62, 63, 69, 74, 76 y 112
		Estudio de Alma-Tadema.	64
		Cascada de Paulo Afonso.	65
		Bahía de Algeciras.	72
		Interior del estadio de Alma-Tadema.	81
		Gabinete de estilo antiguo.	85
		Marte y la Tierra.	98
		Interior de la Basílica de San Pedro.	108
		Histórico convento de la Rábida.	118
		Establecimiento tipográfico de los « Sucesores de Rivadeneyra ».	119
		Espada de D. Fernando « El Católico ».	132
		Arco de Constantino.	134
		Arco de Septimio Severo.	139



«MI MODELO.»—CUADRO DE RAIMUNDO DE MADRADO.

(De fotografía de Laurent.)

PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIASTICO.

Aureo número.	3	Indiccion romana.	11
Epacta.	XXII	Letra dominical.	G
Ciclo solar.	11	Letra del martirologio romano.	C

FIESTAS MOVIBLES.

Santisimo Nombre de Jesus.	14 de Enero.
Septuagésima.	21 de Enero.
Sexagesima.	28 de Enero.
Quincuagesima.	4 de Febrero.
Miércoles de Ceniza.	7 de Febrero.
Pascua de Resurreccion.	25 de Marzo.
Patrocinio de San José.	23 de Abril.
Letanias.	30 de Abril, 1 y 2 de Mayo.
Ascension del Señor.	3 de Mayo.
Pascua de Pentecostes.	13 de Mayo.
La Santísima Trinidad.	20 de Mayo.
Santisimo Corpus Christi.	24 de Mayo.
Dominicas entre Pentecostes y Adviento.	24
Santisima Corazon de Jesus.	1 de Junio.
Purisimo Corazon de Maria.	3 de Junio.
Fiesta de la Preciosa Sangre de Jesucristo.	1 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	19 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	7 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	11 de Noviembre.
Adviento.	2 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I. — El 14, 16 y 17 de Febrero.	III. — El 19, 21 y 22 de Setiembre.
II. — El 16, 18 y 19 de Mayo.	IV. — El 19, 21 y 22 de Diciembre.

DIAS DE AYUNO.

Todos los de Cuaresma, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de Adviento; advirtiendo que cuando la fiesta de la Purísima Concepcion de Nuestra Señora cae en Viernes ó Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves precedente.
 La Vigilia de Pentecostes (con abstinencia de carne). 12 de Mayo.
 Miércoles, Viernes y Sábado de las cuatro Temporas.
 Vigilia de San Pedro y San Pablo (con abstinencia de carne). 28 de Junio.
 De Santiago Apóstol. 24 de Julio.
 De la Asencion de Nuestra Señora (con abstinencia de carne). 14 de Agosto.
 De Todos los Santos. 31 de Octubre.
 De Navidad (con abstinencia de carne). 24 de Diciembre.
 Tambien es ayuno con abstinencia de carne el Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado de la Semana Santa, 21, 22, 23 y 24 de Marzo.

ABSTINENCIA. Ningun dia de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la Cuaresma, ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgacion, y los que no la renuevan deben guardar abstinencia todos los dias de ayuno, los Domingos de Cuaresma y los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 2 de Abril, y se cierran respectivamente el 20 de Enero y el 1 de Diciembre.

DIAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 21 de Enero; el 28 de Febrero; el 4, 10, 17, 23 y 28 de Marzo; el 17 y 19 de Mayo.

AÑO ASTRONÓMICO.

POSICION GEOGRÁFICA DE MADRID.

Latitud.	40° 24' 30" N.
Longitud.	0° 10' 42" al E. del Observatorio de San Fernando.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODIACO.

En Acuario, el 20 de Enero.	En Leo, el 23 de Julio. — <i>Cancrón</i> .
En Piscis, el 18 de Febrero.	En Virgo, el 23 de Agosto.
En Aries, el 20 de Marzo. — <i>Primavera</i> .	En Libra, el 23 de Setiembre. — <i>otoño</i> .
En Tauro, el 20 de Abril.	En Escorpio, el 23 de Octubre.
En Géminis, el 21 de Mayo.	En Sagitario, el 22 de Noviembre.
En Cáncer, el 21 de Junio. — <i>Estío</i> .	En Capricornio, el 22 Dic. — <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA. — Entra el 20 de Marzo a las 10 h. y 35 m. de la noche.
 ESTÍO. — Entra el 21 de Junio a las 6 h. y 48 m. de la tarde.
 OTOÑO. — Entra el 23 de Setiembre a las 9 h. y 17 m. de la mañana.
 INVIERNO. — Entra el 22 de Diciembre a las 3 h. y 37 m. de la mañana.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

ABRIL 22. Eclipse parcial de Luna, invisible en Madrid.
 Principio del eclipse a las 10^h y 48^m de la mañana.
 Medio del eclipse a las 13^h y 23^m de la mañana.
 Fin del eclipse a las 15^h y 50^m de la mañana.
 El principio de este eclipse será visible en parte de Asia, en gran parte de la América Septentrional, en una pequeña parte de la Meridional, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en el Grande Océano Pacifico, en una pequeña parte del Indico, en gran parte del Mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antico.
 El fin de este eclipse será visible en gran parte de Asia, en parte de la América Septentrional, en la Australia, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacifico, en parte del Indico, en gran parte del Mar Polar Artico y en una pequeña parte del Antico.
 Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,088; tomando como medida el diámetro de la Luna.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 32° de su vértice boreal hacia Oriente (vision directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 32° de su vértice boreal hacia Occidente (vision directa).
MAYO 6. Eclipse total de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra a 7^h 0^m 00^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 171° 30' al E. de Madrid, y latitud 20° 10' S.
 El eclipse central principia en la Tierra a 8^h 05^m 14^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 139° 45' al E. de Madrid, y latitud 34° 48' S.
 El eclipse central á mediodía sucede á 9^h 30^m 0^s, tiempo medio astronómico de Madrid, en la longitud de 143° 28' al O. de San Fernando, y latitud 8° 10' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 11^h 2^m 3^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 83° 04' al O. de Madrid, y latitud 13° 34' S.
 El eclipse termina en la Tierra á 12^h 11^m 8^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 95° 00' al O. de Madrid, y latitud 4° 48' S.
 Este eclipse será visible en una pequeña parte de las dos Américas y de la Australia y en el Grande Océano Pacifico.
OCTUBRE 16. Eclipse parcial de Luna, en parte visible en Madrid.
 Principio del eclipse á las 5^h y 44^m de la mañana.
 Medio del eclipse á las 6^h y 30^m de la mañana.
 Fin del eclipse á las 7^h y 34^m de la mañana.
 El principio de este eclipse será visible en parte de Europa, en una pequeña parte de Asia y Africa, en las dos Américas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Atlántico y Pacifico, en casi todo el Mar Polar Artico y en parte del Antártico.
 El fin de este eclipse será visible en una pequeña parte de Asia, en las dos Américas, en el estrecho de Behering, en el Grande Océano Pacifico, en gran parte del Atlántico, en casi todo el Mar Polar Artico y en parte del Antártico.
 Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna contada desde la parte austral del limbo, 0,277; tomando como medida el diámetro de la Luna.
 El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 48° de su vértice austral hacia Oriente (vision directa).
 El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 16° de su vértice austral hacia Occidente (vision directa).

En Madrid la Luna se pone eclipsada á las 6^h y 15^m de la mañana.
OCTUBRE 30. Eclipse anular de Sol, invisible en Madrid.
 El eclipse principia en la Tierra á 8^h 28^m 25^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 144° 50' al E. de Madrid, y latitud 81° 4' N.
 El eclipse central principia en la Tierra á 9^h 52^m 9^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 131° 36' al E. de Madrid, y latitud 42° 9' N.
 El eclipse central á mediodía sucede á 11^h 21^m 5^s, tiempo medio astronómico de Madrid, en la longitud de 174° 27' al O. de Madrid, y latitud 17° 21' N.
 El eclipse central termina en la Tierra á 13^h 13^m 4^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 115° 52' al O. de Madrid, y latitud 10° 23' N.
 El eclipse termina en la Tierra á 14^h 33^m 2^s, tiempo medio astronómico de Madrid, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 138° 39' al O. de Madrid, y latitud 5° 13' N.
 Este eclipse será visible en parte de Asia y de la América del Norte, en las Islas Filipinas, en el estrecho de Behering, en gran parte del Océano Pacifico y en una pequeña parte del Mar Polar Artico.

SANTORAL.

En él se incluyen: 1.º Todas las fiestas de Nuestro Señor, de la Virgen y los santos comprendidas en el Breviario romano. 2.º Todos los santos españoles cuyo culto está aprobado canónicamente, excluidos cuantos nos regalazon los autores de los falsos Cronicones, de funesta memoria. 3.º Los santos que, sin estar en el Breviario romano, ni ser españoles, de inmemorial se les viene incluyendo en los santorales de nuestra nación.

ALMANAQUE PARA EL AÑO 1883.

Oras del Sol.	ENERO.	Oras del Sol.	FEBRERO.	Oras del Sol.
7.23	1 Lún. <i>Fiesta.</i> LA CIRCUNCISION DEL SEÑOR, y san Fulgencio Bispense, obispo. <i>☾ Cuarto menguante, á las 12 h. y 35 m. del día, en Libra.</i>	4.43	7.00	1 Juev. San Ignacio, y san Cecilio, patron de Granada, obispos y mártires.
7.23	2 Márt. La Aparición de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza, san Isidoro, obispo y mártir, y san Macario, abad.	4.45	7.03	2 Vier. <i>Fiesta.</i> LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA, y san Comello Centurion, obispo.
7.24	3 Miér. San Antero, papa y mártir, y santa Genoveva, virgen, patrona de Paris.	4.46	3 Sáb. San Blas, obispo y m. r., y el beato Nicolás de Longobardo, 4 Dom. <i>de Quincuagesima.</i> San Andrés Corsino, obispo, y san José de Lentini, confesor.	
7.24	4 Juev. San Tito, obispo, y san Aquilino y comps., mrs.	4.47	5 Lún. Santa Agueda, virgen y mártir, y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japon.	
7.24	5 Vier. San Telesforo, papa y mártir, y san Simón Stylita.	4.48	6 Márt. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.	
7.24	6 Sáb. <i>Fiesta.</i> LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Riberá, arzobispo de Valencia.	4.49	7 Miér. <i>de Cenas.</i> San Romualdo, abad, y san Ricardo, rey de Inglaterra. — <i>Principia el ayuno de cuarenta.</i>	
7.24	7 Dom. San Julian, mártir, y san Raimundo de Peñafort. — <i>Abrense las cacerías.</i>	4.50	☉ <i>Luna nueva, á las 5 h. y 55 m. de la t., en Acuario.</i>	
7.23	8 Lún. San Luciano, presbítero, y compañeros, mártires.	4.51	8 Juev. San Juan de Mata, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad.	
7.23	9 Márt. San Julian, mártir, y su esposa santa Basilia, virgen. <i>☾ Luna nueva, á las 5 h. y 44 m. de la m., en Capricornio.</i>	4.52	9 Vier. Santa Apolonia, virgen y mártir.	
7.23	10 Miér. San Nicanor, diácono y mártir, y san Gonzalo de Amante, confesor.	4.53	10 Sáb. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.	
7.23	11 Juev. San Hilario, papa y mártir.	4.54	11 Dom. <i>I de Cuarenta.</i> San Saturnino, presbítero, y compañeros, mártires, y los beatos siete Siervos de Maria, fundadores.	
7.22	12 Vier. San Benito Bisop. abad, san Arcadio, mártir, y san Martín, canónigo de Leon.	4.55	12 Lún. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mártir, y la primera Traslacion de san Eugenio, arzobispo de Toledo.	
7.22	13 Sáb. San Gumerindo, presbítero, y san Siervo de Dios, mártires.	4.56	13 Márt. San Berigero, mártir, y santa Catalina de Riezza, virgen. — <i>Antina.</i>	
7.22	14 Dom. El Santísimo Nombre de Jesus, san Hilario, obispo y doctor, y san Félix, presbítero de Noia, mártir.	4.57	14 Miér. San Valentin, presbítero y mártir, y el beato Juan Bautista de la Concepcion, fundador. — <i>Tempora.</i>	
7.22	15 Lún. San Pablo, primer crmistaño, y san Mauro, abad. <i>☾ Cuarto creciente, á las 12 h. y 32 m. de la n., en Aries.</i>	4.58	15 Juev. San Faustino y santa Jovita, hermanas, mártires.	
7.21	16 Márt. San Marcelo, papa y mártir, y san Fulgencio, obispo.	4.59	16 Vier. San Julian y 5,000 compañeros, mártires. — <i>Tempora.</i>	
7.21	17 Miér. San Antonio, abad.	5.00	17 Sáb. San Julian de Copacabala, mártir. — <i>Tempora. — Ordes.</i>	
7.20	18 Juev. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virg. y m. r.	5.01	18 Dom. <i>II de Cuarenta.</i> San Euldo, arzobispo de Toledo, san Simeon, obispo y mártir, y san Teotonio, confesor. — <i>Antina.</i>	
7.20	19 Vier. San Canuto, rey, san Merio, santa Marta, san Andifas y san Abad, mártires.	5.02	19 Lún. San Gabino, presbítero y mártir, y san Álvaro de Córdoba.	
7.19	20 Sáb. San Fulban, papa, y san Sebastian, mártires.	5.03	20 Márt. San Leon y san Eleuterio, obispos.	
7.19	21 Dom. <i>de Septuagesima.</i> San Fructuoso, obispo, san Angurjo y san Eudocio, diáconos, y santa Ines, virgen, todos mártires. — <i>Antina.</i>	5.04	21 Miér. San Felix y san Maximiano, obispos.	
7.18	22 Lún. San Vicente, diácono, patron de Valencia, y san Anastasio, mártires.	5.05	☉ <i>Luna llena, á las 12 h. y 3 m. de la n., en Virgo.</i>	
7.17	23 Márt. San Ildefonso, arz. de Toledo, y sta. Egerencia, virg. y m. r., patrona de Teruel. — <i>Fiesta en el arzobispado de Toledo.</i> <i>☉ Luna llena, á las 7 horas de la mañana, en Leo.</i>	5.06	22 Juev. La Cátedra de san Pedro en Antioquia, y san Pascasio, obispo.	
7.17	24 Miér. Nuestra Señora de la Paz, y san Timoteo, obispo y mártir.	5.07	23 Vier. San Pedro Damiano, obispo, ordenal y doctor, santa Marta, virgen y mártir, y santa Margarita de Cortona, penitente.	
7.16	25 Juev. La Conversion de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.	5.08	24 Sáb. San Mateo, apóstol, y san Modesto, obispo. — <i>Jubileo en las iglesias de la Orden de san Jerónimo y en la Capilla de la V. O. T. del Carmen calzado.</i> — <i>Antina.</i>	
7.16	26 Vier. San Policarpo, ob. y m. r., y santa Paula, virgen, romana.	5.09	25 Dom. <i>III de Cuarenta.</i> San Cosaró, confesor, y el beato Sebastian de Aparicio. — <i>Antina.</i>	
7.14	27 Sáb. San Juan Crisostomo, ob. y dr., y san Julian y comps., mrs.	5.10	26 Lún. San Alejandro, obispo.	
7.13	28 Dom. <i>de Scraphama.</i> San Julian, obispo y patron de Uniona, san Valero, obispo de Zaragoza, san Tirso y comps., mrs., y la Aparición de santa Ines, virgen y mártir.	5.11	27 Márt. San Balduino, confesor.	
7.13	29 Lún. San Francisco de Sales, obispo y doctor, fundador de la Orden de la Visitacion de Nuestra Señora.	5.12	28 Miér. San Roman, abad, y san Macario y compañeros, mártires.	
7.12	30 Márt. San Lázaro, abad, patron de Burgos, y santa Martina, virgen y mártir.	5.13		
7.11	31 Miér. San Pedro Nolascó, fundador de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, y santa Marcela, virgen. <i>☾ Cuarto menguante, á las 10 h. y 11 m. de la m., en Scorpio.</i>	5.14		
MARZO.				
6.24	1 Juev. El santo Ángel de la Guarda, y san Rosendo, obispo.	6.52	6.11	16 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, y san Julian de Anazarbo, mártir. — <i>Antina.</i>
6.23	2 Vier. San Lucio, obispo. <i>☾ Cuarto menguante, á las 5 h. y 11 m. de la m., en Sagitario.</i>	6.53	6.09	17 Sáb. San Patricio, obispo y confesor. — <i>Antina.</i>
6.21	3 Sáb. San Eusebio y san Celedonio, mrs., patronos de Calahorra.	6.54	6.07	18 Dom. <i>de Ramos.</i> San Gabriel, arcángel, y el bto. Salvador de Horta.
6.20	4 Dom. <i>IV de Cuarenta.</i> San Castinro, principe de Polonia y san Luola, papa y mártir. — <i>Antina.</i>	6.55	6.06	19 Lún. <i>Santos.</i> San José, esposo de Ntra. Sca., patron de la Iglesia universal, y el beato Juan de Santo Domingo, m. r.
6.25	5 Lún. San Eusebio y compañeros, mártires.	6.56	6.04	20 Márt. <i>Santos.</i> San Nicto, obispo, y santa Eufenia, mártir. — (P. M. A. V. E. L. A.)
6.27	6 Márt. San Victor y san Victoriano, mártires.	6.57	6.02	21 Miér. <i>Santos.</i> San Benito, abad y fundador.
6.26	7 Miér. Santo Tompa de Aquino, confesor y doctor, y santa Perpetua y santa Felicitas, mártires.	6.58	6.01	22 Juev. <i>Santos.</i> San Desgracias y san Bienvenido, obispos.
6.23	8 Juev. San Juan de Dios, fundador, san Julian, arzobispo de Toledo, y san Veremundo, abad.	6.59	6.00	23 Vier. <i>Santos.</i> San Victoriano y compañeros, mártires, y el beato José Ordo, presbítero.
6.22	9 Vier. Santa Francisca, virgen, romana, san Paciano, obispo, y santa Catalina de Bologna, virgen. <i>☉ Luna nueva, á las 4 h. y 16 m. de la m., en Piscis.</i>	6.00	6.57	☉ <i>Luna llena, á las 5 h. y 50 m. de la t., en Libra.</i>
6.20	10 Sáb. Santos Mellán y 33 compañeros, mártires de Sebastó.	6.01	6.56	24 Sáb. <i>Santos.</i> San Agapito, obispo y mártir, y el beato José María Tomasi, cardenal.
6.19	11 Dom. <i>de Pasión.</i> San Eudocio, presbítero, y san Vicente, abad, mártires. — <i>Antina.</i>	6.02	6.55	25 Dom. PASCHA DE RESURRECCION. LA ANUNCIACION DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, y san Dimas el Buen Ladrón. — <i>Antina.</i>
6.17	12 Lún. San Gregorio Magro, papa y doctor.	6.03	6.54	26 Lún. San Ursillo, obispo de Zaragoza.
6.16	13 Márt. San Leandro, arzobispo de Sevilla, san Rodrigo y san Salomon, mártires.	6.04	6.53	27 Márt. San Ilperto, obispo.
6.14	14 Miér. Santa Matilde, reina, y la Traslacion de sta. Florentina, virgen.	6.05	6.52	28 Miér. San Sixto III, papa, san Casar y san Doroteo, mrs. — <i>Antina.</i>
6.12	15 Juev. San Raimundo, abad, fundador de la Orden de Calatrava, san Sisibuto, abad, santa Leocricia, virgen y mártir, y san Longino y compañeros, mártires. <i>☾ Cuarto creciente, á las 3 h. y 16 m. de la n., en Géminis.</i>	6.06	6.51	29 Juev. San Estasio, abad.
		6.07	6.50	30 Vier. San Juan Climaco, abad.
		6.08	6.49	31 Sáb. Santa Balbina, virgen, san Amós, profeta, y el beato Amádeo de Saboya. <i>☾ Cuarto menguante, á las 8 h. y 6 m. de la n., en Capricornio.</i>

Ocasos del Sol	ABRIL.	Ocasos del Sol	Ocasos del Sol	MAYO.	Ocasos del Sol
5.44	1 Dom. de <i>Quintidécimo</i> : San Venancio, obispo y mártir.	6.24	6.53	1 Márt. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles, san Orencio y santa Paciencia, padres de san Lorenzo, <i>nr.</i> — <i>Letanias</i> .	6.55
5.45	2 Lún. San Francisco de Paula, fundador, y santa María Egipcíaca, penitente.	6.26	6.58	2 Miérc. San Atanasio, obispo y doctor, y la beata Mafalda, reina de Castilla. — <i>Letanias</i> .	6.59
5.41	3 Márt. San Pancracio, obispo, san Ulpiano, mártir, san Benito de Palermo, y santa Burgundófora, virgen.	6.27	4.57	3 Juév. <i>Fiesta</i> . LA ASCENSION DEL SEÑOR, la Invencción de la Santa Cruz, y los santos Alejandro, papa, Evencio y Teodoro, mártires, y san Juvenal, obispo.	6.57
5.39	4 Miérc. San Isidoro, arzobispo de Sevilla, doctor de la Iglesia.	6.28	4.56	4 Viér. Santa Mónica, viuda, Madre de san Agustín, ob. y dr.	6.58
5.38	5 Juév. San Vicente Ferrer, patron de Valencia, santa Emilia, y la beata Juliana, virgen.	6.29	4.54	5 Sáb. San Pio V, papa, san Sacaslot, obispo, y La Conversion de san Agustín.	6.59
5.36	6 Viér. San Celestino, papa y mártir.	6.30	4.53	6 Dom. San Juan, apóstol y evangelista, Ante-Portam-Latinam, y san Juan Damasceno, confesor.	7.00
5.34	7 Sáb. San Epifanio, obispo, y san Ciríaco, mártires.	6.31	4.52	7 Lún. San Estanislao, obispo y mártir.	7.01
	☉ <i>Luna nueva</i> , á la 1 h. y 21 m. de la t., en <i>Aries</i> .		4.51	8 Márt. La Aparición de san Miguel, arcángel.	7.02
5.33	8 Dom. San Djeusio, obispo, y el beato Julian de san Agustín.	6.32	4.50	9 Miérc. San Gregorio Nacionano, obispo y doctor, y san Gregorio, cardenal y obispo de Ostia.	7.03
5.31	9 Lún. Santa María Clotilde, y santa Casilda, virgen, princesa de Toledo.	6.33	4.49	10 Juév. San Antonino, arzobispo de Florencia, y los santos Gordiano y Epimaco, mártires.	7.04
5.30	10 Márt. San Daniel y san Ezequiel, profetas.	6.34	4.48	11 Viér. San Mamerto, ob., y san Anastasio, <i>nr.</i> , patron de Lérica.	7.05
5.28	11 Miérc. San Leon Magno, papa y doctor.	6.35	4.47	12 Sáb. Sto. Domingo de la Calzada y los stos. Nereo, Aquileo, Demetrio y Pancracio, <i>nr.</i> — <i>Agua con abstinencia de carne</i> .	7.06
5.27	12 Juév. San Víctor, mártir, y san Canon, obispo.	6.36	4.46	13 Dom. de <i>Pentecostes</i> . San Pedro Regalado, patron de Valladolid, cf.	7.07
5.25	13 Viér. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mártir.	6.37	4.45	14 Lún. San Bonifacio, mártir.	7.08
5.23	14 Sáb. San Teodoro, san Valeriano y san Máximo, mártires, y san Pedro Gonzalez Telmo, patron de Tuy.	6.38	4.44	15 Márt. <i>Fiesta</i> . SAN ISIDORO LABRADOR, patron de Madrid, san Toronato y seis compañeros, obispos y mártires.	7.09
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 8 h. y 34 m. de la m., en <i>Cáncer</i> .		4.43	16 Miérc. San Juan Nepomuceno y san Vitosando, <i>nr.</i> , san Ubaldo, obispo, y san Simon Stok. — <i>Tempora</i> . — <i>Agua</i> .	7.10
5.22	15 Dom. Santa Basilea y santa Anastada, mártires.	6.39	4.42	17 Juév. San Pascual Bailon, confesor. — <i>Anima</i> .	7.11
5.20	16 Lún. Santa Engracia, virgen, y diez y ocho compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio, obispo de Astorga.	6.40	4.41	18 Viér. San Venancio, mártir, y san Félix de Cantaliccio. — <i>Tempora</i> . — <i>Agua</i> .	7.12
5.19	17 Márt. San Aniceto, papa y mártir, la beata Maria Ana de Jesus, y los santos mártires de Córdoba, Elías, Pablo e Isidoro.	6.41	4.40	19 Sáb. San Pedro Celestino, papa, san Juan de Cejuna y san Pedro de Duednas, <i>nr.</i> , y santa Fulenciana, virgen. — <i>Tempora</i> . — <i>Agua</i> . — <i>Ordenes</i> . — <i>Anima</i> .	7.13
5.18	18 Miérc. San Eleuterio, obispo, y san Perfecto, mártires, y el beato Andres Hibernoi.	6.42	4.39	20 Dom. La Santísima Trinidad, y san Bernardino de Sena, confesor.	7.14
5.16	19 Juév. San Vicente de Calzura y san Hermógenes, mártires.	6.43	4.38	21 Lún. Santa Maria de Cervellon ó de Socors, y san Scundino, <i>nr.</i>	7.15
5.15	20 Viér. Santa Ines de Monto-Policiano, virgen.	6.44	4.38	22 Márt. Santa Quiteria y sta. Julia, <i>vgs.</i> y <i>nr.</i> , sta. Rita de Casia, viuda, san Alon, ob., y el bto. Pedro de la Asuncion, <i>nr.</i>	7.16
5.13	21 Sáb. San Anselmo, obispo y doctor.	6.45	4.37	☉ <i>Luna llena</i> , á las 2 h. y 56 m. de la m., en <i>Sagitario</i> .	7.17
5.12	22 Dom. St. Patrocinio de san Jose, san Sotero y san Cayo, papas y mártires.	6.46	4.36	23 Miérc. La Aparición de Santiago, apóstol, san Basilio y san Epitacio, obispos y mártires.	7.17
	☉ <i>Luna llena</i> , á las 11 h. y 12 m. de la m., en <i>Escorpio</i> .		4.35	24 Juév. <i>Fiesta</i> . SACRAMENTUM CORPUS CHRISTI, Nuestra Señora del Auxilio, san Robustiano y el beato Juan de Prado, mártires, y la Traslacion de santo Domingo de Guzman, mártir, y santa Maria Magdalena de Paeis, virgen.	7.18
5.10	23 Lún. San Jorge, mártir.	6.47	4.35	26 Sáb. San Felipe Neri, confesor, y san Eleuterio, papa y mártir.	7.19
5.09	24 Márt. San Fidel de Sigüaringa, mártir, y san Gregorio, obispo.	6.48	4.34	27 Dom. San Juan, papa y mártir.	7.20
5.07	25 Miérc. San Marcos, evangelista, y san Adriano, obispo. — <i>Letanias mayores</i> .	6.49	4.34	28 Lún. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, mártir.	7.21
5.06	26 Juév. San Clotó y san Marcelino, papas y mártires, la Traslacion de santa Leonadia, y los beatos Domingo y Gregorio, de la Orden de Predicadores.	6.50	4.33	29 Mart. San Maximino, obispo, y san Restituto, mártir.	7.21
5.05	27 Viér. San Anastasio, papa y mártir, santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.	6.51	4.32	☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 2 h. y 8 m. de la t., en <i>Pisces</i> .	7.22
5.03	28 Sáb. San Prudencio, obispo, san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.	6.52	4.32	30 Miérc. San Fernando, rey de España, y san Félix, papa y mártir.	7.22
5.02	29 Dom. San Pedro de Verous, mártir.	6.53	4.32	31 Juév. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos y Madre del Amor Hermoso, los santos Germano, Paulino, Justo y Yago, mártires, y sta. Petronilla y sta. Angela de Merici, <i>vgs.</i>	7.23
5.01	30 Lún. Santa Catalina de Sena, y los santos mártires de Córdoba, Amador, presbítero, Pedro y Luis. — <i>Letanias</i> .	6.54			
	☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 6 y 48 m. de la m., en <i>Acuorio</i> .				

JUNIO.

4.32	1 Viér. El Santísimo Corazon de Jesus, san Segundo, obispo y mártir, san Iligo, abad, y los beatos Alonso Navarrete y Fernando Avala, mártires.	7.24	4.29	16 Sáb. San Juan Francisco Regis, san Quirico y santa Julia, mártires, y santa Lutgarda, virgen.	7.32
4.31	2 Sáb. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mártires, y san Juan de Ortega, presbítero.	7.25	4.29	17 Dom. San Manuel y compa, <i>nr.</i> , santa Teresa, reina de Leon, y los stos. Anastasio, Félix y Digna, <i>nr.</i> , de Córdoba.	7.33
4.31	3 Dom. El Purísimo Corazon de Maria, san Isaac, mártir, y el beato Juan Grande, confesor.	7.25	4.29	18 Lún. San Marco, san Marceliano, san Ciríaco y santa Paula, mártires.	7.33
4.30	4 Lún. San Francisco Caracciolo, fundador.	7.26	4.29	19 Márt. Santa Juliana de Falconeri, virgen, san Gervasio, san Protasio y san Lamberto, mártires.	7.33
4.30	5 Márt. San Bonifacio, obispo y mártir.	7.27	4.29	20 Miérc. San Siverio, papa y mártir, santa Florentina, virgen, y el beato Baltasar de Turres, mártir del Japon.	7.33
	☉ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 57 de la m., en <i>Géminis</i> .		4.29	☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 17 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .	
4.30	6 Miérc. San Noherto, arzobispo y fundador.	7.27	4.29	21 Juév. San Luis Gonzaga, confesor, y san Ramonido, obispo de Barbastro. — (Escri.)	7.34
4.29	7 Juév. San Pedro y compañeros, monjes, mártires de Córdoba.	7.28	4.30	22 Viér. San Fulvio, obispo, y san Acacio y compañeros, mártires.	7.34
4.29	8 Viér. San Sabustiano, confesor, y san Eutropio, obispo.	7.28	4.30	23 Sáb. San Juan, presbítero y mártir.	7.34
4.29	9 Sáb. San Primo y san Feliciano, hermanos, mártires.	7.29	4.30	24 Dom. La Natividad de San Juan Bautista.	7.34
4.29	10 Dom. Santa Margarita, reina de Escocia, san Crispino y san Restituto, mártires.	7.29	4.30	25 Lún. San Guillermo, abad, san Eloy, obispo, y santa Orosia, virgen y mártir, patrona de Jaca.	7.34
4.29	11 Lún. San Bernabe, apóstol.	7.30	4.31	26 Márt. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mártires.	7.34
4.29	12 Márt. San Juan de Sahagun, san Onofre, anacoreta, y los santos Basildes, Cirino, Nabor y Nazario, mártires.	7.30	4.31	27 Miérc. San Zollo, mártir, y san Ladislao, rey.	7.34
	☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 2 h. y 26 m. de la t., en <i>Virgo</i> .		4.31	☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 7 h. y 23 m. de la t., en <i>Aries</i> .	
4.25	13 Miérc. San Antonio de Pádua, y san Fandila, presbítero y mártir.	7.31	4.31	28 Juév. San Leon II, papa, y san Argimiro, mártir. — <i>Agua con abstinencia de carne</i> .	7.34
4.29	14 Juév. San Basilio, obispo y doctor, y san Eliseo, profeta.	7.31	4.32	29 Viér. <i>Fiesta</i> . SAN PEDRO Y SAN PABLO, apóstoles.	7.34
4.29	15 Viér. San Vito, san Molesto, santa Crescentia y santa Bealide, mártires.	7.32	4.32	30 Sáb. La Conmemoración de san Pablo, apóstol, y san Marcial, obispo.	7.34

Oros del Sol	JULIO.	Oros del Sol	AGOSTO.	Oros del Sol	
4, 32	1 Dom. La Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, san Casto y san Secundino, mártires.	H. M. 7, 34	4, 87	1 Miér. San Pedro Advíncula, los santos hermanos Macabeos, mártires, y san Felix, africano, mártir.	4, 31
4, 33	2 Lún. La Visitación de Nuestra Señora, y los santos Proceso y Martiniano, mártires.	7, 34	4, 67	2 Juév. Nuestra Señora de los Angeles, san Alfonso de Ligorio, obispo y doctor, san Pedro, obispo de Oama, y la beata Justa de Aza. — <i>Jubilos de la Perchuca</i>	7, 14
4, 34	3 Miér. San Trifón y comps., mrs., y el bta. Raimundo Lúlio, m.	7, 34	4, 58	3 Viér. La Invención del cuerpo de san Esteban, pauto-mártir.	7, 13
4, 34	4 Miér. San Laureano, obispo y mártir, y el beato Gaspar Bono. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 2 h. y 48 m. de la t., en <i>Lioner</i> .	7, 34		☉ <i>Luna nueva</i> , á las 1 h. y 13 m. de la madr. ^a , en <i>Leo</i> .	
4, 35	5 Juév. San Cirilo y san Metodio, obispos, y san Miguel de los Santos.	7, 32	4, 59	4 Sáb. Santo Domingo de Guzman, fundador de la Orden de predicadores, confesor.	7, 12
4, 35	6 Viér. Santa Lucia, mártir.	7, 32	5, 00	5 Dom. La Dedicación de la Basílica de santa María la Mayor ó de las Nieves, en Roma.	7, 11
4, 36	7 Sáb. San Fermín, obispo y mártir, san Odon, obispo, san Lorenzo de Brindis, y santa Pulqueria, emperatriz.	7, 32	5, 01	6 Lún. La Transfiguración del Señor, y los santos niños Justo y Pastor, san Sixto II, papa, san Felisimo y san Agapito, diáconos, todos mártires.	7, 10
4, 37	8 Dom. Santa Isabel, reina de Portugal.	7, 32	5, 02	7 Miér. San Cayetano, fundador, san Alberto de Sicilia, san Esteban, abad, y comps., mrs., y san Donato, ob. y m.	7, 08
4, 37	9 Lún. San Cirilo, obispo y mártir.	7, 32	5, 03	8 Miér. San Ciríaco, san Largo y san Esmaragdó, mártires.	7, 07
4, 38	10 Miér. Los santos doce Hermanos, mártires, santa Amalia, virgen, santa Rufina y santa Segunda, vgs. y mrs.	7, 32	5, 04	9 Juév. San Roman, mártir.	7, 06
4, 39	11 Miér. San Pio I, papa, san Abundio, mártires, y santa Verónica de Julianz, virgen.	7, 31	5, 05	10 Viér. San Lorenzo, diácono, m., y santa Vilomena, vg. y m.	7, 05
4, 39	12 Juév. San Juan Guillerma, abad, san Nabor y san Félix, mártires, y santa Marciana, virgen y mártir. ☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 7 h. y 31 m. de la m., en <i>Libra</i> .	7, 31	5, 06	11 Sáb. San Tírculo y santa Susana, virgen, mártires.	7, 03
4, 40	13 Viér. San Anacleto, papa y mártir.	7, 30	5, 07	☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 1 h. y 14 m. de la madr. ^a , en <i>Escorpio</i> .	
4, 41	14 Sáb. San Basaventura, obispo y doctor.	7, 30	5, 08	12 Dom. Santa Clara de Asis, virgen y fundadora.	7, 02
4, 42	15 Dom. San Camilo de Lélis, fundador, san Enrique, emperador, y los beatos cuarenta mártires del Brasil.	7, 29	5, 08	13 Lún. San Hipólito, san Casiano, sta. Centola y sta. Elena, mrs.	7, 01
4, 42	16 Lún. El Triunfo de la Santa Cruz, Nuestra Señora del Carmen, y san Eusebio, diácono, mártir de Córdoba.	7, 29	5, 09	14 Miér. San Eusebio, presbítero, y san Pablo, diácono, mártir. — <i>Aguas con abstención de carne</i> .	6, 59
4, 43	17 Miér. San Alejo, confesor.	7, 28	5, 10	15 Miér. <i>Fiesta</i> . LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alípio, ob.	6, 58
4, 44	18 Miér. Santa Sinfonía y sus siete hijos, san Felberto, obispo, y santa Marina, virgen, todos mártires.	7, 27	5, 11	16 Juév. San Roque y sus Jacinto, confesores, y el beato Juan de santa María, mártir.	6, 57
4, 45	19 Juév. San Vicente de Paul, fundador, santa Justa, santa Rufina y santa Aurea, virgenes y mártires.	7, 27	5, 12	17 Viér. San Pablo y santa Juliana, hermanos, y el beato Francisco de Santa María, mártires.	6, 55
4, 46	20 Viér. San Blas, profeta, san Jerónimo Emiliano, fundador, santa Librada y santa Margarita, virgenes y mártires. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 7 h. y 16 m. de la m., en <i>Cáncer</i> .	7, 26	5, 13	18 Sáb. San Agapito, mártir, santa Elena, emperatriz, y santa Clara de Montfaldó, virgen.	6, 54
4, 47	21 Sáb. Santa Praxedas, virgen.	7, 25	5, 14	☉ <i>Luna llena</i> , á las 12 h. y 39 m. del día, en <i>Aenorio</i> .	
4, 47	22 Dom. Santa María Magdalena, penitente.	7, 24	5, 15	19 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, san Luis, obispo, san Mugin, ermitaño, y el beato Pedro de Zúñiga, mrs.	6, 52
4, 48	23 Lún. San Apolinar, obispo y mártir, san Liborio, obispo, y los santos hermanos Bernardo, María y Gracia, mártires. — (CANICULA.)	7, 24	5, 16	20 Lún. San Bernardo, abad y doctor.	6, 51
4, 49	24 Miér. Sta. Crisлина, vg. y m., y san Francisco Solano, cf. — <i>Aguas</i> .	7, 23	5, 17	21 Miér. Santa Juana Francisca Eremít de Chantal, fundadora, san Fabriciano y san Filisarto, mártires.	6, 50
4, 50	25 Miér. <i>Fiesta</i> . SANTIAGO APOSTOL, patron de España, y san Cristóbal, mártir.	7, 22	5, 18	22 Miér. San Timoteo, san Hipólito, obispo, y san Sinfiriano, mrs.	6, 48
4, 51	26 Juév. Santa Ana, madre de la Santísima virgen María. ☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 11 h. y 55 m. de la m., en <i>Tauro</i> .	7, 21	5, 18	23 Juév. San Felipe Benito, confesor, san Cristóbal y san Leovigildo, mártires de Córdoba.	6, 47
4, 52	27 Viér. San Pontalón, san Cocofate, papa, santa Juliana, santa Semproniana, san Jorge, diácono, san Félix, san Aurelio, santa Natalia y santa Lillova, todos mártires.	7, 20	5, 19	24 Viér. San Bartolomé, apóstol.	6, 46
4, 53	28 Sáb. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mártires, san Inocencio, papa, y la beata Catalina Bomas, virgen.	7, 19	5, 20	25 Sáb. San Luis, rey de Francia, san Ginés de Arlés, san Gerencio, ob., y los beatos Pedro Vazquez y Luis Sotelo, mrs.	6, 44
4, 54	29 Dom. Santa María, virgen, y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz, mrs., y el beato Luis Beltran, m.	7, 18	5, 21	☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 5 h. y 17 m. de la m., en <i>Géminis</i> .	
4, 55	30 Lún. San Abdón, san Senen y san Teodomiro, mártires, y el beato Manó de Guzman, confesor.	7, 17	5, 22	26 Dom. San Cederino, papa, y san Victor, presbítero, mártires.	6, 42
4, 56	31 Miér. San Ignacio de Loyola, fundador de la Comp. ^a de Jesús, cf.	7, 16	5, 24	27 Lún. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pias, san Rufo, obispo, y la Transverberación del corazón de santa Teresa de Jesús.	6, 40
			5, 25	28 Miér. San Agustín, obispo y doctor, y san Hérono, mártir.	6, 39
			5, 26	29 Miér. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina, y los beatos Juan y Pedro, mártires.	6, 37
				30 Juév. Santa Rosa de Lima, vg., san Félix y san Adaneto, mrs.	6, 35
				31 Viér. San Ramon Nonato, cardenal, y santo Domingo de Val, niño, mártir de Zaragoza.	6, 34

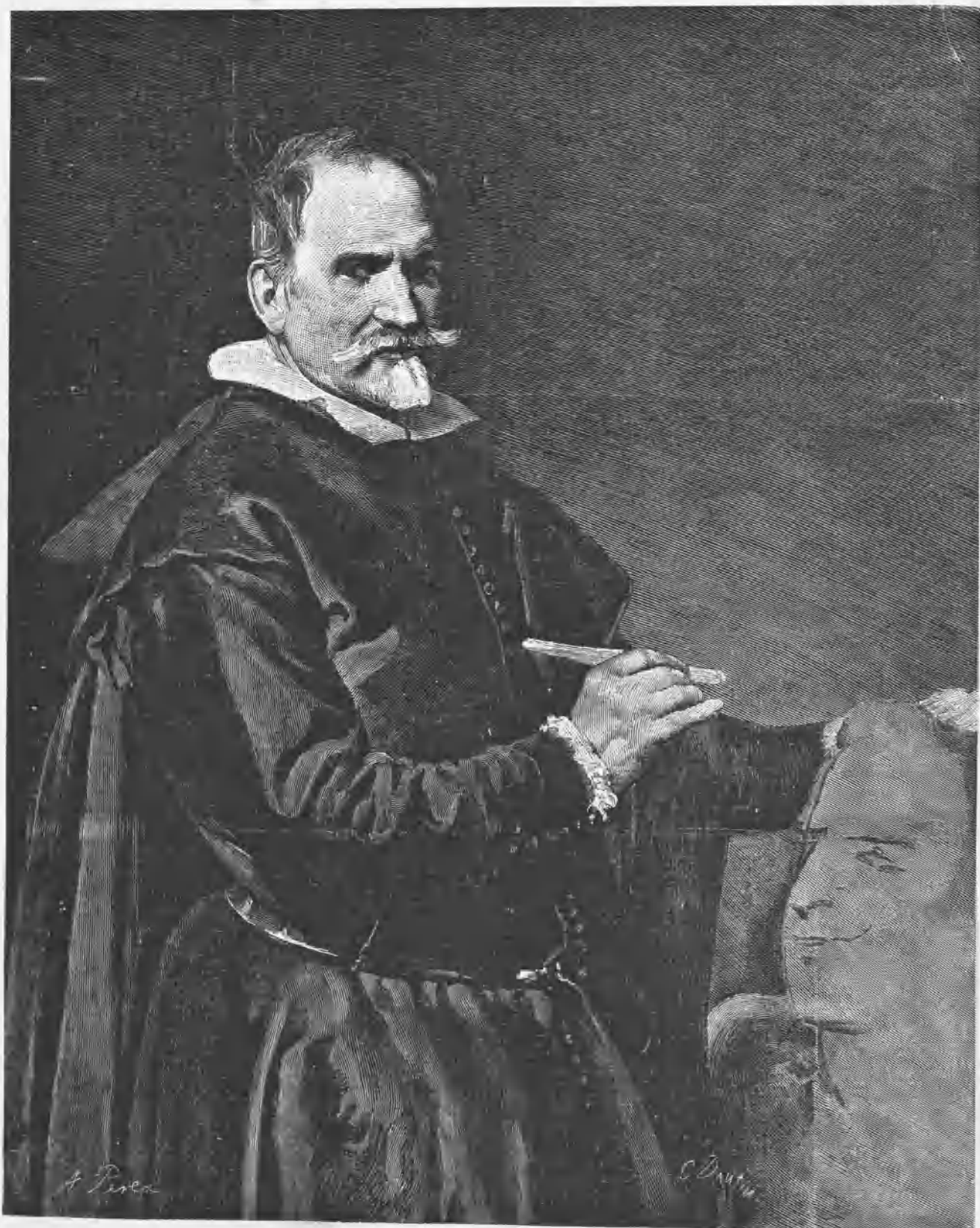
SETEMBRE.

5, 27	1 Sáb. San Vicente y san Leto, mártires de Toledo, los santos doce Hermanos, mrs., san Gil, abad, y santa Ana, profetisa. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 1 h. y 59 m. de la t., en <i>Virgo</i> .	6, 23	5, 41	16 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, san Cornelio, papa, san Cipriano, obispo, santa Eufemia, santa Lucia y san Geminiano, todos mártires. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 9 h. y 20 m. de la m., en <i>Pisces</i> .	6, 08
5, 28	2 Dom. Ntra. Sra. de la Consolación y Correa, san Esteban, rey de Hungría, y san Antonio, mártir, patron de Palencia.	6, 31	5, 42	17 Lún. La Imposición de las ligas de san Francisco de Asis, san Pedro Arbues, mártir, y santa Columba, vg. y m.	6, 05
5, 28	3 Lún. San Sordello, m., san Ladislao, rey, y los bnos. Francisco de Jesus y Gabriel de la Magdalena, mrs. del Japon.	6, 29	5, 43	18 Miér. Santo Tomas de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, confesor.	6, 05
5, 29	4 Miér. Las señas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, virgenes.	6, 28	5, 44	19 Miér. San Genaro, obispo, y compañeros, mártires, y el beato Alonso de Orozco, confesor. — <i>Tempora</i> . — <i>Aguas</i> .	6, 03
5, 30	5 Miér. San Lorenzo Justino, obispo, la Conmemoración de san Julian, ob. de Uuena, y santa Obdulia, vg. y m.	6, 26	5, 46	20 Juév. San Esteban y comps., mrs., san Rogelio y san Siervo de Dios, mrs. de Córdoba, y el bto. Francisco de Posadas.	6, 01
5, 31	6 Juév. San Eogeno y compañeros, mártires.	6, 25	5, 46	21 Viern. San Mateo, apóstol y evangelista. — <i>Tempora</i> . — <i>Aguas</i> .	6, 00
5, 32	7 Viér. Santa Regina, virgen y mártir.	6, 23	5, 47	22 Sáb. San Mauricio y compañeros, mártires, y santa Pomposa, virgen y mártir. — <i>Tempora</i> . — <i>Aguas</i> . — <i>Ordeus</i> .	5, 98
5, 33	8 Sáb. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NTRA. SRA., y san Adrian, m.	6, 21	5, 48	23 Dom. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires, santa Xantipa y santa Polixena. — (OROZO.)	5, 96
5, 34	9 Dom. El Santísimo Nombre de Maria, san Gorgonio, m., santa Maria de la Cabeza, y el beato Pedro Claver, confesor. ☉ <i>Cuarto creciente</i> , á las 5 h. y 28 m. de la t., en <i>Sagitario</i> .	6, 20	5, 49	☉ <i>Cuarto menguante</i> , á las 12 h. y 30 m. del día, en <i>Cáncer</i> .	
5, 35	10 Lún. San Nicolas de Tolentino, san Pedro, obispo de Compostela, y el bto. Francisco de Morales y comps., mrs. del Japon.	6, 18	5, 50	24 Lún. Ntra. Sra. de las Mercedes, y el beato Dalmacio Moner, cf.	6, 55
5, 36	11 Miér. San Protó y san Jacinto, hermanos, mártires.	6, 16		25 Mart. San Lope, obispo, san Formoso, mártir, y el santo niño Cristóbal, mártir de la Guardia.	6, 53
5, 37	12 Miér. San Lorenzo y compañeros, san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumarraga y Apolinar Franco, todos mrs.	6, 15	5, 51	26 Miér. San Cipriano y santa Justina, vgs. mrs., y san Garcia, abad.	6, 51
5, 38	13 Juév. San Felipe, mártir.	6, 13	5, 52	27 Juév. San Cosme y san Damián, hermanos, mártires.	6, 50
5, 39	14 Viér. La Exaltación de la santa Cruz.	6, 11	5, 53	28 Viern. San Wenceslao, rey, san Adolfo, y san Juan, mrs., santa Eustaquio, virgen, y el beato Simon de Rojas, confesor.	6, 48
5, 40	15 Sáb. San Nicomedes, presbítero y mártir, san Emilia y san Jeronima, mártires de Córdoba.	6, 10	6, 54	29 Sáb. La Dedicación de san Miguel, arcángel.	6, 46
			6, 55	30 Dom. San Jerónimo, presbítero y doctor, y santa Sofia, vinda.	6, 45

Oros del Sol.	OCTUBRE.	Ocasos del Sol.	Oros del Sol.	NOVIEMBRE.	Ocasos del Sol.
H. M. 5 50	1 Lún. El santo Ángel Custodio, tutelar de España, y san Remigio, obispo. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 5 h. y 39 m. de la m., en <i>Libra</i> .	H. M. 5 43	6 28	1 Juév. <i>Fiesta</i> . LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS.	H. M. 4 57
5 57	2 Márt. San Olegario, obispo y mártir, y san Saturio, anacoreta, patron de Sorla.	5 41	6 31	2 Viér. La Conmemoracion de los Fieles Difuntos, y santa Eustaquio, virgen y mártir.	4 55
5 53	3 Miér. San Cándido, mártir, san Gerardo, abad, y el beato Juan Macías.	5 40	6 32	3 Sáb. Los Innumerales mártires de Zaragoza, y san Ermengol, obispo.	4 55
5 55	4 Juév. San Francisco de Asis, fund. de la Orden de los Menores.	5 38	6 33	4 Dom. San Carlos Borromeo, arzobispo, san Vidal y san Agri-colo, mártires.	4 54
6 00	5 Viér. San Plácido y comp., mrs., san Froilan y san Adriano, obs.	5 36	6 34	5 Lún. San Zacarias, profeta, y santa Isabel, padres de san Juan Bautista.	4 53
6 01	6 Sáb. San Bruno, fundador de la Orden de la Ciuraja.	5 35	6 35	6 Miér. San Severo, obispo y mártir, y san Leonardo, confesor.	4 52
6 02	7 Dom. Nuestra Señora del Rosario, san Marcos, papa, san Sergio y compañeros, mártires, y san Martin Cid, abad.	5 33	6 36	7 Miér. San Florencio, obispo, y san Ernesto, abad. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 11 h. y 40 m. de la n., en <i>Acuario</i> .	4 51
6 08	8 Lún. Santa Brigida, viuda y fundadora, y san Pedro, mártir de Sevilla.	5 32	6 38	8 Juév. Los santos Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, her-manos, mártires.	4 50
6 04	9 Márt. San Dionisio Areopagita, obispo, san Rústico y san Eleuterio, mártires. ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 10 h. y 5 m. de la m., en <i>Capricornio</i> .	5 30	6 39	9 Viér. La Dedicacion de la Basílica del Salvador (San Juan de Letran), en Roma, y san Teodoro, mártir.	4 49
6 05	10 Miér. San Francisco de Borja y san Luis Beltran, confesores.	5 29	6 40	10 Sáb. San Andres Avellino, y los santos mártires Trifon, Hércip-clo, y Nlaña, virgen.	4 48
6 06	11 Juév. San Fermín, obispo, y san Nicasio, obispo y mártir.	5 27	6 41	11 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, san Martin, obispo, y san Menga, mártir.	4 47
6 07	12 Viér. Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza, san Félix y san Cipria-no, obs y mrs., y san Cecilia de Montegranado, cf.	5 25	6 42	12 Lún. San Martin, papa y mártir, san Diego de Alcalá, y san Mil-lan, presbítero.	4 46
6 08	13 Sáb. San Eduardo, rey de Inglaterra, san Fausto, san Gemaro y san Marcial, mártires.	5 24	6 43	13 Márt. San Eugenio III, arzobispo de Toledo, san Estanislao de Kosta, y san Homobono, confesor.	4 45
6 09	14 Dom. San Calisto, papa y mártir.	5 22	6 45	14 Miér. San Sergio, mártir, san Lorenzo y san Rufo, obispos.	4 44
6 10	15 Lún. Santa Teresa de Jesus, virgen y fundadora, compatrona de las Españas.	5 21		☉ <i>Luna llena</i> , á las 4 h. y 32 m. de la t., en <i>Taurus</i> .	
6 12	16 Márt. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen. ☉ <i>Luna llena</i> , á las 6 h. y 30 m. de la m., en <i>Arctis</i> .	5 19	6 46	15 Juév. San Eugenio I, arzobispo de Toledo, mártir, y san Leo-poldo, confesor.	4 43
6 13	17 Miér. Santa Eúvragia, viuda, y la beata Margarita Maria de Alacoque, virgen.	5 18	6 47	16 Viér. San Rufino y compañeros, mártires, y santa Ines de Asis, virgen.	4 43
6 14	18 Juév. San Lucas, evangelista.	5 16	6 48	17 Sáb. San Gregorio Taumaturgo, obispo, san Acteio y santa Victoria, mártires, y santa Gertrudis la Mag-na, virgen.	4 42
6 15	19 Viér. San Pedro de Alcántara, cf., patron de la diócesis de Coria.	5 15	6 49	18 Dom. La Dedicacion de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma, san Máximo y san Roman.	4 41
6 16	20 Sáb. San Juan Lencio, presbítero, y santa Irene, vg. y mr.	5 13	6 50	19 Lún. Santa Isabel, hija del rey de Hungría, y san Poncia-no, papa y mártir.	4 40
6 17	21 Dom. San Hilarión, abad, santa Ursula y compañeras, virgenes y mártires.	5 12	6 52	20 Márt. San Félix de Valois, fundador de la Orden de la Santí-sima Trinidad.	4 40
6 18	22 Lún. Santa Salomé, viuda, santa Nuncio y santa Alodia, vir-genes y mártires. ☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 11 h. y 3 m. de la n., en <i>Cancer</i> .	5 11	6 53	21 Miér. La Presentacion de Nuestra Señora, san Rufo y san Es-teban, mártires. ☽ <i>Cuarto menguante</i> , á la 1 h. y 28 m. de la t., en <i>Leo</i> .	4 39
6 19	23 Márt. San Pedro Pascual, obispo y mártir, san Juan Capistrano, san Servando y san German, patronos de Cádiz.	5 09	6 54	22 Juév. Santa Cecilia, virgen y mártir.	4 38
6 20	24 Miér. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, obispo.	5 08	6 55	23 Viér. San Clemente, papa, y santa Felicitas, viuda, mártires.	4 38
6 21	25 Juév. San Crisanto y santa Maria, san Gabino, san Proto, san Gemaro, san Crispin y san Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, confesor, patron de Segovia.	5 06	6 56	24 Sáb. San Juan de la Cruz, san Origeno, mártir, santa Flora y santa Maria, virgenes y mártires de Córdoba.	4 37
6 23	26 Viér. San Evaristo, papa y mártir, san Luciano, san Marciano, san Valentin y santa Eúgeria, mártires.	5 04	6 57	25 Dom. Santa Catalina, virgen y mártir.	4 37
6 24	27 Sáb. San Vicente, sta. Babina y sta. Cristina, hermanos, mrs., pa-tronos de las ciudades de Avila y Talavera de la Reina.	5 03	6 58	26 Lún. Los Desposorios de Nuestra Señora, y san Pedro Alejan-drino, obispo y mártir.	4 36
6 25	28 Dom. San Simon y san Judas Tadeo, apóstoles.	5 01	6 59	27 Márt. San Facundo y san Primitivo, hermanos, mártires.	4 36
6 26	29 Lún. San Narciso, obispo, y san Marcelo Centurion, mártires.	5 00	7 01	28 Miér. San Gregorio III, papa.	4 36
6 27	30 Márt. Santos Claudio, Lupercio y Victorino, mártires, y el beato Alonso Rodriguez. ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 11 h. y 42 m. de la n., en <i>Escorpio</i> .	4 59	7 02	29 Juév. San Saturnino, obispo y mártir.	4 35
6 28	31 Miér. San Quintín, mártir. — <i>Aguano</i> .	4 59	7 03	30 Viér. San Andres, apóstol.	4 35

DICIEMBRE.

7 04	1 Sáb. Santa Natalia, viuda.	4 55	7 16	15 Sáb. San Eusebio de Vercelli, obispo y mártir. — <i>Aguano</i> .	4 35
7 05	2 Dom. <i>I de Adviento</i> . Santa Bibiana, virgen y mártir, san Pedro Crisologo, obispo y doctor, y santa Elena, vg. y mr.	4 54	7 17	16 Dom. <i>III de Adviento</i> . Santa Victoria, virgen y mártir.	4 35
7 06	3 Lún. San Francisco Javier, confesor, san Claudio y santa Hila-ria, mártires.	4 54	7 17	17 Lún. San Lázaro, obispo y mártir, y san Franco de Sena, con-fesor.	4 35
7 07	4 Márt. Santa Bárbara, virgen y mártir, y el beato Francisco Gal-ves, mártir del Japon.	4 54	7 18	18 Márt. Nuestra Señora de la O.	4 35
7 08	5 Miér. San Silas, abad, y san Anaspasio, mártir.	4 54	7 19	19 Miér. San Nemesio, mártir. — <i>Tempora</i> . — <i>Aguano</i> .	4 35
7 09	6 Juév. San Nicolas de Bari, arzobispo de Mira. — <i>Aguano</i> .	4 54	7 19	20 Juév. Santo Domingo de Silos, abad.	4 35
7 09	7 Viér. San Ambrosio, obispo y doctor. — <i>Aguano</i> . ☽ <i>Cuarto creciente</i> , á las 11 h. y 31 m. de la m., en <i>Pisces</i> .	4 53	7 20	21 Viér. Santo Tomas, apóstol. — <i>Tempora</i> . — <i>Aguano</i> .	4 37
7 10	8 Sáb. <i>Fiesta</i> . LA INMACULADA CONCEPCION DE NUESTRA SE-ÑORA, patrona de las Españas.	4 53	7 20	☽ <i>Cuarto menguante</i> , á las 7 h. y 55 m. de la m., en <i>Virgo</i> .	
7 11	9 Dom. <i>II de Adviento</i> . Santa Leocadia, virgen y mártir, patrona de Toledo.	4 51	7 21	22 Sáb. San Demetrio y compañeros, mártires. — <i>Tempora</i> . — <i>Agu-no</i> . — <i>Ordenez</i> . — (EXVINO.)	4 38
7 12	10 Lún. La Traslacion de la santa Cruz de Loreto, san Melquiales, papa y mártir, santa Eulalia de Mérida y santa Jula, virgenes y mártires.	4 51	7 21	23 Dom. <i>IV de Adviento</i> . Santa Victoria, virgen y mártir.	4 38
7 13	11 Mart. San Dámaso, papa.	4 51	7 21	24 Lún. San Gregorio, presbítero y mártir. — <i>Aguano con abstinen-cia de carne</i> .	4 39
7 14	12 Miér. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, san Hermóge-nes, san Donato y compañeros, mártires.	4 51	7 22	25 Márt. <i>Fiesta</i> . LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑOR JESUCRISTO, y santa Anasiasa y 270 compañeros, mártires.	4 39
7 14	13 Juév. Santa Lucia, vg. y mr., y el beato Juan de Maronita, cf.	4 51	7 22	26 Miér. San Esteban, proto-mártir.	4 40
7 15	14 Viér. San Nicasio, obispo y mártir, san Espiridion y san Pon-payo, obispos. — <i>Aguano</i> . ☉ <i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 15 m. de la mañ ^a , en <i>Géminis</i> .	4 50	7 22	27 Juév. San Juan, apóstol y evangelista.	4 41
			7 23	28 Viér. Los santos Inocentes, mártires.	4 41
			7 23	29 Sáb. Santo Tomas Cantuariense, obispo y mártir. ☽ <i>Luna nueva</i> , á las 12 h. y 46 m. del día, en <i>Capricornio</i> .	4 42
			7 23	30 Dom. La Traslacion del cuerpo de Santiago, apóstol, patron de España, y san Sabino, obispo, y compañeros, mártires.	4 43
			7 23	31 Lún. San Silvestre, papa y confesor, y santa Melania.	4 44



MUSEO DEL PRADO. — RETRATO DE UN ESCULTOR FAMOSO, POR VELAZQUEZ.
(Véase el artículo *Páginas para un libro pensado y no escrito.*)

PÁGINAS PARA UN LIBRO PENSADO Y NO ESCRITO.

CAPÍTULO II.—EN QUE UN ESCULTOR FAMOSO, RETRATADO POR VELAZQUEZ, RECUBRA SU PERDIDO ESTADO CIVIL, Y SE DILUCIDA LA DRAMÁTICA HISTORIA DEL CABALLO DE BRONCE.

SECEDE con mucha frecuencia que los retratos de los hombres vulgares, áun ejecutados por egregios artistas, pierdan sus nombres; mas no es raro que se olviden tambien los de los retratos de varones preclaros. No parece sino que el nombre es la parte volátil en ese precioso todo que se llama retrato histórico, la cual no se conserva y perpetúa sino cuando la obra del artista cae en manos cuidadosas, que procuran tener bien apretado ese lazo, bien garantida esa union íntima, de que depende en gran parte el interes de la efigie, pintada ó esculpida. Relájase ese vínculo, y el personaje retratado muere en cuanto á su semblanza corpórea, ni más ni ménos que como muere el sér viviente cuando su espíritu y su envoltura terrena se separan. Entónces el retrato, que tanto atractivo ejercía como fiel imágen de un sujeto ilustre ó célebre por su posicion, ó por sus hechos, ó por ciertas circunstancias excepcionales, pasa á la categoría de mero cuadro, en el cual sólo se contempla y admira la saliduría y destreza del artista, pintor ó escultor.

¿Cuántos de estos retratos anónimos no existen en los museos y galerías, en todas las colecciones de cuadros, públicas ó particulares, que, áun siendo obras de afamados pinceles, por haber perdido su significacion histórica como imágenes de reputadísimos hombres de Estado, ó de sabios eminentes, ó de grandes capitanes, ó de inspirados poetas y artistas, y áun, si se quiere, de insignes bellacos, se hallan sufriendo esa triste mutilacion de la parte principal de su sér, que es la personalidad, privados de su estado civil, relegados al limbo de los desconocidos!

Si hay inmodestia en que un escritor hable de sí mismo, la que voy á *cometer* en el caso presente debe serme perdonada por el servicio que he prestado á algunos de esos personajes, á quienes he devuelto su nombre. Me jacto de haber sido el autor de la *restitucion in íntegram* que en ellos se ha verificado, y si mis coetáneos me regatean esta pequeña gloria, los interesados en aquellas individualidades, redimidas de seguro, me la otorgan, porque nadie, por feo que haya nacido, deja de estar contento con ser quien es; nadie se resignaría á cambiar su cara por la ajena.

Digo, pues, que he logrado la buena suerte de restituir su verdadera semblanza física á hombres y hombrecillos notables que, por su desgracia, la tenían oscurecida. Sin salir del círculo de los que el gran Velazquez retrató, seis por lo ménos me deben este beneficio, y no andarán ya sus espíritus, como ánimas en pena, susurrando vagarosos por los salones del Museo del Prado en las horas nocturnas, semejantes á las intranquilas abejas que zumban arremolinadas al umbral de la destrozada colmena.

Sin más mérito de mi parte que una paciencia á toda prueba, saqué á la luz de la publicidad, del sepulcro de un gran archivo, los nombres correspondientes á los siguientes retratos del exímio fundador de la escuela pictórica de Madrid.—La princesa jóven, representada en busto, de complexion delicada y labio inferior prominente, con el rubio cabello rizado y levantado en el vértice de la cabeza, vestida de saya noguerada, con cuerpo de solapas y brafoneras, y voluminosa gorguera de gasa engomada (cuadro núm. 1.072 del Museo), resultó ser nada ménos que la infanta de España doña María, la reina de Hungría, hermana de Felipe IV, retratada probablemente á fines del año 1630 ó principios del 1631, en Nápoles, cuando Velazquez encontró allí á la ilustre señora, que iba á reunirse con su marido el rey D. Fernando.

Aquel caballero anciano, de bigote, ancha perilla y copepe blanco como la nieve, cejas negras y ojos vivos, representado de medio cuerpo, en pié, junto á una mesa cubierta con tapete carmesi, revestido de lujosa armadura de bruñido acero, con listas de oro damasquinado, manoplas de lo mismo y banda roja con pomposo lazo, que tiene la mano izquierda en la guarnicion de la espada y la derecha sobre la celada, puesta en la mesa con el baston de mando, que le anuncia como general (cuadro núm. 1.090), resultó que era D. Antonio Alonso de Pimentel, noveno conde de Benavente, gentil-hombre de cámara del mismo rey Felipe IV, y gobernador de la frontera de Portugal por los años de 1641. Cosa singular: este soberbio retrato, que, en sus facciones y su gesto, está pregonando la sangre española del personaje, y en el estilo de su ejecucion artística lleva indeleble la filiacion velazquina, pasaba como obra de Ticioano en el *Prontuario* de los cuadros que pertenecian á doña Isabel Farnesio en el palacio de San Ildefonso, donde adornaba la *antecámara del Rey*: de modo que el lienzo, no sólo habia perdido el nombre del retratado, sino tambien el de su autor.

Aquel otro retrato (núm. 1.092) que todos estimaban como de un actor célebre del tiempo de Felipe IV, como si dijéramos Antonio Prado, ó Pedro de la Rosa, ó Alonso Olmedo, ó otro cualquiera de los muchísimos *autores de comedias* que durante el reinado de aquel monarca entretuvieron los inextinguibles ocios de la corte; sujeto representado como en actitud de declamar, plantado de frente, con los piés separados, la capa terciada y recogida con la mano izquierda, y el brazo derecho extendido, todo vestido de negro y con golilla, ¿quién habia de figurarse que era un bufon ó truhan de los que llevaban en palacio el calificativo genérico de *hombres de placer*? Su nombre era *Pabillos de Valladolid*. Ahora, que con esta luz estudiamos sus facciones, su gesto picaresco y sus ojos mal contornados, ten-

driamos ya que hacemos mucha violencia para creerle un comedante distinguido.

Otro truhan, que llevaba en vida el nombre de *Peruía*, se nos reveló en el retrato del extraño personaje que era vulgarmente conocido por *Barbaroja* (núm. 1.093). El doctor Ceán Bermúdez, que, á pesar de su erudición y perspicacia, no llegó nunca á ponerse en el verdadero punto de vista respecto de la obra encomendada á Velázquez para la decoración artística de los pasillos, escaleras y otras localidades secundarias de los palacios de Madrid y del Buen Retiro, tomó la cosa por lo serio, y se imaginó que el pintor áulico había hecho en este lienzo el retrato de un *personaje* formal. Sólo le faltó ver en él al gran corsario, terror de las tres penínsulas mediterráneas en tiempo de Carlos V. No llegó, en verdad, á tanto su candor; pero sí le denominó, describiéndole en el Palacio Nuevo, á donde fué llevado del Palacio del Retiro, *personaje africano, llamado Barbaroja*. Con este falso nombre fué grabado por Croutelle, y por Goya al agua fuerte. Si aquellos respetables críticos y artistas hubieran tenido, como yo, la paciencia de consultar los antiguos inventarios de la Casa Real, habrían visto en el de los cuadros del Buen Retiro, formado á la muerte del rey Carlos II, este asiento: *Retrato de un bufón con hábito turquesco, llamado Peruía, que está por acabar, por Diego Velázquez*.

Quisiera expresar por qué procedimiento llegué á descubrir que el supuesto *artillero* (núm. 1.094) es otro bufón ó truhan que llevaba el nombre, ó más bien apodo, de *D. Juan de Austria*; que los enanos (núms. 1.095, 1.096 y 1.097) son muy probablemente *el Primo, D. Sebastian de Morra y D. Antonio el inglés*, dignísimas *sabandijas* del palacio del augusto nieto de Felipe II; y por último, que el excelente retrato (núm. 1.105), catalogado hasta hace poco como de persona desconocida, de un hombre de aspecto agradable, aunque de facciones bastante comunes, con cabello castaño oscuro, perilla y bigote á la fernandina, traje negro y golilla, es el de Alonso Martínez de Espinar, ayuda de cámara del malogrado príncipe D. Baltasar Carlos, y autor del interesante libro titulado *Arte de balistería y montería*.

Correspóndele hoy su turno al lienzo sobre toda ponderación admirable, núm. 1.091, que en nuestro *Catálogo del Museo del Prado* habíamos señalado como *Retrato de un escultor*, dejando en duda la tradición que desde hace mucho tiempo le designa como retrato de Alonso Cano. Y ¿quién es este interesantísimo sujeto? Vamos despacio; que la importancia del hallazgo bien merece saborearlo.

Que este retratado no es Alonso Cano, fácilmente se demuestra. El célebre escultor granadino nació en 1601; el retrato figura un personaje de sesenta á setenta años, sin la menor duda; á pesar de la viveza de sus ojos y de la energía que expresa su semblante, claramente dan á entender sus ya acartonadas facciones, que la nieve que blanquea esa cabeza y que interrumpe con un enajado copo la varonil cuadratura de su mandíbula inferior, no es accidente prematuro y excepcional, sino fenómeno muy propio de la altura á que subió el sujeto en la penosa escala de la vida. Demos á este supuesto Alonso Cano sesenta y cinco años, es decir, figurémosnos que el retrato fué ejecutado hácia el 1666. ¿Cómo pudo pintarlo Velázquez, que murió en 1660?

Pues vaya otra demostración también negativa. Sabido

es que Alonso Cano obtuvo en 1652 la colación de racionero en la catedral de Granada, y que si bien su carácter independiente y desabrido fué causa de que durante algunos años ni se ordenase *in sacris*, ni se sujetase á hacer vida de eclesiástico, sus peloteras y reyertas con el respetable cabildo á que pertenecía tuvieron término en 1658, en que, declarada vacante la ración, quejándose el artista al Rey del despojo y dándole el Obispo de Salamanca una capellanía por empeño de la corte, y ordenándole á título de ella de subdiácono, mandó Felipe IV, por cédula de 14 de Abril, que se le restituyese su ración con los frutos caídos. Desde entonces Cano no volvió á hacer cosa alguna que desdijese de la conducta propia de un buen eclesiástico, y de consiguiente no es posible admitir que en esta época, ni despues, usase el traje seglar de que vemos revestido al escultor retratado por Velázquez.

Y vamos por fin á la razón más concluyente. Existió en la *Galería española* del Louvre, formada por los años de 1837 á 1839 para el rey de los franceses, Luis Felipe de Orleans, por el Baron Taylor y por nuestro difunto amigo el distinguido pintor Mr. Adrien Dauzats, un retrato genuino y auténtico de Alonso Cano, que reprodujo el escritor inglés W. Stirling en su conocida obra titulada *Anales de los artistas de España (Annals of the artists of Spain)*. Este retrato, cuyo actual paradero ignoro, pero que el lector curioso puede ver en la citada obra, perfectamente grabado en acero por H. Adlard, representa al célebre racionero artista en una edad próximamente igual á la del sujeto retratado por Velázquez, pero sin bigote ni perilla, ni accidente alguno secular, vestido de eclesiástico, con un balandran severo y el correspondiente solideo, teniendo en la mano derecha un libro de rezo divino, como cumplía á su sagrado carácter. Esta semblanza, ejecutada sin duda alguna por el mismo Cano, ofrece la particularidad (dicho sea de paso) de tener pintado en el fondo, cerca de la oreja del retratado, un moscardón, emblema acaso de los inoportunos recuerdos de la pasada vida de agitación y disgustos que áun zumbaban en sus oídos. Ahora bien, esta efigie, semejante en un todo á otro retrato del propio Cano, pintado también por él mismo, aunque en busto, y que se conserva en la *Galería Iconográfica* del piso alto del Museo de Madrid, ninguna analogía ofrece con el personaje escultor á quien consideramos hasta ahora injustamente despojado de su estado civil, ó sea de su legítima personalidad y nombre. El verdadero Cano, según los dos retratos auténticos que acabamos de citar, es un hombre de rostro delgado y nariz larga, de una osatura más delicada que robusta en la parte inferior de la cara, si bien amplia y hombada en la frente; y el desconocido á quien una tradición irreflexiva había hecho usurpador del nombre del pintor racionero, ofrece, por el contrario, una cara ancha y un tanto achatada, de nariz ántes corta que larga, de mandíbula inferior enérgicamente pronunciada y recuadrada, de una conformación huesosa distinta de la de aquél. Esta prueba fisiológica, por decirlo así, anatómica, me parece concluyente tratándose de dos retratos ejecutados por dos buenos pintores que saben caracterizar como conviene sus modelos; porque, si bien puede objetarse que hasta la misma osamenta humana sufre alteraciones en las diferentes edades de la vida, en el presente caso, en que se trata de confrontar dos

retratos que corresponden á una edad misma, no cabe semejante reparo.

Vemos, pues, que no es Alonso Cano el escultor retratado por Velazquez. ¿Quién será entonces? Una visita fortuita á la pequeña pero interesante colección de sevillanos ilustres que conserva en sus Casas Consistoriales la afamada reina del Bétis, me proporcionó en estos últimos años el germen de la idea que fructifica hoy como devolucion al misterioso retrato de Velazquez de su perdido y glorioso nombre. Me explicaré.

Entre las efigies de hijos preclaros de Sevilla á que acabo de aludir, habia una que me llamó poderosamente la atención por el carácter enérgico que revelan la severa línea superoilar bajo la cual irradian unos hermosos ojos negros, la cuadratura de la mandíbula inferior, amplia y bien contornada, y la nariz, un tanto espadada. «¿Quién es este personaje?»—pregunté.—Es el famoso escultor Juan Martínez Montañes—me respondieron.—Pues necesitamos—añadí—una buena copia de este interesante retrato para el naciente Museo Iconográfico nacional. »

Así lo propuse en Madrid, y muy pronto fué la copia ejecutada magistralmente.

Cuando, por resultado de las diligencias practicadas para esta conveniente adquisición, tuvimos en la corte el fiel trasunto del retrato de Montañes, ejecutado por un distinguido artista de Sevilla; no bien observó el actual Director del Museo del Prado, D. Federico de Madrazo, la bien pintada y atractiva figura del célebre autor de tantas bellísimas imágenes y retábolos con que se enorgullece toda la Andalucía, al momento echó de ver que el personaje que teníamos delante de los ojos era ni más ni ménos, salva la importuna máscara de la vejez, que el escultor del lienzo número 1.091, cuyo nombre andaba perdido sabe Dios desde cuándo, y al cual posteriormente, sin duda por no dejar anónima tan soberbia efigie, se habia aplicado impropia é irreflexivamente el nombre de Alonso Cano. Era á la sazón Director de la gran Pinacoteca del Prado el malogrado D. Francisco Sans; allí estaba él cuando el lienzo remitido de Sevilla fué reconocido: allí me encontraba yo también como individuo de la Comisión ejecutiva de la Junta Iconográfica, y todos convinimos en la identidad del sujeto, y celebramos el feliz hallazgo que devolvía al admirable retrato de Velazquez su estado civil perdido.

No eran, en verdad, idénticos los dos retratos: habia del uno al otro, según indicado, la diferencia que hay de una persona en su plena virilidad á la misma persona en su edad senil; el de nuestro Museo representa al Martínez Montañes de Sevilla con unos veinte años más; es decir, que si el retrato ejecutado por Velazquez figura un hombre de sesenta y cinco años, el retrato traído de Sevilla sólo nos da un hombre de cuarenta y cinco.—Veamos si los datos ciertos que tenemos acerca de la biografía del famoso escultor de Alcalá la Real encajan con nuestra aseveración.

Iguórase en qué año nació Martínez Montañes; pero por la firma que puso en la peana de plata del *Niño Jesus* que ejecutó para la Hermandad del Santísimo, con destino al Sagrario de la Catedral hispalense, se sabe que en 1607 era ya un artista aventajado. Siendo ésta la obra más antigua que de su mano se conoce, podemos conjeturar que tendria unos veinticuatro años cuando la hizo, y que naceria hacia

el 1583 próximamente. Siete años más adelante, á los treinta y uno de edad, bien pudo ejecutar el célebre crucifijo que el arcediano de Carmona y canónigo de Sevilla, D. Matheo Vazquez de Leoa, regaló en 1614 á la Cartuja de las Cuevas. ¿Hay edad más á propósito que la de los treinta á los cuarenta años para llevar á cabo grandes obras estéticas? Ahora bien, si el retrato traído de Sevilla representa como unos veinte años ménos que el ejecutado por Velazquez, existente en el Museo del Prado; si damos á aquél unos cuarenta y cinco años de edad, y á éste unos sesenta y cinco, el retrato de Sevilla resultará ejecutado en 1628, y el del Museo de Madrid en 1648: y así aqui dos fechas que caen de lleno dentro del ciclo glorioso en que la pintura española llega á su apogeo mediante el incomparable genio de Velazquez. En efecto, en 1628 acababa el gran pintor sevillano de alcanzar, con su lienzo de la *Expulsion de los moriscos*, un ruidoso triunfo en la Corte, y en 1648 emprendia su segundo viaje á Italia, despues de haber iniciado, con los retratos de los enanos y bufones del Alcázar-Palacio de Madrid, aquel tercer grandioso estilo que á tan característica manera trajo en el periodo postrero de su vida artística.

No nos fijemos en la fecha de 1628, en que suponemos pintado el retrato de Sevilla: aunque este retrato aparece ejecutado con una seguridad y una robustez que recuerdan en todo el primer estilo del mismo Velazquez, constando que éste no estuvo por entonces en Andalucía, y no habiendo datos para afirmar que Montañes viniese en dicha época á Madrid, debemos desechar la idea de que sea también obra suya aquella primera efigie. Pudo quizá pintarla Zurbarán, artista de treinta años á la sazón, y único entre los demas pintores de aquel tiempo en quien reconocemos la energía de color y la ciencia de dibujo que dicho retrato demuestra.

Vengamos, pues, á la otra fecha de 1648. ¿Pudieron entonces comunicarse personalmente Martínez Montañes y Velazquez? Nada hay que á ello se oponga.

Estos dos grandes hombres, que ya se habian conocido en Sevilla por la amistad de Montañes con Pacheco, suegro de Velazquez, debieron tratarse en Madrid con alguna intimidad, por lo ménos desde el año 1636. Un acontecimiento artístico, que, superficialmente considerado, presenta sólo ideas de grandiosidad y fausto risueño, y que estudiado detenidamente y en su recóndito proceso revela tristes conexiones con incidentes políticos de carácter dramático y sangriento, habia reunido á aquellos dos genios andaluces en las orillas del Manzanares. Montañes habia sido llamado á Madrid durante las negociaciones entabladas con el Gran Duque de Toscana para obtener de un insigne estatuario y fundidor florentino la efigie ecuestre de Felipe IV, que tanta celebridad ha alcanzado despues. La historia de este insigne monumento de la escultura italiana del siglo XVII no es conocida sino á medias. Reproduciendo Stirling las noticias dadas al público por Cean Bermudez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes*, y por D. Antonio Ponz en su *Viaje de España*, cuenta (1) que despues de regresar Velazquez de su primer viaje á Italia, y de haber pintado el retrato del príncipe D. Baltasar Carlos, fué consultado por el Conde-Duque de Oliváres y por el Rey sobre el modo de erigir á S. M. una esta-

(1) *Velazquez and his works*, capít. VI.

tua de bronce en los jardines del Buen Retiro, y que elegido el florentino Tacca para que ejecutase esta obra, el privado escribió al gran Duque y á la gran Duquesa de Toscana á fin de obtener su mediacion en el asunto. Habiéndose resuelto que la estatua fuese ecuestre, y que al caballo estuviese representado en corveta ó al galope, el gran Duque sugirió la idea de que se mandase á Florencia un modelo en la actitud elegida por Felipe IV, juntamente con su retrato en busto, pintado de tamaño natural, á fin de que sirviese de norma al estatuario; y entónces fué llamado á la corte el escultor sevillano Martínez Montañés, para que hiciese de hulto el referido modelo del Rey á caballo, en la postura misma en que le habia representado Velazquez en un boceto aparte. Referida de esta manera compendiosa y sumaria, nada de particular ofrece la historia del famoso caballo de bronce; pero estudiada á la luz de los documentos diplomáticos de aquel tiempo, presenta un interes de todo punto excepcional y novelesco.

En efecto, corria el año de 1636: el altanero Conde-Duque de Olivares, que pretendiendo introducir austeras reformas al inaugurar el reinado de Felipe IV, sólo habia inaugurado una serie de placeres y funestas diversiones para el joven Monarca, y para si una intrincada cadena de malogradas empresas, despillarraba su actividad y las últimas migajas de la hacienda de España en ardides con que persuadir al Rey de que no habia monarca más grande que él en la tierra. La nacion española prodigaba su sangre en la ilusoria empresa de conservar sus dominios; ayudaba fraternalmente al Austria imperial, compartiendo los laureles de Nordlinga, y aunque veia destruidas por los holandeses sus escuadras, mal seguras sus fronteras, eclipsada la estrella de su gloria militar, desconcertado su régimen interior y corrompidas sus costumbres públicas, amoldadas á las de una corte disipada, jactanciosa y disoluta; adormecida en la confianza de que velaba por ella un genio superior, capaz de hacer frente á todos los azares de la fortuna, no presentia que iban á hacer explosion, con medio año de intervalo, dos pavorosas minas, una en Cataluña y otra en Portugal, «cargadas, segun la feliz expresion de nuestro amigo don José Maria Quadrado (1), por la opresion y los desaciertos de esa misma corte de Madrid, aun más que por la mano de Richelieu, encendiendo en la península ibérica dos espantosas guerras civiles con apoyo extranjero, que habian de poner á dura prueba la unidad nacional.» La campaña que nuestra nacion sostenia aquel año no era en verdad favorable á las armas enemigas, ni en ambas orillas del Rin, ni en la Alsacia, ni en los Países-Bajos, ni en Parma y Milan, ni en la Valtelina y país de los Grisones, ni en el Franco-Condado y Picardía: los españoles, imperiales y flamencos habian amenazado á Paris. ¿Qué mejor ocasion para ensalzar el nombre y la gloria del Rey Católico erigiéndole monumentos imperecederos? Pero no habia en España quien supiese erigirlos.

En Florencia descollaba como hábil estatuario un discípulo del célebre Juan de Bolonia, de aquel artista afortunado que, habiendo recibido lecciones y consejos del gran Miguel Angel, se hizo aplaudir en Italia, en Francia y en

España con sus estatuas ecuestres de Cosme I de Médicis, de Enrique IV y de Felipe III. Pietro Tacca, tal era su nombre, habia ayudado á su maestro en la obra de la famosa estatua ecuestre de Enrique IV, del Puente Nuevo de Paris, y hacia pocos años que la Reina de Francia, la célebre Maria de Médicis, le habia recompensado enviándole trescientos escudos de regalo por el busto de bronce que hizo de su padre el gran Duque Francisco. Este era el artista á quien convenia encomendar el monumento representativo de la grandeza del monarca austro-hispano. Diósele, pues, el encargo, por conducto del gran Duque Fernando II, y tomando el estatuario la cosa con empeño, por servir á su señor, hizo brevemente un primer modelo representando al augusto retratado como de paseo; pero el gran Duque previno á Tacca que el Rey gustaria de que la postura del caballo fuese *en chazas*, esto es, en equilibrio sobre el anartr trasero, con las manos levantadas, y en esta alternativa se tuvo por más acertado que su Alteza escribiese pidiendo á S. M. un modelo en la actitud que hubiera de tener la estatua. Con este motivo ejecutó Velazquez su boceto, como todos saben, representando al Rey á caballo de la manera dicha, y en otro lienzo aparte, al mismo Rey de medio cuerpo y de la más escrupulosa semejanza, á fin de que el escultor, aun sin tener delante al egregio personaje, lo sacara parecido. Mas no se tuvo esto por bastante, y entónces fué llamado á Madrid Juan Martínez Montañés para que hiciese en pequeño una estatua ecuestre de S. M., que vino á ser el verdadero modelo de la que hoy admiramos en bronce.

Tenemos, pues, á nuestro escultor granadino dejando á Sevilla á los cincuenta y tres años de edad próximamente, para trasladarse á la corte, donde se le mandó ejecutar el modelo de escultura para el llamado *caballo de bronce*: comision que, en los siete meses largos de su permanencia en Madrid, donde consumió sus escasos recursos pecuniarios, cumplió tan á satisfaccion del Monarca, que al punto fué su obra enviada á Florencia. Notable debió ser el trabajo ejecutado por Montañés, segun lo celebrado que fué en la corte, en Sevilla, emporio artístico, donde el escultor tenia su habitual residencia, y en la misma América, adonde se habia dilatado su fama. Su amigo Juan Bautista de Tapia, en carta desde Méjico, con fecha de 21 de Junio de 1647, le daba el parabien «por saber la ocupacion en que su Majestad le habia puesto, y el buen aire con que salió de ella, muy propio de todo lo que es cargo de su cuidado.» Lástima es que aquella estatuilla no se haya conservado. Con el boceto de Velazquez y el retrato de medio cuerpo del Rey, quedaria en Florencia en el estudio de Tacca. Dejemos consignado al ménos que la obra de Montañés, ya que tan celebrada fué, debió ser la guia principal para el trabajo en grande del estatuario florentino, y que no es justo que, por atribuir esta gloria exclusivamente á Velazquez, á quien le sobran coronas, se arrebatase de las sienes del escultor andaluz, que trabajó con él en el proyecto del caballo de bronce, el lauro que de derecho le pertenece.

El pago que por ella recibió fué el que se desprende del siguiente pedimento, dirigido al Tribunal de la Contratacion, que descubrió Oean en el Archivo de Indias de Sevilla, firmado de su mano, en 19 de Setiembre de 1648, y que debe existir allí con los autos á que corria unido: «Juan Martínez Montañés, escultor y arquitecto, me presento ante V. S.

(1) *Discurso sobre la Historia antigua*, continuation del de *Boissac*. Tomo II, Edad recienra, xxv.



RODILA CINCELADA Y REPUJADA, POR BENVENUTO CELLINI. — (Museo de Turin.)

y digo: Que por mandado de V. S. se me ha notificado que alegue de mi derecho en razon de que se me dé licencia para nombrar una nao de visita en esta flota de Tierra-firme, en virtud del privilegio que S. M. me concedió por sus Reales cédulas, que tengo presentadas ante V. S.; y afir-mándome en lo que tengo dicho en mi pedimento, digo: que, por carta de S. M. fui llamado para hacer un retrato de su Real persona, para enviar al gran Duque de Floren-cia, que lo envió á pedir porque estaba haciendo un caba-llo, y que para que viniese (el caballo) á su Real persona, convenia se le enviase el dicho retrato, y para este fin dexé mi casa y ocupacion, y asistí en su Real córte más de siete meses, con que se consiguió el intento para que fui llama-do; y lo hice tan á satisfaccion de S. M., que luego se remiti-ó á Florencia al gran Duque; y en satisfaccion y pago de este servicio hecho á su Real persona, me hizo merced de una visita de nao, que es la que tengo presentada, para que navegue de marchanta en una de las flotas de Tierra-firme ó Nueva España; y por haber habido falta de naos, y dar lugar á que los demas tuviesen cabida, lo he remitido hasta el presente año desde el de 1636, que fué en el que S. M. me dió la dicha cédula. Por tanto, á V. S. pido y suplico que, atento á que ésta es paga de mi trabajo y de servicio hecho á su Real persona, y no á otros títulos, como son los demas, y que el día de hoy estoy viejo y necesi-tado, y con muchos hijos; y que habiendo dado lugar á los demas para que tuviesen cobimiento, no lo han hecho, y agora me pretenden quitar mi justicia, siendo, como es, paga de tan gran servicio, en que gasté mi caudal, y aten-to á lo alegado, V. S. se servirá de mandar se me dé licen-cia para que nombre nao, que estoy pronto á nombrarla. Pido justicia, etc., JEAN MARTINEZ MONTAÑÉS. »—; De los aplausos de la córte, de Sevilla y de América, poco fruto habia sacado el artista!

La triste inopia, sombra inevitable del derroche, era el estado habitual de la administracion de la Casa Real y del Estado en aquellos tiempos de relumbro y miseria. Se ha-cían gastos sin medida ni compas, pero nadie cobraba sino á repeones. ¿Qué mucho que estuviera sin saldar en 1648 el servicio prestado por Montañés en 1636, cuando para pagar la balaustrada de la escalera del Alcázar Palacio de Madrid, fundida en Liérganes, hubo que vender en 1639 la jurisdiccion y vasallaje del lugar de Añover, y para en-tregar algun dinero á buena cuenta á Pedro de la Sota, que habia fundido en 1640 las águilas y cogollos para el *salon-cilla* del mismo Palacio, hubo que adjudicarle en 1646 una reja de la almoneda de D. Rodrigo Calderon, que se habia sacado á subasta? Mientras los artifices y artistas perdio-seaban, los magnates cosechaban mercedes de todo género, títulos, sneldos pingües en la alta servidumbre de los re-yes, alrroicias, regalos, dotes y otros beneficios, á costa de las rentas públicas y de los recursos eventuales obtenidos de los pueblos con injustificados tributos, y disfrutaban de los públicos festejos que el ingenio de aquellos pobres pá-riás organizaba para amenizar con desusados regocijos la noble holganza señorial. Es por demas curiosa la relacion que tenemos formada de los gastos que hacia la Casa Real reinando Felipe IV, en contraste con la ruindad que domi-naba en los fratos con los pintores, escultores y demas ar-tistas empleados en servicio del Rey: relacion veridica á

fuer de auténtica, y sacada por nosotros mismos á punta de pluma de documentos del Archivo de Palacio, cuyos legajos no citamos, porque tal vez habrán variado última-mente de lugar y de signatura á causa de la nueva y metó-dica clasificacion que en el referido Archivo está ahora lle-vando á cabo su celoso é infatigable Jefe, el Sr. D. José Güemes. No siendo nuestro ánimo apurar esta inagotable materia, sino sólo ofrecer unos pocos ejemplos saltados, nos limitamos á los siguientes datos de aquel reinado.

La Reina y la Infanta cobraban para su bolsillo cada mes, por mano de la camarera mayor, y como *ordinario*, 600 doblones de á dos escudos de oro; los 500, para la Rei-na; los 100, para la Infanta.

El gasto mensual *ordinario* de la cámara de la Reina era de 4.000 ducados de plata.

El gasto ordinario de la despensa de la casa de la Reina importaba al año 72.804.000 maravedises.

La Condesa de Medellin, camarera mayor de la Reina, cobraba por sus *gajes* un cuento de maravedises cada año.

Lo mismo cobraba á título de *recompensa* la Marquesa de Santa Cruz.

La Condesa de Salvatierra, aya de la infanta doña Mar-garita María de Austria, recibia todos los meses 100 doblones de á dos escudos de oro para los gastos de su cámara, y por el asiento de *dueña de honor* gozaba al año 300.000 maravedises.

La Condesa de Santistéban, dueña de honor de la Reina, tenia de *gajes* otros 300.000 maravedises anuales.

La Condesa de la Torre, dueña de honor de la Reina tam-bien, percibia anualmente por *gajes* 750.000 maravedises.

El Conde de Alba de Liste cobraba 131.400 maravedi-ses al año como gentilhomme de cámara del Príncipe don Baltasar (que habia fallecido en 1646).

El guardajoyas de la Reina tenia al año 150.000 mara-vedises.

Las damas de la Reina, cuando dejaban de serlo y toma-ban estado, recibian un cuento de maravedises.

Cada vez que se casaba en Palacio la hija de algun gran-de, se le daban de ayuda de dote *dos cuentos* de mara-vedises.

La saya del vestido con que entró en Madrid la reina doña Mariana de Austria le costó al Rey 1.122.000 mara-vedises.

El vestido y azafates que la Infanta regaló á la Reina al siguiente día de su entrada en Madrid, costaron 50.000 reales vellon.

Prescindimos de lo que se despilfarraba en los toros, ca-ñas, comedias, mascaradas, sarros y demas regocijos, como tambien en las costosas solemnidades religiosas, fu-nerales de principes, traslaciones de sus cadáveres, etc. Se derramó el oro á manos llenas en la conduccion del cuer-po del príncipe D. Baltasar desde Zaragoza al Escorial, en los trece dias transcurridos desde el 16 al 29 de Octubre de 1646, durante los cuales se consumieron más víveres y efectos que hubiera podido costar la fundacion de una co-lonia ó el socorro de una plaza sitiada, formando un gru-so volúmen las cuentas de lo gastado en aquella ocasion en cera, panaderia, paneteria, aposentos, raciones, acemile-ria, carrunjes, cava, literas, doradores, vidrieros, embal-samadores, busier, potagier, fruítier, confitero, tapice-

ria, etc. Nada decimos tampoco de las cuentas exorbitantes de los sastres que hacían los trajes de regalo de los príncipes y princesas; de los joyeros y demás artifices puestos á contribucion por la vanidad y acosados, muy á gusto suyo, con pedidos siempre urgentes; ni aun de los constructores de juguetes ingeniosos, como cierto Jorge Salvador, que, por encargo del Conde-Duque, fabricó para aquel malogrado príncipe heredero autómatas sorprendentes, que costaron un sentido Dios sabe á quién. No terminaríamos este artículo si hubiéramos de historiar necias prodigalidades de aquel reinado, enteramente desconocidas, que los libros impresos no han consignado aún, con ser tantas las ya historiadadas. Pasemos á poner de manifiesto la retribucion que por las obras de su genio alcanzaban los más afamados artistas de aquel siglo de oro de la pintura española.

Velazquez, sabido es ya de todos, sólo obtuvo del augusto Mecenas la suma de 100 ducados por su admirable lienzo de *Baco coronando á unos borrachos*.

Francisco Camilo había pintado en la galeria de palacio que miraba á Poniente nada ménos que *atorce historias* de diferentes tamaños, al óleo, y reparado otras cinco de pintura al fresco, que se habian estropeado para abrir unas ventanas y una puerta dando luz á una pieza oscura y al salón grande del cuarto del Rey. Al acabar su obra, fué nombrado Alonso Cano por S. M. y por el pintor para que la tasase. Hizo Cano su tasacion en 7 de Noviembre de 1643, ante Diego Martinez de Noval, escribano de cámara de la Junta de Obras y Bosques, con asistencia de Juan Gomez de Mora, maestro mayor que fué de las obras de Palacio, y declaró que el justo precio y valor de las pinturas referidas importaba 15.650 reales vellon. Es decir, que las composiciones, históricas, ó mitológicas, ó alegóricas (que todo se comprendía entonces bajo el nombre de *historias*), de un artista que gozaba de reputacion suficiente para ser llamado á pintar en el cuarto del Rey, no merecian ser pagadas, y esto en el concepto de un hombre que se creia capaz de comprender y sostener la dignidad del arte, como Alonso Cano, á más de unos mil reales cada una. ¿Tal poder tiene la funesta atmósfera de servidumbre, cuando en ella se vive, para rebajar los más nobles instintos!

Pues otro pintor de no ménos crédito, Ángel Nardi, tunó á destajo la pintura de la alcoba de aquella misma galeria de Poniente, y se estipuló que su obra seria pagada á tasacion. Terminado su trabajo, fueron nombrados tasadores, por parte de S. M., Julio César Semín, y por Nardi, Juan Bautista Santulio: reconocieron éstos lo que el artista habia ejecutado al óleo y al temple, y dorado y *escuracido al óleo* (porque Nardi era pintor decorador), así en la alcoba donde S. M. cena, como sobre la chimenea y á su lado, y además lo que habia aderezado en la alcoba de la torre del Despacho y los remiendos (*sic!*) en lo dorado de ella, ¡y lo valoraron en 987 reales!

Alonso Cano, aquel hombre independiente y adusto, que, siendo maestro de dibujo del Príncipe heredero, trataba á su augusto alumno con dureza y desabrimiento, obligándole á quejarse á su padre el Rey, aceptó en 1641 el pintar para el dormitorio de éste dos cuadros en 120 ducados cada uno: cuadros que habia de dar concluidos para fin de Mayo de aquel año, rebajándosele treinta ducados si no los entregaba en dicho plazo. Concierto tan humillante por la

cuanta cuanto por la forma, é indigno de un artista de su mérito. Y el mismo contrato hicieron para la ejecucion de otros cuadros destinados al mismo aposento, Antonio Arias, Francisco Camilo y Francisco Polo, en el propio año 1641, descendiendo todos ellos á la modesta esfera de artesanos y destajistas. Porque el arte era á la sazón mirado como oficio, y como simples *oficiales de manos* los más insignes pintores y escultores, dígame lo que se quiera de los honores y distinciones otorgados á los ingenios españoles por los reyes de la casa de Austria.

Que se aplandiese, pues, la obra de Juan Martínez Montañés, y á él se le dejase volver á su casa de Sevilla triste y cabizbajo, sin más recompensa que una real cédula en el bolsillo para cobrar un derecho eventual; que despues de tenerle trabajando en Madrid más de siete meses, viviendo de sus anteriores ahorros, se le dejase ir con las manos vacías á consolarse de tanta desilusion en su modesto hogar y en el seno de su familia, desenlace era muy de la índole de aquellos personajes. Pero dejemos á Montañés en la ciudad del Bétis departiendo con su mujer, D.^a Catalina de Sucedó, con sus dos tiernas hijas y con sus tres hijos varones, sobre los falsos esplendores y los desengaños de la corte, y también—¿por qué no?—sobre las esperanzas de lograr algun dia el fruto de la gracia obtenida; y volvamos la vista al singular espectáculo de un monumento que va gradualmente llegando á su perfeccion al mismo tiempo que va miserablemente bajando, en la escala del prestigio y de la grandeza, el personaje en cuyo honor se levanta.

No consta que el estudio de Tacea en Florencia, cuando ejecutaba la estatua ecuestre de Felipe IV, fuese visitado por ningun general español de la talla del famoso Fernando Gonzaga, que visitaba en Milan el estudio de Leone Leoni cuando hacia éste el soberbio grupo de Carlos V con el furor otomano encadenado á sus piés. Verdad es que habia diferencia del uno al otro tiempo, y mayor aún de unos á otros generales, exceptuados Ambrosio Spínola y Filiberto de Saboya.

Pero el estatuario florentino demostró no ser inferior al célebre escultor de Arezzo. Progresaba la obra con rapidez; en Marzo de 1638 estaba ya en disposicion de ser fundida. El artista se entendia con el gran duque Fernando, el cual, por medio del superintendente Arrighetti, le comunicaba sus resoluciones. Con fecha del 13 del referido mes de Marzo, anuncia Pietro Tacea á su soberano que la estatua sale más cara de lo que en un principio se habia calculada; que de los 8.000 escudos destinados á ella, se han gastado ya 6.500, sin contar los mil que se han perdido en el modelo en actitud de paseo, el cual quedó inservible; y que para terminar la fundicion, que va á hacer en catorce trozos, necesita se le libren los 1.500 escudos restantes. Pide informe el gran Duque al superintendente; éste lo evacua en 17 del mismo mes, manifestando: que era muy sensible que por causa del sistema seguido en esta obra, de no haberla contratado á destajo con el artista, le saliese á S. A. tan cara; que las otras estatuas ecuestres contratadas con Juan de Bolonia, del año 1601 al 1607, sólo habian costado 5.500 escudos cada una, mientras que la del Rey de España costaba ya más de 8.000 escudos, sin contar el trabajo del escultor y el de su hijo que le ayudaba; y finalmente, que toda vez que ya no habia remedio, se le podia dar á Tacea

lo que pedía, considerando que ni aun los mismos profesores pueden siempre hacer con exactitud el presupuesto de semejantes obras, y que la de que ahora se trataba resultaría siempre superior á las otras cuatro mencionadas.

Razon sobrada tenía en esto último el superintendente, porque pocas estatuas ecuestres se habían erigido en Europa que pudieran compararse con la de Tacea: la apostura elegante y marcial del jinete, la belleza del tercio anterior del caballo, la dificultad de representar á éste en *chassus*, sostenido solamente en las piernas y en la rozagante cola—problema de estática en cuya solución se supone que intervino el famoso Galileo—hacían de esta obra una verdadera maravilla; aun prescindiendo de la extraordinaria verdad con que estaban modelados la cabeza y los extremos del personaje y todas las formas del noble bruto, y de la exquisita delicadeza con que estaban tratados todos los accesorios, la rica armadura, la bota, la banda de seda con sus puntas de encaje flotando al viento, y todas las partes que acompañan el sencillo al par que lujoso jaez del caballo.

El gran Duque, pues, sufragaba todo el gasto, y así lo expresa el arandito colector (1) de la interesante y poco conocida correspondencia que acerca del *caballo de bronce* y de su conducción á España existe en los archivos del antiguo Estado toscano, en una curiosa nota á la carta dirigida por el superintendente Arringhetti al gran Duque. En esta nota extracta el mencionado colector las cartas que sobre dicho asunto dirigió á su corte el embajador florentino cerca de Felipe IV, monseñor Octavio Pucci, á quien llamaban Octavio Puicha nuestros noticieros de aquel tiempo; y de ello deducimos que en 1640, cuando la obra de Tacea estuvo terminada, esto es, esmeradamente cincelada en todos sus pormenores y accesorios, como era costumbre de los estatuarios florentinos el hacerlo, y por sus propias manos, en los trabajos de empuño que ellos por sí mismos fundían, se la encaminó á su destino por la vía de Liorna, embarcándola en este puerto con rumbo al de Cartagena, donde habían de encargarse de recogerla las personas que comisionára al efecto el Conde-Duque, de cuya cuenta correría desde entonces el gasto. El gran duque Fernando II, con un desprendimiento que honra á su memoria, no sólo regalaba al Rey católico la estatua, que como queda dicho le costaba más de 8,000 escudos, y se la situaba en Cartagena, sino que además pagaba la gente necesaria para su conducción desde Cartagena á Madrid, y para la erección del monumento en la corte. Eran entre las personas diputadas al efecto, entre las cuales figuraban Attilio Palmieri, discípulo de Tacea, y un hijo de éste llamado Fernando.

Llega la estatua á Cartagena, el embajador florentino Octavio Pucci se apresura á dar la noticia al Conde-Duque, y éste le invita á comunicársela personalmente al Rey. Felipe IV la recibe, como era de suponer, con gran satisfacción. Entre tanto, el de Oliváres encarga á Fernando Tacea que haga cuatro leones de bronce para decorar el pedestal sobre que ha de elevarse la estatua ecuestre en los Jardines del Buen Retiro, y ya Felipe *el Grande* se contempla puesto á la pública espectación en aquel teatro favorito de sus liviandades de su corte, y admirado en simulacro impercedero como el monarca más poderoso del orbe. El indo-

lente Rey, que desde que se encargó á Florencia su estatua ecuestre ha visto ya invadidos sus dominios por Condé en Fuenterrabía y en el Rosellon, humillada la bandera naval española por Tromp en el Canal de la Mancha, y por Guillermo Looft en los mares del Brasil, y rendido Turin al Conde de Harcourt, es decir, perdido en el Piemonte lo que tanto le había costado ganar en los años anteriores; desvanecido por el incienso de una grosera adulación, acaba de ver sin sonrojo cómo su corona conal rueda á los piés del ambicioso Richelieu, que tñe su púrpura cardenalicia en la sangre del desgraciado Santa Coloma, y cómo su perla portuguesa brilla en la nueva corona del Duque de Braganza. Sí, el rey D. Felipe IV va á pasar á las edades futuras en simulacro de bronce, inaugurando cabalmente su camino á la inmortalidad el año mismo en que los dos estados más ricos de la Península ibérica, Cataluña y Portugal, se desprenden de su autoridad escarnecida, como caen las manzanas del árbol sacudido por el vendaval.

Pero el caso era que con el desconcierto de la Hacienda y las urgencias de las dos nuevas guerras que dentro de España era preciso sostener, el Tesoro estaba exhausto, y no había dinero ni aun para traer el caballo de bronce de Cartagena á Madrid. En vano Attilio Palmieri tomaba en aquel puerto disposiciones para que la traslación de la gigantesca mole se efectuase con toda felicidad: nadie de parte del Conde-Duque se presentaba á recogerla; el embajador Pucci, por otro lado, le participaba que en el Buen Retiro, sitio destinado para erigirla, no se hacía preparativo ninguno. Transcurre así el tiempo en completa inacción: Fernando Tacea se halla en Madrid hace bastantes meses sin poder dar un paso en la obra del pedestal, que particularmente se le ha confiado; su padre acaba de morir; el gran duque Fernando le autoriza á aceptar todas las obras que el de Oliváres le encargue, recomendándole que se las haga pagar adelantadas—¡tal idea tenía del estado de nuestra Hacienda!—Y cansado por fin de dilaciones y de tener en Cartagena la gente ociosa, devengando dietas sin ventaja alguna, manda el gran Duque á Fernando Tacea y á sus compañeros que lo abandonen todo y pidan licencia para volverse á Italia. Esto ocurría ántes del mes de Octubre de 1641: año funesto, de monstruosos sucesos, preparados por la deslealtad, el falso honor, la doblez y la perfidia: los cuales invaden de tropel el campo de la política, disputando la realidad su enérgico colorido á los pavorosos delirios de la musa dramática castellana de aquel tiempo.

En este año precisamente, alentado con la buena proporción que para cualquier acto temerario ofrecían la debilidad del Gobierno de Madrid, la desmembración de Portugal, la rebelión de Cataluña y la pérdida ya inevitable de los Países-Bajos, concibe el turbulento Marqués de Ayamonte el proyecto disparatado de proclamar rey de Andalucía á su pariente el Duque de Medinaceli, hombre de más ambición y vanidad que talento, y hasta logra el beneplácito del magnate para la realización de aquel sueño, ó sea de aquel peligroso cuento de hadas. Pero dispone la Providencia que la traición del de Ayamonte sea descubierta y castigada con la pena del talion: porque del mismo modo que acababa él de frustrar una conjuración urdida contra el nuevo rey D. Juan IV de Portugal, á la cual tal vez el Conde-Duque no era extraño, interceptando la carta en que

(1) El Dr. Gage: *Coraggio medito d'artisti del secolo XIV, XV, XVI*. Tomo III.

se daba aviso á éste del día en que había de estallar, entregándosele al Duque de Braganza, y siendo su delación enusa de que corriera por el cadalso la más noble sangre lusitana; ahora, una mano diestra intercepta su correspondencia con el de Medinasidonia y con los factores del atentado en la corte de Lisboa, la presenta en Madrid al Conde-Duque, y cayendo veloz y sigilosa la mano de la justicia sobre el criminal, se halla éste reducido á estrecha prisión, con tristísimos presagios respecto de su fin. Con el de Medinasidonia se procede de muy diferente manera, porque le sirve de escudo su estrecho parentesco con el Conde-Duque. Úfrase todo el empeño en que no aparezca el blason de los Guzmanes afeado con la mancha de la deslealtad. El Duque es reo convicto y confeso de los abominables delitos de lesa majestad y de alta traicion, y, sin embargo, en Loeches, donde el de Oliváres le tiene más preso que alojado, es recibido del Rey todas las noches con alegre y disimulado semblante. Los proyectos que revuelve en su mente preocupada el Conde-Duque, no le dan descanso; es preciso á toda costa salvar la honra comprometida por un deudo ambicioso é imprudente. Sabido es que el honor castellano ofendido no retrocede ni aun ante el delito cuando busca su reparacion. Ya cuando el Duque de Medinasidonia titubeaba en venir de Andalucía y entregarse en sus manos, temeroso del merecido castigo, le había él escrito: «Es gran cosa que V. E. crea más á las estampillas que á un hombre que no puede quedar sin honra si V. E. pierde un pelo de reputacion; que me ha dolido tan en lo vivo del alma, que dije al Patriarca que me holgára más de haber nacido hijo de un sastre, que no en casa donde se hace tan poca cuenta de mí» (1).

Acaso mientras el de Oliváres meditaba á solas sobre el modo de soldar la quiebra de honor que amenazaba derrocar de su valimiento á la casa de Guzman, pudo ocurrirle la idea de poner término con un tósigo á las murmuraciones de la corte, á la vida de su culpado sobrino y de su cómplice Ayamonte, y á las locas maquinaciones de ambos.

Estaba, como hemos dicho, Fernando Tacca en Madrid, trazando el pedestal sobre que iba á erigirse el caballo de bronce en uno de los jardines del Buen Retiro. Fuese que se hubiera dado en alguna ocasion á conocer como experto en las manipulaciones químicas, y que la fama de tal hubiera llegado á oídos de los cortesanos allegados al Conde-Duque, ó fuese que alguno de los paniaguados de éste, sin más que por ser Tacca italiano, é industrioso como todos los de su nacion, sospechase que había de tener conocimientos en algo más que lo que constituía su ostensible profesion de artista, ello es que el jóven florentino se halló un día requerido á tener una entrevista misteriosa con el privado y con su sobrino D. Luis de Haro, los cuales, no sabemos si con rodeos ó sin ellos, ni con qué clase de preliminares, le brindaron á que hiciese unos venenos que se necesitaban para el servicio de S. M. No debía estar mal informado quien movió á aquellos personajes á dar semejante paso, porque Fernando Tacca aceptó el encargo, tomando muy al pié de la letra el consejo de su soberano de admitir cuanto le ofreciese el Conde-Duque, y el resultado fué que

de allí á pocos días se presentó á dichos señores con dos venenos, uno de nicotina ó álcali vegetal extraído de la planta del tabaco, y otro de arsénico.

El embajador Pucci sospecha que aquellos venenos están destinados á abogar, con la vida del Duque de Medinasidonia, sus futuras declaraciones, y á desahacerse de otras no ménos enojosas; y así lo escribe á su corte (2). Pero el desenlace del drama prueba que, ó varió de intencion el Conde-Duque, ó aquellos tósigos fueron pedidos para otros sujetos, porque el Duque de Medinasidonia pasó, de la noche á la mañana, de reo confeso á inocente calumniado: con arrogante ademán, para justificar su inocencia en público, desafió al Rey de Portugal por medio de carteles, que extendió por toda España, y aun por toda Europa, obligándose á mantener contra él el campo por espacio de ochenta días, en un llano cerca de Valencia de Alcántara, en la frontera de los dos reinos, donde, por haber falseado la fe á su Dios y al Rey, le provocaba á combate singular, cuerpo á cuerpo, con padrinos ó sin ellos; y para el Marqués de Ayamonte, llevado de una en otra prision, y tratado cada vez con más rigor, empieza una verdadera serie de infortunios, que sólo tendrán término con una sangrienta muerte al cabo de siete años, y cinco despues de la caída de Oliváres.

La estatua ecuestre de Felipe IV sale por fin de Cartagena con direccion á la corte, en Octubre de 1641, cabalmente cuando el Duque de Medinasidonia salía de Loeches, con direccion á Valencia de Alcántara, á mantener el campo contra el pérfido Duque de Braganza. Farsa pueril la de éste, no dejaba de ser farsa tampoco la que iba á consumarse en Madrid alzando un monumento de bronce á un rey á quien sólo por ironia, cuando no por adulacion indecorosa, podia aplicarse el epíteto de *grande*.

Cómplice insciente de aquella adulacion, pero desapropiado de toda vanagloria, el digno y modesto escultor Martínez Montañes seguía en su retiro de Sevilla labrando preciosas imágenes de talla estofada para los templos y hermandades de Andalucía, y acaso no sospechaba siquiera el sorprendente efecto que iba á causar entre el público madrileño la obra en que había empleado una parte tan integrante de su sér, cual era la bella y lozana inspiracion que el Tacca sólo había traducido á mayor escala.

Damos punto á este dramático episodio, en que se contiene la historia recóndita y documental del famosísimo *caballo de bronce*, y volvemos á la tranquila esfera en que junta el destino á nuestros dos grandes artistas, Velazquez y Montañes, el pintor y el escultor, tras largos años de ausencia, y para no volver ya más á verse en esta asendereada vida terrena. — El lector recuerda que supusimos posible el encuentro del uno con el otro corriendo el año 1648; y en efecto, nada más verosímil. Sale Velazquez de Madrid para su segundo viaje á Italia, en Noviembre de dicho año, un mes ántes de ser degollado en la cárcel de Segovia el infeliz Marqués de Ayamonte. Había de embarcarse en Málaga con el Duque de Nájera, que iba á Trento á esperar á la reina doña Mariana de Austria, segunda mujer de Felipe IV; pero siendo á la sazón expeditas las comunicaciones entre Sevilla y Málaga, ¿cómo resistir á la tentacion de volver á ver, una vez traspuesta la Sierra-Morena, la gran ciudad donde

(1) *Cortos de algunos padres de la Compañía de Jesús*, publicadas por la Real Academia de la Historia, tomo IV, pág. 163. — Copia de una carta del Conde-Duque para el Duque de Medinasidonia, de 1.º de Setiembre de 1641.

(2) Véase la obra citada del Dr. Gage, tomo III, núm. 441 y su nota.

se mecía su cuna, y donde había naturalmente de esperarlo con los brazos abiertos el digno escultor, su amigo desde la adolescencia, y con quien había trabajado en la corte en servicio de su Rey? Suponemos, pues, que Velazquez en esta ocasion pasó algunos días en Sevilla, y que allí pintó el soberbio retrato que ahora resulta ser de Montañes, de edad de unos sesenta y cinco años, dejándolo en su poder como prenda de una amistad tan generosa cuanto sencilla; y nos afirman en nuestra opinion dos circunstancias: primera, que el escultor está representado modelando en greda una cabeza de gran tamaño de Felipe IV, estudio que probablemente haria para remitirlo al Tacca juntamente con la estatua ecuestre que habia de servirle de modelo y guia para su obra, de la misma manera que Velazquez le remitia un boceto en pequeño de la estatua entera y ademas un busto del Rey en tamaño natural; y segunda, que con ser obra tan estupenda esta semblanza del célebre escultor granadino en sus postreros años, y con haber monopolizado, digámoslo así, el Palacio de Madrid todos los lienzos de Velazquez, este retrato no consta inventariado entre los cuadros de las colecciones de Felipe IV y Carlos II: prueba evidente de que no perteneció á ellas.

Tenemos, de consiguiente, en esta admirable obra del primer pintor español del siglo XVII, la efigie auténtica del

escultor andaluz más grande entre sus coetáneos; el retrato genuino del autor verdadero del modelo de donde salió la famosa estatua ecuestre conocida con el nombre vulgar de *caballo de bronce*; de aquel artista tan modesto y desinteresado, tan noble y leal, que, áun viendo mermada la grandeza de su Rey con la pérdida de unas provincias y la rebelion de otras, y escarnecida su autoridad por la perfidia de los mismos grandes, sus favorecidos, quiso ser retratado en el acto de una fiel obediencia al soberano que le empleó en su servicio, dando al olvido que áun no habia sido remunerado, ni lo sería probablemente en el resto de sus días. Murió Martínez Montañes en 1649, esto es, al año siguiente de retratarle Velazquez como de despedida, pues tan velozmente manchó entónces la tela, que no parece sino que le acosaban para la partida. Su pedimento de Setiembre de 1648, relativo á que se le diera licencia para nombrar nave en cumplimiento de la cédula obtenida del Rey en 1636, como pago de su servicio, no dió resultado alguno; fué menester que transcurrieran veintidos años ántes de que su viuda doña Catalina de Salcedo lograra la recompensa de aquellas fatigas. En efecto, en 1658 se le remitió de Portovelo una barra de plata, de valor de mil pesos de á ocho, á cuenta de la licencia de toneladas que habia vendido.

PEDRO DE MADRAZO.



¿ALGUIEN VIENE... — CUADRO DE ALICIA HAVERS.

BELLAS ARTES.



LABOREMUS.—(CUADRO DE NICOLÁS MEJÍA.)



EL BANQUETE DE LA GUARDIA CIVIL.—Cuadro de Van Der Helst (1). (E. II.)

LAS BELLAS ARTES.

NECESIDAD DE UNA NUEVA CLASIFICACION.

CUANTAS obras produce la actividad humana pueden agruparse en dos grandes categorías. Comprende la primera aquellas á cuya producción preside el intento de que sirvan de medio para satisfacer nuestras necesidades, y pudiendo ser bellas, afectan, sin embargo, un carácter predominantemente utilitario; pertenecen á la segunda las obras destinadas á la pura contemplación, en las cuales el elemento estético es el preponderante, por más que, respondiendo á superiores exigencias del espíritu y dando satisfacción á sus más altas aspiraciones, no sea lícito negarles una utilidad manifiesta. Valen más las primeras en tanto que mejor satisfacen las necesidades que determinan su producción; avalóranse las segundas por el modo más ó ménos elocuente y original de expresar la belleza, y por su poder de despertar la emoción estética en el ánimo de los espectadores.

Semejante distinción, que más está en el propósito del artista que en la naturaleza de las cosas, ha dado lugar á una división de las artes en *útiles* y *bellas*, como si fuera radicalmente distinta el procedimiento á que unas y otras se hallan sometidas, y ha engendrado multitud de preocupaciones, que han cedido en daño, no sólo del artista mecánico, á quien se considera de inferior dignidad por la índole de su trabajo, sino también de los llamados productos de

la industria, que no hay necesidad ciertamente de que sean prosaicos y vulgares, cuando pueden y deben ser atractivos y bellos sin menoscabo de la utilidad que han de reportarnos.

Estos y otros errores, cuya trascendencia en el progreso de la vida social es incalculable, subsisten y se arraigan entre las gentes cultas por el influjo poderoso de la rutina, á que se rinde culto en pretenciosas obras didácticas, brillantes, magníficas, ilustradas con preciosos grabados, y alguna vez hasta medianamente escritas. Concebidas bajo un punto de vista dogmático, que al propio tiempo que alhuyenta la duda mata todo progreso, se limitan á repetir los lugares comunes y las vulgaridades corrientes, sin reparar que la multitud indocta está rectificando á cada momento en su tosco lenguaje las aberraciones de los sabios.

Después de haber dividido las artes en *útiles* y *bellas*, la impávida rutina se encarga de enseñarnos, por ministerio de estirados académicos y renombrados críticos, que toda la belleza que el hombre puede revelar en sus obras ha de verse forzosamente en los moldes de las cinco artes á que se ha otorgado el privilegio de ostentar el título de *bellas* y de acreditar con el dictado de *nobles* su elevada é ilustró alcurnia. Desde ese momento podemos ya estar seguros de que las *Bellas Artes* no son más que cinco: la Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la Música y la Poesía.

No objetéis con el testimonio vivo de obras bellas, que no pueden acomodarse á esa clasificación, á esa pentarquía tradicional, definitiva é inmutable. Ahí aparecerá la rutina del científico, que es la peor de las rutinas, y os dirá que esas obras no pueden constituir género independiente, y que hay necesidad de incluírlas en alguno de aquellos cinco. Si citáis la *Indumentaria*, ó arte del traje, os contestarán que

(1) Los grabados que llevan á continuación del epígrafe las iniciales E. H. (*Escuela Holandesa*), así como los correspondientes al *Moisés* y á la *Argonautica griega*, proceden de la importante biblioteca de la *Escuela de las Bellas Artes*, que con tanta aceptación viene publicando el editor Mr. A. QUASTEL (7, rue Saint-Benoit, París).

está comprendido, aunque parezca incomprensible, en la *Arquitectura*, y creará, para legitimar este absurdo, dentro del género arquitectónico, tres géneros subordinados: el de las *artes santuarías de construcción*, dentro del cual encierran la *Idolátrica*; el de las *artes santuarías de exornación*, y el de las *artes santuarías de reproducción*, que comprende el *Vaciado* y el *Estampado*. Acaso en el primero de estos tres grupos contarán la *Jardinería*, y en el segundo, todas las llamadas *artes cosméticas*; pero sería muy curioso saber qué conexión existe entre una pirámide de Egipto y la combinación artística de las flores en un ramo, ó entre la distribución de las plantas en un jardín y los afeites y disfraces que emplea el actor para caracterizar el personaje de un drama.



FRAGMENTO DE UN FRISO DEL PARTHENON.

El establecimiento de límites fijos es otra de las innumerables excelencias de la rutina, como lo prueban claramente los anteriores ejemplos. En vano os esforzaréis en demostrar que la belleza, que es infinita, se revela en las obras del hombre, como se manifiesta en la naturaleza por infinitos medios, y que éstos no se agotan con los que ponen en juego las cinco artes que por el número y grandeza de sus creaciones aparecen como predominantes en la Historia. En vano invocareis el ejemplo del arte teatral, cuyo influjo en las sociedades modernas supera al que alcanzan todas las demás, y cuyo carácter sintético ofrece una composición incompatible con el aislamiento en que aparecen las Bellas Artes en la clasificación corriente. En vano haréis notar que alguno de los elementos del arte teatral, como la *Declamación*, v. gr., no cabe de ninguna suerte dentro de aquella clasificación. En vano citaréis otras artes particulares, como el *Baile*, la *Gimnástica* y la *Equitación* (los espectáculos de los circos), que se hallan en el mismo caso que la *Declamación*. En vano haréis ver, por último, que sobre todas esas artes, las clasificadas y las que están por clasificar, existe un bello arte más importante, más comprensivo, el arte de la vida, sin mutilaciones, sin exclusion de ningún elemento, puesto que en él debe manifestarse, por el medio original de cada individuo, el ideal eterno de belleza que concibe el espíritu.

Tal es hoy, por lo que se refiere á la clasificación de las Bellas Artes, el estado de la cuestión. Veamos ahora si en la cultura general existen elementos bastantes para plantear nuevamente el problema.



LA MADONA DE CAVALLOTTI. — (Museo del siglo XIV)



LA VERDAD. — (Mosaico del siglo IV.)

II.

Crear obras bellas será patrimonio del genio; juzgarlas, ministerio de los ilustrados; pero el vulgo también siente la belleza donde quiera que resplandecen sus hermosos destellos. El hombre inculto se hallará como absorto ante las bellezas de la Naturaleza ó del arte; su emoción será confusa, caótica, inexplicable; no sabrá discernir las perfecciones de la obra sometida á su contemplación, ni apilatar, por consiguiente, cada uno de los rasgos que le atraen y le cautivan; pero más de una vez sentirá con mayor vigor y vehemencia que el presuntuoso erudito, y la impresión que produzca en su alma la presencia de lo bello será más duradera y más honda.

No se envañezcan los ilustrados académicos pretendiendo que sea suya la actual clasificación de las Bellas Artes, porque en sus discursos y en sus libros aparezca perfectamente delineada. No es, en verdad, una clasificación científica, ni obedece á razón alguna fundamental, ni siquiera la han formado ellos. Es una clasificación empírica, formada por el vulgo, en virtud de una labor espontánea, que ha patentizado la existencia de obras bellas arquitectónicas, esculturales, pictóricas, musicales y literarias. El vulgo, al proceder de esta suerte, no ha hecho más que contar, enumerar, agrupándolas según caracteres comunes, las obras que han

ido apareciendo ante sus ojos; no sabía, ni ha podido afirmar, por lo tanto, que en el curso de la civilización no surgieran otras formas y medios de traducir lo bello en el mundo del arte, y su clasificación quedaba abierta á esa eterna posibilidad de infinitas encarnaciones. Los sabios han sido los que, adoptando luego como suya la obra del vulgo, la han empequeñecido; ellos los que han considerado aquella clasificación como definitiva, y negado la posibilidad de nuevos géneros artísticos.

Más tarde, es cierto, han venido las explicaciones á nombre de la Ciencia, para justificar la existencia de los cinco géneros y la dificultad de admitir mayor número. Alguno profundo pensador ha establecido una teoría, en virtud de la cual las cinco Bellas Artes representan una gradación sucesiva en la naturaleza del medio de expresión, que, á partir de la Arquitectura, en que se ofrece más material y tosco, va idealizándose hasta llegar al medio predominantemente espiritual que emplea la Poesía (la palabra), en cuyo límite se tocan el Arte y la Ciencia, llamados á confundirse, según esa teoría, en un solo principio al llegar á la plenitud de los tiempos.

Bajo la inspiración del mismo pensador, y con relación á los ideales de cada edad histórica, se ha hablado y se viene hablando del arte clásico y del arte romántico como dos fases por que ha pasado en la historia humana la manifestación de la belleza; pero en todo rigor de verdad, ni el espíritu de Hegel ha penetrado en las convicciones de nuestros eruditos, ni dan muestras de en-

tender, cuando hablan por su cuenta, que la clasificación tradicional tenga otra base que el asentimiento público, fundado en el hecho de que hasta ahora la Arquitectura, la Escultura, la Pintura, la Música y la Poesía son las artes cuyos productos han descollado sobre los de todas las demás, y las que han ejercido el monopolio de nutrir con su savia el sentimiento estético de pueblos y generaciones.

El propósito de traer á juicio la clasificación corriente, señalar sus vacíos y tratar de completarla, ni tiene el mérito de la novedad, ni carece de precedentes muy respetables aun dentro de nuestro país (1). Es más: las indicaciones

(1) Nos referimos á la notable obra de *Principios generales de Literatura*, del inolvidable D. Manuel de la Revilla, pensada bajo la inspiración de otros



ESTATUA DE UNA LEONA, HALLADA EN CORFU

trabajos no menos importantes de D. Francisco Giner de los Ríos. En la parte general de aquel precioso libro se hace una enumeración de las Artes Bellas que quedan fuera por completo de la clasificación aceptada.

contenidas en alguno de esos precedentes á que aludimos, son las que sirvieron hace tiempo de estímulo á la serie de razonamientos que salen á luz hoy en este somero trabajo; pero el ensayo de una nueva clasificación ofrece multitud de dificultades, por lo mismo que este problema no despierta el interés que debiera inspirar en determinados centros de cultura.

III.

Esta como impotencia para franquear el círculo de hierro que trazan á nuestras opiniones las ideas recibidas, nace principalmente de considerar siempre estas cosas en detalle y al pormenor, sin levantarse á estudiarlas en sus causas generadoras y en el proceso á que por necesidad ha de atemperarse la creación de las obras artísticas.

Para emprender ese estudio no hay que recurrir á profundas investigaciones metafísicas, en las cuales parece como que la idea se divorcia de la realidad, presentándose al entendimiento como dos mundos diversos separados por un abismo; ni basta examinar prolijamente cada uno de los innumerables productos artísticos (monumentos, estatuas, cuadros, composiciones musicales y poemas) con que la humanidad va formando su inmenso repertorio; porque esa revista de lo creado hasta ahora no podría nunca servir de norma á las producciones futuras, la posibilidad de cuyo número y condición será eternamente infinita. Entre uno y otro camino mediará siempre aquel abismo que ántes señalábamos, y que ciertamente no podrán colmar las perpétuas disputas, cada día renovadas, entre el *idealismo* y el *naturalismo*.

Cómo se produce toda obra de arte; qué elementos son los que la realidad ofrece al artista y que él no crea, y cuáles los que pone por su parte; qué momentos diferentes pueden señalarse en las creaciones bellas desde la concepción de la primera idea hasta la manifestación visible definitiva y acabada; qué operaciones corresponden á cada uno de esos momentos, y cuál es el orden de su importancia relativa; tales son los problemas que importa ventilar y esclarecer, para poder sentar las bases de una clasificación racional.

Para estudiar estos problemas, no interroguéis á vuestras opinio-



RETRATO DE UNA DAMA, por Van Mierevelt. — (E. II.)

nes personales, ni ménos á la obra ya hecha, verdadera esfinge misteriosa que aparece ante vuestros ojos como por encanto. Preguntad al artista, al pintor, al estatuero, al poeta, al novelista; seguid paso á paso las vicisitudes de su inspiración, sus entusiasmos, sus desvelos, sus adivinaciones y sus perplejidades; pedidle cuenta de la penosa oculta labor que se ha realizado en su espíritu para forjar la creación que ha de verter luego en los moldes de la materia; vedle luchar con ardoroso anhelo para adquirir la destreza necesaria en el manejo de los materiales, y una vez terminado este aprendizaje, que el genio domina con facilidad maravillosa, contempladle empujado en infundir en la Naturaleza la vida de la idea y la animación del sentimiento; y cuando os hayáis dado cuenta de todos y cada uno de esos actos y de su íntimo enlace, y hayáis podido medir con una inmensa ojeada el mundo de bellezas inacabable, infinito, en que se cierne el espíritu del artista, y hayáis recorrido todas las esferas de la realidad, y encontrado que los medios de hacer sentir la belleza en la vida social son innumerables, entonces solamente podréis comprender la estrechez de criterio que revela una clasificación que encierra en cinco géneros todas las Artes Bellas, y surgirán ante vosotros nuevos manantiales en que apagar la sed de vuestro espíritu.

Determinar, en suma, la génesis de una obra de arte: hé aquí toda la cuestión. Veamos cómo nace, cómo va alquí-



ACROTERA. (Parthenon.)



EN LA SACRISTIA.—«MAMÁ, ¿POR QUÉ PEGA JESUS A ESE HOMBRE?»—(CUANDO LE P. RODRIGUEZ DE LA TORRE.)

Rodríguez de la Torre
1887



LA MUJER ADULTERA, por Van Der Eeckhe. (E. H.)

riendo forma y color, contornos, movimiento y vida; cómo, en fin, se concreta en elementos materiales y la entrega el artista á la contemplación de la sociedad.

Es evidente que á la producción de toda obra artística preside una idea de carácter general: la duda de la realidad de esta vida pasajera, en *La Vida es sueño*; duda más honda y más humana, en *Hamlet*; las sollicitaciones del espíritu tentador, que á todos nos acompaña y que no todos sabemos vencer, en *Fausto*; el deseo de enterrar bajo la losa del ridículo toda una edad de ilusiones caballerescas, en *El Quijote*; la fatalidad de la ambición, en *Macbeth*. ¿Es, por ventura, esa idea primordial lo que constituye el mérito y la cunfidad del artista? No, ciertamente. No hay hombre á quien con más ó ménos ligeza y lucidez no aparezcan esas ideas, y desde luego se



PARTIDA DE CAZA, por Goup. (E. H.)



EL CONCIERTO, por Antoni Palauques. (E. H.)

ofrecen con más claridad que al artista al científico, porque éste les consagra atención perseverante y continua, mientras que aquél las recibe como ráfagas luminosas á manera de inspiraciones venidas de lo alto; pero el hombre vulgar las desdeña, y el científico las considera en toda su universalidad, creyendo que las empernece si les da cuerpo, y las esteriliza si las personifica y concreta. El artista, á diferencia del hombre vulgar, las acoge con entusiasmo y las acaricia con acendrado afecto, y de diverso modo que el científico, en vez de contemplarlas en su vaga generalidad, las ve siempre reducidas á formas palpables, sensibles, corpóreas, siempre encarnadas en tipos individuales, que son luego, traduceas al mundo exterior, personas, acontecimientos, acciones, sacrificios, heroicidades, proezas y martirios, ó delicadeza, primor, gracia y desenvoltura.

Más claro: el hombre de ciencia concibe el amor, la virtud, el vicio, la abnegación, la avaricia, la ambición, la ira, como sentimientos in-

personales; el artista los concibe sólo encarnados en la persona del amante, del virtuoso, del avaro, del ambicioso, del iracundo, y todo su mérito estriba en que los tipos que crea revelen tan fielmente su carácter y rezojan de tal suerte en una atractiva composición los rasgos capitales del mismo, que, sin dejar de ser personas vivas, sean, por decirlo así, cada personaje una de aquellas cualidades, afectos y pasiones en acción, en movimiento.

Y esto que se dice de las cosas que pueden ser representadas por seres humanos, se dice igualmente de todas las demás, ora hayan de buscar expresión por los medios que emplean las artes estéticas, ora por los que las otras utilizan. Un artista concibe la belleza del mundo natural, y siente su bienhechor influjo en el equilibrio de nuestras fuerzas corporales, como elemento de

salud, y en la plácidez y bienestar del espíritu; intenta al punto condensar esa especie de intuición en el plano de un edificio, en el diseño de una estatua, en la disposición de un jardín, en la obra de la educación de los niños, en un cuadro, en una oda, en una novela, y al punto se ilumina su fantasía por el esplendor de las bellezas esparcidas en la Naturaleza, que á él se le presentan de improviso como convergentes, mientras á los ojos de la vulgaridad aparecen incongruentes y diseminadas. Esa potencia excepcional para reunir y componer en un bello conjunto elementos dispersos no es facultad que pueda adquirir el artista por virtud del estudio. Es una cualidad ingénita, que la aplicación y la paciencia desarrollarán, porque ninguna obra es digna ni meritoria sino á condición de que el trabajo la santifique; pero jamás podrá adquirirse á costa de

largos afanes, cuando falte esa fuerza misteriosa que en el Arte, como en la Ciencia y en la Religión y en todas las esferas de la vida, llamamos el genio.

Esos dos momentos, el de la concepción de la primera idea y el de su representación en una imagen dentro de la fantasía, no son para el artista sucesivos, sino perfectamente simultáneos. La crítica viene después á descomponerlos y á determinar si la idea está bien representada en la imagen en que se encarna, para aquilatar por este medio el mérito de la obra; y sólo cuando esa forma interior, que es la verdaderamente esencial, halla su fiel correspondencia en la forma material de que exteriormente se reviste, es cuando

puede ser apreciada la obra, porque hasta entonces no entra en el dominio del público. Por este motivo, se cree generalmente que no hay obra de arte mientras la creación del artista no se ha hecho visible por medios materiales; pero harto sabe el pintor que el cuadro que proyecta

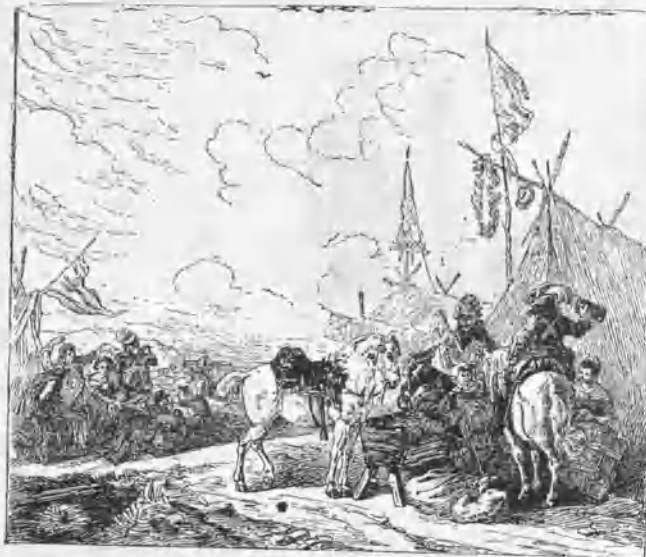
está siempre hecho y acabado en su fantasía ántes de trasladarlo al lienzo, y que siempre, por mucha que sea su destreza en la ejecución, es mil veces más bella y más perfecta aquella representación ideal libremente formada, que la

obra exterior, á cada paso contrariada por la limitación del espacio, por la necesidad de encerrar la composición en dos dimensiones, y aun por la imperfección de los instrumentos. Podrá negarse que existe obra de arte para la contemplación por los demás y para su influjo en el progreso, mientras no esté ejecutada exteriormente; pero ¿quién negaría su cualidad de artista al Dante desde que concibiera la *Divina Comedia*, aunque por cualquier circunstancia no hubiera podido escribirla?

Claro es que tiene importancia esa traslación al exterior de la obra interiormente concebida, puesto que los hombres no pueden estimar recíprocamente las ideas, los sentimientos y los hechos de los demás, sino mediante los sentidos corporales;

pero es evidente que mientras no se comprende la existencia de una obra artística, en el sentido material de la frase, sin que esa obra haya estado previamente realizada en la fantasía de su autor, se explica que existan en el espíritu de muchos hombres bellas creaciones perfectamente concluidas, y que, por cortedad de la vida, por carencia de medios ó por falta de voluntad, no lleguen á exteriorizarse. Esas creaciones, sin embargo, serán obras de arte, y artistas, y acaso genios, sus autores.

En suma: el Arte, como creación del espíritu humano, es primera y principalmente obra interior, y es verdadero artista el que está dotado en alto grado de fantasía creadora. En relación con esta esfera del Arte, es la exterior verdaderamente secundaria; pero como el Arte, al propio tiempo que obra del individuo, es también un producto social, no



UN CAMPAMENTO, por Wöwerman. (E. H.)



MARINA, por Van de Velde. (E. H.)

sólo porque la sociedad colabora siempre en el trabajo de los artistas, sino porque tiene derecho á recibir el fruto de la labor comun para trasmitirlo á las generaciones venideras, las obras artísticas deben salir al exterior, como Minerva de la cabeza de Júpiter, armadas de todas armas, merced al aprendizaje del mecanismo propio de cada arte particular.

Basta lo dicho, sin necesidad de entrar en pormenores ajenos al asunto, para comprender que la belleza, y el sentimiento estético que su contemplacion produce, tienen mucha mayor importancia y alcance que el que puede inferirse de la clasificacion comunmente aceptada; pues en ninguna de las dos esferas que en la vida del Arte hemos reconocido, aparece limitacion alguna por lo que respecta al fondo ni á la forma de las obras artísticas. Todas las ideas, que vale tanto como decir la realidad entera, pueden ser concebidas y expresadas por el artista, y todos los elementos de la realidad pueden convertirse en medios de expresion, en materiales representativos.

¿Quién, hablando de una persona que se ha consagrado plenamente á la práctica del bien, y cuya vida, llena de rasgos heroicos, se pregona como modelo y ejemplar digno de imitacion, no entiende que es esa persona un artista singularísimo? ¿Hay, por ventura, arte más difícil, ni tampoco más meritorio, que el de revelar en la conducta de un hombre, y de manera interesante, original y grandiosa, la belleza de la humanidad y de sus destinos? Pues qué, ¿puede parangonarse ningun cuadro, ningun monumento, ningun poema con la vida de Sócrates, y sobre todo, con el ejemplo de su muerte? ¿Cuándo han producido las llamadas Bellas Artes nada tan maravilloso y sublime como la figura de Cristo ofreciendo en holocausto su vida por la redencion de los hombres?

Hay, pues, un bello arte, que á todos los demas los comprende y les presta su aliento: *el Arte de la vida*. Si despues de admitido este principio, se trata de ordenar armónicamente cuantas bellas creaciones particulares ha producido y producirá la humanidad en el trascurso de los siglos, hágase en buen hora, pero en la inteligencia de que no pueden ser consideradas sino como miembros subordinados de aquel arte primordial.

Intentar una clasificacion completa fuera vana presuncion en quien comienza por reconocer su incompetencia para ello, al propio tiempo que la dificultad del problema. Bastaria plantearlo, demostrando que el problema existe, y llamar hácia él la atencion de los que con legitima autoridad pueden y deben contribuir á resolverlo, para justificar la oportunidad de estas observaciones; pero no será ocioso señalar, como último punto de consideracion, las lagunas que á primera vista se advierten en la division corriente de las Bellas Artes, porque acaso de este modo se sentirá con más viveza la necesidad de volver nuevamente los ojos hácia estas cuestiones.

IV.

Empecemos por lo más trivial y llano: el traje. Tal vez exagera Spencer cuando afirma que el elemento bello ha precedido al elemento útil en la vida, y cuando supone que el hombre primitivo ha tratado de embellecerse y de agradar á sus semejantes ántes que de su propia defensa contri-

ó la accion nociva de los agentes exteriores. Es cierto que, siguiendo lo que podemos llamar su táctica como polemista, cita en apoyo de su opinion hechos elocuentes, como aquel que refiere de unos salvajes que, adornados con todas sus galas, acompañaban á un viajero en una excursion por mar, y habiendo empezado de improviso á llover copiosamente, en vez de guarecerse con sus trajes, se apresuraron á quitárselos y á guardarlos cuidadosamente, para evitar que los desluciera la lluvia; pero, sin necesidad de conceder á este hecho y á otros igualmente significativos el alcance que Spencer les atribuye, hay que reconocer en ellos la existencia de un factor importante, que la observacion de las costumbres de todos los pueblos confirma plenamente, á saber: que si el traje, en su origen, pudo ser, como la habitacion, un recurso para guarecerse de la intemperie y poder soportar las inclemencias de la Naturaleza, bien pronto la necesidad de dar satisfaccion al sentimiento estético despertó en el hombre el deseo de convertir el traje en medio decorativo.

Podrá objetarse que en el traje el elemento útil se sobrepone al estético, y por consiguiente, que el arte del traje en general debe clasificarse entre las artes útiles, reservando sólo un pequeño lugar entre las Artes Bellas á la *Indumentaria*, ó arte del traje confeccionado con intencion estética. Esta objecion, de ser aceptada, valdria igualmente para la *Arquitectura*, toda vez que reconoce en su origen el mismo carácter utilitario que el vestido, y hasta puede decirse que lo conserva méas alterado; pues mientras jamas se construye un edificio con el exclusivo propósito, ni siquiera principal, de producir la emocion estética, no es un secreto para nadie que muchas de las prendas con que se ha engalanado y se engalana el bello sexo no son de ninguna utilidad, y en ocasiones hasta mortifican á la mujer, en quien tanto imperio ejerce el natural deseo de agradar y rodearse de atractivos.

La influencia del gusto cada vez más refinado en la constante variacion de la moda; la existencia de toda una literatura consagrada exclusivamente á estudiar y proponer nuevas modificaciones en el traje; la misma simpatía que involuntariamente despierta en nuestro ánimo, no la exageracion ridicula, pero sí eso que llamamos la compostura y el gusto en el vestir; todas estas señales y otras ciento, que fuera enojoso enumerar, demuestran que el arte del traje es y ha sido siempre arte bello, por más que no haya merecido á los sabios bastante consideracion para ponerlo al lado de su hermana la *Arquitectura*.

La mímica y el gesto, lenguaje cuya elocuencia sobrepaja en ocasiones á la del lenguaje por excelencia, la palabra, ha merecido que se la mencione sólo como parte del arte teatral, de que luego hablaremos; pero, si bien se repara, y aunque no pueda concederse á la mímica la importancia que al traje, en ella se comprenden los buenos modales, las maneras distinguidas y cultas, el saludo, las reverencias, la bella apostura y continente de la mujer, y hasta sus graciosos mohines, siendo un arte tan necesario en sociedad y que tanto realza la dignidad de la persona, que los hombres de más mérito se hacen repulsivos cuando llegan á distinguirse por la rudeza y tosquedad de sus modales.



T. CAMPUZANO.
1881.

BELLAS ARTES. — «EN BAHIA.» — (CUADRO DE CAMPUZANO.)

Ese delicado arte, que consiste en expresar de bella manera lo que pensamos y sentimos por medio de la actitud, el gesto y los movimientos de nuestro cuerpo, ora solos, ora como auxiliares de la palabra, es un arte general, que debe formar parte de todo buen sistema de educacion, y que requiere mucha discrecion y habilidad para adaptarse en cada caso á la diversa situacion en que el hombre puede encontrarse. Entre estas aplicaciones hay algunas en que la necesidad de la mímica y su importancia están universalmente reconocidas; hasta citar, como ejemplos, la *declamacion* y la *oratoria*, que tantos puntos de contacto tienen, por más de un concepto, como prueba de nuestra afirmacion.

El baile, la gimnástica y la equitacion no se sabe, en verdad, cómo considerarlos, ni en qué clasificacion incluirlos. Estímanse unas veces como ejercicios para desarrollar las fuerzas físicas; otras, como medio de procurarse algun solaz, y á lo sumo, como licitas diversiones y pasatiempos; nunca se les reconoce paladinamente derecho á ingresar en el número de las Bellas Artes; y sin embargo, el encanto que rebosan las danzas populares y los bailes de la aldea; el apresuramiento y el afán con que los grandes salones y aun los regios alcázares abren sus puertas á Terpsicore; las carreras de caballos, los ejercicios gimnásticos y todos los espectáculos de los circos; las sesiones de prestidigitacion y las conferencias de física recreativa, están demostrando, por la poderosa atraccion que ejercen en el público y por el embeleso que causan á las muchedumbres, que hay en esos ejercicios algo más que un procedimiento fisiológico para desarrollar las fuerzas físicas, y aun algo más que un mero pasatiempo para matar las horas.

Será difícil señalar el puesto que en la clasificacion de las artes corresponda al baile, á la gimnástica y á la equitacion; pero es más difícil negarles el carácter estético. Mucha parte de aquella dificultad depende de la manera absoluta con que nos empeñamos en marcar por divisiones radicales entre las cosas lo que sólo constituye diversidad de aspectos. ¿Qué significa la division establecida entre artes *útiles*, *bellas* y *bello-útiles* ó mixtas? Pues significa, y hay que decirlo de una vez, un error crasísimo ó una torpe impropiedad de lenguaje, porque, divididas así las artes, parece darse á entender que la belleza y la utilidad están reñidas, y que hay algunas donde no puede darse cabida al elemento estético, y otras en que, por predominar este elemento, la utilidad es nula. Bajo tal preocupacion, se produce un doble desafío: de una parte se desconoce la universalidad de la belleza, que penetra y se infiltra por toda la realidad, como el esplendor de lo divino, y se revela, por virtud misteriosa, en el grano de arena, como en la inmensidad de los cielos; y de otra parte se olvida que si es *útil* fabricar un arado ó una máquina trilladora para cultivar la tierra, abrir sus veneros y recoger sus frutos, es *útil* tambien producir obras bellas y convertirlas en instrumentos educadores para suavizar las asperezas de la vida y templar la ferocidad de los instintos.

V.

Prosiguiendo nuestra ligerísima enumeracion de las Bellas Artes que yacen olvidadas, ó á las cuales se otorga,

cuando más, la merced de incluirlas en la jurisdiccion de alguna de las cinco consabidas, tocamos ahora decir algo de las que nacen y se desarrollan al calor del hogar doméstico. El arte del mobiliario, el cultivo de las plantas y de las flores, la cerámica, el vaciado y el estampado han sido, durante siglos, patrimonio casi exclusivo de los potentados y de las altas clases sociales; pero la civilizacion ha puesto esos legítimos goces al alcance de las más modestas fortunas, y todas aquellas artes caben hoy, en cierta medida, en la vivienda más humilde.

La misma tendencia de la civilizacion á popularizar y difundir sus beneficios se muestra en la hostilidad con que empieza á mirarse esta aglomeracion de seres humanos en las grandes poblaciones, tan dañosa á la higiene del cuerpo como á la higiene moral del espíritu, y en las aspiraciones á descentralizar la vida, multiplicando los medios de locomocion y acortando las distancias para que el hombre pueda vivir en más estrecha relacion con la Naturaleza. El día en que esas aspiraciones se traduzcan en hechos, y en que cada familia posea un pedazo de tierra, que sea su territorio, donde pueda construir el sagrado recinto protegido por las sombras de los antepasados, será el hogar el verdadero centro de la vida doméstica y el punto á que vuelva siempre con amor, para rehacer sus fuerzas fatigadas en las luchas de la vida social. Entónces se estimará mejor que ahora la necesidad de embellecer el domicilio, y no parecerá extravagante, como acaso se estime ahora, el contar la *jardineria* en el número de las artes domésticas. Bueno es que el cultivo de este arte vaya generalizándose en los parques públicos y en los parques de los grandes palacios. El impulso está dado; lo demás lo hará el tiempo y los progresos que trae consigo.

En cuanto al carácter estético de las artes que hemos enumerado en este grupo, difícilmente pueden surgir dudas. Basta fijar un punto la atencion en el aspecto, cada vez más agradable, que va presentando el interior de nuestras habitaciones, para comprender que no preside á la eleccion de los muebles y á la combinacion de todos los elementos del decorado una intencion exclusivamente utilitaria. Es cierto que se busca hermanar la comodidad con la elegancia, y que se procura lo que llamamos el *comfort*, pero sin menoscabo de la estética, y ántes bien anteponiéndola á la utilidad.

Son, pues, aplicables al arte doméstico cuantas consideraciones expusimos con relacion al traje, y tanto más valderas en este lugar, cuanto es mayor la permanencia y estabilidad de lo que se refiere al ornato de la casa, comparado con la incesante variabilidad que imponen al vestido las exigencias de la moda.

VI.

Adoptada la característica que hemos procurado fijar para distinguir las Bellas Artes, es desde luego obligado incluir en ellas las que se desenvuelven en medio de la sociedad, y á las cuales se comprende bajo la denominacion genérica de espectáculos públicos, á saber: las artes *hidráulicas* (fuentes, saltos y juegos de agua, etc.), la *pirotecnia* ó fuegos artificiales, la prestidigitacion, los ejercicios ecuestres y gimnásticos, y muy especialmente el *arte teatral*.

Es tan evidente en todas ellas, no ya la importancia, sino el predominio casi exclusivo del elemento *bello* sobre el *útil*, que holgaría cualquier insistencia bajo este respecto. Lo que merece y necesita alguna explicación es la independencia y sustantividad de cada una de estas artes, así como la sinrazón con que se las hace entrar en alguna de las cinco admitidas como únicas principales.

No hay que decir que las artes *hidráulicas* no guardan la menor analogía con la pintura, la música y la poesía, y que en todo caso habría que referirlas á la arquitectura ó á la escultura; mas para esto existe una primera dificultad; que es insuperable. El medio por el cual expresan la belleza la arquitectura y la escultura son las masas sólidas, y precisamente por el medio de expresión se diferencian de la pintura, de la música y de la poesía, siendo por esto los caracteres de los productos de aquéllas la solidez, la majestad, la quietud, el aplomo, es decir, todo lo contrario de lo que manifiestan las artes hidráulicas: la movilidad, la gracia, la rapidez, el movimiento.

No es tan radical la diferencia por lo que se refiere al fondo. La arquitectura y la escultura reproducen, en cuanto son bellas, las formas naturales, desde las que afecta el llamado mundo inorgánico, hasta las for-

mas superiores que engendra la Naturaleza, las formas humanas. También las artes hidráulicas reproducen análogos bellezas, aunque más caprichosas y ménos definidas; pero esta semejanza en cuanto al fondo no autoriza á confundir en uno solo aquellos dos órdenes de manifestaciones, porque tales analogías, y aún mayores, existen entre las mismas artes aceptadas por todos como diferentes. El pintor puede trazar en el lienzo la imagen de una catedral gótica; un poeta, describirla con tal verdad, que nos parezca estarla viendo, y un músico, inspirarse en el sentimiento que produce su contemplación, para despertarlo en nuestra alma por la combinación de armónicos sonidos.

La disparidad renace en cuanto se atiende al medio de expresión; y como éste es de diversa naturaleza en las artes hidráulicas que en la arquitectura y en la pintura, hay que reconocer por fuerza que son independientes y sustantivas, como lo son, por iguales razones, la pirotecnia, la prestidigitación y los ejercicios ecuestres y gimnásticos.

En el *arte teatral* se presentan reunidos muchos elementos aportados, en su mayoría; por las demás artes. La *Arquitectura* le suministra el edificio; la *Poesía*, la obra dramática; la *Escultura*, las estatuas que adornan el edificio ó

contribuyen á veces á la mayor verdad de la acción representada; la *Pintura*, las decoraciones; la *Música*, un grato aliciente, cuando no el elemento capital, como sucede en las obras líricas; y sin embargo, el teatro no es nada de eso en particular, sino una composición armónica, á que cooperan todas las demás artes; pero que, en virtud de nuevos factores que las enlazan, resulta con vida é interés propios, muy superiores á la vida é interés de cada uno de los componentes. En el teatro el principal artista, que es allí el actor, representa un elemento nuevo, insustituible. La actitud, el gesto, la figura, el traje, la entonación, los movimientos, las inflexiones de la voz, y hasta el más ligero detalle, son importantísimos. Se va al teatro á presenciar la

representación perfecta, interesante, bella, de escenas de la vida, y lo que se pide es disposición, habilidad, genio en quien ha de representarlas. Por algo es el teatro el espectáculo más popular en todos los países civilizados y ejerce en el público una atracción incomparablemente superior á la que ejercen las obras producidas por las artes particulares.

Valgan no más como ejemplos, que será fácil multiplicar, las artes que ligeramente hemos bosquejado, y séanos lícito reiterar nuestra incom-



ALTO EN UNA BOSADA, por Van Ruysdael. (E. H.)

petencia para formular una clasificación completa de las Bellas Artes. Si no pareciera arrogancia, acaso insinuaríamos la opinión de que hoy por hoy es imposible realizar semejante propósito, porque los estudios estéticos no han llegado á suministrar datos suficientes. En cambio, es bien fácil evidenciar que la clasificación corriente no puede subsistir, y que conviene ampliarla, para que quepan en ella muchas artes injustamente preteridas. Que la belleza del mundo es inagotable, y que esa belleza puede revelarla el hombre en sus obras por infinitos medios, nadie lo pone en duda. A la luz de ese principio tienen sentido ciertos hechos que de otra suerte parecen indescifrables. ¿Por qué en la belleza antropométrica no han llegado los modernos al grado de perfección que alcanzara la estatua griega? ¿Por qué se advierte ese mismo fenómeno en otras esferas del Arte? Acaso porque la humanidad, en sus diferentes pueblos y edades, debe ir empleando cada vez nuevos medios, cuando aquellos de que se ha servido han dado todo el fruto que puede obtener el limitado poder del hombre; tal vez porque el Arte, sometido á la ley de la evolución, debe ser una integración continua de todas las formas susceptibles de expresar la belleza.

—A. ATIENZA Y MURRAY.



NOÏTALGIA. — (DIBUJO ORIGINAL DE L. SÓRIO.)



LA VÍCTIMA PROPICIATORIA. — (Cuadro de J. C. Dollman.)

TIPOS DEL TEATRO.

DEL teatro son, y apenas si uno de ellos se ha asomado tímidamente á la puerta del foro ó á alguna de las laterales del escenario con el telón corrido y la sala completamente iluminada.

Hasta el proscenio bien pueden asegurar que no ha bajado ninguno, sin duda por horror á la viva luz de las candilejas, ó por embarazo y cortedad, incomprensibles en algunos de ellos, que en su terreno no cultivan la aprensión, y en su propio y natural palenque lucen un arrojo que raya en lo temerario.

Tienen estos tipos bien dividido el campo de sus operaciones, y partido para sus luchas, ya que no el sol, el gas vergonzante, que en muchas noches de estreno parece autor novel por lo que desconfía y tiembla, á artista *debutante* por lo encogido y acortado de alientos.

Hay tipos de telón adentro y tipos de telón afuera, ó lo que es lo mismo, unos campan por sus respetos entre los bastidores y en los saloncillos y cuartos de los artistas, y otros se despachan á su talante en la sala, en los pasillos y en el vestíbulo del templo del arte.

DE TELÓN ADENTRO.

I.

La madre de la actriz joven es uno de los tipos más curiosos que se mueven bajo el telar en los ensayos, en las

cajas mientras la niña funciona, y en el cuarto de la niña durante la recepción de los amigos y admiradores, sobre todo en noches de estreno, y aún más en noches de propio beneficio.

La madre de la actriz suele ser el más implacable enemigo que ésta pudiera encontrar en su larga y espinosa carrera.

Y lo es, no sólo con relación á la forma, á la manera de vestir, por ejemplo, frutó, en los detalles, del maternal aviso, en que influye un egoísta principio de economía y preside el gusto más deplorable, sino también con relación al fondo, es decir, á la conducta artística y social, en la que la madre es mil veces fuente y hasta río de lágrimas de la actriz, á no darse el caso, peor en ocasiones, de actrices que se salen de madre.

—No consiento que te dejes pisar por otras—dice la buena señora á la dama joven de la familia.—No te he contratado para hacer segundas á esa presumida, que todo el mundo sabe por qué figura como *otra primera dama*.... ¿Primera dama? y ¿de quién?

—Es claro!—murmura otra vez entre dientes, echando una frinita en el brasero durante el ensayo.—Como mi chiquita no gasta complacencias con nadie, el director la abandona y los autores no la escriben papeles, como á otras que yo me sé. Vámonos, hija, vámonos; que tú vales bastante más, y el público no se casa si no es con el mérito, y así rabian algunas porque se casa contigo.

Y la chica, al ver que su madre la casa con tanta gente y sólo por su mérito, va tomando alas artísticas, es decir, se

va creciendo en pretensiones, en mengua de sus cualidades de actriz, y mientras se amana y se afirma en algun tonillo insoportable, no hay papel que le venga ancho ni cuarto del teatro que no le parezca estrecho para sus aspiraciones, para su persona y para sus mismos trajes.

Porque á la madre suele hacer coro algun aficionadillo de tres al cuarto, es decir, uno de los tres que apenas caben de pié en el cuarto de la actriz durante los entreactos, ó algun coplero de menor cuantía de los que, en competencia, pretenden que la chica sea más complaciente de lo que asegura con santo orgullo la mamá de la artista.

Al fin, ésta, si bien no halla mal su soñado consorcio con todos los espectadores, á telon corrido, no hallaría peor que alguna de los lisonjeros que dentro la visitan y celebran se miera á ella con vínculos más estrechos que los de

la admiracion artistica, y aunque fuese con manifestaciones ménos ruidosas que la del público aplauso.

Porque la actriz, por sí y por lo que representa, es dos veces mujer y, por tanto, de lo más terrible de su sexo, aunque nunca tan terrible como la madre, que tuvo el valor de parirla y mal criarla, y, sin representar papeles, es de lijo la característica que más suele dar que hacer á las empresas, precisamente por ser casi siempre una señora de muchísimo carácter.

En los días de cobro de nómina, la buena señora suele quitar el papel de las manos á su hija, para que ésta se ponga la mantilla y tenga en los ensayos la puntualidad que nunca ha tenido, con lo cual ella tomará asiento en la Contaduría media hora ántes de la fijada para el pago de la última quincena devengada por



UNA CACERÍA. — (Pintura hallada en el África Austral.)

la niña, de quien es natural y celosísima administradora.

En la Contaduría del teatro, y mientras cobra la nómina, ó no es verdadera madre de actriz jóven, ó ha de echar un párrafo sobre los méritos de ésta y lo postergada que se halla al lado de otras que figuran como primeras, y á las que no quisiera que su hija hiciera segundas.

Mientras estudia la cara del rey en la moneda para ver si es legítima, la moneda se entiende, ha de seguir murmurando delante de los empleados de Contaduría, y del mismo empresario si se pone á tiro, ponderando las intrigas de que su hija es víctima, y los amaños de las otras, que, segun ella, no hacen más que entenderse con el jefe de la *claque* para que se les marquen bien los aplausos, que sueñan peor á veces que los *moncos* del respetable público.

Cuando la niña estrena un papel, es de ver la madre en acecho del autor, si éste ha sido aplaudido, para que no deje de convencerse de algun modo de la influencia del talento y de las simpatías que goza la muchacha en los éxitos de las obras en que toma parte. Y, con este motivo, señala la situación, el momento y hasta la frase en que se arrancó el aplauso, que á la envidiosa primera dama le souó como si la hubieran arrancado una muela.

Si hay beneficio para la chica.... ¡ah! entónces es de ver la mamá culpando á *las intrigantas* si la jóven dama no ha lucido lo bastante como dama jóven; á los autores, si no han querido escribirla papeles á propósito; á la Empresa, porque no tiene condescendencias más que con los primeros actores, y hasta á los abonados, porque sólo se mueven y se despállarran con las artistas coquetas y complacientes.

En estas ocasiones solemnes, y entre los plácemes hiperbólicos de la adulacion de los de *tres al cuarto*, es cuando se engendra el diabólico propósito de que la actriz jóven salga á provincias de primera dama.

Y éste es el golpe de *desgracia*, porque de gracia no es posible llamarlo, que va á la artista su peor enemigo, embozado en la capa del santo amor materno.

Porque una vez en provincias, campando por sus respetos y envalentonada con el absolutismo de su dominacion, la que era una dama jóven aplaudible se trueca en primera dama intolerable. Intolerable por sus pretensiones, por la mayor aceptación de su tonillo y amaneramiento vicioso, acrecida por las exigencias de un estudio tan deficiente y un trabajo tan atropellado como llevan consigo las campañas artísticas provinciales.

Quando la actriz, despues de esas largas y deplorables campañas, vuelve por acaso á la corte, el desengaño más rudo la arroja otra vez y para siempre, y la madre de la actriz suele morir en una poblacion de tercer orden acariciando los pliegues de la mortaja artistica que ha labrado á su hija, y gracias si antes ha logrado salvarla de mayores infortunios casándola con algun primer galan de esos que todavía *dan juego* lejos de la esquina del Suizo, donde los actores *parados* estudian eternamente las obras de gran espectáculo de los derribos municipales.

II.

El autor novel é inédito es otro de los tipos que suelen moverse de telon adentro, desgraciadamente para él y con gracia para todos los que le miran agitarse convulso en aquella revuelta y aturbonada esfera del arte.

Porque de la pasion de escribir y ánsia de darse á conocer en la escena pudiera decirse lo que de la pasion de los celos dice una gloria legitima de la dramática española :

Porque no hay pasion que dé,
Entre la pícaro goute,
Ni más pena al que la siente,
Ni más risa al que la ve.

Y á *gente pícaro* no ha de ganar otra alguna á la que tiene siempre cerca de sí el que aspira á los laureles de la escena.

Si el autor novel é inédito no tiene otra recomendacion que su manuscrito debajo del brazo, ha de purgar, aun siendo bueno, las iniquidades de los infinitos malos que le precedieron en su *via crucis*, y que á empresas y directores hicieron perder tiempo y paciencia en la lectura de engendros inverosímiles del ingenio humano.

Aun hoy, que tanto se han suavizado las asperezas del camino que conduce á la gloria, es mucho más que poner una pica en Flándes poner una primera obra dramática al alcance de las resoluciones de un empresario ó á la altura de las pretensiones de un primer actor y director con beneficio libre.

El autor novel es quizás más susceptible que otro alguno del ánsia de leer por sí mismo su obra á los jueces de telon adentro; y encariñado, como todos los padres, con aquel primer hijo, no quisiera que otro aliento empañase en la lectura la menor de las gracias del para él adorado parto de su entendimiento, en cuya exhibicion personalísima halla el

mismo goce santo que la madre que, entre los pliegues de la holanda, muestra á parientes y amigos la carita sonrosada de su recién nacido, con miedo de que la Inz le ofenda los entreabiertos ojos, ó el aire manche ó quiebre su delicada piel, humedecida por las inhalaciones del pecho materno.

Pero ¿quién se atreve, entre bastidores, á perder un par de horas para asomarse con temerosas prevenciones á la ventana que han formado los pliegues del bolsillo interior de la levita raída del ingenio, donde éste arropa, con celo cariñoso y materno sobresalto, al recién nacido de sus entrañas intelectuales?

Así es que la Empresa siempre tiene ocupaciones graves, y el director está abrumado de ensayos y lecturas, que impiden que el malaventurado padre apadrine por sí solo la pureza y virginidad del enigma dramático que debe descifrarse para que el autor de derecho llegue á serlo de hecho algun día.

Doloroso momento aquel en que el novel autor se ve al fin en la necesidad de renunciar á la lectura por sí, y de entregar el chico, desnudito, en brazos de algun testafierro de la Empresa ó de algun avisador poco avisado, que lo encierra, con otros hijos desventurados del ingenio anónimo, en alguna mugrienta taquilla, que viene á ser para el caso el torno de la inclusa.

Y en fin, como ya dijo en sus amargos momentos de padre primerizo el malogrado Luis de Eguiluz :

Ya de seguirle mi caso
En sus penas y aflicciones,
Rodando por los rincones
De algun salon de descanso.

Pero demos el caso alguna vez de que el primerizo alcance el alto favor del cielo de que la Empresa, falta de obras, ó el director y primer actor, sin papeles de su gusto, saquen la obra de la oscuridad como quien saca ánima del purgatorio.

Entonces empiezan nuevas angustias y mayores agonias. Porque la lectura de la obra ante la compañía, ó al ménos ante los artistas que figuran en el reparto, es una serie de impresiones violentas, que convierten al autor en una



DOLCE PAR NIENTE. — Cuadro de Hondelocker. (E. H.)



LOS JUGADORES DE BOLOS, por Van Ostade. (E. H.)

victima de esas que suelen sujetarse á los experimentos físicos de los hombres de ciencia.

La irritabilidad nerviosa de la dama; las susceptibilidades crónicas de la característica; las exigencias inverosímiles de una dama joven mimada; las pretensiones absurdas del primer galán; los pujos de dominación del primer actor cómico; todo se le viene encima al pobre autor, con el peso de las bambalinas y del telar entero, mientras lee en el escenario y en medio de un silencio más temeroso cuanto menos interrumpido, aquella obra de su ingenio, fruto de sus largos insomnios.

El silencio para él es la indiferencia, y el menor gesto de uno de los artistas, signo de desaprobación, que otro más experto podría traducir alguna vez por despecho del actor ó la actriz al notar que no es el suyo el papel de lucimiento de la obra.

Suda la gota gorda el autor, y no toma un aliento en la lectura, ni fuma un cigarrillo en los entreactos, por precipitar aquellos instantes de agonía, apenas interrumpidos por ligeros é intencionados *apartes* de la característica con la primera dama.

Dase quizás el caso de que la obra produce un alboroto entre los artistas, que estallan en carcajadas si aquella es cómica, ó en exclamaciones de profunda sensación si es dramática. El autor entonces es presa de la duda de si aquellas exclamaciones son expresión ruidosa de una bien disfrazada burla de guarda-ropía.

Pero puede acosarle otra duda todavía más terrible.

¿Será ese entusiasmo—si ha de creerse sincero—un anuncio más de las equivocaciones lamentables en que suelen incurrir los artistas, que levantan á veces con sus votos, en quince días de ensayo, un monumento que el público derrriba en las dos horas que dura la primera representación?

Pero pasemos por alto otras amarguras que, durante los

ensayos, causan al autor novel los córtés, mutilaciones y sajaduras—pocas veces de hábil cirujano—que aconseja el director en el asendereado cuerpo del hijo espiritual del ingenio; las impertinencias de damas y galanes, que le dirigen observaciones importunas ó le hacen advertencias excusadas, ó le obligan á ver, un día sí y otro también, que hay que suplir figuras en los ensayos por faltas pocas veces explicables.

Lleguemos á la noche temerosa, á la noche del estreno, y al punto y hora en que la orquesta—si no se la suprimido—termina la sinfonia de *Guillermo Tell* ó de *Semiramis*, que son las más socorridas y obligadas en noches solemnes.

El novel poeta anda, como atontado palomino, del escenario al cuarto del galán ó al de la dama, de aquí á la Dirección, y

ó vuelta otra vez al escenario, en cuyas primeras cajas se coloca para salir botando hácia el forillo apenas oye un verso perniquebrado á tajo de lengua de uno de los artistas más estudiosos y concienzudos.

¡Qué trasudores los de la epidérmis ardorosa y febril de aquel infortunado hijo de Apolo!...

Oye la acelerada circulación de su propia sangre en medio de aquel imponente silencio del público, cuyo hielo de juez empedernido no se rompe, ni con la frase aguda puesta en boca del galán cómico, ni con la apasionada y poética que confió á los labios de la dama joven, *ingénua*, que dicen los italianos, y cuyas ingenuidades difícilmente se colizan tan alto como las butacas en noche de estreno.

Ahí le tensis; reo desventurado, que se revuelve confuso entre los tramoyistas y las doncellas de las actrices, con una movilidad nerviosa é inconsciente, que hace las delicias de los observadores de agnatas de genios ignorados.

El silencio le anodada; el murmullo le



VASO GRIEGO. (Estilo de Nestorénes.)



LA MONTAÑA DE LA SANTA CRUZ (HOLY CROSS), EN LA AMÉRICA DEL NORTE.—(CUADRO DE JH. MORAN.)

estremece: el mismo aplauso le agita y traquetea la sangre hasta el punto de amenazar con quiebra á los grandes vasos.

Derrotado ó victorioso, ¡pobre novel autor, que aprende al fin, á costa de su sosiego, de su salud y de sus mismas ilusiones de padre intelectual primerizo, cuánto cuesta y duele una caída, y qué sacrificios tan amargos exige el triunfo más insignificante!

Victorioso, los apretones de manos de sus naturales enemigos le dirán á la larga que no son enhorabuenas todas las que se escuchan.

Derrotado, oirá la oración fúnebre por su muerta obra en aquel « ¡A otra! », que se le repite en todos los labios, y que en algunos significa: « Anhuese V., hombre, para que volvamos á tener el gusto de ver que lo revientan. »

III.

Acortemos los brochazos, y no hagamos lienzos sin medida de los que deben ser ligerísimos bocetos.

Legó su vez al amigo de todas las empresas, de todos los artistas, de todos los autores conocidos y de los que vayan dándose á conocer, ventajosamente por supuesto.

Porque esa especie de rata sábia de todos los escenarios, eslinge perpétua é inalterable que se refleja en las lunas de espejo de saloncillos y cuartos de damas y galanes, no alarga nunca su mano ni sonríe jamás á las medianías, ni á los desheredados de la suerte, ni á los desposeídos de la gloria.

Ese sér, anónimo á veces para los neófitos del arte, popular otras para los iniciados profundamente en los secretos del bastidor, ha sido, es y será por naturaleza el más fino y flexible cortesano del dios Éxito.

Si la gloria escénica pudiera tener barómetros, se reflejarían las alzas y bajas en la fisonomía sonriente ó grave de esa sombra de todos los escenarios.

Se le ve atravesar los pasillos interiores del teatro, como un algo sin el cual la vida íntima y accidental de bastidores no se comprendería.

Hay avisador que le saluda respetuoso, sin conocerle casi por su nombre; actores que le tutean por instinto de conservación; autores inocentes que le escuchan como á un oráculo; y autores ya sancionados por la fama—más quizás que por los méritos—que suelen reírse de él y de sus fallos á todas horas, no tanto por lo bien que le conocen, como por esa franca osadía que da la costumbre del éxito.

Ese caballero de edad dudosa y de ilustración más dudosa todavía; temerosa esfinge para los pobres de espíritu; rata cuya sabiduría se queda con frecuencia en el foso del escenario, y cuyo influjo, si salta alguna vez por encima de la concha del apantador, nunca traspasa la jurisdicción ordinaria del violon de la orquesta; ese voto *interno* y obligado de todo estreno de comedia, drama ó zarzuela, ni es empresario, ni autor, ni actor, ni crítico, ni poeta, ni músico, ni siquiera danzante.

Y, sin embargo, allí le teneís tuteando á los empresarios, humbreándose con los críticos, codeándose con los distinguidos autores, mirando á los medianos y noveles por encima del hombro, dispensando sonrientes galanterías á la primera actriz, algún cigarrillo á tal cual joven de esperanzas, y, por concupiscencia, algún piropeo trasnochado á la célebre bailarina.

Por casualidad le veréis en la sala sino cuando la escasez de público le permite ocupar una buena butaca, donde el acomodador le deja sentarse casi con el mismo respeto que si fuera el empresario, porque todos los que firman nómina le conocen y saludan por instinto, como los perros menean inteligentemente la cola cuando huelen al que una vez siquiera ha dado vejate pasos en amistosa compañía de su dueño.

Su natural esfera, donde él se mueve con desembarazo inverosímil y con dominio á veces inaguantable es de telon adentro.

Se permite con frecuencia asistir á los ensayos, y más aún á los ensayos generales, para los que siempre cita el director de escena diciendo en la indispensable tablilla: « A tal hora, tal obra, con todo, »

Y, siendo *con todo*, ¿cómo puede faltar él? ¿Él, que se juzga el todo de cada una de las partes que se mueven por los resortes maravillosos del arte escénico?

Su edad dudosa le permite declararse hoja viva, aunque inédita, de la historia del teatro contemporáneo, desde la infancia de Breton hasta la muerte de Ayala, y amigo y consejero de todo el mundo literario y artístico conocido, desde Zorrilla á Palencia y desde Latorre á Mario.

Con estos títulos, que él mismo se extiende y certifica, su voz tiene siempre timbre de autoridad, que sube de tono á medida que crece el número de los tontos que le escuchan como si fuera un oráculo.

¿Oráculo? Si nuestro portentoso tipo, en vez de andar desperdigado y solo, viviese susceptible de formar gremio, aunque fuera sin sindicato, serían cosa de oír á veces los apartes cómicos de esos sacerdotes de bastidor, profetas de guarda-ropía, cuyas burlonas carejadas se parecerían á las de los augures de la antigua Roma, cuando veían alejarse temblorosos y consternados á los ciudadanos crédulos.

Pero sus juicios y augurios apenas si se atreven á ser definitivamente claros ante los ensayos de las obras de las medianías ó de los noveles; y, para conservar su prestigio, generalmente opinan que *si*, que *no* y que *se yo*, sobre todo cuando la obra es del genio consagrado, y más si la obra es de vida ó muerte para la Empresa.

Sus equivocaciones son el pan de cada día, si se arroja á dictar fallo definitiva, siquiera con reserva y diciendo al oído de la dama: « Esto lo patean », ó al oído del empresario: « Esto da dinero. »

Por eso sucede que, en algunas noches de estreno, la rata mal llamada sábia se queda confundida en lo más profundo del foso.

Porque con frecuencia gusta el público de aquello que iba á patear, y no da un cuarto lo que había de dar tanto dinero y dejar abitas las arcas de la Empresa.

Uno tras otro, el *si*, el *no* y el *qué se yo*, furman la natural bandera de este crítico *interno* en casos graves, porque así tiene campo ancho para correr en todas direcciones á parapetarse detrás de la inapelable opinión pública y de los altares del dios Éxito, en los que, como ya he indicado, querrá tanto incienso nuestro tipo, que aun autores dramáticos de cabeza muy firme suelen caer desvanecidos para no volver á levantarse.

Estad alerta, genios en flor y ya laureados, y procurad ser dignos de la gloria, evitando que se os suba á la nabe-

za el humo de todo incienso, y más del que brota de los escondrijos del escenario, donde tienen sus agujeros las dichosas ratas sábias.

DE TELON AFUERA.

I.

Otros tres tipos, y nada más que tres, nos aguardan en la sala, en los pasillos y en el vestibulo del templo del arte, sin que, en el caso de que resulten inútiles todos tres, pueda exigirse que salgan más, porque no habian de tener los de reserva rasgos bastantes á aspirar á la crítica ó á la consideración del espectador regocijado ó del observador benévolo.

Demos á la mujer—siquiera por galantería—el primer lugar en la terna.

No es la mujer del pueblo que se sienta en la *cazuela*, como se decía antaño, formando con su corazón abierto, expansivo y generoso, parto de ese público de buena fe por que tanto suspiran artistas y autores.

No es la señora de la clase media, que á veces figura en el anfiteatro *por no vestirse*, como se atreven á decir algunas, ó por razones económicas, como aseguran padres y maridos con el presupuesto de gastos á la vista.

Es aquélla; la dama que asegura que *se viste más* cuando aparece más desnuda, y á la que nunca arredra la discusión del citado presupuesto, provocada alguna vez en sus apuros por el esposo, editor responsable de todos los desperfectos, despilfarros é *irregularidades* de la administración doméstica.

Es ella. La que *consume* primer turno á palco en todos los teatros principales; la que preocupa seriamente á todas las empresas; la que es objeto primordial de todas las atenciones de la Cantaduría en sus trabajos preliminares; la que fué primera causa y pretexto mágico de los señalamientos de días de moda, tan fecundos para las especulaciones burátiles de los empresarios, como depresivos de la dignidad y soberanía de la musa.

¡La moda! Como si el genio de la poesía debiera sujetarse á los caprichos y superficialidades de esa deidad vulnerable y vana, cuando, rompiendo tradicionales cadenas, se exploran con tanto arrojo y bizarría nuevas regiones en la esfera infinita del arte.

Ahí la teneis. Ella es la que domina. Para ella, más que pese al público de las alturas, se han prolongado los entractos, porque el palco, durante ellos, es el trono donde la eterna abonada recibe, como rehas en besamanos, á los amigos consecuentes y á los impenitentes aduladores.

Es noche de estreno. El telón se ha levantado, y la sala está impouente, sobre todo por la severa, silenciosa y fria expectación de los jueces inamovibles de todas las obras del genio, como de la mediocridad, que podrian ejercerse crímenes premeditados, viendo á la vez que la reserva grave y dura del tribunal ordinario, la turbada y descompuesta fisionomía del autor, que tiembla entre bastidores.

Se oye apenas la primera escena de exposición, con acompañaamiento obligado de taconeos de los morosos de la butaca. Pero poco á poco se establece la armonía del general recogimiento, y se oiria fácilmente el aleteo de una mosca

que se atravesara á revolotear con pretensiones epigramáticas de hacer punto negro sobre alguna de las resplandecientes calvas que coronan la superficie del tribunal inapelable.

Ha llegado, pues, el momento de *ella*. Parece que ha medido los minutos para gozar el privilegio de entrar *tarde y con daño*.

Pero entra con la seguridad de quien sabe que su aparición ruidosa en el palco ha de atraer todas las miradas y ha de ser saludada con sonrisas de unos, movimientos expresivos de otros, y rumores de admiración que suenan á su oído como notas de cortesano homenaje á la majestad de una reina.

Es ella, sí; la mujer indispensable, lo mismo en la platea del teatro, que en las tribunas del Hipódromo, que en delantera de palco del circo taurino. Se hace interesante en todo espectáculo, y á ella no hay espectáculo que la interese.

Por eso—mirado bien—la que ha robado despiadadamente la atención pública que se debía al poeta y al artista, se sienta en el sitio y del modo que le corresponde como objeto curioso; se sienta dando la espalda al escenario y la cara al público, sin perjuicio de hacer algun movimiento que permita al público enterarse tambien de los primores de la espalda, que brilla por lo general á telón corrido, es decir, *á toda descota*.

Así está perfectamente; porque ella no va, como una mujer vulgar, á ver algo, sino á que la vean toda, ni á oír las comedias, sino á escuchar á los lisongeros.

No cabe dudar que la luz del gas por hoy y la eléctrica en su día, ó mejor dicho, en su noche, no llenarian los fines artísticos apetecibles si no pusieran de manifiesto todos los encantos naturales y artificiales que es capaz de lucir la hermosura soberana de los flamantes turnos de moda.

Alguna vez el poeta ó el artista, ó los dos juntos, se permiten, con arranques de genio, fijar y hacer persistente la atención de los espectadores hácia la escena, con menoscabo de las inmunidades de esa reina que paga á peso de oro su turno á primer turno.

La admiración al genio produce un atonador y general aplauso, y entónces es cuando ella cae en la tentación de dispensar al escenario una mirada distraida, mezcla de tibia curiosidad y de deseo estudiado de ceder un poco á las corrientes pasajeras de intermitente devoción artística de sus adoradores.

Alguno de éstos se atreve quizás á mirarla entónces con un gesto que viene á decir: «No es del todo malejo eso que ha dicho la dama; pero está V. ahí, que vale muchísimo más que eso, que lo otro y que lo de más allá.»

La verdad es que un éxito completo para una obra dramática casi debe ser una derrota para la mujer que sólo va allí á buscar su propio y exclusivo éxito.

Si nuestro tipo no estuviera, por fortuna, dentro de las excepciones caprichosas, aunque dignas de estudio, triste influencia sería la de la mujer en las manifestaciones y progresos de la literatura y arte dramáticos.

II.

Al calor artificial de la reina de los salones de telón afuera, se cria otro tipo de ménos aparato escénico, pero mucho más terrible.

Porque todos los elementos que sobran á aquélla para hacerse altamente notable, en silencio y sólo por su presencia, tiene que buscarlos éste por medio del ruido imoportuno, y á veces del escándalo, siquiera sea escándalo consentido.

Es este especialísimo y excepcional abonado á todo turno de moda, la quinta esencia de lo impertinente unida al más fino extracto de lo vanidoso. Pedirle que se reduzca á ser un abonado más, de los muchos que se conocen, sensatos por naturaleza ó ilustrados por educación, sería pedir lo excusado al que precisamente busca la distinción y la notoriedad á todo trance, pese á quien pese, caiga el que caiga, y aunque el mismo sentido comun publique su enérgica protesta.

Es ordinariamente este tipo el más resuelto, aunque pobre y desairado satélite de la estrella de primera magnitud que acabamos de ver brillar en todo su esplendor en uno de los palcos bajos ó entresuelos.

Aparece en ocasiones también en palco de lo más visible, cuyo abono tiene en comandita con algun otro congénera, y con más frecuencia en butaca central, donde su aparición es seguro anuncio de que no anda ya lejos la cola de crujiente raso de la consabida estrella.

Nuestro hombre—niño terrible en el ejercicio de sus funciones—suele presentarse minutos antes que el astro mayor, pero con más ruido, por el taconeo cadencioso y llamativo que le denuncia, porque en las solemnidades artísticas es absolutamente indispensable que todo el mundo le vea entrar de frac y corbata blanca, como quien ha comido en mesa distinguida ó ha de bailar rigodones en salon aristocrático.

Poco le importan á él las miradas iracundas de tal cual aficionado que tiene el candor supino de ir al teatro á ver y oír reposada y atentamente la comedia.

No se para él en pequeñeces de ésas, y atraviesa el callejón central de las butacas tranquilo, sonriente, sereno, imperturbable.

Lo mismo que las miradas, desafiaria con descaro, como ya lo ha hecho mil veces, los *chicheos* de la que él llama *burguesía* inocentona ó inofensiva, y á quien sorprende, incomoda y altera con su batalladora entrada, en los momentos precisos en que se está enterando de los antecedentes de la accion que va á desarrollarse en el escenario.

Nuestro tipo entra desde luego en competencia con los tipos más salientes que juegan y se mueven en las tablas por gracia del ingenio.

Así le verás aparecer destacado cuán largo es, y fuera casi de la delantera del palco, como una negra silueta en logogrifo chino, ó llegar por el centro hasta las mismas filas donde tiene su butaca, siempre con el sombrero y el abrigo puestos, que luego se va quitando con mucho y muy desahogado reposo, mientras pasea su vista arrogante por la sala desde el piso bajo ó platea de los sabios, hasta el sobatabanco ó paraíso de los justos.

Todavía antes de tomar asiento con toda la distinción de su clase, ha de dar dos golpecitos de empuje á los puños de la canisa con vistas de hilo, para que se noten bien los gemelos descomunales mientras se atusa la cabeza á *la flamenco*, es decir, á estilo de chulo ilustrado y lustroso en noche de *juélgua* y *cante*.

Calcule el curioso si todas estas operaciones, ántes detenidamente ensayadas, no han de producir la distracción y molestia naturales, sobre todo á los espectadores que no contaban, al comprar la localidad, con aquel *fantoche semi-viente*, no anunciado en los programas de la fiesta dramática.

Se dan muchos casos en que este tipo no es realmente abonado, ni rico hasta el sobrante de haberes. Y entónces, como juzga ineludible su presencia en toda solemnidad á donde van los que pueden, él no se resigna á ser ménos, y, á pesar de sus fieros de independencia, suele entregarse atado de piés y manos á la tiranía de los revendedores, que le conocen bien y mejor le explotan, sacándole por cada duro cinco.

En él, pues, por estas razones *de peso*, puede considerarse el autor en noche de estreno un enemigo mucho más temible que el crítico más implacable. Porque éste, al fin, es un juez obligado y con sueldo, que calla, medita y estudia para fallar fuera, mientras á nuestro tipo le estorba el estudio, le contraria el recogimiento y no le hacen falta las ideas para hacer allí dentro, de su bastoncito de moda, el órgano grosero de un fallo mil veces caprichoso con que suele vengarse de aquella tiranía con que tropieza en medio del arroyo ántes de revelarse en la butaca tal como le habrán ustedes reconocido en más ligeros y mal pergeñados apuntes.

Entretenido en mirar á los palcos y en saludar y hasta requebrar por señas á las señoras más elegantes, no puede el hombre hacerse cargo del asunto de la obra; pero le basta á él una frasecilla suelta del galán jóven, para tirotearse en són de crítica, en tonto y á grito pelado, con algun otro gomoso de esos que, á juzgar por la insustancialidad de sus ocurrencias, no han de ser de los más recargados por el impuesto de la sal que ahora se cobra.

El espectador tranquilo, circunspecto y de buena fe lucha á brazo partido, pero en vano, con ese tipo inagotable que nécesita ponerse en continua evidencia desde su triunfal entrada, *para mostrarse el Tenorio* de cuyo valor moral duda el sentido comun.

No hay autor ni artista que salga bien parado de su cháchara allisonante en los pasillos, ó en los palcos cuando le toca ponerse al habla con las consabidas reinas de telon afuera, á las que en sus cartas, si alguna vez escribe, es capaz de ofrecer su amor con *h*, para mejor probar el valor de sus juicios y la ortografía de su autoridad cuando falla al vuelo en materias de literatura y artes.

III.

Frente á frente, aunque con frecuencia y por su desgracia al lado del que acaba de bosquejar, suele aparecer otro tipo, ya muy raro y, para mayor contraste, en extremo modesto y oscuro, que representa las buenas y sanas tradiciones del arte entre los espectadores, ya indiferentes, ya heterodoxos de nuestra época.

Este es de verdad el archivo de todos los triunfos y todas las derrotas que registran los anales del teatro contemporáneo, y sería el *mentis* más redondo y contundente que podría encontrarse la insolencia de la falsa rata sábia de bastidores, si fuera posible que alguna vez se hallasen juntos en donde la verdad quisiera brotar echando chispas

del choque, siempre provechoso, de la razón y el saber con la vanidad y la ignorancia.

Pero este tipo, que va á cerrar mi modesta y exigua galería, vive en ménos perturbadas regiones que el otro, y tal fe alimenta dentro de su religión artística, que á veces huye la discusión para que las acrimias de la polémica no manchen con contradicciones y distingos la pureza del manto luminoso con que envuelve sus ideales.

Es tan indefinible su edad como la del tipo contrario. Pero en él no parece sino que el arte mismo, agradecido á su fe pura, le ha recortado un rostro en que lo más podrían verse los rasgos abiertos, característicos y bizarros del siglo de Lope y Alarcón, que los trazos móviles y áun no definidos de esta época de luchas y transiciones violentas.

En donde quiera que ocurre un acontecimiento dramático, allí está él, muy satisfecho de que no se le vea, ni se le busque, ni se le sienta por los profanos.

Ni por lo pobre ni por lo rico de su aspecto llamará la atención en el teatro, y así se sienta en la butaca como se acomoda en la galería, según las exigencias de su situación económica ó las circunstancias especiales del espectáculo.

Porque es hombre metódico, y celoso además de su dignidad, y aunque, por educación y particulares aficiones, haya aprendido el manejo de las arinas, ni en su más grande apuro de aficionado á la escena se permitiría él eso que se llama *sablazo* en el tecnicismo pintoresco de los tiradores al paso en la calle de Sevilla y de los tiradores de asiento en más aristocráticos círculos.

Y en eso se diferencia también el inteligente de telón afuera de la rata de cundilejas adentro, y todavía más de la gomosa tarasca de toda función dramática, que hasta dentro del templo del arte, y con el frac todavía en buen pelo, es capaz de acometer la hazaña de un empréstito forzoso.

El inteligente, apasionado y perpétuo espectador distinguiese también por su puntualidad extremada, y por nada del mundo, sobre todo en noche de estreno, se dejaría sorprender él fuera de la sala después de sonar las últimas notas de la sinfonía.

Se recoge en sí mismo desde que el telón empieza á levantarse, y todas sus facultades buscan su centro de actividad en el cuadro que ofrece el escenario, sin que para él quede inadvertido el más insignificante detalle.

Pásale en su asiento lo que á cualquiera de los artistas que se mueven en la escena, donde toda dolencia física ó moral tiene tregua segura. Si un catarro le aqueja, sus accesos de tos se remiten al entreacto, y quisiera antiquitar con un gesto á todos los que, por la tenacidad de las salidas de notas pectorales, se precupan más de sus constipados que de la lucha de afectos que se desarrolla ante su vista.

Los movimientos temerarios de los indiferentes que lle-

va al teatro la moda; la aparición extemporánea de la estrella del susodicho palco; el interruptor taconeado y agitación íncesante del inconsiderado y ya descrito gomoso— á veces adlátere suyo de necesidad — son cosas que sacan de juicio al platónico campeón de los sagrados fueros del arte.

No es éste de los que en los pasillos aventuran juicios á cada final de acto, tardando ménos que en consumir un cigarrillo en dar al traste con la reputación más legítima y mejor sentada.

No; él recoge sus observaciones y nunca las suelta de golpe y porrazo y á grito herido, como suelen hacer muchos de esos caballeros que quieren en treinta minutos pasar por críticos de la obra pensada y escrita en muchos meses y por autor que se ha formado, entre costosos laureles, en muchos años.

Huye de los corrillos judiciales que en el vestíbulo constituyen los vanos dispensadores de la gloria, cuyas herejías críticas y opiniones de estragado gusto le afectan en lo más hondo y sagrado de sus creencias.

No habla él si no le preguntan, y cuando le preguntan es sobrio y su crítica fría y acerada va al fondo y hiere con tanta finura como severidad, más que á la obra silbable ó al actor que desnaturaliza la digna de aplauso, al convencionalismo de esas escuelas de vida efímera y de creaciones nada humanas, que tantas veces atentan contra la verdad y tan difícilmente pueden ofrecer la belleza en el arte.

Si el abolengo de nuestro hermoso tipo se buscara, habria que pedir datos á los que, desde el primer incierto fulgor del romanticismo, han seguido paso á paso las transformaciones de nuestra dramática, hasta estos días del naturalismo en cueros y de las revistas cómico-líricas prendidas con alfileres y resplandecientes de bengalas.

Si amais el teatro de verdad, no os acerquéis hoy á preguntar nada á ese puritano, que presencié las sesiones del Liceo, tomó café con *Figaro*, se tuteó con Grimaldi y, desde la infancia literaria del Duque de Rivas y Breton de los Herreros, ha venido paso á paso á cerrar piadosamente los ojos á Adelardo Ayala y Narciso Serra.

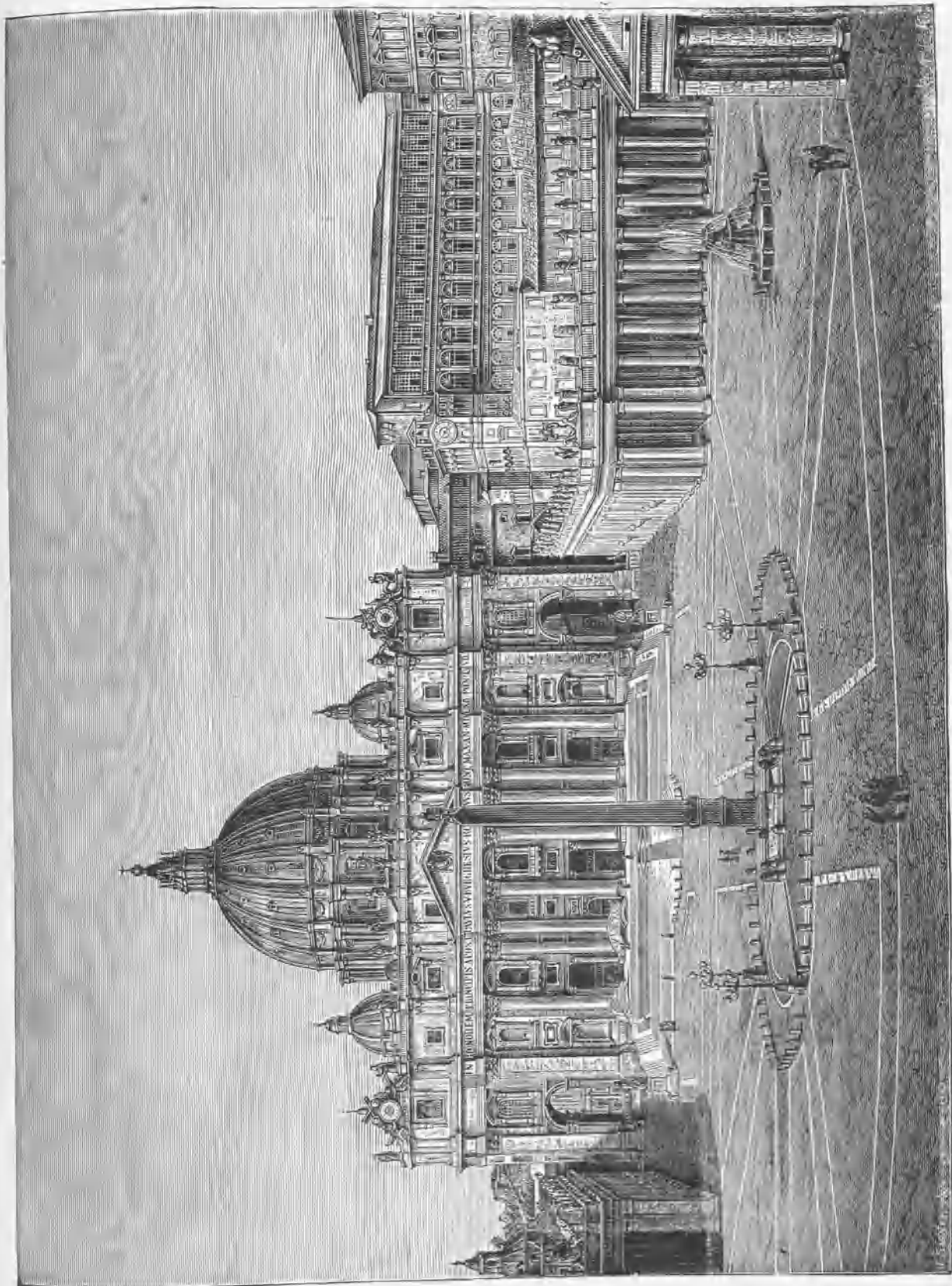
No, no le preguntéis nada. Sus palabras pausadas y frías, como de la experiencia, os producirían un desencanto.

Sin embargo, él espera todavía mucho, porque ama desinteresadamente el arte. Por eso, aunque temeroso y triste, sigue acudiendo constantemente al teatro, en la confianza de que al fin salgan de su retraining los autores ilustres, y los buenos que militan piensen más á conciencia y escriban ménos á destajo, y los artistas que valen se unan sin celos y trabajen con abnegación.

Esperar tan hondo y fiar tan largo es darse el triste consuelo de una locucion vulgarísima: « El que espera, desespera. »

EDUARDO BUSTILLO.

Mayo de 1882.



ROMA. — BASILICA DE SAN PEDRO, EN LA PLAZA DEL MISMO NOMBRE.

LOS ESCENARIOS HISTÓRICOS.

Cómo existen estrechas relaciones entre la complexión fisiológica del cuerpo y la complexión moral del alma en los individuos, existen estrechas relaciones entre la Naturaleza y el espíritu en este nuestro planeta. Para persuadirse de tal aserto, no hay como ver el sacudimiento y repercusión de la lejana tempestad en los nervios; la dulce armonía entre la facultad interior de ver y la luz de cada horizonte; la correspondencia entre la figura humana, lo que podríamos llamar el colorido y el dibujo de esta viva y animada estatua, con el clima donde ha surgido y se ha delineado; pruebas seguras de cómo el mundo interno y el externo componen dos elementos análogos en tal suerte conexos, que los hechos parecen pensamientos en el Universo, y los pensamientos parecen hechos en el espíritu.

Pero nada nos confirma en estas creencias tanto como el relieve material que un suceso histórico, verdaderamente grande, presta de suyo á la Naturaleza donde ha pasado. Corren los siglos, mueren las generaciones; y el escenario queda en su inmovilidad, guardando el sello de las ideas y hasta el calor de las pasiones que se han agitado en sus senos. ¡Como las olas del río Ganges, y los follajes del bosque indio han contribuido á la multiplicidad y á la renovación de los dioses, cual si dijéramos, á toda la mitología, en el principio y origen de la humanidad! Los desiertos luminosos en Caldea, y la transparencia del aire por las márgenes del Eufrates, explican esa religion de la luz, á cuyo culto han pertenecido tantos y tantos pueblos asiáticos. Las tres religiones monoteístas, la religion de los árabes, de los judíos, la misma religion de los cristianos, han brotado en el gran desierto de Egipto, en Jersalen y en la Meca, rodeadas tambien de desiertos, como si la uniformidad del espíritu y la uniformidad del suelo se correspondiesen y compenetrasen. Puede aún decirse que la religion de los indios es la mitología del Universo, y la religion de los helenos es la mitología del hombre, porque las fuerzas universales dominan más en aquella, y las fuerzas humanas dominan más en esta region de la Historia. Para comprender todo el misterio de Roma en la humanidad, precisa ir al gran recodo que forma el Tiber, entre la Italia del centro y la Italia del Mediodía, la Italia, península competidora de la península griega, que, colgada de los Alpes, se extiende por los mares azules á guisa de reluciente y gloriosa espada, que han de coger para hacer entrar á los pueblos en la humanidad los ángeles apocalípticos de la eterna creacion social, tan milagrosa, y tan divina, y tan vivaz como la misma creacion material.

Pues cuanto decimos de las naciones tomadas en su ge-

neralidad podemos decir de los hechos históricos tomados aisladamente. Será ilusión de nuestra inteligencia, desvarío, si quereis, de la fantasía, engendro del pensamiento alucinado; pero las escenas históricas dan carácter completamente irrevocable al suelo donde suceden y pasan. Muchas veces contribuye á esto el arte humano con sus obras inmortales. Por ejemplo: á las orillas del río Nilo, entre los sublimes palmerales, aquellas pirámides, alzadas titánicamente por generaciones de esclavos para enterrar á sus reyes, hablan al ánimo de la muerte, y dicen, mostrando sus panteones y sus momias, que allí estais en la region de la inmortalidad natural. Fenómeno del mismo género sucede hoy todavía en los alrededores de Atenas. El Hible y el Himeto continúan serenos, engendrando la miel de sus abejas áticas; las aguas del Pireo sonrien, celestes como allá en los tiempos que sobrellevaban las teorías salidas del templo de Teseo, y que oían, al dormirse tranquilas en las arenas áureas, los discursos modelados por los labios de Platon á la sombra de los olmos orientales; pero lo más característico allí, lo que más indica la dulce armonía entre la Naturaleza y la humanidad, entre las instituciones y las ciudades, entre la forma y el fondo, en las obras de arte, á no dudarlo, es el intercolumnio, todavía de pié, ó la estatua de mármol pentélico todavía serena, recordando las grandes y creadoras épocas de su inmortal historia.

Pero, á veces, hasta el sello, que da tanto carácter al paisaje, hasta el sello de las obras artísticas, falta; y sin embargo, la elocuencia muda de los objetos continúa en su grandeza y en su verdad hablándonos de la elocuencia viva de los hechos. Ningun monumento queda en los campos de las Navas; ningun recuerdo material se ve allí para evocar la grandiosa epopeya sucedida en sus elevadas planicies. Las cumbres silenciosas de Sierra-Morena dividen, como si fueran una muralla natural, las regiones de Andalucía y las regiones de Castilla; pero el ménos enterado en la historia patria, cuando pasa por aquellos sitios, ve dibujarse la tienda donde leía su Koran, defendido por un cerco de diez mil negros, el emir de los creyentes almohades, en la gran batalla que decidió la suerte de la cristiandad, y que coronó con lauros inmortales aquellos nombres de Sancho el Fuerte de Navarra, Pedro II de Aragón, Alfonso VIII de Castilla, tan relucientes en los riscos y breñas como las estrellas mismas en el cielo que corona y alumbraba los espacios.

¿Quereis ver una diferencia en la complexión de Carlos V y la complexión de Felipe II? Pues mirad los sendos sitios escogidos por cada uno de ellos respectivamente para morir y enterrarse. No hablaremos de la riente arquitectura del primero y de la triste arquitectura del segundo; aquella, plateresca, cincelada como una joya, severísima y

desnuda ésta de todo carácter que no sea la grandeza; no hablaremos de eso, porque podría decirsenos, con razon, que los edificios surgen del espíritu y enajen las ideas como símbolos más ó ménos propios de su respectiva edad. Hay espacios independientes de la idea humana, que revelan la intimidad del carácter respectivo de aquellos dos poderosos monarcas, en cuyas vidas se resume la historia toda del siglo décimosexto: hay la vista de Yuste y la vista del Escorial, monasterio levantado aquél en la vega de Plasencia, y en la cálida Extremadura, bajo cordilleras de lácientes y ardentísimos calores, sobre prados amenos, entre naranjales y olivares que contrastan con los castaños de cercanas regiones mucho más frescas; henchido por los susurros de parleros arroyos, y perfumado por las esencias del blanco azahar, propia tumba del brillante caballero que asistió al día de la revolucion religiosa, y al cénit del Renacimiento artístico, miéntras la faraónica mole de granito sublime, pero triste, levantada sobre terrenos desautos que pertenecen al esqueleto del planeta, sin adornos en su arquitectura y sin seducciones en el país ambiente, severo como una penitencia y siniestro como un remordimiento, muestra la reaccion tristísima que debilitó al humano espíritu y los comienzos de aquellas guerras religiosas que entristecieron y ensangrentaron el mundo. Yuste representa la juventud del siglo décimosexto, como Carlos V; y San Lorenzo, la vejez y la muerte, como el sombrío y austero Felipe II.

¿Queréis ver toda una edad entera del espíritu humano? ¿Queréis ver en su verdad y en su hermosura el renacimiento? Pues id á un punto del planeta; sí, á uno solo; id á los valles de Toscana; id, y os enteraréis de su espíritu. ¡Cercanías bellísimas las cercanías de Florencia! En ninguna parte se unen con tanta perfeccion la sublimidad y la gracia. Por lo hondo de espacioso valle serpentea el Arno, cuyas aguas llevan disuelta la inspiracion, como en otro tiempo las agnas de la Castalia ó del Alfeo. Dos cadenas de graciosas colinas, en las cuales se levantan, á la izquierda, monumentos como San Miniato; á la derecha, pueblos como Fiesole, bordan aquellas riberas ornadas por los mirtos y los laureles, gratos á los poetas y á los dioses. En las vertientes de las colinas, los altos olmos se entrelazan con las guirnaldas de parra; y en las cimas, ocultando los campanarios y las torres, aquellos pinos de clarísimo verdor y esférica copa mezclados con las sombrías pirámides de los tristísimos cipreses. Las colinas del Arno corren por el Norte y por el Sur de Florencia, formando como una ligera curva, miéntras al Este las montañas azules de la Umbria, y al Oeste las cordilleras del clásico Apennino, dibujan sus variados picos, y reverberan, cual gigantesca piedras preciosas, los reflejos de los hermosos cielos. Tantas y tan varias quebradas se bajan y allanan, como para formar una planicie, donde aparece tendida en mullido lecho de flores la inmortal Florencia. Imagináosla en los tiempos de nuestra historia, despues del regreso de Cosme de Médicis, al mediar la décimaquinta centuria de nuestra era; con sus muros, toscos y ligeros al mismo tiempo; sus cuarenta y cinco torres en las cortinas de la derecha, y otras muchas tambien en las cortinas de la izquierda; sus puertas en forma de fortalezas y de castillos; sus dos grandes agrupaciones á una y otra orilla del río, enlazadas por cinco puentes; aquí, la catedral

con su *campanile* de mármoles, ideado por el Giotto, y que parece como columna antigua esmaltada por presencas góticas, y su rotonda, recién concluida por Bruneschi, y que parece como templo romano elevándose en los aires á guisa de diadema sobre una iglesia cristiana; allí, el palacio de la Señoría, con sus aspilleras militares, y sus remates aéreos, y sus bélicas cresterías; más allá, el palacio del Podestá, con su torrecilla cuadrada; en este punto, viviendas de nobles y ricos, que rennen á la severidad la belleza, y en otro punto, iglesias donde se junta la arquitectura del Norte con la arquitectura del Mediodía, ambas austeras, pero armoniosas, como si á todas las manifestaciones del genio humano hubiera de marcarlas con su sello la ciudad etrusca y toscana; por todas partes, logias con sus arcos, ya clásicos, ya ojivales; fuentes de las rancias corporaciones, con sus defensas ceñidas; multitud de monumentos á medio construir; sobre una colina, los monasterios que exhalan oraciones, y sobre otra colina, las quintas ó vilas que exhalan versos; todo rodeado por bosques de olmos y de laureles, en cuyo ramaje parece que se ocultan las musas, y de cuyas hojas parece que se levantan, como enjambres de abejas ó nubes de mariposas, las bellas ideas generadoras del arte, á beber la luz que á raudales baja de los espléndidos y celestes horizontes.

Las quintas ó vilas en tales cercanías, y mirando á tal ciudad, son verdaderos paraísos. Así, no debemos extrañar que en ellas se hayan reunido desde los clásicos comentaristas de Boecio hasta los clásicos comentaristas de Platon á contemplar las ideas absolutas y á sentir los consuelos eternos. En todo se respira allí la poética antigüedad, porque todo revela el genio etrusco; los pórcos, con sus arcos de medio punto y sus adornos sencillos; los límites que designan las áreas, medio setos y medio muros; los guarnidos de toscos ladrillo con los anchos tejados y los palomares de blanca cal, con las torrecillas ligeras; los rediles y los apriscos de corte virgiliano; las cabañas y los cubos, y las almazaras y las bodegas, y los colmenares que componen como una palpable égloga, con las entradas ceñidas de zarzamora y zarzarosa; las carretas donde se cargan las cosechas, que dan desde aceite limpio hasta vino espumoso, y desde cañamo hasta sedá, y desde heno hasta trigo; los árboles frutales, en cuyas copas los niños sacuden el fruto, y á cuyos piés las campesinas los recogen; los viñedos, en que el jornalero trabaja vestido con su túnica oscura cubierta con su mandil blanco, y calzado con sus botas negras, segun se ven en los frescos de Giotto, en las paredes de los cementerios y en las iluminaciones de Fra Angelico, sobre los misales de las iglesias. Pero, al mismo tiempo, la arquitectura civil levanta, en medio de tanto verdor y flores tantas, sus varias construcciones; anfiteatros con gradierias de bancos, torres del vigía, portadas de gruesas piedras profundamente abovedadas, terrazas desde las cuales se dilata la vista en cuadros inacabables, pórcos que juntan unos á otros los vastos departamentos de la finca, como dormitorios, vestuarios, baños, bibliotecas, capillas, pajarenas, comedores, todo adornado con grecas de tomillo, que huelen á gloria, y con grupos de árboles donde el álamo se mezcla al sauce y el granado al nispero, y el azufaifo al melocotonero y albaricoquero, sin contar los maravillosos jardines en que la vegetacion, obedeciendo á la idea y á la mano

del hombre, se presta á toda suerte de caprichos y se armoniza con las líneas monumentales de los gigantes edificios, á cuyo lado, como para contrastar su pesadez y aligerar sus muros, corren, ora en fuentes, ora en cascadas, abundantísimas y cristalinas aguas.

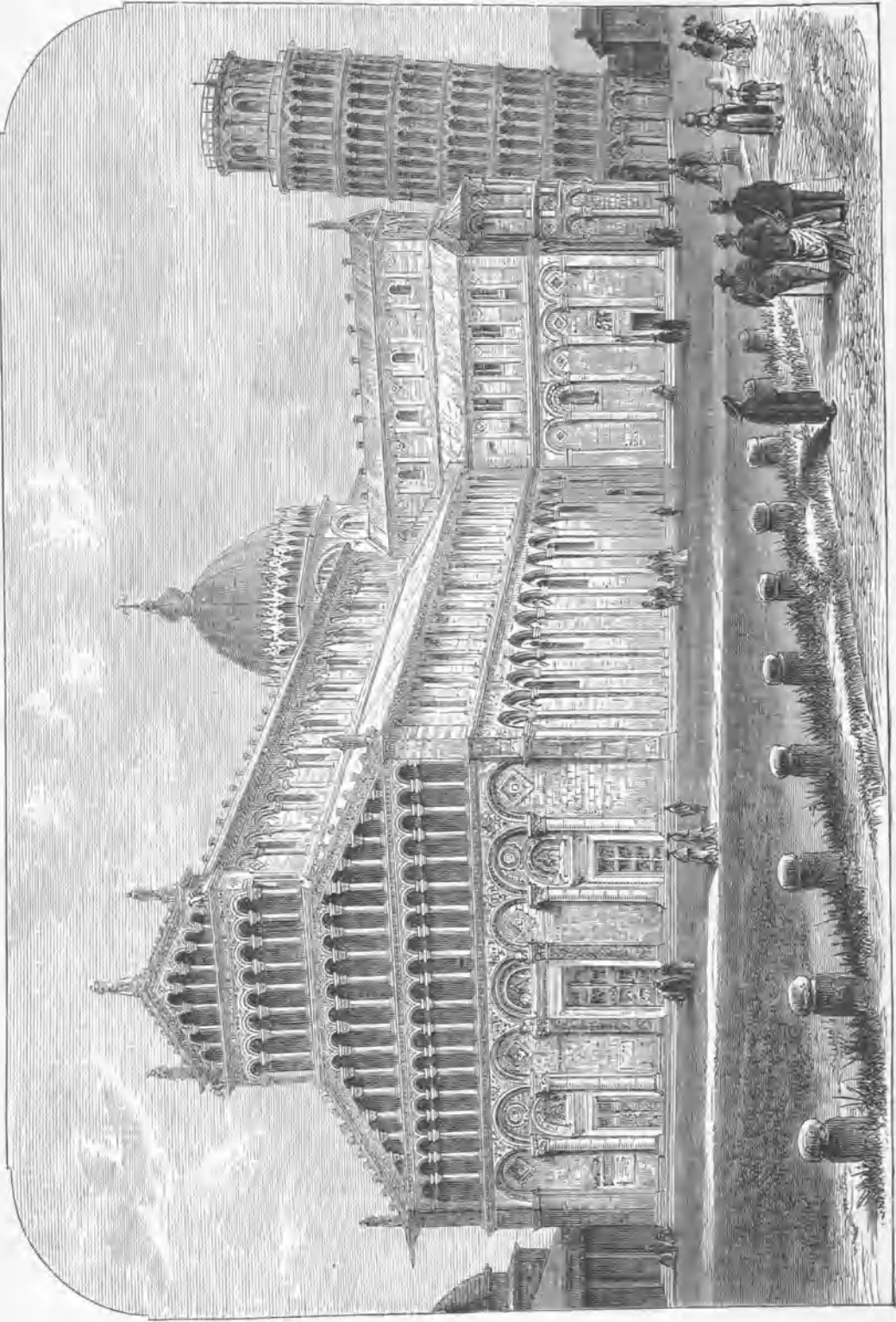
Pues si las cercanías de Florencia os revelan los caracteres del renacimiento artístico, el viaje de Lutero por Italia os revela el carácter de la revolución religiosa. Comenzada la peregrinación de Lutero bajo siniestros presentimientos, debía toda ella obedecer por necesidad á este triste comienzo. Tenía el germano de la hermosura una idea muy germánica; gustaba, por tanto, de los cielos vaporosos, de los horizontes inciertos, de las llanuras verdes, de los ríos azules, de los bosques oscuros que componen los ornamentos de su patria; y al bajar á Italia, se encuentra con un sol cuyo esplendor no puede sufrir la diminuta retina de un hombre del Norte; con un cielo cuyas ardientes reverberaciones y metálicos reflejos le encienden la sangre en las venas; con unos arbolillos que, en comparación con sus encinas seculares, parecen éticos arbustos; con unos ponientes y unos ocasos del día, cuyos arreboles y esmaltes, cuyos orientales toques, cuyas nubes recamadas de ópalo y grana le deslumbraban hasta cegarle, en vez del tranquilo encanto que le procuraban las sombras dulces de un anochecer alemán. Al caminar por la tierra del Mediodía, surge y se impone con el imperio de la fatalidad su fría naturaleza del Norte. Uno de nosotros, que llega, después de haber atravesado territorios boreales, á países cálidos, se extasia con las hojas de la higuera casi abrasada, con los cactus del nopal y de la pitirizados de espinas, con las playas pedregosas y areniscas, que hacen rebotar la luz, como un cristal de Venecia, mientras á un hombre del Norte, cual Lutero, parecele haber caído en ardiente horno de cal; el vino alcoholizado se le sube á la cabeza y se le derrama como un incendio por las venas; las noches, cuyo frío no guarda relación alguna con los calores del día, le dan fiebre cuartana; y el exceso de vida le abruma, le sofoca y le presta casi apopléticos mareos. Y, sin embargo, cuando se leen las *Memorias de Lutero*, libro que recomendamos á nuestros lectores, porque en él se encuentra, más que en ninguna parte, la idea exaltada del revolucionario y su temperamento arrogantísimo, obsérvese que alguna vez cede, mal de su grado, á los hechizos del Mediodía, tan poco propios para cautivar su rebelde naturaleza del Norte. En una de sus marchas siéntese aquejado de intensísima sed, y no tiene, para calmarla, más que el agua, entre plomiza y amarillenta, de un estancado charco. La bebe, á pesar de su repugnante aspecto, y se siente como tomado de una borrachera. La lengua se le desata, los ojos se le animan, el paso se le acelera, y vacila y se le va la cabeza. Y en éstas, un granado, uno de esos arbolillos que tanto le extrañaban, ofrécele en las puntas de su flexible ramaje el presente de sus frescas y dulcísimas granadas, que roge, que parte, que devora, encontrando en su frescor delicioso y en su azucarado zumo el pronto remedio á su embriaguez, curada por una tranquila y serena alegría propia de los antiguos dioses. Diez años después, aún recordaba estas granadas, y aún les dirigía frases tiernas y sentidas, ingenua expresión de un verdadero agradecimiento.

No puede describirse, no, la emoción que debía produ-

cir en su ánimo uno cualquiera de aquellos grandes monasterios de Lombardia, todos de relucientes mármoles; con átrios mayores que las plazas de Alemania; con armoniosísimos intercolumnios dignos de figurar en las tierras de Grecia; con altas torres concluidas y rematadas por áureas figuras de bronce; con patios que los jaspes pavimentan, que los surtidores refrescan, que las rosas adornan, que los arcos aéreos y las galerías sin término, unas sobrepuestas á otras, aligeran y embellecen, esmaltados por los cincelos del Renacimiento, con tales guirnaldas de piedra y tales grupos de figurillas, que dan como una fiesta á la vista; llenos de estatuas, de cuadros, de joyas primorosas, de relicarios cubiertos con preciosísima pedrería, de altares, muchas veces vaciados en plata maciza; con aquellas tumbas cuyos losas parecen brocados, según lo bien trabajadas; con aquellas capillas que las ágatas enriquecen; con aquellos monjes mundanos, los cuales hablan como en una academia, reciben visitas como en un salón, pintan y esculpen cual si sólo fueran artistas; y olvidados de los escrúpulos que aquejaban al pobre fraile alemán, se entregan, en una campiña atravesada por ríos fecundantes, cubierta de canales y acequias, con la vista en los Alpes nevados y la vista de los serenos lagos, entre alamedas sin fin ornadas con parras inacabables, se entregan á la dulce é incomparable alegría de vivir en medio de aquel vasto paraíso.

Lutero debía sentir la envidia de Anibal, la codicia de Ataulfo, las pasiones que han dominado á todos los conquistadores de Roma. La magia mayor de aquella tierra, su principal encanto, su primer hechizo apenas lo comprende, porque apenas comprende el arte. En aquella Milán, donde se alzaba entonces ya resplandeciente su maravillosa catedral de blancos mármoles, sólo se cura del rito ambrosiano y gregoriano, y sólo atiende á los misales diversos que suelen usar en los mismos templos. Delante de un monasterio artístico sólo observa que rinde por año treinta y seis mil ducados, doce mil en productos agrícolas, doce mil en arriendos varios, doce mil en pupilaje de novicios pensionistas. Pero ¿qué más? En Florencia no le maravillan ni las bellas murallas; ni las alturas de Fiesoli y San Miniato, ceñidas de jardines y coronadas de monumentos; ni el *campanile*, que parece una columna encargada de sostener el cielo; ni la rotonda de Santa María, que es el prodigio de la arquitectura moderna; y cuando las puertas del Baptistero ya relucen, cuando el David de Miguel Ángel ya guarda el ingreso en la Señoría, cuando la torre del Podestà ya brilla en los aires, cuando la logia de Orcagna ya tiene sus estatuas griegas, Lutero sólo observa que son muy blancas y están muy limpias las sábanas de los hospitales.

Después de esto no puede extrañarnos la tristeza que le sobrecogió al entrever desde Monte Fiascone la intensidad oceánica de la campiña romana. Poco apto para apreciar los destellos de nuestra luz meridional; poco amigo de la historia antigua, escrita con caracteres indelebles en cada una de aquellas sacrosantas piedras; incapaz de comprender la música que exhalan las ruinas, las evaporaciones de inspiración que exhalan las cenizas, la sublimidad de un arco caído, de un acueducto roto, de una estatua destrozada, de una columna hundida en el polvo; entre aquellos juegos de claror y de sombra, que componen tantos cuadros; entre aquellas líneas escultóricas, que parecen los bocetos



PISA (ITALIA). — EL «DUOMO» Y LA TORRE INCLINADA.

de otras tantas estatuas; á la vista de los sepulcros vacíos, de las vías romanas que culebrean en los solennos desiertos; sobre el vasto cementerio donde yacen tantas divinidades enterradas, echa de ménos los naranjos y los limoneros con que en su cándida ignorancia había soñado, y evoca su blanda, y blonda, y loimuda, y verde, y fresca Sajonia, muy propia para la vida corriente, pero incapacitada de conseguir, por mucho que la esmalte la Historia y que la embellezca el Arte, la sublime austeridad de Roma.

Así todo le disgusta y en todo encuentra asunto de crítica y objeto de censura. Quien no ve las misteriosas perfecciones de la campaña romana es muy apto para ver las numerosas imperfecciones de la sociedad. Y, en efecto, á cada paso se encuentra una hospedería monástica, y en cada hospedería monjes que trincan, que juran, que charlan á tontas y á locas, que gesticulan á roso y veloso, que caen sobre todo el mundo con sus murmuraciones, que tratan de todo, ménos de religión y moral. Su austero misticismo se indigna de que las efigies ocupen todas las encrucijadas y llamen más la atención de los fieles que las ideas verdaderamente dogmáticas y que el culto á Jesucristo. Su único pensamiento al acercarse á la Ciudad Eterna es apretar el paso, para llegar la víspera de San Juan y tener el privilegio de decir una de esas misas que sirven tanto á los vivos como á los muertos. Mas debe decirse con imparcialidad, por lo mismo que entramos en la historia sin ningún género de pasiones, que habiendo recorrido Italia desde los Alpes al Tíber, ni una sola vez alcanzó á comprenderla, como si hubiera sido la patria de la inspiración plástica y de las artes del dibujo, un jeroglífico de Egipto.

Pues si el viaje de Lutero por Italia explica el comienzo de la revolución religiosa, el jardín de María Antonieta en Trianon representa el fin de la monarquía francesa. ¡María Antonieta! ¡Cuán difícil juzgarla! Es una reina que pasa del palacio á la Conserjería, del trono á la guillotina; una esposa que recibe en su anillo de boda el reino más hermoso á la razón del mundo, y luego recibe de manos del verdugo las raidas tocas de su desolada viudez; una princesa á quien ha educado en la abundancia la mujer más elevada y más fuerte de su tiempo para la majestad, y á quien han maltratado y escupido las muchedumbres airadas, hundiéndola en húmedos y oscuros calabuzos; una madre que adoraba á sus hijos y que los vio arrancados á su regazo y convertidos en instrumentos de un proceso y de su deshonor; una joven hermosísima que creció en el armiño y en la púrpura, para tener hambre y frío, coserse y remendarse la ropa, recoger los insultos más groseros, devorar las injurias más soeces, hasta ir en una carreta al cadalso y mezclar sus huesos olvidados en la tierra común, en la fosa de la miseria y de la pobreza, sin una oración y sin una lágrima. ¡Horrible tragedia, la cual exigida, para ser referida en toda su desgarradora tristeza, los sollozos de Job y las lamentaciones de Jeremías, esos poetas plañideros de las majestades arrojadas y de las grandezas caídas! Yo no he ido vez alguna á la Conserjería á visitar sus góticas prisiones, que no haya visto á María Antonieta en su cuna de oro puro y en su cadaleo de ensangrentadas tablas; con su cuello de garza tocado ayer por los diamantes y hoy por la cuchilla; con su traje de terciopelo carmesí bordado de oro y su sayal de tosca lana remendada de andrajos; en su Tria-

non, circuida de cortesanos que la adoran, y en su cárcel, rodeada de soldados que la insultan; yendo al trono entre nubes de incienso, y á la muerte entre estallidos de blasfemias; adorada y querida como una diosa, muerta y enterrada ¡ay! como una bestia. Los antiguos, que tan admirablemente comprendieron el terror trágico, hacían bien sosteniendo que el despeñarse de eminentes alturas á profundos abismos produce en cuantos contemplan tanta desgracia un escalofrío indecible de compasión y de pena. Los que hemos nacido en la pobreza y en la pobreza nos hemos criado, no experimentamos en estos cambios bruscos de la suerte estremecimientos tan rudos y golpes tan fuertes como aquellos que han nacido y se han criado en las cimas del poder y de la fortuna. Así, yo sostengo que en todas las almas compasivas producen, por superstición si queréis, pero también por necesidad ineludible, mayor compasión que tantas otras desgracias, las desgracias de María Antonieta. Así es tan difícil acercarse á esa ilustre personalidad histórica, verla en su hermosura, oír en su amargo sollozo y juzgarla sin pasión y sin enternecimiento. Mas la Historia tiene sus exigencias, y la primera es no excusar ningún juicio, no desconocer ninguna responsabilidad, no desmentir ni un momento la severa justicia. Acercuémonos á juzgarla después de haber compartido sus penas y llorar sus infortunios. No solamente los poetas antiguos, sino también nuestros dramáticos, anuncian con algún horóscopo las tristezas de aquellos personajes heridos con indeleble herida por la férrea mano de la fatalidad y destinados á perecer en una catástrofe. María Antonieta nació el año de la horrible calamidad del terremoto que arruinó á Lisboa. En las fiestas de sus bodas sucedieron desgracias inenarrables; doscientas personas quedaron ahogadas y muertas. Cuando nació su primera hija, en el acto mismo del bautizo, y en presencia de toda la corte, su cuñado, el Conde de Provenza, que servía de padrino á la régia niña, murmuró ante el clero, ante la nobleza, palabras contrarias á su legitimidad. Cuando nació el Delfín, su último hijo, esperanza de la dinastía, regocijo de Francia, retardáronse tanto las fiestas de rúbrica por su natalicio, que la Reina se quejaba diciendo cómo los señores magistrados de París no darían el baile de tradición hasta que no pudiese el Príncipe bailar. Mil veces, en aquellas fiestas locas á que se daba con tanta improvisación y hasta ligereza, ruidosas, pero no criminales, siniestros presentimientos cruzaron como negra nube por su delirante alegría y oscurecieron su natural inocente regocijo. La Harpe cuenta, y bajo su autoridad y responsabilidad lo repetimos nosotros, un hecho, que podría ser exagerado y falso si se quiere, pero que muestra cómo cruzaban por aquellas almas siniestros presentimientos. Reunióse una tertulia en cierto aristocrático palacio, donde acudían las familias de la primera nobleza de París. Estaba entre ellas aquel misterioso personaje Conde de San Germain, célebre por atribuírsele un conocimiento tan grande de los tiempos pasados como de los tiempos por venir, y el cual anunció á todas que morirían sin confesión. Y como algunas se echaron á reír, dijo: «El Rey de Francia será el único gran personaje que subirá, acompañado de su confesor, las gradas del cadalso.» Habrá cuanto queráis de inventado á posteriori en esta profecía; pero no puede negarse la existencia de presentimientos que aterraban y

comovian á todo el mundo, como si la electricidad se respirase en los aires.

Lo cierto es que María Antonieta había sido un instrumento político desde sus primeros años, y como instrumento político entregada á Francia. Su soberbia madre no la dejaba vivir en los días preparatorios de su boda, pintándole dos cosas: los temores de la corte de Versalles, y los altos destinos políticos que debía cumplir con su casamiento. Aun no tenía quince años la pobre niña, y ya le llenaba la cabeza de estas terribles historias, en aquel palacio de Viena, donde andaban sueltas las brujas por las noches. Dos ideas se le quedaron grabadas en la mente á la que iba á ser reina de Francia: primera, las dificultades que en su nueva posición le aguardaban, y segunda, la obligación que tenía de servir á su madre y á su patria. La *Austriaca* la llamó el pueblo con ese instinto de adivinación que le distingue, y austriaca quedó toda su vida, á pesar de ser, por su padre, de origen y hasta de carácter frances. Hemos visto muchas francesas, quizás la mayor parte, que han olvidada bien pronto, elevadas á un trono, la patria de sus padres por la patria de sus maridos y de sus hijos. No hemos visto ninguna tan adherida á su prosapia, á su gente, á su familia, á sus padres, á sus hermanos, como la infeliz reina de Francia. Siempre se creyó en Versalles una agente del Austria.

Hermosísima, de gallarda estatura, de gracia comunicativa, los hombros anchos y el talle angosto, blanca y sonrosada como una figura del Púscino, breve el pié y brevísima la mano, azules los ojos y rubia la cabellera, de boca franca y de albos y brillantísimos dientes, la nariz grande pero admirablemente dibujada, reunía en su persona increíbles gracias. Ligera, gárrula, sensible, inconstante, imprevisora, de poco apego á la etiqueta y á la ceremonia, de mucho culto por la dignidad Real, á pesar de cierta tendencia á descender y confundirse con los plebeyos, que le había inspirado su siglo; amiga hasta el delirio de toda clase de diversiones; fiel á su marido y amante de sus hijos, digna lo que quiera la maledicencia de los partidos; en sus palabras poco cauta y en sus maneras poco recatada, tuvo la desdicha de provocar muchas enemistades y de llamar sobre su frente, ceñida por esas diademas de oro que tanto atraen el rayo, la explosión de muchas y muy reconcentradas pasiones.

Parece, á pesar de todo esto, que le gustaba reducirse y encerrarse en el hogar de los plebeyos, como si el sentimiento de la igualdad y el amor á la Naturaleza que despertara el filósofo ginebrino en todos los corazones hubiera apresado su alma. Cuando sus predecesores construyeron el aparatoso y colosal Versalles, no pudiendo con tanta grandeza, se encerraron en el Trianon, que reduce ya las régias estancias á menor espacio. Pareciéndole el Trianon demasiado grande, se encerró María Antonieta en el Trianoncillo, una especie de casa de vecindad, semejante en todo á las casas de los plebeyos. Allí, en aquellos magníficos pero tristísimos jardines que rodean la casa, bajo los árboles plantados por los primeros botánicos del tiempo, á orillas de los estanques y de los lagos, se descubre la cabana, el aprisco, la lechería, el molino de harina, los sitios donde instintivamente consagraba aquella mujer imprevisora la nueva edad del trabajo, que reemplazaba á la guer-

ra y que traía consigo una democracia de todo en todo contraria á los reyes y á sus antiguos privilegios. ¡Cuántas veces, paseándome triste y melancólicamente por aquellos sitios, he cesado verla á través de la cornada, con su traje de pastora, su sombrero de paja, su baston nudoso en la mano, seguida de damas y galanes igualmente vestidos, fingiendo la vida tranquila del campo desde las alturas vertiginosas del trono! En ciertas épocas, todos los caminos conducen á la perdición de las monarquías. Aquellas confianzas con sus agentes, aquellas fiestas pastoriles, aquel abandono de la régia etiqueta, sólo servían al cabo para fomentar la calumnia y acelerar la perdición. Bien es verdad que sus palabras contribuían más que ninguna otra cosa á su descrédito. ¡Cuántas veces tenían que reñirle su madre y sus hermanos! ¡Cuánto no la reconvino el emperador José por haber sabido que comparaba al Rey con Vulcano, y se quejaba de que Vulcano solía olvidarse mucho por las noches de Vénus! Y sin embargo, historiadores tan grandes, pero tan crueles como Michelet, que entra en la ciencia de lo pasado con las pasiones de lo presente, reconocen su castidad y la proclaman fidelísima esposa. El Conde de Artois fué su amigo; Coigny, su pedagogo; Fersen, su caballero, á la manera purísima que D. Quijote fué el caballero de Dulcinea; Lanzim, capricho platónico de su afición al ruido, al chiisme, á la moda, á la elegancia; ninguno fué su amante. Mas, ligera siempre, sus ligerezas la desacreditaban. Se empeñó en que había de consentirse la representación de la comedia de Beaumarchais, *El Figaro*. A pesar de la resistencia del Rey, la comedia llegó á la escena bajo las protectoras alas de la Reina. Antes de que la hubieran representado en público, ya la representaban en secreto los caballeros de la corte, los amigos de María Antonieta. Y ¡qué escándalo el día de su representación! La multitud se agolpaba en tanto número á las puertas del teatro, que muchas personas murieron asfixiadas como en el terrible día de las régias bodas. Y la Condesa olvidada por su marido era la Reina misma; y el Conde olvidadizo era el mismo Rey, y el hijo de Ganso, el Delfín. Su moral dramática se reducía á esto: «Vivamos; ¿quién sabe si el mundo vivirá dentro de seis semanas?» Contra la aristocracia hervía esta palabra: «Para brillar se han tomado el trabajo de nacer.» Contra los Ministros, y sobre todo contra el Ministro de Hacienda, esta otra: «Se necesita un financiero, y han nombrado un bailarín.» El público se aglomeraba desde el amanecer á las puertas del teatro para asistir á la representación que debía verificarse para la noche. Cada palabra asendada contra la Reina, contra el Rey, contra los Príncipes, producía un verdadero escándalo de gritos entusiastas, de aplausos, de carcajadas, de injurias entrecortadas, de palabras ofensivas. Muchas de las frases eran repetidas dos ó tres veces á petición del público, que las aplaudía, y con rodeos malignos del actor, que las recalca. En el patio de aquellos teatros se hubiera podido recoger á manos llenas la áerea materia de pensamientos vagos que formaba ya el germen y el comienzo de la revolución. El Rey, avergonzado de su debilidad, envió al autor á la prisión de San Lázaro. Semejante imprudencia no hizo más que aumentar la popularidad de aquel Aristófanes de la decadencia y la impopularidad de aquel rey extraviado, cuando más necesitaba de la resolución, en las zozobras de la incertidumbre,

Contemplad á Maria Antonieta un momento cuando era feliz en su santuario de Versalles. Jardines tan grandes como los términos mayores de las primeras ciudades la rodean; árboles, recortados y arreglados, y contrahechos como los palaciegos, parece que se inclinan á agasajarla y rendirla vasallaje con grandes reverencias; innumerables palacios se agrupan en torno de su inmenso palacio, el cual ha costado tres mil millones de reales; sesenta damas con tontillos que tienen ochenta piés de circunferencia, según refiere Aveline en su *Historia de Francia*, por estampas, caben en los mármoreos escalones de aquellas gigantescas escaleras; ejércitos de estatuas de mármol y de bronce se elevan aquí y allá, como cortesanos inmoviles; comparsas innumerables de damas y caballeros, con sus terciopelos, sus bordados, sus encajes, sus brocados, pululan por todas partes; cuatrocientas sesenta y nueve personas se hallan adscritas á su servicio, y ochenta al servicio de su hija; más de nueve mil soldados le dan guardia; cien suizos, vestidos con los artísticos trajes del siglo xvi, marchan delante de su carroza; en un viaje de Marly á Fontainebleau gasta quinientas mil libras; quince mil personas se mueven cuando ella se traslada de un punto á otro punto; una información de limpieza de sangre, que llegue hasta el 1400, se necesita para acercarse á su presencia; los suelos que pisa están cubiertos de alfombras; las bóvedas bajo cuyas líneas pasa, llenas de amores, con sus alas extendidas, que parecen próximos á volar en torno de la régia fuente; los que antes iban á las guerras feudales, á las conquistas de Jerusalem, á los grandes conflictos con Inglaterra, van ahora á su despertar, á su vestir, á la comida donde para cada vaso tiene tres pajes, al juego, á la caza que parece á una batalla, al teatro resplandeciente, al salon de baile en que han llovido los diamantes y las perlas, á todos los actos de la vida exaltados como los actos de la vida de una diosa. Allí brillaba con su rico guardapiés, su largo manto, su banda, sus funestos collares, su cabellera empolvada y cubierta de plumas, sus botas con tacones altísimos, sus abanicos de marfil incrustados en oro y pintados por los primeros artistas. Allí tenía á su lado la princesa Real y el Delfín, que encantaban á cuantos los veían, disponiendo siempre partidas de caza, de campo, fiestas, teatros, balles. ¡Qué distancia á la Conserjería, al tribunal revolucionario, al infame cadalso!

Los primeros en deshonrarla y perderla fueron las personas de su familia, los hermanos del Rey. Se habla mucho por todos los reaccionarios de las injurias inferidas á la Reina en el tribunal terrorista. Ninguna tan terrible como las calumnias ideadas por el Conde de Provenza. Sucesor al trono si su hermano Luis no tenía hijos, anhelaba con verdadero anhelo tan pingüe sucesion. Y no hay pasiones tan inquietas como las pasiones suscitadas por las herencias en los palacios. Aquel que está cerca del trono, que ve sus tentadores eminencias casi al toque y alcance de las manos, que presencia diariamente las satisfacciones del poder, siente despertar e en su seno el orgullo, la ambicion, la soberbia, la sed de mandar, y cometeria toda clase de crímenes para satisfacer esta pasion, y más contra aquellos que, en su sentido y en su creencia, le despojan criminalmente de un derecho. No hay sino ver en nuestra historia toda esta

larga dinastía de infantes que desacatan á su padre, como D. Saicho el Bravo, ó que inmolan á su hermano; como D. Enrique de Trastámara. El Conde de Provenza creia que Luis XVI no podía tener hijos, y por ende, que los hijos de su viuda eran todos adulterinos. Así como el galante Conde de Artois, su hermano, galantease mucho á la Reina, díjole una vez ante la córte: «Procura en tus amores no dañar tus derechos.» Ya hemos contado lo que hizo en el bautizo de la princesa Real. Cuando sobrevino el nacimiento del pobre Delfín, su furor subió de punto, y una vez se dejó decir que jamás reconocería por rey de Francia al hijo de Coigny. Hasta los afectos más tiernos y más dignos de Maria Antonieta calumniaba; hasta su amistad á la dulce Princesa de Lamballe. ¡Ciego! No adivinaba que, así como toda su familia había sido solidaria en el derecho, iba á ser solidaria en el infortunio. No adivinaba que vertía á manos llenas desde las alturas del trono la revolución sobre los abismos del pueblo. No adivinaba que aquellas calumnias se filtraban desde las salas de los palacios en los antros del club y en los corazones de la muchedumbre. Pensaba abrirse las puertas del poder, y se abría las puertas del destierro. Pensaba levantar un trono para sí, cuando levantaba un cadalso para los suyos. El pueblo veía, al recoger estas calumnias, que los encargados de dirigirle ni resultaban siquiera iguales á él; antes inferiores, muy inferiores. Por consecuencia, los designaba ya en su pensamiento para un tremendo castigo. ¡Cuántas veces, allá en la emigracion, teniendo la frontera y los ejércitos aliados entre la Convencion y su vida, el Conde de Provenza, al ver su bella hermana reducida en una prision, calumniada en la persona de sus hijos, yendo á morir en una carreta, sacrificada en la guillotina, se labrá visto, al resplandor siniestro de sus remordimientos, en los celajes oscuros de lo porvenir, entre los verdugos y los sayones de aquella desgraciada mujer, de aquella martirizada reina.

Naturalmente, desde los escenarios donde han sucedido los hechos, hemos saltado, al impulso de la idea, con rapidez á los artistas y protagonistas de tan maravillosas escenas. No puede, no, desconocerse la relacion misteriosa entre la Naturaleza y la Historia. En nuestro mismo suelo, así que la irrupcion árabe llega con su empuje á los territorios frios, parece que pierde pujanza y que retrocede, no sólo á la furia de nuestros progenitores, sino á las amenazas y á las asechanzas del clima. Lo mismo en Toledo que en Zaragoza, ciudades centrales, el árabe se halla como de huéspedes, y así desaloja bien temprano una y otra ciudad, mientras se queda y arraiga en Valencia, Murcia, Córdoba, Sevilla hasta el siglo décimotercio, y hasta el décimoquinto en Granada, Málaga y Antequera. Naturalmente, ni en Guadarrama ni en el Moncayo podian encontrar los cármenes donde construir, á la sombra de los palmerales asiáticos, entre los pebeteros de los aromas embriagadores, sus serrallos y sus mezquitas. El hombre, que por su alma se confunde con Dios, se confunde por su cuerpo con la materia, y por virtud de esta contradiccion, resulta el más misterioso, pero el primero y más sublime de todos los seres creados.

EMILIO CASTELLAR.

Madrid, 4 de Julio de 1862.



LA PERfidIA, EN BRAZOS DE LA INOCENCIA. — (ESCUELA INGLESA CONTEMPORÁNEA.)

LENGUA-LARGA.

CUENTO POPULAR RECOGIDO EN VIZCAYA

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA (1).

I.

CUANDO Cristo y los Apóstoles andaban por el mundo, había en una ciudad de Galilea un hombre á quien el noventa y cinco por ciento de los que le habian oido tenian por un portento de elocuencia y llamaban Lengua-divina, indignándose de que los cinco por ciento restantes le llamasen Lengua-larga, teniéndole por un portento de charlataneria.

Aquel hombre tenia tan robusto el pulmon, y la lengua tan suelta, y la palabra tan sonora, y el gesto tan expresivo, que en verdad era necesario darlo todo al concepto, y poco más que nada al sonido, para no sentirse arrebatado de entusiasmo al oírle.

Lengua-divina debía ser muy feliz, porque gustaba del aura popular, y ésta le arrullaba lo que no es decible. Aplausos y vítores que, apenas despegaba los labios, rayaban en frenesi; admiracion y respeto siempre y en todas partes; dinero que á manos llenas le daban la ciudad y los particulares porque pusiera á su servicio su elocuencia, todo esto debía bastar para que Lengua-divina fuese muy feliz, y sin embargo, Lengua-divina era muy desgraciado, porque el pesar no le dejaba instante de sosiego, despierto ni dormido.

Este pesar era el de que el tesoro de su palabra se desvaneciera y perdiera en el aire conforme salía de su boca.

— Señor — decía — ¿no es gran lástima que sólo los que me oyen gocen de mi palabra, que, sin pecar de modesto, puedo calificar de admirable y sublime, puesto que de esto y áun de divina la califica la voz del pueblo, que es voz de Dios? Si mi palabra, en vez de desvanecerse y perderse en el aire conforme sale de mi boca, sin dar tiempo á los que la escuchan para gozar de ella, adquiriese perpetuidad, por ejemplo, quedando escrita en los objetos materiales que me rodeasen, todos y en todo tiempo podrian saborearla, y mi gloria sería infinita áun despues de mi muerte.

De esta misma manera opinaba y de este mismo pesar participaba el noventa y cinco por ciento de las gentes que habian oido hablar á Lengua-divina.

A cualquiera de las gentes de nuestro tiempo que lea esta maravillosa historia, conservada por espacio de diez y nueve siglos en la memoria del pueblo, y por primera vez reducida á escritura por mí, le ocurrirá que Lengua-divina y

sus admiradores podian haberse ahorrado aquel pesar llevando constantemente á su lado Lengua-divina un taquígrafo de los que ya entónces florecian en Roma, para que tomase nota de cuanto el Ciceron galileo chistase ó mistase; pero yo debo advertir á las gentes á quien ocurra esto, que en la ciudad donde florecia Lengua-divina no se tenia noticia de que en Roma ni en Atenas, ni en ninguna parte del universo, hubiese quien cogiese al vuelo y sujetase del rabo la palabra humana.

II.

Caminando Cristo y los Apóstoles por Galilea, se dirigieron á la ciudad donde florecia Lengua-divina; y sabedor éste de ello, pensó que la ocasion era de perlas para recabar del Divino Maestro un milagro que diese á su palabra la perpetuidad de que carecia y ansiaban el mismo Lengua-divina y sus admiradores; porque ya allí habian llegado nuevas de que el Nazareno daba vida á los muertos, habla á los mudos y vista á los ciegos, milagro mucho más morrocotido que el de dar perpetuidad á la palabra humana por medio de un signo tipico que ya estaba inventado, aunque tenia el gran defecto de no alcanzar á la palabra ni áun con ayuda de galgos.

Reunieronse los ediles, nombre que se daba allí á los señores de justicia, porque allí, como en todas partes, gustaban las gentes de hablar en griego para mayor claridad; reuniéronse los ediles, repito, cuando supieron que Cristo y los Apóstoles se acercaban, y acordaron unánimes salir á saludar en nombre de la ciudad á los que iban anunciando la buena nueva, y acordaron más todavía, y tambien por unanimidad, acordaron suplicar á Lengua-divina que se encargase de saludar á los recién venidos en nombre de la ciudad.

Lengua-divina aceptó el encargo despues de hacerse rogar mucho con razones de modestia, aunque las pocas gentes que le llamaban Lengua-larga en lugar de llamarle Lengua-divina como las demas, anduvieron en habladerias diciendo que el reunirse los ediles, el acuerdo de que la ciudad saludase á Cristo y los Apóstoles, y el de que esta salutacion fuese por medio de Lengua-divina, todo habia sido obra de éste, que se alampaba por tener ocasion, aunque fuese traída por los cabellos, de menear la sin hueso y recabar de los tontos, aplausos y algo que sonase áun mejor que los aplausos, porque es de saber que Lengua-divina, como estaba persuadido de que su palabra era oro, queria que le produjese.

(1) Escrito este cuento tal cual le oí contar al amor de la lumbre en una caserita de las tercianas de Guernica, apenas ocuparia arriba de veinte renglones.

Los ediles, llevando delante á Lengua-divina y detras á la ciudad entera, salieron al encuentro de Cristo y los Apóstoles.

Lengua-divina dirigió la palabra al Divino Maestro y sus discípulos, y entonces sucedió una cosa sólo esperada del cinco por ciento de sus conciudadanos: que su discurso, al paso que fué acogido por la muchedumbre con frenéticos aplausos, por Cristo y los Apóstoles fué acogido con profunda tristeza.

Era costumbre del Divino Maestro conceder á todo el que á él ó á sus discípulos mostrase buena voluntad, alguna gracia, y Lengua-divina, que no ignoraba esta costumbre, extrañó que Cristo no se apresurase á responder á su discurso diciéndole que le pudiese la gracia que fuese más de su gusto.

Era Júdas Iscariote el único de los Apóstoles á quien Lengua-divina había tratado un poco con el motivo que diré en pocas palabras: hallándose casualmente Lengua-divina en Jerusalem cuando Cristo emprendió á latigazos con los mercaderes que lucraban en el templo, convino con Júdas Iscariote en que éste recibiría un tanto por ciento del lucro de un mercader amigo de Lengua-divina, si conseguía de Cristo licencia (que, por supuesto, no consiguió) para que aquel mercader volviese á lucrar en el sitio de donde había sido arrojado á latigazos.

Lengua-divina se acercó á Júdas Iscariote, y untándole la mano con disimulo, le pidió que intercediese con el Maestro para que le concediese la gracia de costumbre.

Júdas Iscariote intercedió, y el Maestro dijo á Lengua-divina que le pudiese una gracia y él vería si era tal que pudiese cedérsela; y Lengua-divina le pidió la de que todo lo que él hablase, en lugar de desvanecerse y perderse en el aire conforme salía de su boca, quedase escrito en los objetos materiales que estuviesen más á mano.

Concedida por Cristo esta gracia, bendijola el más anciano de los Apóstoles, que era Pedro, y desde entonces se dijo: «Á quien Cristo se la dé, San Pedro se la bendiga.»

III.

De blancas que eran las paredes de la ciudad de Galilea donde Lengua-divina florecía, se iban tornando abigarradas con el prodigio de quedar escrita en ellas instantánea y sobrenaturalmente toda palabra que salía de boca de Lengua-divina.

Pero este prodigio, tan ansiado de Lengua-divina y sus admiradores, tenía cada vez más desesperado á Lengua-divina.

Hasta los maestros de gramática que ántes más se entusiasmaban con la oratoria de Lengua-divina ponían á éste como chupa de dómine cuando se paraban á leer y analizar sus oraciones reproducidas en las paredes de la ciudad con fidelidad pasmosa, porque decían que á cada paso saltaba de ellas un solecismo que tumbaba patas arriba.

Lo mismo hacían los retóricos que ántes más admiraban á Lengua-divina; porque examinando sus oraciones gráficas, sólo encontraban en ellas palabras huecas y tropos ridículos.

Los teólogos que más de corazón daban ántes á Lengua-divina este nombre, ponían el grito en el cielo contra el orador apenas leían en las paredes sus discursos, porque encontraban éstos llenos de herejías dogmáticas.

Los historiadores que ántes, oyendo á Lengua-divina, creían que éste echaba la pata á ellos y á todos los padres de la Historia, se quedaban pasmados é indignados al leer las excursiones de Lengua-divina al campo de la Historia, porque en aquellas excursiones no encontraban más que desatinos cronológicos, audaces citas falsas y necias, falsificaciones de hechos y caracteres históricos, y por consecuencia, ponían á Lengua-divina como ropa de pascua.

Los profesores más consumados en las ciencias naturales, que ántes aplaudían á rabiar á Lengua-divina, ponían á éste como hoja de perejil, diciendo que era un pedazo de alcornoque, porque ni siquiera distinguía el berro del anapelo, ni el ora del oropel.

Y, por último, cada día daba á Lengua-divina un sofoco, ó un garrotazo, ó una bofetada de cuello vuelto, alguno de los que más se entusiasmaban oyéndole hablar, al examinar sus discursos reproducidos en las paredes, porque encontraban en ellos insolentes alusiones personales en que no habían caído y no tenían paciencia para tolerar.

De aquí resultaba que el pobre Lengua-divina no podía ya chistar ni mistar, porque era atroz la prevención que contra él iba generalizándose en aquel pueblo que ántes se quedaba boquiabierto cuando le oía, aunque lo que dijera fuese cosa parecida á lo que dijo aquella novia que, invitada por los que asistían á la comida de boda á que dijese algo digno de su talento y gracia, dijo: «Pues digo que *cuerten pan.*» Ya, aunque saliera de su boca una divinidad, el pueblo creía que había salido un rebuzno, y los dieterios más atroces, y los silbidos, y las pedradas, y los tomatazos perseguían á toda hora y en toda parte al pobre Lengua-divina.

Entonces el pobre Lengua-divina, lleno de desesperación y de vergüenza, abandonó la ciudad donde residía y se fué por Galilea en busca de Cristo y los Apóstoles, que continuaban por allí anunciando á los pueblos la Buena Nueva; y conforme caminaba iba soliloquiando y provocando las censuras y áun los garrotazos y las bofetadas de cuello vuelto de las gentes que encontraba al paso y leían sus soliloquios estampados en las paredes de las heredades y las casas.

Al fin llegó á un pueblo donde se habían detenido á pernoctar Cristo y los Apóstoles, y se dirigió á la casa donde éstos posaban.

A la puerta encontró á su amigo Júdas Iscariote; y como le contase lo que le pasaba, Júdas Iscariote le aconsejó que se ahorcase de un saúco.

Considerando Lengua-divina que la cosa no era para tanto, y si sólo para pedir al Maestro por todos los santos del cielo, que le retirase la gracia que le había concedido, porque no le hacía ya gracia ninguna, untó la mano á Júdas Iscariote para que le proporcionase una audiencia con el Maestro, y obtuvo esta audiencia y formuló al Maestro su petición.

—Lo que tú pediste como gracia —le contestó el Divino Maestro — castigo fué que quisiese imponer á tu soberbia y vanidad, en vez de condenarte á la humildad, como fué mi primera intención al escucharte. Yo te concedo la nueva gracia

que me pides. Ama en lo sucesivo la humildad y la modestia, y te serán perdonadas todas tus faltas; que al que haya amado mucho, mucho le será perdonado.

IV.

La historia de Lengua-divina, que el pueblo de quien la he recogido me suplicó, con razon, no redujese á escritura, temeroso de que á él y á mí nos suceda algo parecido á lo de Lengua-divina, tiene un tristísimo epilogo.

Tornado Lengua-divina á la ciudad de Galilea donde ordinariamente moraba, quedóse más pobre que las ratas, porque cuanto poseía gastó en albañiles y pintores y picapedreros, que procurasen borrar sus discursos estampados maravillosamente y en cantidad pasmosa en paredes, y techos, y muebles de las casas; y lo gastó inútilmente, porque aquellos discursos eran tan indelebles, que mano humana no alciozaba á borrarlos.

Ya las palabras que salian de su boca se desvanecian y morian en el aire al salir; pero las que habian salido ántes perseveraban estampadas en todo objeto material, donde el pueblo las leía y comentaba para vergüenza y descrédito del que las habia pronunciado.

Lengua-divina, en vez de seguir el consejo del Divino Maestro, de amar la humildad y la modestia, sintióse más vano y soberbio que ranea, y esperando recobrar con su e'ocuencia el aura popular, tornó á hablar hasta por los codos; pero toda palabra que salia de su boca era acogida con dieterios, y silbidos, y pedradas, y tomatazos, por el ciento por ciento de sus conciudadanos, cuya totalidad habia trocado su nombre de Lengua-divina por el de Lengua-larga, que en mis queridas Encartaciones de Vizcaya se hubiera traducido por el de lengüetero.

Entónces, recordando en su desesperacion el consejo que le habia dado su amigo Júdas Iscariote, abandonó la ciudad y se ahorcó del primer saúco que encontró á mano.



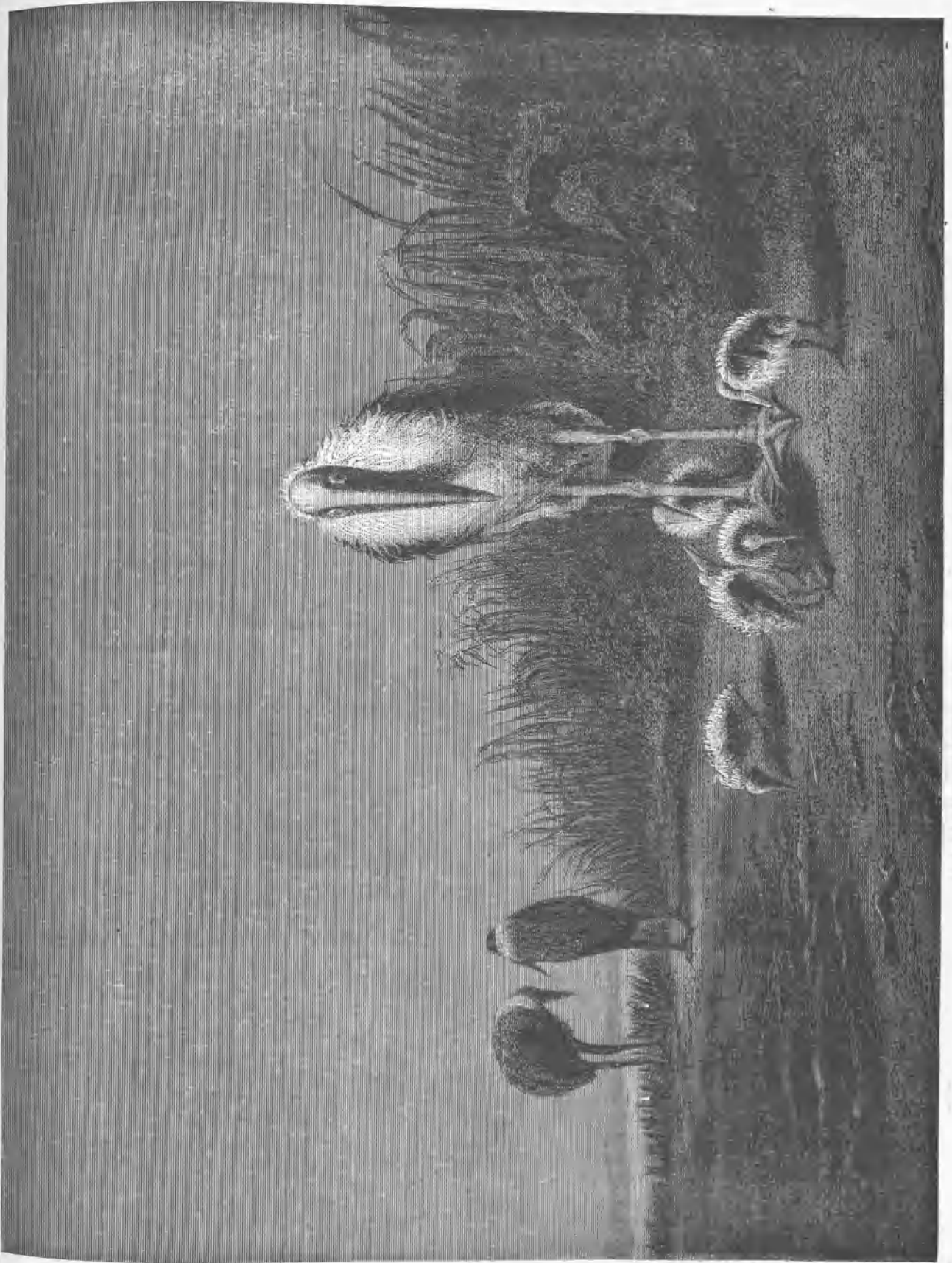
40 años.

80 años.

20 años.

60 años.

LA BELLA NINON DE LENCLOS, EN CUATRO PERÍODOS DE SU VIDA.
(COPIA DE MINIATURAS FRANCESAS DE LA ÉPOCA.)



HISTORIA NATURAL. — FAMILIA DE «MARABOUTS».

DARWIN.

NINGUNA personalidad de la época presente, ninguna de las teorías aventuradas ó establecidas á propósito de los más arduos problemas de la ciencia, han sido tan discutidas, ni dieron que hablar más, ni fueron objeto de mayor atención y estudio, que la personalidad científica y la teoría de aquel varón insigne, de aquel sabio ilustre, cuyo espíritu abandonó el 19 de Abril de 1882, la frágil material envoltura que, como en cárcel, le había detenido durante setenta y un años y cuyo respetabilísimo nombre encabeza estas líneas.

Fué Darwin de aquellos hombres que sólo viven para el trabajo y que en sus estudios procuran únicamente establecer una verdad ó principio superior, al cual convergen y en él se reúnen multitud de datos y experimentos sin número; perteneció, por sus condiciones de hombre de ciencia y por su carácter, á esa especie de sabios más solícitos de probar hasta la evidencia la verdad que nace y toma cuerpo en su entendimiento, que de lucir ingenio y arte en exponer ciencia; que más vale, en verdad, trabajar en investigaciones positivas, siguiendo nuevos derroteros, que ir por trillado camino, en el cual los escollos son siempre los mismos, é iguales para todos los medios de vencerlos. Como experto marino, que en medio de la bravura de horrible tempestad conserva sereno el ánimo, y seguro de su poder y del camino ó ruta emprendida, se aferra al timón y, con fuerza inmensa, lejos de zozobrar, parece como si venciera á los desencadenados elementos, porque, sin perder tiempo ni camino, llega al punto á donde se propusiera llegar, así Darwin, como en otro tiempo Newton y Copérnico, con inteligencia superior, dotado de facultades y medios de percepción é investigación no igualados, en completa y absoluta posesión de un método científico, viendo clarísima la doctrina que consignara en alguna de sus obras fundamentales, camina sereno y con paso firme hasta el puerto á que se propusiera arribar, demostrando en cada uno de sus magníficos trabajos aquellas leyes que constituyen en definitiva lo esencial de la doctrina de la evolución. Nada importa al sabio que partidarios demasiado fogosos y entusiastas, variando por completo el sentido de esta teoría, lleguen á consecuencias exageradas; para ellos la mesura, prudencia y seriedad del maestro es la mejor respuesta. Nada importa tampoco que impugnadores de tal doctrina se levanten contra ella; Darwin responde á todos en cada uno de sus libros, riquísimos en experimentos, originales en los procedimientos, é ingeniosos por todo extremo. Mas téngase entendido que el naturalista no es el hombre de la polémica que ama la discusión sobre

todo; él comprende que en ciencia cabe muy poco discutir en punto á teorías y opiniones, y sólo es posible cuestionar acerca de la apreciación de los hechos, y por eso, que yo sepa, jamás discutió Darwin respecto de sus principios, ni aún los colocó frente de otros; todo su afán era recoger hechos, experimentar y estudiar, y presentar luego sus estudios y sus experimentos, deduciendo de ellos la ley que le parecía más apropiada para explicarlos; no llevó prejuicios á la ciencia, y por eso fué siempre prudentísimo en teorizar, tanto, que cuanto hizo en este orden puede contenerse en muy pocas páginas; él mismo, en la introducción de una de sus obras más importantes, *Variación de los animales y de las plantas por la domesticidad*, indica perfectamente la índole y el carácter de cuantos trabajos emprendió y ejecutaba: «Mi intención, dice, no es otra sino presentar, á propósito de cada especie, los datos que he podido recoger y observar por mí mismo y que me parecen los más propios para atestiguar la importancia y naturaleza de las modificaciones que plantas y animales experimentaron bajo el dominio del hombre y para dar alguna luz acerca de los principios generales de la variación»; palabras que demuestran hasta dónde se equivocan los que, juzgando á Darwin, más por comentaristas demasiado adeptos ó por impugnadores fogosos en demasía, que por los escritos del naturalista eminente, cuyo nombre debe pronunciarse con veneración y respeto, siquiera por la importancia de sus originales trabajos, que son uno de los mayores estímulos para el estudio de la Naturaleza y una de las causas que más hicieron adelantar la ciencia en nuestro tiempo, créenle sectario de una doctrina establecida *à priori* y juzganle demasiado ligero en experimentar y hacer ciencia. Quien tal cosa busque en las obras de Darwin equívocase por completo; que ellas son excelente espejo en donde se refleja inteligencia clarísima y recto modo de pensar, y de ninguna manera imágen confusa é informe de turbada mente y erróneo discernimiento.

Por eso hay que considerar al naturalista que más autoritadamente representa las ideas evolucionistas únicamente como hombre de vastísima ciencia, cuidadoso tan sólo de probar con hechos sus doctrinas, sin atender ni á la influencia que en otros órdenes de ideas puedan tener, y aún sin preocuparse mucho de sus tendencias y alcances. En cuanto á esto, áun habré de añadir que es más que probable cierta especie de inconsciencia por parte de Darwin respecto de la trascendencia y alcance de sus opiniones, cuya influencia tanto se hace sentir en todas las ciencias, áun en aquellas que más apartadas parecen del especial estudio del naturalista. Precisamente esta inconsciencia es carácter que acerca mucho y pone en relación muy inmediata la obra del científico y la obra del artista; ambos poseen el proce-

dimiento de trabajo y la concepcion completa de la obra que se proponen ejecutar; pero ninguno de los dos puede decir cuál ha de ser, en lo futuro, el resultado, la trascendencia y el alcance de aquel trabajo que habia gastado su actividad, de aquella obra á la que consagraran por completo sus facultades creadoras.

No voy á hablar de Darwin analizando detenidamente sus obras, ni pretendo juzgar, aquilatando méritos, su personalidad científica; quiero, sí, bosquejar el elogio de aquel que fué en vida trabajador incesante, sabio laboriosísimo, original pensador é insigne maestro; de aquel que cosechó para la ciencia abundantes y ricos frutos en tierras vírgenes y en campos que hasta él habian parecido estériles; de aquel que, al anunciar, el primero, con precision y claridad, la teoría de la evolucion, esa teoría que constituye una de las más preciadas conquistas de la ciencia de nuestro tiempo, demostró cuánto era elevado el concepto que tenía de la Naturaleza, y grande la inteligencia que supo dar forma y nueva vida á aquella idea poéticamente expresada por Goethe en sus artísticos conceptos del Universo, vislumbrada por Hegel, á través de su filosófico idealismo, y que Lamarck quiso empezar á establecer en sus deficientes é ingeniosísimas observaciones.



Digna morada de su gran inteligencia era la venerable cabeza de Darwin; ancha y espaciosa la frente, en la que se ostentaban algunas arrugas; desnuda de cabellos la parte alta del cráneo, cuya parte inferior estaba orlada de canas, formando conjunto algo semejante á cabeza de franciscano; prominentes las cejas y hundidos los ojos, dotados de profunda y reflexiva mirada, que más parecia dirigirse al interior que al exterior, y que demostraba la concentracion de aquel espíritu eminentemente observador; rugosa y bien poblada de blanca barba la cara, que indicaba en todas sus líneas la austeridad y rectitud del científico, y expresaba la seriedad del investigador; tal era en sus rasgos más característicos la fisonomía del insigne autor de *El origen de las especies*. A él llegaron dos herencias científicas: una, que pudiera llamarse de familia y venía de su abuelo Erasmo Darwin, naturalista muy célebre en su tiempo; autor de la *Zoonomía*, de la *Fitología* y de un poema en dos cantos nombrado *Jardín botánico*; la otra de la ciencia misma, de aquellos que, con más ó ménos fruto, trabajáran ántes que él en la reconstrucción de la ciencia de la Naturaleza y en el establecimiento de las doctrinas transformistas: Darwin, dotado de superior espíritu científico, aumenta por modo considerable el caudal de ciencia heredado, y descubre nuevos horizontes en que ejercitar su extraordinaria inteligencia.

Cada nacion, al modo que tiene su arte propio y característico, parece como si imprimiera también carácter especial á los que en ella se dedican á la ciencia; tanto, que aplicando una de las leyes enunciadas por el mismo Darwin, puede decirse que, como en el artista, influye en el científico el medio en que vive. Este medio es para él favorable en alto grado en las regiones del Norte, singularmente en Inglaterra. Agradece más á los meridionales la síntesis que el análisis; se impresionan más fácilmente, y por esta misma impresion aceptan ó rechazan con prontitud leyes y teorías; por eso

más sirven para generalizar principios que para investigar atenta y pacientemente los hechos. En el Norte, variando el medio, varia también el procedimiento, y así se ve que, generalmente, los hombres de ciencia dedicanse con preferencia al estudio del detalle y del pormenor; mas los sabios ingleses son al modo de una excepcion, y lo mismo sirven para examinar hechos y fenómenos y aducir minuciosos datos, que para elevarse á las más altas concepciones científicas, generalizando las leyes formuladas para explicar ciertos hechos, de manera que, al ménos en lo que toca á los de primer orden; son los ingleses sabios completos y perfectos investigadores, distinguidos lo mismo en la ciencia experimental que en la de puro razonamiento. Así fué Newton, y así fué también Darwin. Sus trabajos, en cuanto al método empleado, tienen, sin duda alguna, mucha semejanza, y su espíritu científico, como innovadores, muchos puntos de contacto. Ninguno de ellos es hombre de pelea; con nadie contendieron; no quisieron convencer, y sólo intentaron probar; sabían muy bien que en ciencia es el hecho la mejor prueba, y todo su cuidado y afán fué acumular pruebas de hechos; comprendían que la alta misión del científico es dejar algo nuevo, llegar adonde nadie llegó, empujar la ciencia de su época y hacerla dar un paso más en el camino de la investigacion de la verdad, y Newton, con sus conocimientos matemáticos y sus grandes trabajos, llega á aquel principio inamortal que lleva su nombre, y Darwin, experimentando y observando la Naturaleza, consigue establecer las leyes que contienen la teoría de la evolucion. Aun para ser más semejantes, sus vidas se parecen. Vivieron los dos, casi siempre en el campo, exclusivamente para la ciencia; aisláronse del mundo, y, como los místicos, sólo supieron vivir con las ansias de llegar á la eterna verdad.

Es menester que se comprenda bien la importancia científica de Darwin y de sus teorías; es preciso que se juzgue al naturalista en lo que es, dentro de sus obras, con criterio desinteresado y sin dar á sus conclusiones, ni más interpretacion, ni otro alcance que el concedido por él á cuanto de sus trabajos deducia. Darwin, en punto á establecer conclusiones y formular teorías, es como Linneo: hizo mucho y teorizó poco; nunca quiso imponer su opinion ni erigir en dogma su doctrina; fué hasta una conclusion á que los hechos le llevaron; y despues de esto, todo su trabajo se redujo á aducir datos y más datos que fuesen pruebas de la primera afirmacion. Estudiando sus obras, puede verse cómo, despues de establecidas las leyes de la evolucion, todo lo demás se reduce á hacer ver estas mismas leyes, obrando de distinto modo en los diferentes seres, pero confirmándose siempre en todos.

Podrá decirse cuanto se quiera contra los principios de la teoría evolucionista; podrán negarse éstos por completo, y aún demostrarse que son falsos; nadie podrá negar la eficacia de los procedimientos empleados, ni el rigor de las observaciones; nadie negará á Darwin la condicion de científico en grado eminente, y partidarios y adversarios, todos han de convenir que el incomparable naturalista unia, á la manera de ver la Naturaleza de Goethe, el rigor lógico de Hegel y el talento de observacion de Lamarck.



Tal fué Darwin como científico, y tal el espíritu que domina en todas sus obras y en la teoría de la evolución, que formuló el primero con verdadero carácter de seriedad, deteniéndose siempre, quizá con prudencia excesiva, en aquel punto del cual no podían pasar sus experimentos, según lo demuestra en la conclusión de la obra ántes citada, cuando dice: «Si admitimos que cada variación particular ha sido predeterminada desde el origen de los tiempos, la plasticidad de la organización que conduce á tantas desviaciones nocivas á la conformación, y este poder de reproducción superabundante, que arrastra de un modo inevitable á una lucha encarnizada por la existencia, y tiene, por consecuencia, la selección natural, que es la supervivencia del organismo más perfecto y apto para la vida, deben parecer leyes superfluas de la Naturaleza. Por otra parte, estando todo ordenado y previsto por un Creador omnipotente y omnisciente, nos hallamos frente de un problema tan insoluble como el del libre albedrío y la predestinación.» Con estas palabras, que son las últimas escritas acerca de las variaciones de los animales y de las plantas, expresa Darwin realmente todo su pensamiento y todas sus ideas sobre la trascendencia de cuanto pensara y escribiera, porque ellas sintetizan y contienen la teoría de la evolución en toda su generalidad; pero son, al mismo tiempo, como límite que no se atreve á franquear, confín tras del cual se halla un arduo problema, que él, como naturalista, no quiere resolver, aunque en sus obras y en sus trabajos otros deban hallar medio de salvar la dificultad.

Para conocer y juzgar cuánto es el valor del naturalista eminente, basta decir que los principios y leyes de Darwin son la conquista más preciada y valiosa de la ciencia de nuestro tiempo y el fundamento más positivo del actual concepto del mundo; por eso creo que exponer brevemente las bases de tal teoría, considerando la evolución con toda la generalidad que en el día tiene, es hacer el mayor elogio de quien observó y analizó cuidadosamente la fecundación de las orquídeas por los insectos, del que descubrió las leyes que rigen la facultad motriz de las plantas y sorprendió el secreto de las formas de las flores, contribuyendo con todos estos trabajos á dar mayor solidez y firmeza á las leyes enunciadas en la inmortal obra llamada *Origen de las especies*.

Escasos antecedentes contaba Darwin para su obra, y á más de escasos, carecían de aquella unidad que es tan necesaria en las investigaciones científicas. Algó muy valioso había hecho el célebre Lamarck; pero ni era bastante, ni sus conclusiones podían incondicionalmente aceptarse. En otro orden de ideas, referente siempre á evolución subjetiva, trabajara, con aquella lógica que le es característica, el insigne idealista Hegel; mas, si muy estimable su trabajo, era deficiente, por no comprender, y áun eso dentro de su sistema eminentemente idealista, sino uno de los términos de la evolución, no por cierto más importante que los demás. Y quizá en un sentido artístico, producto, mejor que de paciente observación, de elevado y sublime sentimiento de la Naturaleza, el incomparable poeta Goethe expresó más claro el concepto de la evolución, generalizando el dato que mejor había sentido que investigado, en aquella hermosa poesía que titula *Metamorfosis de las plantas*; pero ni Lamarck, ni Hegel, ni Goethe, llegaron nunca á fijar una ley

ó á determinar un principio. Estaba reservado á Darwin, aprovechando los datos incompletos y aduciendo pruebas mayores y hechos más importantes, enunciar las leyes generales que rigen la vida y desenvolvimiento de los seres todos, de igual manera que á Newton estaba reservado enunciar y establecer aquel principio de la gravitación universal, que se adivinaba y entreveía en los trabajos de Kepler.

Tal como hoy se entiende, es la evolución fórmula cabal y expresión perfectísima de un elevado sentido de la Naturaleza, puesto que, generalizando y extendiendo, como era lógico, las leyes enunciadas por Darwin, llega á admitirse que todo el Universo es un sér, análogo, en cuanto á su estructura, génesis y funciones, á cualquiera de los seres que en él viven. Y, en efecto; si todo procede de herencia, y si las cualidades de los padres deben transmitirse y se transmiten á los hijos; si al mismo tiempo la selección requiere que las especies se perfeccionen siempre que los individuos procedan de otros perfectísimos; si la lucha por la vida es causa de que sólo puedan vivir los seres dotados de mejores condiciones; si la influencia del medio modifica los órganos y las condiciones de los seres, y si, en fin, la vida se caracteriza por el cambio incesante y perenne, todo vive, todo cuanto hay en la Naturaleza, y áun ella misma, son seres orgánicos provistos de órganos que cumplen análogas funciones. No se llega á esta conclusión, que es causa de que sólo se admita la existencia de lo orgánico, en virtud de hipótesis más ó ménos aventuradas, ni de conjeturas atrevidas; es, por el contrario, producto de experimentos notables y de observaciones delicadísimas acerca de la génesis y funciones de los seres todos. Figúrese que tratamos de estudiar la comunidad de origen del astro más lejano y del organismo más sencillo. Fórmase el astro por aglomeración de informe materia, en el punto preciso en que se produce un centro de fuerza, en torno del cual se agrupa la nebulosa, con su forma indefinida, semejante á la de las nubes más tenues y sutiles. Procede el sér de la aglomeración también de otra masa sin forma, de la materia protoplasmática, en la que ningún órgano se diferencia, y es en todo semejante á la nebulosa, primordial elemento del astro. Después del primer periodo señalado, éste, sin cambios bruscos, sin cataclismos de ningún género, por virtud de las energías que posee la masa informe que lo constituye, va comenzando á tomar forma; aquella primera materia adquiere más consistencia, y se determina la forma primitiva, elemento sencillo, célula del astro. De igual manera, la masa protoplasmática, gérmen del sér organizado, toma también forma, se determina, se diferencia, dando origen á un cuerpo, más ó ménos redondeado, que constituye la llamada célula orgánica; y así como esta célula, por segmentación y bipartición reiterada, va dando origen y constituyendo tejidos y órganos que componen diferentes sistemas y forman el sér en completo y perfecto estado de desarrollo, así la segmentación y diferenciación de la célula elemental del astro constituye y forma sus distintos órganos, bien entendido que á esta diferenciación y distribución de la masa corresponde igual hecho en la energía, á fin de que el trabajo de su función total se distribuya en todos los órganos.

De aquí se deduce que los seres superiores, como los astros más perfectos, proceden de seres más inferiores, per-

feccionados por evolucion, transformados en virtud de un trabajo del mismo sér, de la herencia de aquellas perfecciones que éste haya podido adquirir, del cruzamiento de los individuos más orgánicamente perfectos, y de la influencia del medio exterior en la modificación de los órganos; por donde se ve que cuanto existe y vive es producto de evolucion, no ha nacido perfecto, ni se ha creado tal como es, sino que procede de este trabajo lento y continuado de la vida, de este cambio perenne de las cosas.

Ciertamente que no se hacen al acaso estas variaciones y evolucion de los seres; verdad que para convertirse un sér en otro, para modificar el más insignificante de sus órganos solamente, lo ha de hacer segun leyes especiales y con cierta medida; y estas leyes, inflexibles y exactas, deben cumplirse en los seres todos; por eso se asigna el carácter evolutivo á tales cambios, y se admite la influencia del medio ambiente como causa modificadora; pero no es ménos verdad tampoco que, si á cada variacion particular rige ley determinada, que es repetición de la general que gobierna á la de todos los seres, aquella variacion no está pre-determinada, lo cual quiere decir que la evolucion de los seres no es cosa que se halla prevista para cada uno; pues entón-ces nada importaría que cambiase de medio, que heredase condiciones especiales opuestas á las que determinan su evolucion preestablecida; ésta se cumpliría á pesar de todo. Nadie podrá negar que tal supuesto es un verdadero absurdo, que se opone abiertamente á las leyes generales de la evolucion; porque, á ser cierto que cada individuo sólo puede evolucionar de determinada manera, ¿para qué se necesita la influencia del medio, esa acomodacion de órganos y funciones al ambiente en que el sér vive? Si el organismo carece de esa plasticidad que Darwin admite, ¿á qué reconocerle un poder inmenso de reproduccion, de la que es efecto inmediato la lucha por la vida, y consecuencia la seleccion, que significa, segun el mismo Darwin, la supervivencia del organismo más perfecto y apto para la vida?

Por eso se admite que si la evolucion, en general, reviste para todos los seres caracteres idénticos y se rige por las mismas leyes, hay cierto poder individual, efecto acaso de las condiciones peculiares y propias del sér, que hace variar la forma de esta evolucion. Al modo que, de muchos seres trasladados de un clima á otro, y sujetos á vivir de distinto medio que ántes vivían, unos no experimentan variacion alguna y resisten la influencia de aquel medio, otros perecen, y los más se acomodan á vivir modificando sus órganos; así, cuando existe, por sus condiciones orgánicas individuales, se modifica de modo distinto, cambia de diversa manera y cumple su evolucion, no dentro de un ciclo establecido desde el principio de los tiempos, sino del modo y manera que le permiten sus propias condiciones y las del medio en que vive; por eso no es posible prever ó indicar de antemano cuál será la evolucion de un sér cualquiera, como no puede decirse, de varios seres que cambian de medio de vida, cuáles vivirán sin alteracion, y cuántos han de modificar de alguna manera sus órganos.

En esta gran teoría, la más trascendental de la época actual y que constituye, al presente, una doctrina que informa la Psicología, la ciencia social y la política, y cuya influencia se hace sentir, con gran fuerza, en todos los órdenes de la vida intelectual, tuvo Darwin la mejor parte:

en el más popular y leído de sus libros comenzó enunciando la evolucion sólo para los animales y las plantas, y en este libro, que es *El Origen de las especies*, consigna ya las leyes segun las que los seres, en su desarrollo progresivo, pueden cambiar de especie originando otros seres distintos; pero no repentinamente, sino como producto de una evolucion lenta y continuada; puesto que, no conservándose los seres idénticos á sí mismos en toda su vida, algo de estos cambios que experimentan ha de trasmitirse á los sucesores. Sabido es que las leyes de la evolucion admitidas por Darwin son: la herencia, la seleccion, la adaptacion al medio y la lucha por la vida. Determina la herencia la perpetuidad del sér; la seleccion su progresiva mejora; la adaptacion el cambio de órganos y su trasformacion progresiva, y la lucha por la vida asegura el predominio de los mejores y más perfectos seres. De lo cual se infiere que los llamados hasta aquí organismos, al igual de los demas fenómenos naturales, tienen idéntico origen, ya que todos son producto de la actividad natural, originándose sus diferencias únicamente por las distintas fases que el movimiento evolutivo reviste en cada uno de ellos; por eso, de igual manera que todo elemento de una curva tiene carácter propio y exclusivo, sin dejar de ser parte de la línea que lo contiene, cada sér posee caracteres que de los otros le distinguen, aunque todos ellos formen parte de ese otro inmenso sér que se llama Naturaleza.

Tal es la idea capital, la ley generalísima que Darwin estableció en la más clásica de sus obras, y toda la existencia del sabio, y todo el magnífico trabajo del naturalista fué, durante su vida, aducir pruebas y hechos que confirmaran la verdad que con tanto rigor y tanta severidad científica había enunciado. Y por la misma importancia de la teoría de la evolucion, por su alcance y trascendencia dentro y fuera de la ciencia natural, por la polémica que originó y por cuanto hizo adelantar la ciencia, pienso yo que haber hablado de esta teoría, siquiera no más en su sentido de mayor generalidad, es decir cuánto ha valido aquel sabio eminente que echó las bases sobre que se levanta la más racional, la más lógica de las concepciones del mundo.



Si el hombre se refleja en sus obras, quien lea y estudie las de Darwin formará, sin duda alguna, juicio parecido ó casi igual al emitido á propósito de tan eminente naturalista. Desde aquel libro en que hizo su debut científico, tratando de los arrecifes de coral, para cuya explicacion y formacion enunció una teoría que todavía se tiene por la más conforme con la verdad, hasta sus incomparables estudios acerca de la tierra vegetal, y de la influencia que en su constitucion tuvieron y tienen los gusanos, obsérvase siempre rigor en los métodos, precision en los experimentos, seriedad en las leyes emitidas, y sobre todo, conciencia plena y entera seguridad en las conclusiones; que nunca á varón tan esclarecido faltaron aquellas altas dotes de circunspeccion y severidad indispensables en quien trata de fundar un sistema y de crear una escuela.

No precisamente por su tendencia, que en todas es la misma, sino por el objeto especial de cada una, pueden clasificarse ó agruparse las obras de Darwin en dos series, abarcando la primera las de carácter general, y la segunda las

que tratan especialmente de asuntos de Zoología, Botánica ó Geología. En la primera serie comprendense, entre otras ménos importantes, el *Viaje de un naturalista*, *Variaciones de los animales y de las plantas*, *Origen de las especies*, *Descendencia del hombre*, y *La expresion de las emociones*; y en la segunda, *Las formas de las flores*, *Las Plantas trepadoras*, *La Fecundacion de las orquídeas por los insectos*, *Las Plantas insectívoras*, *Fecundacion directa y cruzada de las especies vegetales*, *Facultad motriz de las plantas*, y muchos otros trabajos referentes á Zoología y Geología.

Comenzó Darwin sentando los precedentes de la teoría que lleva su nombre en las observaciones consignadas en el diario de su viaje al rededor del mundo; observaciones curiosísimas, nuevas y por todo extremo interesantes, que, perfectamente metodizadas, constituyen uno de los libros más amenos é instructivos, uno de esos libros que atraen el interés del lector hasta el punto de no poder suspender su lectura, segun es bello su contenido. A esta obra, en que Darwin describe su viaje, debe dársele mucha importancia; es el trabajo de un jóven que comienza; es el primer paso dado en firme por un naturalista; pero hay en ella sinceridad tan grande, tanto entusiasmo por la ciencia, sentimiento tan delicado de la Naturaleza, que se adivina al sabio incomparable, al jefe más autorizado de la doctrina de la evolución, al reformador insigne de la ciencia natural. Bastará citar un solo párrafo de este libro para comprender cuál era el sentido de Darwin respecto de los viajes del naturalista: «Me parece, dice hacía el final, que nada hay tan provechoso, para el naturalista que comienza, como un viaje á países lejanos, porque este viaje, al par que satisface, aguzza y aviva este deseo de saber que, segun Herschell, tienen todos los hombres.»

En la obra titulada *Variaciones de los animales y de las plantas por domesticidad*, se indica ya claramente el sentido de Darwin y la tendencia que, como una teoría perfectamente desarrollada, expuso en *El Origen de las especies*. Al estudiar la manera como cambian vegetales y animales cuando varían sus condiciones de vida, no es ya el naturalista que relata lo que vió en lejanas comarcas; no es el viajero que con galana frase refiere de un modo encantador sus impresiones; es el hombre de ciencia probando una afirmacion, el experimentador habilísimo é ingenioso que, saliéndose del rutinario camino, lleva sus investigaciones por derroteros de nadie seguidos; porque este libro es coleccion riquísima de valiosos datos, que, generalizados, vienen á establecer aquella ley de la influencia del medio, una de las fundamentales de la teoría de la evolución. No otra cosa significa la domesticidad, sino cambio de medio de una parte y seleccion de otra; pues al mejorar las condiciones exteriores que concurren á la vida de los seres, éstos han de ser más perfectos; por cuya razon se comprende perfectamente la afirmacion del autor al admitir que, bajo el dominio del hombre, las plantas y los animales se modifican en sentido progresivo, ya que significa seleccion y mejora reunir condiciones ventajosas para la vida de los seres. De

igual manera que los ya perfectos producen otros más perfectos tambien, así un mismo sér es susceptible de mejora, perfeccion y progreso cuando, interviniendo el hombre en sus condiciones vitales, las mejora y á ellas se adapta, por virtud de su plasticidad, el organismo entero, que de esta manera se hace más fuerte para la lucha por la vida. Magníficas son las consecuencias que de esto se deducen. Por una parte, amentado el poder reproductor con la mejora, llégase á la lucha por la vida; de otra, sobreviviendo los organismos más completos, se alcanza la magnífica ley de la seleccion, que explica perfectamente la evolución de cuanto existe; así, por estas ideas aquí ligeramente expuestas, páreceme la obra de que hablo uno de los mejores y más importantes trabajos de Darwin.

Respecto del libro titulado *Descendencia del hombre*, bastará citar las palabras con que termina Vogt el Prólogo de la edición francesa: «Darwin, escribe, toma al hombre tal como hoy se presenta; examina sus cualidades corporales, morales é intelectuales, é investiga las causas que deben haber concurrido á la formacion de cualidades tan diversas y complicadas. Estudia luégo los efectos que produjeron estas mismas causas al actuar sobre otros organismos, y hallando que son análogos á los producidos en el hombre, deduce que análogas causas debieron obrar. La conclusion final de estas investigaciones, practicadas con rara sagacidad, comparable tan sólo con la extraordinaria erudicion del naturalista, es que el hombre, tal como hoy lo vemos, es resultante de una serie de transformaciones efectuadas en el trascurso de las últimas épocas geológicas.»

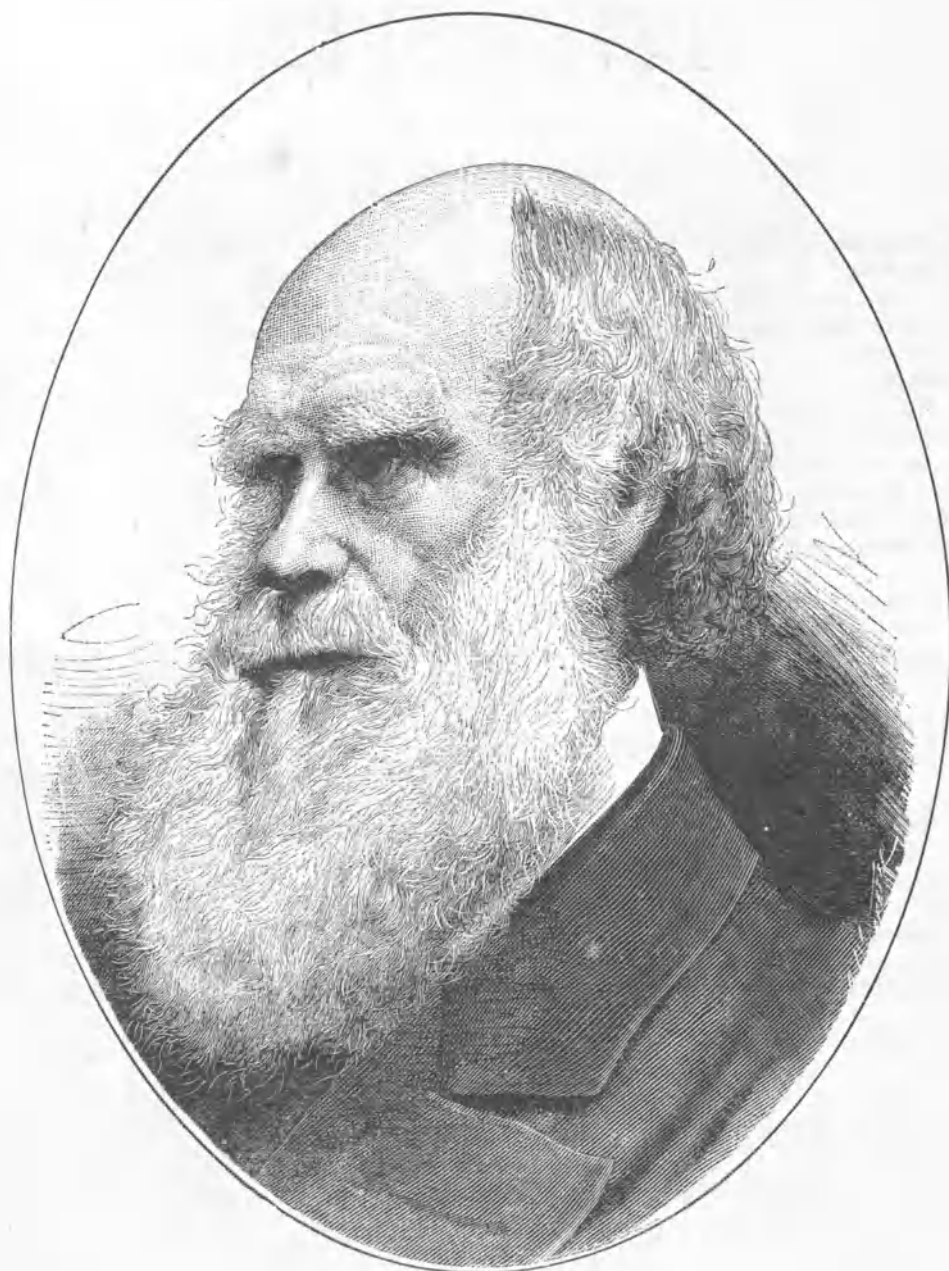
»Sin duda alguna, termina Vogt, estas conclusiones han de tener muchos contradictores. Esto no es un mal, porque la verdad nace de la contradiccion y de la duda.»

Bien quisiera, á permitirlo los límites de este estudio, ya largo y pesado, tratar de las obras especiales de Darwin, consagrando á cada una de ellas siquiera un recuerdo; pero, bien á mi pesar, habré de prescindir de ello, por no pecar de demasiado largo y minucioso, y ademas, en libros y revistas encontrará el lector que quisiera juicios más exactos y razonados que el mio.

□ □

En la abadía de Westminster, dentro de humilde sarcófago, al lado de los restos del gran Newton, descansa el cuerpo de Darwin; que en lugar tan eminente dióle su patria sepultura honrosa, en el mismo recinto donde se guardan las cenizas de los sabios más esclarecidos de Inglaterra. El que vivió como Newton descansa á su lado; los restos de ambos guárdanse, cual reliquias preciosas, en aquella iglesia donde fueron sepultados Herschell y Faraday; su gran obra, su incomparable trabajo, queda en la humanidad; su espíritu se ha elevado á aquellas regiones sublimes de la eterna verdad, por la que tanto suspiraban en esta tierra de miserias y luchas.

JOSÉ RODRIGUEZ MORENO.



CÁRLOS R. DARWIN,

naturalista inglés, autor de la célebre obra «*Del origen de las especies por la selección natural*».

Nació en Shrewsbury, en Febrero de 1809; † en Londres, el 19 de Abril de 1882.

EN VISITA.

DICE un adagio vulgar que todos somos buenos en visita.

Esta condenacion de la franqueza es fruto de la observacion, por la cual se llega á la experiencia, que es sabiduria muy útil para vivir en sociedad sin desventajas.

Podrá ser un buen consejo filosófico y moral aquel que dicen que leyeron los transeúntes en una inscripcion del templo de Delfos: *Nosce te ipsum*; pero es máxima de mejores resultados esta otra, arreglada al teatro moderno: «Procura conocer á los demas.»

Aun pudiera añadirse este corolario: «Y que á ti no te conozcan.»

La franqueza suele ocasionar muchos dolores de cabeza.

Ejemplos prácticos:



N. y M. son dos amantes: N. la hembra y M. el varon.

M. adora á N.; la ha conocido en una primera del teatro Real; esto es, en noche de estreno de *La Africana* ó de *Luca*, ó de cualquiera otra de esas óperas que estrenan en todos los años las compañías de *cante* italiano, y que siempre producen igual efecto á los aficionados que si no las conocieran.

Esta rareza se presta á profundas meditaciones; si en el teatro Español estrenáran en todas las temporadas *Guzman el Bueno*, *Los Amantes de Teruel* y otras obras de repertorio, de seguro que concluirían por no asistir al coliseo ni los mismos acomodadores.

Pues bien, M. conoció á N. en un estreno de vigésimas nupcias; ella estaba en un palco con su familia; él, en butaca, milagrosamente: butaca por traspaso gratuito de un amigo sordo, y crítico musical en un diario.

Primero la miró directamente; despues alquiló por horas unos gemelos, y la contempló minuciosamente, como si analizáza con un microscopio los menores accidentes de la fisonomía de la muchacha.

Cuando terminó el primer acto, ya sonreía M. sin apartar las visuales del rostro y demas contornos visibles de la jóven.

N. se fijó en M.

M. murmuraba tal vez alguna oracion para que N. le correspondiese, mirándola siempre con tiernísima expresion y con la boca abierta.

Un caballero que ocupaba la butaca próxima á la

de M., y que llevaba un bastoncito de ballena, se levantó y, distraido, metió una parte del baston en la boca del amante, que experimentó en aquel momento los mismos síntomas que si le hubieran administrado un vomitivo.

—Usted dispense—dijo el dueño del baston;—he llevado un susto....

Y diciendo esto desenvainaba el bastoncillo de la boca del ciudadano Cupido.

—No hay por qué—respondió M. escupiendo y limpiándose la boça.

—Creí que se me caía en el sótano—añadió el del bastoncito.

En otra ocasion, tal vez M. hubiera aguantado aquella especie de burla; pero en aquel momento.... la aguantó,



por no ofrecer un espectáculo á los ojos de su amada y por no perder la pista.

Terminó la interpretación de la ópera, y las *gritas* al tenor, y á la tiple, y al guardaropa y otros terminaron también, y la familia de la hermosa N. salió del palco.

M., atropellando á varias señoras, salió del *patio* y fué á situarse en la puerta del establecimiento.

A un lado, rozando la falda de crujiente seda color de rosa con su pantalón negro de lanilla, demasiado dulce para usada en invierno, pasó ella, N., la mujer adorada desde la introducción de la ópera hasta el fin de la ejecución.

—Ahora podré averiguar su domicilio — pensó M.

Pero N. y su apreciable familia subieron en un magnífico carruaje; el lacayo cerró la portezuela, y los caballos arrancaron al galope.

M. pensó en la utilidad de los carruajes de alquiler; pero no pudo pasar á otra cosa.

Trascurrió el tiempo; N. correspondía á M.; le miraba primero, se dignó sonreír algunos días después, y, por último, le admitió una carta, por conducto de una criada, y respondió que *si*.

La familia de N. se enteró de las relaciones amorosas de la jóven con el Sr. M., quien logró que le presentaran en la casa, y asistía á las recepciones como uno de tantos amigos.

No se supo cómo llegó á conseguir M. que le dieran por esposa á N.

La familia no quiso, tal vez, contrariar á la chica.

El padre conferenció con M.

—Con franqueza, ¿cuál es la posición social de V.? —le preguntó.

—¿Con franqueza? —repitió M. —Pues bien, quiero demostrar que soy un caballero pobre.

—Lo segundo no necesita demostración; lo primero ya es otro asunto.

—Querido papá — confesó con cierta timidez el apreciable M. — yo soy un marido para casa de los padres.

Esta revelación franca produjo en los primeros momentos un conflicto doméstico.

Después se tranquilizaron los ánimos, y M. y N. se casaron recíprocamente.

Trascurridos algunos meses, M. empezó á sospechar de la fidelidad de N., y ésta empezó á comprender que M. era feo y repugnante.

Desde que comenzó el período de la franqueza, la casa fué un infierno, hasta que los cónyuges se divorciaron con franqueza.

¡Un marido con frac, y limpio, y obsequioso, y enumerado!

Este es el sueño de la mujer que piensa en el matrimonio.

Una mujer siempre peinada, vestida, exhalando aromas, derramando perlas, toda ella poesía, y amor, y ternura, es el ideal del muchacho que aspira á marido.

¡Encontrarse con un hombre disfrazado de *fantoche* con bata y gorro de dormir y en chinelas!

¡Tener al lado á una mujer con peinador, en zapatillas, peinada y tal vez escasa de pelo!

Con estas condiciones no hay matrimonio feliz.

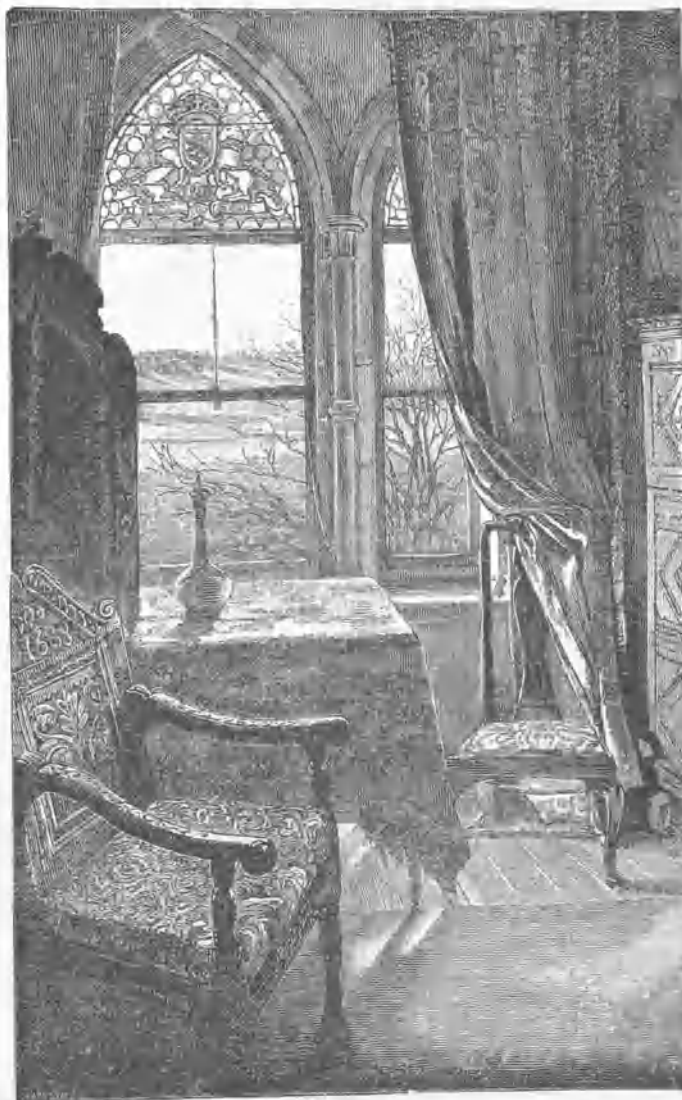
Ella suele tomar el chocolate á dedo, y él acostumbra á desperezarse lanzando al mismo tiempo una especie de rugido.

Ella besa en el propio hocico á un perro ratonero, que duerme en su mismo lecho, ni más ni menos que si fuese el primer fruto matrimonial.

Él no se lava la cara durante los días del riguroso invierno, sino en caso de sorprenderle un chaparrón en la calle.

Ella se pelea con las criadas, con el aguador, con el cochero.

Él fuma *pitillos* y usa los dedos de la mano derecha enlutados completamente por el humo del tabaco.



Digan VV. si no hay motivos sobrados para el divorcio, con los que quedan apuntados.

La maledicencia comentaba despues la separacion de N. y M. en esta forma :

—Ella es una coqueta.

—Él es un perdido.

—Luégo dicen que Dios los cria.....

—Es una barbaridad.

—Y que ellos se juntan.

—Otra barbaridad : ellos se separan.

Un amigo que nos trata con franqueza es una de las variedades más terribles de los enemigos.

Encarguen VV. cualquier asunto á un amigo franco, que él se cuidará de satisfacer tarde ó nunca los deseos de ustedes.

Un criado que llega á tratar con franqueza á su señorito es un traidor oculto en el propio domicilio.

Hablar con franqueza es, para la mayoría de la humanidad, lo mismo que prescindir de los menores rudimentos de educacion.

Una visita con franqueza es de lo más divertido, cuando cae el visitante en una casa donde hay chiquillos mal educados y perros amaestrados en libertad,

—Pase V., D. Fulano —dice la criada— donde V. quiera.

—¿ Están en casa los señores ?

—Sí; ahí le dejo á V., que estoy lavando.

Supongamos que el drama se desarrolla en verano y durante el dia.

La casa se halla completamente á oscuras; los balcones, entornados.

En medio del pasillo que ha de seguir el individuo que entra, ha colocado uno de los nenos de la casa un caballo de carton á media pierna; es decir, de cero sesenta centímetros de alzada próximamente.

El caballero tropieza en el jaco y voltea, poniendo la fisonomía en el suelo.

—¡Ay!— gritan las señoras; — ¿quién se ha caido?

Los chiquillos se dirigen corriendo al lugar donde ha sonado el golpe.

—Nadie, mamá — gritan despues de enterarse; — es don Fulano.

Las señoras acuden, el caballero se levanta, y el propietario del caballo, que ha perdido las patas en la refriega, rompe á llorar, vocando :

—¡ Me ha roto el caballo ese tio!

—Y yo me he roto la crisma.

—¡ Estos chiquillos son demonios !— observa la mamá, pugnando por contener la risa.

En esto estando, un perro de Terranova, que al ver abierta la puerta de la cocina sale corriendo, se abalanza sobre D. Fulano, y si no media el dueño, se le come el can.

—¿ A quién se le ocurre entrar de cabeza ?

—¿ Y á quién se le ocurre tener la casa en tinieblas ?

Los niños, deseosos de vengar la muerte del caballo, se apoderan del sombrero del asesino y le convierten en un acordeon.

Pide un vaso con agua, y la criada se le sirve con las manos chorreando jabon líquido.

—Pero, hija, ¿ tú crees que me voy á afeitarse por dentro?

—Ea, ya está limpio — replica la doméstica, pasando ligeramente un delantal de color dudoso por el borde del vaso.

Pues ¿ y las mujeres que nos tratan con franqueza ?

¿ Y los serenos que nos tratan con franqueza ?

¿ Y los cómicos ?

Francamente, me gustan las gentes en visita; esto es, con la menor cantidad de franqueza posible.

EDUARDO DEL PALACIO.



GABINETE, EN EL ESTUDIO DEL PINTOR ALMA-TADEMA (LONDRES).



BRASIL.—LA CASCADA DE PAULO AFFONSO.

UN DOCUMENTO.

(NOVELA.)

La ilustre Duquesa del Triunfo ha dado á sus criadas la orden terminante de no recibir á nadie. No está en casa. En efecto, su espíritu vuela muy lejos de la estrecha cárcel dorada de aquel tocador azul y blanco, que tantas veces llamaron santuario de la hermosura los revisteros de la casa. Porque es de notar que la Duquesa tiene tan completo el servicio de sus múltiples necesidades, que hay entre su servidumbre muchos que ejercen funciones que el mundo clasifica entre las artes liberales; y así como dispone de amantes de semana, también tiene revisteros de salones, que dedican á los de tan ilustre dama todos los galicismos de su elegante pluma.

Amantes de semana he dicho; ¡ah! Cristina, el nombre de la Duquesa, hace mucho tiempo que ha despedido á todos sus adoradores. A los treinta y seis años se ha declarado fuera de combate la que un día ántes coquetaba con toda la gracia de la más lozana juventud.

Uno de sus apasionados ha tenido la ocurrencia de regalarle una edición diamante de los más poéticos libros de la mística española; otro adorador, éste platónico, la ha recomendado las obras de Schleiermacher (la Duquesa ha sido embajadora en Berlín, y ha vivido en Viena con un célebre poeta ruso). Entre el adorador platónico, natural de Weimar, los místicos españoles y Schleiermacher han conseguido que la Duquesa introduzca en su tocador reformas radicales, y ahora se lava nada más que con agua de la fuente, y gasta apenas una hora en su tocado, pero tan bien aprovechada, que este sol que se declara en decadencia es más hermoso en el ocaso que cuando brillaba en el cenit. Ya no mira la Duquesa como quien prende fuego al mundo, sino con ojos lánguidos, que lúgen, sin querer flugir, una sencillez y una modestia encantadoras; los más bizarros caballeros de la brillante juventud, á que fué siempre aficionada la Duquesa, ya no le merecen más que miradas maternales; parece que les dice con los ojos: «Ya no sois para mí; os admiro, os comprendo y adoro como obras maravillosas de la Naturaleza; pero esta adoración es desinteresada; nada espero, nada esperéis tampoco; veu en vosotros los hijos que no tengo y que echo de ménos ahora; si áun os agrado, gozad en silencio del espectáculo interesante de una hermosura que se desmorona; pero callad, no me habéis de amor, seríais indiscretos. Hay algo más que el amor; yo nazco á nueva vida, y el galanteo sería en mí una flaqueza que probaría la ruindad de mi espíritu. Adorad si queréis; pero yo sólo puedo pagaros con un cariño de madre.»

Todo este discurso, que yo atribuyo á los ojos de Cristi-

na, lo había leído en ellos el jóven escritor, periodista y novelista, Fernando Flores, muy aficionado, como la Duquesa, á los ejercicios de destreza corporal, y abonado al paseo del Circo de Price, en Recoletos. La Duquesa asistía á las funciones de moda los viernes de todas las semanas. Rodeábanla amigos, que tenían la obligación de no requerirla de amores. Esta nueva fase de la sensibilidad exquisita y ya estragada de Cristina no la conocía el público, que había hecho, como suele, una leyenda escandalosa de la vida de aquella mujer. En esta leyenda la calumnia y la malicia habían puesto lo que les inspirára la pasión política, pues el Duque era un personaje político de importancia, de esos que los demagogos piensan colgar de los faros, ó no hay justicia en la tierra. La admiración, este homenaje que siempre tendrá la belleza, había prestado las tintas suaves del fantástico cuadro en que Cristina aparecía como un Don Juan del sexo débil. La inmoralidad de su vida y la odiosidad que acompañaba al nombre de su reaccionario y un tanto cruel esposo, la rodeaban de una especie de aureola diabólica; el pueblo, sobre todo, las honradas envidiosas de la clase media, hablaban de la Duquesa con un afectado desprecio, como de la personificación del escándalo; pero cuando ella pasaba, donde quiera se abría calle, á veces se hacía corro, y ojos y bocas abiertos daban testimonio de la general admiración; el pasmo que causaba el prestigio de la distinción y la hermosura suspendía en las bocas abiertas las necedades de la hipocresía y de la maliciosa envidia. Muchos, con los labios entreabiertos para decir «qué escándalo!», acababan por suspirar diciendo «qué hermosura!» Los ojos de las damas, que desde la oscuridad de una belleza vulgar y de una corrupción adocenada miraban con las asenas del rencor á Cristina, pecaban más con sólo aquella mirada que la ilustre señora había pecado en toda su vida, devorando con las llamaradas de sus pupilas cuanto el amor les diera en alimento y en holocausto á su hermosura. Cristina, en público, conociendo cuanto de ella se pensaba y se decía, presentábase como los reyes, que atravesan una multitud en que hay amigos y enemigos, odio y admiración; ó como los grandes artistas del teatro, que saludan á un público que aplaude y silba; estos personajes aprenden un movimiento singular de los ojos; sus miradas son de una discreción que sólo se adquiere con la experiencia de estas batallas del favor y de la enemistad de la muchedumbre. Cristina fijaba pocas veces los ojos en los individuos de la multitud, cuyos favores, sin embargo, era los que más agradecía. El público es siempre el rival más temible; la mujer más fiel se distrae y deja de oír al amante por mirarse en los mil ojos del Argos enamorado, de la multitud que contempla. Cristina amaba como ninguna otra mujer al adorador anónimo; á este amante no había renun-

ciado, ni aun despues de leer á San Juan y á Schleiermacher; pero temia mirarle cara á cara en los ojos de una de sus personalidades, porque el descaro estúpido, la envidia grosera y cruel, y otras cien malas pasiones, le habian devuelto más de una vez miradas de cinica audacia, de repugnante malicia ó de irritante desprecio. Esta misma prudencia en el mirar, en el observar el efecto producido, daba más gracia y atractivo á la Duquesa.

A lo ménos, á Fernando Flores, que habia conocido todo esto, le encantaba aquella extraña y misteriosa relacion entre la Duquesa y la multitud.

Él tambien era multitud Apoyado en el antepecho que separa el paseo de los palcos, contemplaba todos los viérnes á su sabor aquella hermosura célebre, como los verdaderos amantes de la pintura acuden uno y otro día al Museo á contemplar horas y horas, en silencio, una maravilla del pincel de Velazquez ó quien sea el pintor favorito.

Fernando llegaba á los treinta, y mirando atras, no veia en sus recuerdos aventuras en que figurasen duquesas. Dábase por desengañado antes de conocer

el mundo, del cual sólo sabia por lo que dicen las novelas y por lo poco que le enseñara una observacion constante, sobrado perspicaz y hecha á demasiada distancia. Pareciale tan ridicula la idea de enamorarse de Cristina, que sin miedo la miraba y admiraba. No era presumido en cuanto á galanteos, y despreciaba con noble orgullo á los aventureros del amor, que aspiran á subir adonde jamas llegarían por su propio valor, merced á los favores de las damas.

Cierto viérnes del mes de Mayo llegó á su palco Cristina con su hija única, Enriqueta, de quince años, y dos bizarreros generales, que habian sido amantes de la Duquesa, á lo ménos en la opinion del vulgo. Vestia de negro, como su hija, y su pelo, como la endrina y abundante, recogido en gracioso moño sobre la cabeza, dejaba ver el blanco, fuerte

y voluptuoso cuello, tentacion irresistible, donde la imaginacion del enamorado público daba besos á miles.

La Duquesa, al pasar cerca de Flores, tocóle en el rostro con los encajes de una manga, y dejóle envuelto en una atmósfera de olores tan delicados, intensos y dulcísimos, tan impregnada de lo que se puede llamar esencia de gran dama, que Fernando expresó así, allá para sus adentros, lo que sintió al aspirar aquella ráfaga de perfumes soñados:

«¡Parece que estoy mascando amor!»

Lo cierto es que el pobre muchacho, con gran vergüenza suya, se sintió conmovido hasta los huesos por una nueva clase de emociones, que le indignaba desconocer á sus años, y siendo un novelista acreditado, y acreditado de escribir conforme el arte nuevo, esto es, tomando de la realidad sus obras.

En cuanto Cristina estuvo sentada en su palco, enfrente de Fernando, pero no tan enfrente, que no tuviese que volver un poco la cabeza en el caso inverosímil, absurdo, de querer mirarle, el novelista consagró todo su espíritu á la contemplacion ordinaria, y ¡oh casualidad incomprensible é inexplicable por las leyes naturales y corrientes de la vida! Cristina, no bien hubo sacado de la caja los gemelos, dirigiólos al humilde escritor, que tembló como si le mirase con dos cañones cargados de abrasadora metralla.

Figúrese el lector al amante del arte, que antes suponíamos, enamorado de una virgen de Murillo, y que la contempla embelesado días y días, y uno cualquiera ve que la divina figura le sonríe como sonreiria una virgen de Murillo sí, en efecto, pudiera. Pues la impresion de este hombre sintió Fernando al ver que los gemelos de la Duquesa se clavaban en él, positivamente en él. El jóven contemplaba siempre á la ilustre dama sin más esperanza de correspondencia que la que pudiera tener el que fuera á *hacer el osa* á una de aquellas hermosas y nobles damas que retrató Pan-



FLORES DE NIEVE. — (Cuadro de Van Dyck.)

toja, que miran en su limpia sala del Museo, con miradas de lujuria inacabable, al espectador de todos los siglos. No era, por lo común, descarado nuestro héroe para mirar á las mujeres; pero á Cristina si la miraba tenazmente, sin miedo, creyéndose seguro en la oscuridad de la multitud. «¡Hay tantos ojos que devoran su hermosura!—pensaba—¿qué importan dos más?» Y miraba, y miraba, sin que en el placer que mirando recibía entrase para nada la vanidad, que suele ser, en tales ocasiones, el principal atractivo. Aunque sabia todos los casos que refieren las novelas, y hasta las historias, de grandes abismos sociales, que salta el amor de un brinco, no creía que esto aconteciese en la vida real casi nunca, y la posibilidad lógica de que á él le sucediese encontrarse en una aventura de esta índole parecía semejante á la de ganar el premio grande de la lotería: jugaba y era posible ganar ese premio; pero ni se acordaba de él. Por más que en Flores protestasen una porción de nobles sentimientos, y hasta el orgullo ofendido con el placer que sentía, ántes de que la reflexión pudiera deshacer el encanto, el corazón le latió con fuerza; un sudorcillo tibio, que parecía que le regaba por dentro, le inundó de una voluptuosidad también nueva, y, lo que es peor que eso, sintió en el alma, en el alma espiritual, no en el alma del cuerpo, que dicen que hay algunos filósofos; digo que sintió en lo más íntimo de sí, una ternura caliente, calentísima, que parecía acariciarle las entrañas y aflojar no sé qué cuerdas tirantes que hay en el espíritu de los que se han acostumbrado á sofocar ilusiones, á matar sueños y aspiraciones locas y románticas, decididos á ser unos muy sosos hombres de juicio. De éstos era Flores, y esa flojedad que digo sintió, y con ella una alegría que le parecía soplada dentro por los ángeles; y á más de este encanto, en que él era pasivo, notó que, por cuenta propia, se había puesto el corazón á agradecer la mirada de la Duquesa, y agradecerla de suerte que todas las entrañas se derretían, y era el agradecimiento aquel nueva fuente de placeres, que diputó celestiales sin ninguna duda. El pobrecito quiso apartar los ojos de aquellos que le miraban detras de dos oscuros agujeros, en que él veía llamaradas; pero la voluntad ya era esclava, y fué tras los ojos á abismarse en la boca de los cañones que tenía en frente.

Bueno será que se sepa cómo recibieron allá dentro la mirada del *joven del Circo*, que era como le llamaba la Duquesa hacía algunas semanas; por supuesto, que se lo llamaba para sus adentros, pues con nadie había hablado de tal personaje.

Cristina, que un mes ántes estaba enamorada de San Juan de la Cruz, y hubiera dado cualquier cosa por ser ella la iglesia de Cristo, la esposa ística á quien el santo requiebra tan finamente, había cambiado de ídolo y se había dicho: «Lo que yo necesito es un amor humano; pero verdadero, espiritual, desinteresado, en que no entre para nada el deseo de posermé como carne, que incita, ni la vanidad de hacerse célebre siendo mi amante.» Los adoradores jurados le causaban hastío. Todos le parecían el mismo. Cerraba los ojos y veía un hombre *en habit noir*, como decían ellos, con gran pechera almidonada (*plastron*), que daba la mano como un clown, que era uniformemente escéptico, sistemáticamente glacial, y que decía en frances todas las

vulgaridades que corren por el mundo traducidas á todos los idiomas. La Duquesa esperaba á los treinta y seis años algo nuevo, que no fuese un adulterio más, sino un amor puro, como ella no lo había conocido, como lo deseaba para su Enriqueta.

¡Cuántas veces, mirando con su rápida y prudentísima mirada á la multitud que la rodeaba, se había dicho: «¿Estará ahí?» Una noche, en Price, al decir *bon soir* á un joven aristócrata, á quien llamaban *Pinchagatos* (Dios sabe por qué), flaco, menudo, casi ciego, pero atrevidísimo con las mujeres, Cristina, que le daba la mano con repugnancia, observó que los ojos de un espectador del paseo se fijaban, se clavaban en el sietemesino insolente. Salíó del palco *Pinchagatos*, que se fué saludando á todas las damas que encontraba al paso, y la mirada tenaz le seguía. Cuando el joven aristócrata y mal formado se perdió de vista, los ojos del paseo volvieron á Cristina, y suaves, melancólicos, tranquilos ya, fijáronse en ella, como para saborear un deleite habitual interrumpido. Desde aquel momento, aunque Flores no pudo comprenderlo, ni lo soñó siquiera, su contemplación constante fué espíada. Y ¡qué hubiera dicho el infeliz si hubiese sabido que existía en Madrid una gran dama para quien eran todos los placeres de la corte, y que todos los despreciaba, mientras aguardaba ansiosa la noche del viernes, el *día de moda* de Price! Y ¿por qué? Porque esa noche la consagraba ella, hacía algunas semanas, á un espionaje que le causaba una clase de delicias que tenían la frescura y el encanto fortísimo de las emociones nuevas. Cristina no miraba á Fernando cuando sabia que él la miraba; pero gozaba del placer de sentir, sin verle, que sus ojos estaban cebándose en ella. Véale y no lo veía, mirábele y no le miraba; esto ya saben todas las mujeres cómo se hace. Flores no sospechaba nada; creíase á solas en su contemplación y procuraba saciar el apetito de contemplar sin miedo de ser sorprendido. Bien conocía esta la Duquesa; veía que el joven del Circo la miraba, como hubiera podido hacerlo un miserable insecto de los que cantan himnos al sol en los prados al mediodía. ¿Qué le importa al insecto que el sol le vea ó no? Para gozar de la delicia que le dan sus rayos, y agradecerse la cantando, le basta con la humildad de su oscuro albergue bajo la hierba. Esto del insecto no le había caído á la Duquesa en saco roto, como se dice; desde que se le ocurrió tal comparación, tomóse ella por sol, al pie de la letra, y Flores fué el insecto enamorado, que le cantaba con los ojos himnos de adoración. ¡Qué delicadeza de sentimiento, qué divina voluptuosidad, qué caridad sublime, qué *distincion*, en suma, había en preferir bajarse á contemplar el misero gusano y despreciar á las estrellas de su corte interplanetaria; ¡qué orgullosa estaba Cristina! ¡Cuán por encima de las coquetas vulgares del gran mundo se contemplaba, consagrando entera su alma á aquel purísimo, delicado placer, que á espíritus ménos escogidos les parecería insípido é indigno de una grande de España! Las mil invitaciones que cada día la obligaban á dejar tal ó cual proyecto de diversion no la obligaron nunca, desde que vió á Flores, á perder su abono de los viernes. Sus amigos habian llegado á sospechar si estaría enamorada de algun clown ó de algun atleta. Lo cierto es que ella gozaba, como en su primera juventud, al llegar la hora del espectáculo, al sentirse arrastrada en su coche hácia el circo de

Recoletos, al atravesar los pasillos, al sentarse en su palco, saboreando de antemano las delicias de aquella noche. Si Flores aún no estaba en la primera fila del paseo, casi enfrente del palco, la Duquesa se alarmaba seriamente. ¿No vendrá? Pero nunca tardó más de un cuarto de hora. Llegaba con su pardo-

sús al brazo, modestamente vestido, pero con una elegancia natural, que era más del cuerpo que del traje; poco

que subía de la pista le encendía los sentidos; las resonancias del Circo le parecían voces interiores, y como que se restregaba el perezoso espíritu, sintiendo dulcísimo cosquilleo, contra aquella mirada que era firme muralla de acero. Sí, se apoyaba el alma de la Duquesa en la mirada de Fernando, como su espalda en el respaldo de la silla, en abandono lánguido. Esto no es amor, se decía la Duquesa al acostarse. Yo ya no amo; todo eso ha concluido. Pero es mucho mejor que el amor lo que siento. Ese muchacho no me gusta ni me disgusta *como físico*; es otra cosa lo que me encanta en él; es su adoración tenaz, sin esperanza, torpe para adivinar que está vista y que está agradecida.

Algunas veces, aunque temerosa de romper el encanto haciendo dar un paso á la sutil aventura, había arriesgado la Duquesa miradas que podían llamar la atención de Flores. De repente, cuando sabía que la miraba, volvía ella los ojos hácia los suyos, como un disparo certero, y las pupilas chocaban, desde léjos, con las pupilas. Pero en vano; los ojos de Flores no revelaban ninguna emoción; parecían los ojos de un ciego que están en una mirada eterna fijos, mirando la oscuridad, cual esas ventanas pintadas, por simetría, en las paredes, por donde no pasa la luz. Cristina, perspicaz, llegó á explicarse esta impasibilidad, y al dar con la verdadera causa, sintió más placer que nunca. El joven, que no ponía ni pizca de vanidad en cuanto hacía, que no iba á *hacer el oso á una duquesa*, era bastante modesto para figurarse que su adoración era conocida; creía que Cristina le miraba sin verlo, como á tantos otros, por casualidad. Pero, entre tanto, ella comenzaba á impacientarse; todo aquello era delicioso, pero no debía de ser eterno; y siguiendo, sin darse cuenta, hácticas antiguas, quiso adelantar algo, ya que de él no había que esperar nada. No creía ella que adelantando perdería la aventura su carácter ideal, fantástico, su naturaleza etérea, incomprendible para el vulgo de las grandes señoras. Y

entonces fué cuando se resolvió á *clavarle los gemelos* al joven del paseo.

La mirada que Fernando dejó caer, sin quererlo, dentro de aquellos, que se le antojaban dos cañones, debía de ir llena de la expresión de aquellas nuevas, profundas, tiernas y dulces emociones que procuré describir á su tiempo; porque Cristina, al recogerla dentro de sus gemelos, y sentirla pasar por la retina al alma, quedóse como espantada de gozar placer tan intenso en regiones de su sér en que jamás había sentido más que unas ligeras cosquillas.



á poco iba abriéndose camino entre los espectadores del paseo, llegaba á la primera fila, pues nadie resistía á la insistencia del que *quería estar allí* (como sucede en los demás negocios del mundo), y dejando el abrigo sobre el antepecho, y apoyando el brazo en el abrigo, y en la mano la cabeza, consagróse á sus religiosos ejercicios de admiración extática. Ya estaba contenta Cristina; parecía que habían dado más luz á la cinta de gas que festoneaba las columnas; que la música era más alegre y estrépitoa, los alcides más fuertes, los clóvnos más graciosos; el olor acre

Separó del rostro los gemelos; víéronse y miráronse cara á cara la gran dama y el humilde escritor.... Todavía Fernando, aferrado á su modestia, miró hácia atrás, dudando que fuese para él mirada en que había ya hasta palabras.... Pero no cabía dudar más; á su espalda estaba un segoviano con la boca abierta, y detras de éste, las gradas vacías. ¡Le miraba á él! La Duquesa del Triunfo miraba á Fernando Flores, autor de dos novelas naturalistas, vendidas por seis mil reales cada una!

La Duquesa solia salir del Circo ántes de terminar la función. Aquella noche vió hasta el comienzo del último ejercicio; entónces se levantó, se dejó poner el chal, salió del palco, se acercó á Fernando, que no movía pié, ni mano, nada; al llegar á tocar con el hombro en los bigotes del muchacho, que estaba inclinado sobre el antepecho del palco, se detuvo para esperar á Enriqueta, que estaba en el palco todavía. Fueron pocos segundos; el hombro de la Duquesa tocó en el bigote y en la nariz del novelista; él se incorporó un tanto; los ojos estuvieron frente á los ojos, á un decímetro escaso de distancia; la mariposa cayó en la llama; ¡rayos y truenos! La Duquesa dejó que en su rostro se dibujára como la aurora de una sonrisa; Fernando, sin querer, sonrió con el encanto; la sonrisa de la Duquesa se definió entónces; se besaron los ojos.... y mientras la orquesta tocaba la Marcha Real, porque el Rey salía de su palco, Cristina se perdía á lo léjos entre las otras damas que dejaban el Circo. Fernando, humóvil, olvidado del mundo de fuera, se dividía en dos por dentro: uno, el que era más él, gozaba el placer más intenso de su vida, y el otro, avergonzado, sentía la derrota de la orgullosa modestia. «¡Al fin, soy un necio! — decía este censor de la conciencia. — Creo que te ha gustado á una duquesa; estoy enamorado de la Duquesa del Triunfo; me ha sonreído y he sonreído; soy su adorador y ella lo sabe! ¡Ridículo! ¡Eternamente ridículo!.... Y huyó del teatro; y creía, huyendo, que el sonar del bombo y los platillos era una gran silba que le daba el público, una silba solemne, con los acordes de la Marcha Real, que es, en ocasiones, una gran ironía, un sarcasmo....



Fernando llegó á su modesta habitacion de la fonda, como escritor silbado que huye del público cruel. Sobre el velador de su gabinete estaban esparcidas infinidad de cuartillas, en blanco unas, y otras ennegrecidas por apretados renglones; un *Musset*, *poemas*, asomaba entre aquel cúmulo de papeles sueltos. En aquel desórden estaba su pensamiento de pocas horas ántes, y pareciale que ya le separaban de él siglos: al ver todo aquello, recordó el estado de su espíritu segun era ántes de haber ido al Circo. ¡Malhadada noche! Adios el artista, el diosencillo egoísta que vivía para sí y de sus propios pensamientos, viendo en el mundo nada más que una serie de hermosas y curiosas apariencias, cuya única razon de ser era servir al novelista de modelo para sus creaciones. Pensó en su libro, en el que estaba esparcido sobre el velador; pareciale obra de otro, insulsa invención, sofisteria fria y descarnada, sin vida real. Su voluntad le pedía otra cosa ahora: acción, lucha; queria ser actriz en la comedia del mundo, y esto era lo que avergonzaba á Flores, al verse caer en un abismo, en el abismo de la vida

activa, para la cual sabia perfectamente que no tenía facultades. ¡Esa mujer me arrastrará al mundo; será un necio más; al rozarme, al chocar con las pasiones vulgares, pero fuertes, de que hoy me burlo, me contagiare y seré un vanidoso más, un ambicioso más, un farsante más! No temo tanto el desengaño infalible que me espera, no sé cómo ni cuándo, pero que siempre viene, como temo, el remordimiento, el amargo dejo que traerá consigo, cuando vuelva á buscar en el arte, en la muda y pasiva observacion, un consuelo tardío.... Y se acostó. No leyó aquella noche para dormirse. Apagó la luz y se quedó pensando: «Allá va don Quijote; ésta es la segunda salida....», y se despreciaba y burlaba de sí propio de todo corazón. Ya se figuraba, como su amigo Gomez, eternamente *en habit noir*, mendigando, de palco en palco, sonrisas de mujeres, apretones de manos de ilustres damas, y sufriendo desaires, que había que disimular, como Gomez, con una plácida sonrisa de ángel hecho á todo.... «¡Oh, sí!, y como ella lo exija, llegaré á escribir crónicas de salones, y describiré trajes de bailes y *bibelots* de chimenea.... Despues de todo, esa mujer no ha hecho más que mirarme y sonreír. Sí, pero me ha mirado toda la noche y me ha sonreído de un modo.... y no atendía á los que la rodeaban; no pensó más que en mí, eso es seguro. ¿Y yo, estoy enamorado? El interes que esa mujer singular, quizá no tan singular como yo imagino, ha despertado en mí, ¿es amor? ¿merece este nombre? Pero ¿qué es el amor? ¿No sé yo que hay mil maneras de parecer, de creerse enamorado, y ninguna acaso de estarlo de véras? El caso es que yo no sabré resistir si ella insiste.... El ridículo es inevitable. A mis ojos ya estoy en plena novela cursi. ¡Conque suceden estas cosas! Y ella se creará una mujer *aparte*, y á mí me querrá, no por mis escasos merecimientos, sino porque soy el amante cero, el amante de la multitud.» Y, sin querer, empezó á recordar muchos casos parecidos de novelas idealistas. Pero tambien recordó algo parecido en Balzac; recordó á la princesa que se enamora de un pobre republicano que la contempla extático desde una butaca del teatro.... y recordó tambien *La Curée*, de Zola, donde *Renée*, la gran dama, cede á la insistencia de un amante de *azar*, de un transeunte desconocido, sin más títulos que su audacia.... «Yo soy el capricho, quizá el última capricho de esa mujer.» Casi dormido, y como si en él funcionase de repente otra conciencia, pensó con tranquilidad: «¿Si lo único ridículo que hay aquí será que he visto visiones?.....



Á la misma hora, reposando en un lecho cuya blandura, suavidad y olores voluptuosos Fernando Flores no podía imaginar siquiera, Cristina pensaba en el jóven del Circo, decidida á que fuera el último y el mejor amante. Lo principal era que aquel encanto, desconocido hasta entónces, no degenerase en una aventura vulgar, como todas las de su vida. Había que huir de la seducción de la materia; Schleiermacher y San Juan, de consuno, exigían que aquel amor fuera por lo divino. Ya se figuraba la Duquesa á Fernando acudiendo á misteriosa cita todas las noches; ella le recibiría con un traje que no hablase á la materia; ya discurriría ella cómo puede una bata estar cortada de modo que no hable mas que al espíritu: tomaría por figurin algun

grabado en que estuviera bien retratada Beatriz, y aun mejor sería recurrir á la indumentaria griega; algo como la túnica de Pálas Atenea, ó de Vénus Urania. Y ¿de qué se hablaría en aquellas sesiones de amor místico? La verdad es que á ella no se le ocurría ningun asunto propio de tan altas relaciones amorosas. Pero, en fin, ello diría. ... ¡El amor espiritual es tan fecundo en grandes ideas!... y en último caso, hablarían los ojos. Este espiritualismo, que hoy apenas se usa, se le representaba á la Duquesa como el manjar más escogido del alma, porque ella había vivido en plena realidad, envuelta siempre en aventuras en que predominaba el sentido del tacto; y las quintas esencias del amor ideal, los matices delicadísimos de las pasiones excepcionales, con sus encrucijadas de sentimientos inefables, de adivinaciones y medias palabras, eran lo más nuevo que se pudiera ofrecer al gusto de aquel paladar acostumbrado á platos fuertes. Cristina se durmió pensando en el amor de Flores. En sueños tuvo el disgusto de notar que el jóven del Circo se propasaba, procurando una mezcla de deleites humanos y divinos, principio de una corrupción sensual que era preciso evitar á toda costa.

A la mañana siguiente, el pensamiento de Cristina y el de Fernando al despertar fué el mismo. Era necesario buscarle.

Y se buscaron y se encontraron. La aventura se pareció, mucho más de lo que la Duquesa deseára, á todas las aventuras en que son parte una gran señora y un jóven de modesta posición. Tuvo ella que animarle, y luchó no poco entre el encanto que le causaba la vaguedad, la indecision de los poéticos comienzos, y el miedo de asustar al amante con un fingido recato. Él, estaba visto, no había de atreverse sin grandes garantías de buen éxito, y fué ella quien tuvo que arriesgar más de lo justo. Al fin se hablaron. Fué en un coche de alquiler. No hubo mejor medio, aunque lo buscó mejor la Duquesa, que sentia, en su nueva vida espiritual, una gran repugnancia ante semejantes vehículos. Hubiera sido mucho más á propósito una gruta, con ó sin cascada; pero fué preciso contentarse con un sinón. Flores pensó «¿Habrá leído Mme. Bovary está mujer?» No, infeliz, no ha leído tal cosa; Cristina lee á Schlegelmacher y á Fray Luis de Granada, no temas. El novelista acudia á las citas de amor como si fuera á fabricar moneda falsa. Estaba avergonzado hasta el fondo de la conciencia. Era un cursi más definitivamente. Gomez, con su gran pechera, se *cluchó* bajo el brazo, ya le parecia un héroe, no un ente ridículo. ¡También él era Gomez!

Pasaba el tiempo, y los amantes estaban como el Congreso de Americanistas y otros por el estilo, siempre en las cuestiones preliminares. Se había convenido: 1.º, que aquel amor no era como los demás; 2.º, que la Duquesa no podía ofrecer á Fernando la virginidad de la materia; pero que, en rigor, hasta la fecha no había amado de véras, y, por consiguiente, podía ofrecerle la virginidad del alma, y váyase la una por la otra; 3.º, que, aunque la modestia de Flores protestase, estaba averiguado que él era un hombre superior, excepcional, que tenía en su espíritu tesoros de belleza que no podría comprender ni apreciar jamás una mujer vulgar. Afortunadamente, la Duquesa no era una mujer vulgar, sino muy distinguida, singular, única, y leía en el alma de Fernando todas las bellezas que había escrito Dios

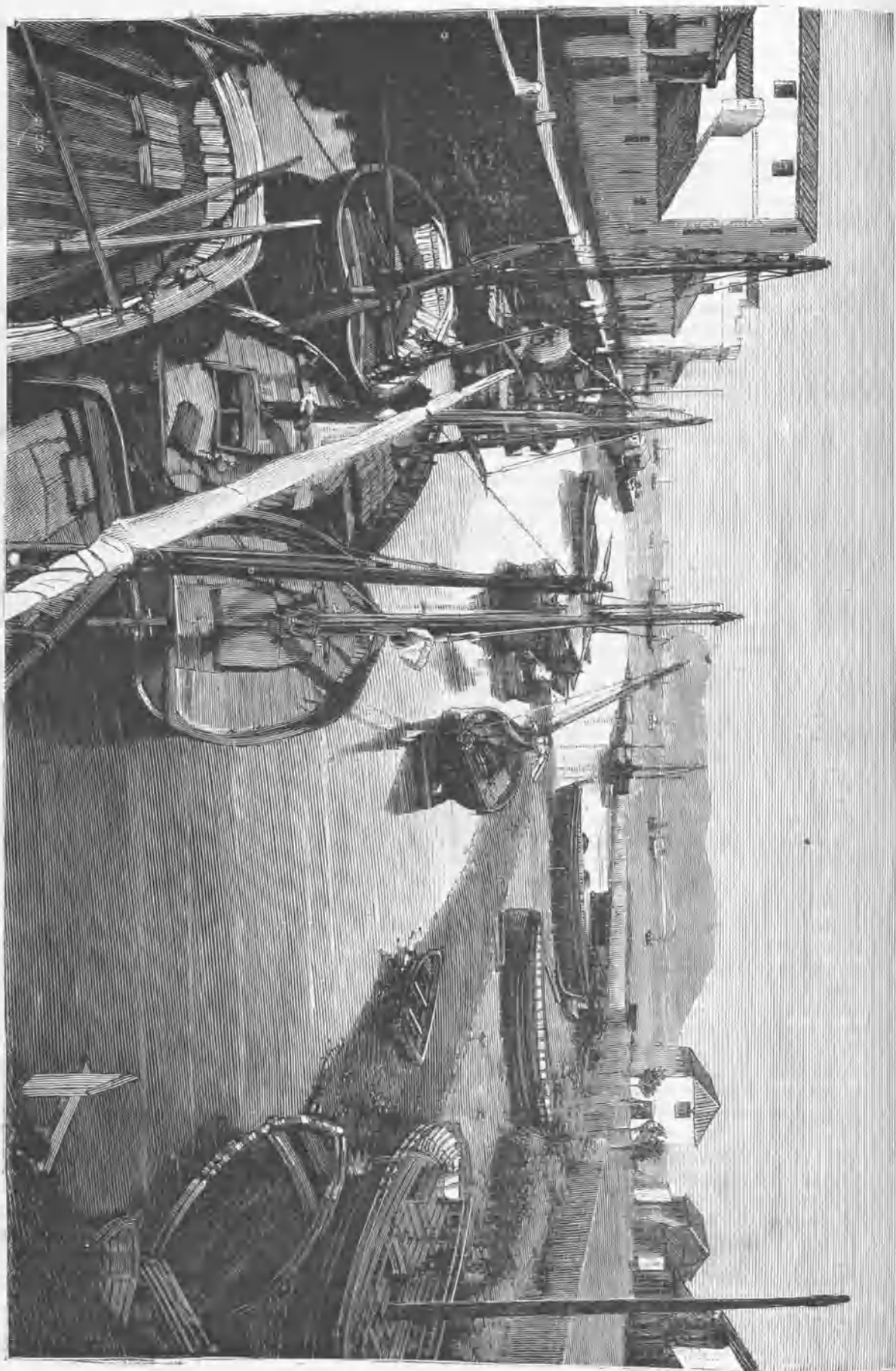
en ella; 4.º, que no siendo puñalada de pícaro el contacto de los cuerpos, se conservaría el *status quo* en punto á relaciones carnales, sin que esto fuese comprometerse á una castidad perfecta, toda vez que nadie puede decir de esta agua no beberé.

Fernando estuvo alucinado algun tiempo. Llegó á creer en la verdad de los sentimientos de Cristina, y á sí propio se juzgó enamorado; así que, de buena fe, buscó y rebuscó en su imaginación, y hasta en su memoria, alimento para aquellos amores en que tan gran papel desempeñaban la retórica y la metafísica. Dias enteros hubo en que no pensó siquiera una vez que todo aquello era ridículo. Con toda el alma, sin reservas mentales, acudia á dar *la conferencia* de sus amores, y explicaba un curso de amor platónico, como si no pudiera emplearse la vida en cosa más útil. Cristina estaba en el paraíso; se había creado para ella sola un mundo aparte; sus amigos nada sabían de estos amores. Aquel romanticismo místico-erótico, que es ya en literatura una antigüalla, era un mundo nuevo de delicias para la pobre mujer que desertaba de la vida grosera del materialismo hipócrita, de buenas formas y bajos instintos y gustos perversos del gran mundo de ahora. Miétras él mismo partícipó del engaño, Flores no pudo ver que era interesante, al cabo, aquella mujer tan experimentada en las aventuras corrientes de la vida mundana, pero tan inexperta y cándida en aquellas honduras espirituales en que se había metido.

Una noche, Fernando oyó en el café á un amigo una historia de amores que, aunque no lo era, se le antojó parecida á la suya. En ella había un amante que jamás llegaba al natural objeto del amor, al fin apetecido (tomando lo de fin, no por lo último, sino por lo mejor). Flores se puso colorado; casi creyó que hablaban de él, y volvió al tormento de creerse en ridículo. Si hasta allí había sido tímido y había respetado la base 4.º del tratado preliminar, porque él mismo creía un poco en la posibilidad de los amores en la luna (aunque como literato y hombre de esenela los negaba), desde aquel momento se decidió á ser audaz, grosero si era necesario. La Duquesa había agradecido á Fernando su delicadeza, aquel respeto á la base 4.º; pero no dejaba de parecerle extraño, quizá un poco humillante, acaso algo sospechoso ese firme cumplimiento de convenciones que, al fin, no eran absolutas, segun el mismo texto de la ley; repito que ella agradecía esta conducta, tan conforme con su ideal; pero no la hubiera esperado.

Fernando fué todo lo brutal que se había propuesto. Todo ántes que el ridículo. Pero la Duquesa resistió el primer asedio con una fortaleza que sirvió para encender de véras los sentidos del amante. Mas ¡ay! al mismo tiempo que en Fernando brotaba á sus devaneos un carácter más humano, se le cayó la venda de los ojos, y vió que si ántes había sido ridículo, ménos acaso de lo que él creía, ahora comenzaba á ser un bellaco. ¿Amaba él de véras á aquella mujer? No, decididamente no; ya estaba convencido de ello. En tal caso, ¿tenía derecho á exigir el último favor, á llevarla hasta el adulterio? ¡Bah, la Duquesa! Una vez más, ¿qué importaba?—respondía el sofista.—Pero ¿aquella mujer no estaba arrepentida? ¿No se había arrancado, por espontáneo esfuerzo, á las garras del adulterio material, grosero? ¿No estaba aquella mujer en camino de regeneracion? ¡Bah! era una Magdalena sin Cristo; su

VISTA DE LA BAHÍA DE ALGERIRAS Y DEL PEÑON DE GIBRALTAR. — (De fotografía de Laurent.)



arrepentimiento no era moral, era un refinamiento de la corrupción; su espiritualismo, su misticismo eran falsos, eran ridículos! ¡Ridículos! ¿quién sabe? Lo parecían sin duda; Pero ¿no había alguna sinceridad en aquel arrepentimiento, aunque pareciese otra cosa? ¿No había, por lo ménos, una buena intención? Si Cristina hubiese tenido un verdadero director espiritual, ¿no hubiera buscado salvacion por mejor camino?..... Arrastrar otra vez á aquella mujer á la concupiscencia del cuerpo era un crimen; no era un adulterio más; era el peor de todos, peor acaso que el primero. «Si, si—acabó por pensar Fernando, que mantenía esta lucha con su conciencia;—ahora me vengo con escrúpulos! Lo que tengo yo, que soy un cobarde, que no se me logra nunca nada de puro miedo; todos estos tiquismiquis morales no son más que el miedo de dar el segundo ataque á esa fortaleza restaurada.....» Y otra vez el pánufo del ridículo le llevó á ser atrevido, brutal, grosero. Cristina sucumbió; el deleite material despertó en ella todos sus instintos de

Monton de carne lasciva.

que dijo el poeta. Schleiermacher y los místicos se fueron á paseo, según expresion brutal de ella misma. Quince dias de embriaguez de los sentidos bastaron para que Flores llegara al hastio. Empezaba á saber la gente algo de aquello, y el novelista, apagada ya la sed del placer, y satisfecho como hombre de aventuras, quiso villanamente coger velas y huir del abismo que iba á tragarse. La posicion de amante oficial de la Duquesa del Triunfo obligaba á mucho. ¡Oh infamia! Flores hizo, contando por los dedos, el presupuesto ordinario de los gastos á que aquella vida le obligaba; no daban los libros para tanto. Ademas, los salones le ocuparian demasiado tiempo, y él era, ante todo, un artista. Una mañana, que durmió hasta muy tarde, arrojó en un bostezo el resto de su falso amor. «¡Ea!—se dijo, revolviendo las cuartillas desordenadas de la novela, que esperaba en los primeros capitulos al distraido autor de sus páginas.—¡Ea! esto se ha concluido; yo no soy un Don Juan, ni un siete-mesino, ni un hombre de mundo siquiera; yo soy un artista. Es necesario que lo sepa Cristina. No se ha perdido el tiempo al fin y al cabo. Hágome cuenta que he trabajado en la preparacion de un libro; he observado, he recogido datos; creí un momento haber encontrado el amor: ¡no! es algo mejor; he encontrado un libro.... La mujer no es para mí, no podía ser; pero tengo.... el documento. Cristina me servirá en adelante como *documento humano*. Hagamos su novela; es un caso de gran enseñanza. Los necios dirán que es inverosímil; pero yo le daré caracteres de verdad cambiando el original un poco.» Y escribió cuatro renglones á la Duquesa despidiéndose de ella. La inspiracion le habia visitado. Iba á encerrarse en la inspiracion algunos meses fuera de Madrid, y en todo ese tiempo no podrian verse. Acaso les convenia. ¿No se acordaba de aquella Dalila de Feuillet, que tanto le gustaba ántes de que él, Fernando, le hubiese hecho despreciar á los escritores de la escuela idealista? Pues bien; el ejemplo de Dalila era una leccion. El verda-

dero amor exigía este sacrificio. Ella seria la primera que leyese el libro que le mandaba escribir el *deus in nobis*....

Cristina leyó esta carta con pena; pero no con tanta pena como hubiera tenido si el desengaño hubiera precedido á la caída. Llamaba ella la caída al momento en que sus amores con Fernando dejaron de ser metafísicos. ¡Al fin estas relaciones iban pareciéndose á las otras! ¡Oh, no; ni éstas ni otras.... Basta.... basta.... El amor es así!.... ¿Sintió despecho? Eso sí; siempre se siente en tales casos.

Pasó cerca de un año. Cristina no tuvo amantes; se dejaba adorar, pero no admitía confesores. Una noche recibió un libro encuadrado en tafete. Era la novela de Flores, con una dedicatoria del autor: «A mi eterna amiga.» Cristina despidió á Clara, su doncella, y sin acostarse, pasó la noche, de claro en claro, devorando el libro. Era la historia de su vida, según ella la había dejado ver, en el abandono del amor ideal, al redomado amante. ¡Qué infamia! Fernando no la había amado, la había estudiado. Cuando sus ojos se clavaban en los de Cristina para anegarse en ellos, el traidor no hacía más que echar la sonda en aquel abismo. Como obra de arte, el libro le pareció admirable. ¡Cuánta verdad! Era ella misma; se figuró que se veía en un espejo que retrataba también el alma. En algunos rasgos del carácter no se reconoció al principio; pero reflexionando, vió que era exacta la observacion. El miserable no la había embellecido: cuestion de escuela. Al amanecer se quedó dormida, despues de leer dos veces la última página....

A las doce, despierta; arregla apénas su traje desaliñado con el desasosiego de aquel sueño de pocas horas, y vuelve á leer.... Pero ántes ha dado orden terminante de no recibir á nadie. Quiere estar sola. Es verdad, sola está; ¡qué sola! Aquel hombre implacable, artista sin entrañas, observador frío como un escalpelo, le ha hecho la autopsia en vida y le ha hecho asistir á ella. ¡Una viviseccion de la mujer que se creyó amada! A las tres almuerza Cristina, y bebe para alegrarse, para animarse. A los pastres pide un frasco de *benedictina*, del cual solia probar Fernando. Se sirve una copa; pide recado de escribir á Clara, y manda esta carta á Flores:

«Fernando: He recibido tu libro. Como novela, es una obra maestra; pero, de todas maneras, tú eres un plebeyo miserable.» La Duquesa del Triunfo.

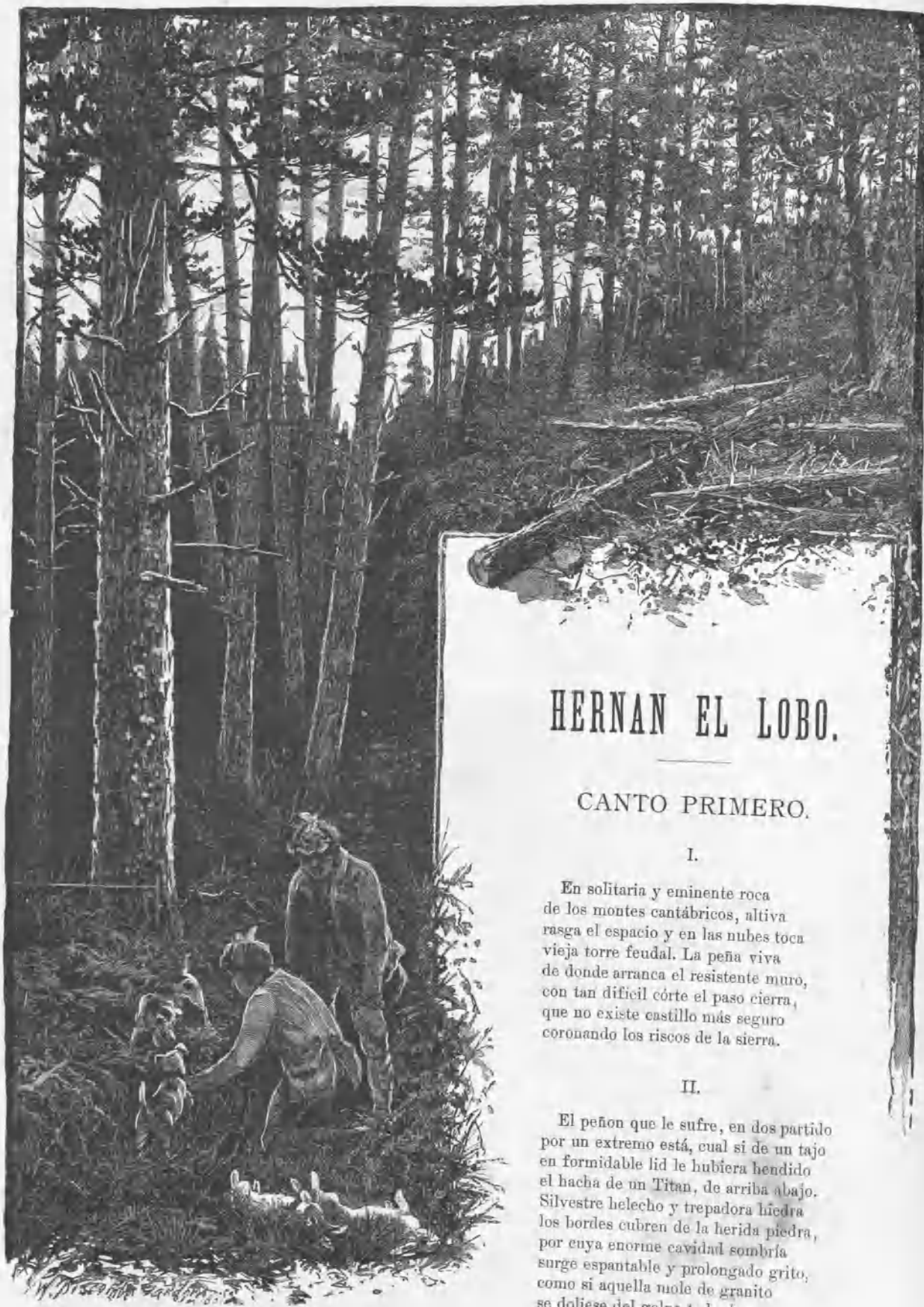
¡Ah, sí, un plebeyo!—se quedó pensando.—¡La multitud, esa multitud que me admira y me espía!.... De ahí le saqué.... ¡Por algo la miraba yo con miedo!

□ □ □

El libro de Fernando gustó mucho á los inteligentes; la crítica más ilustrada y profunda le consagró largos análisis psicológicos. Algúien dijo que el tipo de aquella mujer no existía más que en la imaginacion del novelista. Fernando contestaba á esta censura con una sonrisa amarga. ¡Oh, sí, existía la mujer; era la que se había vengado de muchas injurias llamándole plebeyo!

CLARIN.

Madrid, Julio.



HERNAN EL LOBO.

CANTO PRIMERO.

I.

En solitaria y eminente roca
de los montes cantábricos, altiva
rasga el espacio y en las nubes toca
vieja torre feudal. La peña viva
de donde arranca el resistente muro,
con tan difícil corte el paso cierra,
que no existe castillo más seguro
coronando los riscos de la sierra.

II.

El peñon que le sufre, en dos partido
por un extremo está, cual si de un tajo
en formidable lid le hubiera hendido
el hacha de un Titan, de arriba abajo.
Silvestre helecho y trepadora hiedra
los bordes cubren de la herida piedra,
por cuya enorme cavidad sombría
surge espantable y prolongado grito,
como si aquella mole de granito
se doliese del golpe todavía.

III.

Es la voz del torrente fragoroso
que se despeña de escarpada altura,
y al pasar por la estrecha cortadura,
del castillo feudal, muralla y foso,
se arremolina, se retuerce, chocha
y salta, enfurecido y espumoso
como el mar, por las quiebras de la roca.
Cuando acrecienta su raudal la nieve
que derretida de las cumbres baja,
y los cimientos sólidos conmueve
del cerro, y piedras y árboles descuaja,
ante aquel espectáculo sublime
retumba el eco, la montaña gime,
con medrosa inquietud la res salvaje
escapa sin cesar de risco en risco,
se oculta la avecilla entre el ramaje,
en su cueva el reptil, hasta en su aprisco
la oveja se acobarda, y solamente
el águila caudal, cuya pupila
sonda la inmensidad, vuela tranquila
sobre las turbias aguas del torrente.

IV.

El castillo, elevándose imponente,
como un fantasma, en el picacho escudo,
y sobre el negro tajo por do corre
revuelto río, el levadizo puente,
con cadenas fortísimas sujeto,
como un esclavo, á la almenada torre,
todo infunde en los ánimos respeto.
Resalta el ancho y ostentoso escudo
sobre la puerta gótica, en la parda
piedra por toscas manos esculpido,
y de pié en el umbral, siniestro y mudo,
vigila el puente y sus contornos guarda
un soldado con aires de bandido.
Aumentan el misterio y la pavora
de aquel lugar inexpugnable y rudo,
la monótona voz del centinela,
que las traiciones de la noche oscura
siempre temiendo, sin descanso vela;
y en bandadas los cuervos agoreros,
que, al volver de los próximos pinares,
buscan las hendiduras y agujeros
de aquellos murallones seculares.

V.

Era una tarde de Noviembre, helada
como la mano de la muerte; espesa
niebla cumbres y valles envolvía,
y estaba el monte sumergido en esa
confusa claridad, ténue y velada
como el vago crepúsculo del día.
Tan débil era y apagado el brillo

de la pálida luz, que compartía
su imperio con la sombra; á sus reflejos
amortiguados, en el fondo oscuro
de la sala espaciosa del castillo,
se destacaban sin color los viejos
y anchos sitios de tallado roble
que adornaban la estancia, y en el muro
relucían los bélicos arneses,
el férreo casco, el colosal mandoble,
bruñido escudo y rígida coraza,
junto á la armada testa de las reses
que el personal valor cobró en el noble
y arriesgado ejercicio de la caza.
De propincuo lugar, como el ornato
principal del salón, cuelga un tablero,
donde inhábil pincel trazó el retrato
del magnífico y alto caballero,
glorioso tronco de la ilustre casa,
y en frente de él, en su sillón de cuero,
con los piés arrimados á la brasa
que dejó en el hogar ardido tintero,
manchado por la crápula y el robo
el Señor del castillo, *Hernán el Lobo*,
como le llama el general espanto,
ahogando estaba su conciencia en vino.
Y no muy lejos su afligida esposa
hilaba sin hablar, deshecha en llanto,
el rubio copo de escardado lino.

VI.

Mil amargos recuerdos en profuso
tropel cansaban su memoria, en tanto
que entre sus dedos resbalaba el huso.
¡Con qué dolor! pero también ¡con cuánto
enamorado afán clavaba ansiosa
sus húmedas pupilas de hito en hito,
en la faz descompuesta y borrascosa
de aquel malsin que embruteció el delito!
Y él, insensible á todo, el cuerpo laso,
balbuciendo palabras desacordes,
y una vez y otras cien vaciando el vaso
lleno de añejo vino hasta los bordes,
con el rostro encendido, la mirada
atónita y vidriosa, el sentimiento
anonadado y la razón turbada,
mezclando sin cesar un juramento
á su insensata y bronca carcajada,
ni aun reparaba en la infeliz aquella
que á su maldad encadenó el destino
para amarle y llorar, sola en el mundo;
víctima desdichada que atropella
indiferente y fiero en su camino,
como la flor de las alturas huella
el oso montaraz. ¡Con qué iracundo
y bárbaro desden *Hernán* la abruma!
Mas ¡ay! hundida en su mortal congoja,
sufrir en silencio, y cual la flor, perfuma
el pié que torpemente la deshoja.



VII.

¡Oh! ¡si supiera odiar!... Pero no sabe.
No sabe, no, su espíritu sereno
lo que es rencor, ni en su apacible seno
la ruín pasión de la venganza cabe.

En medio del horror que la rodea,
tan sólo el bien su corazón desea,
y cual la nieve que en la excelsa cima
conserva inmaculada la blancura,
cuanto más su conciencia se sublima,
más se destaca inalterable y pura.
¡Cuán suave y delicada es su hermosura!
Como el murmullo de los bosques, grata
suena su dulce voz: la misma queja
en sus labios de rosa es un halago.
Toda el alma en sus ojos se retrata,
que su pupila trasparente deja
escudriñar el fondo, y como un lago
la luz del cielo en su cristal refleja.
Haz de rayos de sol es su cabello,
que al desbacerse en ondas, ilumina
los nobles hombros y el desnudo cuello.
Mas ¡ay! ¿por qué misterio que no alcanza
la mente á descubrir, tan peregrina
beldad, pone su gloria y su esperanza
en una bestia indómita y dañina?
Busca el contraste el corazón humano
con insaciable sed: la tierna Aurora
cede á esta inclinación que la domina.
En sus noches de insomnio intenta en vano
forzar su voluntad, y gime y llora:
bien conoce que es pérfido, y tirano,
y codicioso Hernán; pero le adora.
Le adora, y sigue con amargo duelo,
cual hoja seca que arrebata el río,
por do la lleva su pasión bastarda.
Mas ¿cómo no, si hasta en el mismo cielo
tiene el sér de la tierra más impío
un ángel que, ante Dios, le escuda y guarda?

VIII.

Hora de los recuerdos, que en las frías
noches en que el pesar nos enajena,
con las gratas memorias de otros días
no endulzas, sino agrava nuestra pena;
tú, cuya voz como invisible espada
nos llega al corazón, ¿qué la decías?
¿No despertaste en su abatida mente
las muertas dichas de la edad pasada
como una angustia más de la presente?
¡Ay, sí! Que alguna vez, la infortunada,
evocó, sollozando, en la infinita
desolación del alma que la aqueja,
los breves goces de la ansiada cita
en que gentil, apasionado y tierno
Hernán, al pié de la importuna reja,
rendido le juraba amor eterno.
¿Cómo negar el merecido pago
á su ruego ardoroso? ¿Cómo, esquivo,
volver el rostro al insinuante halago,
y cómo resistir á su embeleso,

si eran en él cada mirada un vivo rayo de luz y cada frase un beso?
 Todas las tardes, cuando en la alta sierra desmayaba del sol la roja lumbre, solo y á escape en su corcel de guerra, al través de la lóbrega espesura Hernan ganaba la ríscosa cumbre. Sin que estorbáran su certero tino, ni el sitio agreste, ni la sombra oscura, seguro de sí propio y del caballo, volaba, como raudó torbellino, salvando abismos y cruzando breñas, entre las chispas que arrancaba el callo del ágil bruto á las cortantes peñas, para lanzarse, al fin de su camino, con el impulso desatado y ciego con que desborda la corriente brava, allí donde ella, en contenido fuego, tímida y palpitante le esperaba, ¡Qué sueños! ¡Qué coloquios! ¡Qué arrebatos! ¡Qué éxtasis de pasión! ¡Qué horas aquellas tan venturosas ¡ay! como fugaces!
 ¡Con qué fe renovaban, insensatos, á la indecisa luz de las estrellas, sus tiernas riñas y sus dulces paces!
 ¡Cuántas veces la luz de la mañana, ni aguardada por ellos ni sentida, inundando de pronto la ventana, puso fin á su larga despedida!
 ¿Cómo no comparar la pobre Aurora, en la noche terrible de su vida y en el tedio mortal que la devora, el bien soñado á su desdicha cierta?
 Y ¿cómo no llorar, si su esperanza, como paloma á quien el hierro alcanza, desde el cielo al abismo cayó muerta?

IX.

Aquel Hernan que despertó en su seno amor tan infeliz y tan profundo, estaba allí, como el reptil inmundó que se revuelca en pestilente cieno, abrumado de crímenes, beódo, sin luz en la razón, sin fe en el alma, y tranquilo quizás.... ¡No! que entre el lodo jamás conserva el corazón su calma.
 ¿Quién tiene de los réprobos la clave?
 ¿Engendran las blasfemias en su boca la impiedad ó el espanto? ¡Dios lo sabe!
 ¡Nada hay estéril en el mundo! Crece el musgo humilde en la desnuda roca, entre hielos el líquen aparece; arraiga el pino en la rasgada grieta que abre la lluvia en el peñón tajado, sobre las tumbas el ciprés vegeta, y el miedo en la conciencia del malvado.

X.

¡Cuán honda, cuán fatídica tristeza inspira aquel salón! Encenagado el licencioso Hernan en su torpeza, y ella entregada á vanos desvarios, juntos están en soledad medrosa, como dos muertos que en la misma fosa yacen mudos, inmóviles y fríos.

XI.

De pronto, con estrépito la puerta abrióse, y un pastor recio y membrudo, de torvo rostro y de expresión incierta, penetró en el salón. Rústico sayo de pieles sin curtir, con toscó nudo ceñido á la cintura, era su traje. Paróse en el umbral, miró al soslayo con la inquietud curiosa del salvaje, y luego, destocando su cabeza, enmarañada como bosque espeso, avanzó hácia Fernan. La triste Aurora disimular no pudo bajo el peso, de su terror, la femenil flaqueza, y aturdida quedó, cual queda el ave al sentir la mirada abrumadora del rapaz gavilán, en ella fija. Hernan, con gesto reposado y grave, quiso ponerse en pié; pero en mal hora. Volcó su torpe esfuerzo la vasija de blanco estaño, que el licor ardiente encerraba, y con cómica sorpresa esparcirse le vió como un torrente de rutilante sangre por la mesa.
 — ¡Cuerpo de Dios! — refunfuñó impaciente — el diablo en mi camino se atraviesa. —
 Y descargando su fornido puño sobre el tablon nudoso: — ¡Habla, por Cristo! balbuciendo exclamó: — ¿Qué pasa, Nuño?

XII.

— ¡Escuchadme y sabréis! Por la cañada del puerto de las Viboras he visto buen golpe descender de gente armada — dijo el záfio, clavando la mirada oblicua en su señor. — Son mercaderes: muy precavidos van; pero no creo que den pruebas de aliento en un apuro. Marchan revueltos hombres y mujeres, y juzgo, si no miente mi deseo, la lucha fácil y el botín seguro. Diez mulas llevan de poder y brío, rendidas bajo el peso de los fardos que en vuestras cuevas hacinar ansío, y exploran el terreno dos gallardos, ágiles y robustos montañeses. —



LA VÍRGEN AL PIÉ DE LA CRUZ.

(Escultura en madera, conocida por LA MADONA DE NUREMBERG. — (De autor desconocido.)

—Quisiera — exclamó Hernan — que me dijese
cuántos los hombres son.—Gente no falta—
respondióle el pastor.—Mas cuando asalta
el lobo algun redil, ¿cuenta las reses? —
—Nuño, tienes razon : fuera cobarde
reparar en el número —repuso
el fiero Hernan con desdeñoso alarde.
La vil codicia disipó el confuso
vapor, que sus potencias envolvía,
como súbito viento de la tarde
barre las brumas, aclarando el dia,
y alzóse con indómita energia,
parecido al leon, que se espereza
sacudiendo su erin desordenada,
cuando siente, al través de la maleza,
el resoplido de la presa ansiada.

XIII.

Arrasados en lágrimas los ojos,
trémula, incierta y sin color Aurora
á los piés de Fernan cayó de hinojos,
y con la voz de la mujer que implora
y acaricia á la par, voz que semeja,
vibrando de ansiedad y de cariño,
del bien amado la sentida queja
y la inocente súplica del niño :
—¿Qué vas á hacer? —le preguntó.—¡Insensato! —
Y él, mirándola airado y cejijunto,
prorumpió con estúpido arrebató :
—¡Hilad, señora, en paz, que no es asunto
propio de flacas hembras el que trato.—
Exhaló la infeliz sordo gemido,
y de sus manos se escapó la ruca
como asustado pájaro del nido.
Volvió otra vez á interponer su ruego ;
pero con frase dominante y seca,
tan seca como el áspero chasquido
del azote que al siervo despedaza :
—¡Basta! —gritóle Hernan, de rabia ciego,
ó juro á Dios que os pongo una mordaza.—

XIV.

Bajo el torpe rigor de la amenaza,
ella temblando obedeció. Profundo
y lúgubre silencio, tan sombrío
como el que cerca al triste moribundo,
en la estancia feudal reinó un instante,
que allí también desamparado y frío
espiraba de angustia un pecho amante.
—Casi es seguro — con feroz sosiego
el rústico siguió — que aprovechando
la ocasion, despojemos á mansalva..... —
Hernan miróle con fijeza, y luego
le preguntó sin responderle : — ¿Cuándo
pasar los viste? — ¡ Al despuntar el alba! —
Nuño le contestó. Como la fiera

ola del mar, que con murmullo blando
suavemente acaricia la ribera,
hasta que osada ráfaga de viento
su furia excita y su quietud altera,
Hernan alborotóse de improviso,
y yendo hácia el pastor, que sin aliento
le contemplaba atónito y sumiso,
colérico exclamó : — ¿Cómo, menguado,
acudes en tal hora á darme aviso?
Si dices la verdad, ¿dónde has estado? —
—Tened piedad de la flaqueza mía —
dijo Nuño, turbado como un reo
delante de su juez, y las palabras
temblaban en los labios del espia :
— He llegado hasta aquí, dando un rodeo,
por donde acaso las monteses cabras
no estamparon su huella todavía,
y la razon de mi tardanza es ésa. —
—¿Y por qué no venir por el atajo? —
preguntó Hernan.— De mi valor respondo —
el pastor replicó bajo, muy bajo :
—Mas ¿quién se determina á tal empresa?
¿Pasar junto al abismo en cuyo fondo
vos!..... ¡Imposible! —Y se erizó la espesa
selva de sus cabellos.— ¿Quién se arrima?
Cuantos se adelantaron atrevidos,
dicen que salen de la horrenda sima
maldiciones, sollozos y alaridos.—
Nuño calló, sus espantados ojos
giraban en sus órbitas oscuras,
como acosados tigres entre abrojos,
cuando audaz cazador los acomete
en su propio cubil.— ¡Mucho aventuras!
—gritóle Hernan.— De mi presencia véte,
y pide á Satanás que los alcance.
Que si por tí se nos malogra el lance,
si tu incuria mis brazos encadena
y vuelvo sin botin de la jornada,
óyelo bien, te cuelgo, á mi llegada,
para pasto de buitres, de una almena.—

XV.

Despavorido el rústico y absorto
ante el horrible gesto y la mirada
de aquel malvado, del infierno aborto,
fuése alejando, hasta ganar la puerta,
con vacilante paso y faz miedosa :
y al encontrarla en su camino abierta,
rápido se escurrió, como el impuro
y cobarde reptil por la musgosa
y húmeda grieta de vetusto muro.

XVI.

—Yo amansaré tu condicion villana —
Hernan refunfuñó.— ¡Mal fin te auguro!
Y abriendo de repente una ventana,

—¡Hola!— gritó con estentóreo acento á la chusma del patio : — Que la trompa con su bélico són los aires rompa, que mi rojo estandarte ondula al viento. No quede mesnadero, ni vasallo que á mi formal mandato se resista, ó, ¡vive Dios! que sentirá mi fallo. Ya la caza en el término se avista. ¡Son miserables corzos! ¡A caballo! ¡Todos en marcha! ¡Todos tras la pista!— Dijo, y oyóse el sordo clamoreo y el alegre bullicio de las gentes que se aprestaban al infame ojeo, y á poco retumbaron estridentes por valles y montañas, los sonidos de la trompa marcial. Ya en su escarceo, los potros al combate apercebidos, relinchaban fogosos, golpéando con sus herrados cascos la ancha losa, y Hernan, que estaba á la ventana, cuando vió soltar del rastrillo la cadena, se dispuso á partir.

XVII.

Pero su esposa, sobrecogida de zozobra y pena, abrazóse frenética á su cuello como si el miedo la aumentara el brío, y casi extinto el último destello de su débil razon : — ¿Dónde, bien mío, dónde vas? — prorumpió. — ¿Por qué me dejas sumida en esta angustia que me acaba? — Y reía la misera y lloraba, y á la vez palpitaban en su boca ayes, suspiros, ósculos y quejas. — ¡No te manches en sangre! ¡Te lo pido por tí, por mí! — clamaba como loca, y era triste su voz como el gemido de un arpa que se rompe. — ¡Ay, vida mía! no te condenes á suplicio eterno, que donde tú no estás, está mi infierno, y á la gloria sin tí renunciaría. — Escuchábala Hernan como un idiota, extraño á todo sentimiento, mudo pero sombrío, y reprimiendo el llanto, ella con frase apresurada y rota por su amor, por su duelo y por su espanto: — ¡Necia de mí! — añadía — ¿por qué dudo de tu cariño? — Y con febril empeño más y más estrechaba el dulce nudo con que oprinia á su insensible dueño.

XVIII.

Hernan, repuesto ya de la sorpresa, y obedeciendo á sus instintos viles, desabrido exclamó : — ¡Callad, señora!

que no han de hacerme abandonar la empresa súplicas ni lamentos femeniles. — Como animoso náufrago que implora inútilmente auxilio, y sólo escucha la voz de la borrasca bramadora, aunque distante de la amiga playa, lucha sin esperanza, pero lucha, y mientras tiene vida no desmaya, tal la inocente y desolada Aurora pretendió resistir de aquella fiera nunca saciada el sanguinario intento. — ¡Ay! — con amargo y penetrante acento, gimió, abrazada á su verdugo : — ¡Espera! — ¿No ves, si alguna compasion te inspira mi amor, que me asesinan tus desvíos? — Y el monstruo, rechazándola con ira, — ¡Cansada estais! — la contestó. — ¡Morios! —

XIX.

Soltóse con tal impetu y coraje, que Aurora vino á tierra trastornada, y más que el golpe la dolió el ultraje, aunque bien advirtió la desgraciada que por su rostro pálido corría la sangre con las lágrimas mezclada. De pronto el sol, atravesando el velo de la niebla sutil que le cubría, vertió, desde el ocaso, sobre el suelo, su luz, más bella cuanto más tardía. Un rayo melancólico y furtivo, pasando por los vidrios de colores, bañó la faz de Aurora, do su vivo y trágico terror estaba impreso, como si conociendo sus dolores, aquel rayo bajara compasivo por mandato de Dios á darle un beso. Inmóvil y tendida sobre el duro pavimento de piedra, cual yacente estatua de un sepulcro, confundida, cada vez más siniestro y más oscuro entrevió el porvenir, y no en la frente, dentro del corazon sintió la herida. Abatidos sus músculos y flojos, postrada la conciencia, entumecida la voluntad, y en su mortal quebranto, la clara luz de sus hermosos ojos nublada por la sangre y por el llanto, trató de incorporarse, mas no pudo, y el amor, y la pena y el despecho con invisible y apretado nudo ahogaron los sollozos en su pecho. Desesperada, loca, en su infinito y rebelde pesar, una y tres veces el seno hirióse y con vibrante grito, — ¡Ay! — dijo, ciega de furor : — ¡Maldito corazon, que ni olvidas ni aborreces! — Iba á seguir; pero el rumor confuso que levantó en el patio la mesnada,

término y fin á sus lamentos puso,
Heló sus venas de la muerte el frío,
y fijando en el cielo su mirada,
—¡Ten—murmuró, quedando aletargada—
compasion de ellos y de mí, Dios mío!

XX.

Quando la bulliciosa comitiva
atravesaba el puente en són de guerra,
ya con su luz dudosa y fugitiva
doraba el sol los picos de la sierra,
y lentamente por la mustia alfombra
de los oteros y cañadas, iba
subiendo y espesándose la sombra.

—Era ese instante de suprema calma
en que se extingue de la tarde el ruido
y en sus tristezas se recoge el alma.
Quando el grave y patético tañido

de la campana los espacios llena,
y con lengua metálica y sonora
dice al mortal :—suspende tu faena :
Dios te ofrece el descanso hasta la aurora.—
Quando forma y color se desvanecen,
baja el silencio, las tinieblas crecen,
y el campesino á quien el cielo avisa
que interrumpa su rústico trabajo,
á la luz del crepúsculo, indecisa,
guía y conduce por estrecho atajo
su mansa yunta á la cercana aldea,
do amante madre ó diligente esposa,
solicita prepara y cariñosa
sano alimento en el hogar que humea.
Quando en pos del reposo apetecido
busca el redil en el seguro prado
la dócil res, el labrador cansado
su pobre casa, el pájaro su nido,
y las pérdidas sombras el malvado.

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.



INTERIOR DEL ESTUDIO DEL PINTOR ALMA-TADEMA, EN LÓNDRES.

DIARIO DE UNA MUJER DEL GRAN MUNDO.

27 de Enero de 188.....

Son las cinco de la mañana, y hasta esto instante no he podido consignar, según mi antigua costumbre, los sucesos y las impresiones del día.

¡Qué existencia tan fatigosa, tan cruel, la que llevo desde que estoy casada!

¡Ni un minuto de reposo, de quietud, de tranquilidad!

¡Cómo envidio la suerte de otras mujeres, que, si tienen menos placeres y menos satisfacciones de amor propio que yo, viven sossegadas y felices en el interior del hogar doméstico, ocupadas sólo en el cuidado de su familia y de sus hijos!

¡Cuánto echo de menos también la época en que estaba en el convento; en que me acostaba y levantaba á la misma hora; en que los días y las noches eran siempre iguales!

Entonces, cualquier incidente insignificante tomaba las proporciones de un acontecimiento.

La visita de mi madre, el estreno de un vestido, y, particularmente, las vacaciones, eran otros tantos deleites incomparables.

Si las diversiones no eran muchas, no sufría disgustos ni penas; me eran desconocidos las luchas y los combates, tan frecuentes en el círculo social á que pertenezco.

¡Y todos me creen dichosa y digna de envidia! ¡Si supieran cuántas amarguras devoro, cuántos dolores oculto, cuántas contrariedades me atormentan!

En medio del torbellino del gran mundo, parece que el corazón se petrifica y que no sentimos ni experimentamos otra cosa que las mortificaciones ó los triunfos de la vanidad.

Así, vivo casi enteramente separada de mi marido; apenas disfruto de la presencia de mis hijos, y sólo puedo hacer á mi madre visitas breves y rápidas.

Una institutriz inglesa me reemplaza en la dirección moral y religiosa de las niñas; un ayo español, pero demasiado joven, está encargado de la primera enseñanza de los chicos; un mayordomo y un ama de gobierno se ocupan en los cuidados de la casa.

No tengo más misión que la de divertirme, y á decir verdad, la desempeño admirablemente.

A las doce abandono el lecho, y, después de hacer mi toilette, corro al comedor, donde encuentro, ó no encuentro, á mi marido, que almuerza y come fuera la mayor parte de los días.

Pero nunca me siento sola á la mesa: por lo regular tenemos cinco ó seis personas convidadas desde la víspera, ó que se convidan ellas mismas.

Luego, la conversacion, la crónica escandalosa, una partida de billar ó de *bélique*, nos entretienen hasta las cuatro de la tarde.

Entonces es menester vestirse á toda prisa: las tiendas, el paseo del Retiro, las visitas, la entretienen á una hasta las siete y media de la noche.

Hay que cambiar de traje para comer, y á las ocho ó las ocho y media, si han venido nuestros comensales, se pide la sopa.

Nunca llego al teatro Real ántes de las diez, y no recuerdo haber visto principiar ni siquiera una ópera.

Concluida ésta, si hay baile, voy á él; si no, á la tertulia de última hora, de la cual me retiro á las tres de la madrugada.

¿Qué hacemos durante tanto tiempo? ¿Qué hacemos? Murmurar de los ausentes, comentar las últimas noticias, y formar planes para el día próximo.

No es extraño, pues, que se me pasen semanas enteras sin encontrarme con mi caro esposo; que sólo vea á mis hijos cuando, al ir á paseo, los lleva á mi cuarto la institutriz á que les dé un beso.....

Y será preciso que muy pronto cambie de sistema: Sofia es ya una mujercita: ha cumplido diez y seis años, y á esta edad es menester que yo misma me encargue de acompañarla, de presentarla en sociedad.

Siendo bonita y buena como un ángel, debiendo, además ser rica, no le faltarán adoradores; y es natural que su madre sea quien resuelva los que conviene atraer y los que conviene alejar.

No me importa que Sofia me haga sombra: ya soy vieja; he cumplido treinta y cinco años, y si bien dicen que no los represento, quiero desempeñar alguna vez como Dios manda los deberes maternos. Harto los he descuidado, arrastrada por el torrente de los placeres y de las distracciones.

Necesito celebrar una larga conferencia con Miss Smith, para descubrir las condiciones de carácter y de temperamento de mi hija, y proceder, en consecuencia, á su elección de marido.

No puedo proseguir: el sueño me rinde, y los ojos se me cierran, á pesar de mis esfuerzos para continuar escribiendo.

27 de Febrero.

¡Gracias á Dios, que se ha acabado el carnaval! ¡Qué serie de fiestas, de sarnos, de banquetes!

El Duque va á ponerse furioso cuando Worth le envíe la cuenta del año, ¿Tengo yo la culpa de que la moda exija imperiosamente enormes gastos á una mujer de mi posi-



PENSANDO EN ÉL. — (DIBUJO DE WONG.)

ción? ¿No soy Duquesa? ¿No era mi padre uno de los más opulentos banqueros de Madrid? ¿No debo mantenerme á la altura de mi clase y no hacer peor papel que las demas?

Por otro lado, gasto de lo mío: traje al matrimonio una dote considerable, y ¿quién sabe si proceden de ella las sumas inmensas que, según me dicen, pierde Ricardo al juego?

Yo nunca le pido cuentas de nada, y es justo que él no me las exija tampoco á mí.

¿Será verdad lo que me dijo el domingo aquel *pierrrot* en el Prado? ¿Será verdad que Ricardo *se distrae*, que tiene una querida?

— Con tal de que no nos arruine.... No nos casamos por amor, sino por conveniencia recíproca, y así, no he tenido nunca exigencias de fidelidad, aunque mi conducta irreprochable me hubiera podido dar derecho á ellas; pero tengo cuatro hijos, á quienes amo con toda mi alma, y sería triste cosa que dispase lo que les pertenece legítimamente.

En los cortos instantes que cotidianamente dedico á las reflexiones cuando me asalta el temor de que de la vida desordenada que llevamos resulte, en fecha más ó ménos próxima, una catástrofe.

Cuando pueda, hablaré á Ricardo, y, sin que crea que estoy celosa, trataré de persuadirle de la necesidad de modificar nuestra existencia y nuestras costumbres.

Si lo desea, reduciré también mis gastos, y me haré dos ó tres vestidos ménos cada invierno.

20 de Marzo.

He echado á la calle á la institutriz. ¿No ha tenido la avilantez de decirme que si Sofía es ligera y superficial, la culpa es mía, que desnudé de una manera lamentable su educación?

— Yo la he enseñado — añadió — cuanto sé: habla el inglés mejor que el castellano; pinta flores á la perfección; sabe algo de música, y valsa como una silfide. En cuanto á lo demas, no era de mi incumbencia. Usted, Sra. Duquesa, como su madre, debia haber fortificado sus creencias religiosas, inspirándola con el ejemplo la práctica de las virtudes sociales.

Por lo mismo que tenia razon, me puse fuera de mí al oírlo, y la ordené que se marchase en el acto.

Lo que más me irritó fué la calma, la frialdad de miss Smith.

— Debo advertir á la Sra. Duquesa — dijo al despedirse de mí — que en su misma casa existen graves peligros para la señorita. Hay un hombre, ambicioso y procaz, que la persigue con sus galanteos, y si pronto, muy pronto, no se pone remedio al mal, es seguro que ocurrirá una desgracia.

— ¿Y quién es el miserable? — pregunté con incredulidad.

—Yo no denuncio á nadie: doy un aviso útil, y á la señora Duquesa le toca averiguar lo por mí indicado.

Hablando así, me hizo una profunda reverencia y se retiró, dejándome en un mar de dudas y de recelos.

—¿Será positivo que hay ya quien pretenda el amor de mi hija? ¿Lo será que se ha introducido en nuestra intimidad un hombre capaz de propósitos culpables acerca de una jóven inexperta y sencilla?

Pero me propongo observar, vigilar atentamente, y pronto descubriré el secreto que miss Smith me ha revelado á medias.

22 de Abril.

Aunque me proponía no tomar otra institutriz, me he visto obligada á hacerlo, porque no puedo cuidar de mi hija como es debido, ni encargarme de llevarla á la iglesia, á paseo y á otras partes donde mis infinitas ocupaciones me impiden asistir.

No tengo, de las veinticuatro horas del día, una siquiera libre.

Las juntas piadosas, las tiendas, los teatros, los bailes, absorben todo mi tiempo.

Descaba la primavera para descansar un poco y entregarme á las tareas domésticas, y la primavera ha llegado con un cortejo de fiestas y diversiones, que la hacen asemejarse al invierno.

Carreras de caballos, *matinées dansantes*, banquetes diplomáticos, representaciones teatrales, conciertos, tertulias.... ¡Uf! no puedo más y voy á acostarme, muerta de cansancio y de fatiga.... para volver á empezar mañana.

1.º de Mayo.

Hoy hemos almorzado «en familia», y sólo nos acompañaban mis dos hijos mayores, la institutriz, el ayo y el contador de la casa.

Desde que miss Smith me hizo concebir ciertas sospechas, de todos temo y de todos desconfío.

En la mesa he examinado las miradas de cada uno, y me ha parecido que el contador no separaba las suyas de Sofia.

¿Será esa la víbora que, al decir de la inglesa, abrigamos en nuestro seno?

En tal caso, el castigo sería inmediato y terrible.

En cambio, he creído notar que Mlle. Dubois, la nueva institutriz, y el ayo se entienden perfectamente.

Les he sorprendido tocando ojeadas y sonrisas muy significativas y elocuentes.

Un matrimonio entre los dos sería la cosa más natural y posible: su posición es análoga; ambos son jóvenes; ella es graciosa; él tiene una arrogante figura; Mlle. Dubois la cumplida apenas veintidos años; Alvarez no pasa de treinta.

Su enlace no impediría que siguiesen desempeñando las funciones que están á su cargo en mi casa, y sería para mí una prenda de seguridad.

Porque no se me ocultan los inconvenientes de tener al lado de los niños personas de poca más edad que ellos.

Es una de las costumbres absurdas é incomprensibles de la época.

Antes se buscaban viudas respetables, ancianos llenos de emas para acompañar y para enseñar á la juventud; hoy se toma, á la ventura, el primero que se presenta, con tal de que sea fino, de que tenga buenas maneras, de que no haga mal papel cuando le recibimos en nuestros salones ó le sentamos á nuestra mesa.

No importa que la una sea casquivana ó coqueta; no importa que el otro abrigue siniestros planes de seducción sobre los inocentes seres ciegameamente confiados á su guarda y cuidado.

Pensando como pienso, yo misma me asombro de haber admitido á una muchacha tan linda como Mlle. Luisa Dubois, y á un hombre tan peligroso como Guillermo Alvarez, dotado de superior talento, de rara instrucción y de singulares atractivos personales.

Pero en el género de vida que hacemos en el gran mundo, no tenemos tiempo para reflexionar ántes, y reflexionamos siempre despues.

20 de Mayo.

De los siete días de la semana, mi marido almuerza ó come con nosotros, á lo sumo, dos ó tres.

Esta mañana, al levantarnos de la mesa, se acercó á mí con semblante torvo, y me dijo rápidamente al oído:

—Necesito hablar contigo á solas.

Mi sorpresa fué tan grande como mi curiosidad.

¿Qué tendría que decirme él, que no me pide nunca cuenta de mis acciones, á mí, que no se la exijo jamás de las suyas?

Condújeme á mi tocador, y esperé impaciente la explicación del enigma.

Arrojóse, al entrar, sobre un sofá; sacó del bolsillo un papel arrugado, y me lo entregó sin hablar palabra.

Era una carta anónima que le habian dirigido por el correo interior, cuyo objeto se reducía á llamarle la atención sobre lo que pasaba en nuestra casa.

«Tú, entregado á tus devaneos—decía el papel misterioso—y tu mujer á las diversiones, no veis lo que pasa en derredor vuestro; pero si no abris pronto los ojos, si no tratáis de impedir una catástrofa, ésta llegará irremisiblemente, y entonces no podréis sino sentirla y llorarla.»

Cuando hube terminado la lectura, el Duque me apostrofó con dureza.

—El primer deber de una dueña de casa—dijo—es estar al corriente de su situación interior. ¿Qué sucede aquí para que un extraño, un desconocido, se tome el trabajo de señalar los peligros que pueden turbar el reposo, la paz de una familia?

—¿Con qué derecho—respondí yo con no ménos acritud—quien no se cuida de su esposa ni de sus hijos, quien los tiene abandonados, se atreve á quejarse de imaginarios peligros, invención, sin duda, de un vil calumniador, ó fruto de torpe venganza?

En aquel punto reconlé á miss Smith, atribuyéndole á ella el funesto escrito.

—Ninguno pierde su tiempo y su dinero en escribir—añadió mi marido—si no le anima un interés cualquiera. Ignoro cuál ha movido al que trazó estas líneas, pero algo oculto debe haber en el fondo de su epístola. Ya que tú no cumples la primera de tus obligaciones, velaré yo para evi-

tar que el día ménos pensado seamos objeto de la burla y del ludibrio de las gentes.

Y poniéndose en pié, despues de esta terrible filipica, abandonó la estancia, dejándome llena de mortales alarmas.

La antigua máxima de Maquiavelo, «calumnia, que algo queda», es de eterna verdad; y, á pesar del poco aprecio que se hace de los anónimos, dejan siempre en el alma amargas dudas y sorda inquietud.

Experimento, pues, desde la conversacion con el Duque, un malestar continuo, una agitacion nerviosa, que me atormenta cruelmente.

¿Tendria razon la institutriz inglesa? ¿Será ella la autora de la carta que tanto nos hace padecer?

De cualquier modo que sea, es indispensable no despre- ciar un aviso que parece dictado por sana intencion.

7 de Junio.

He cambiado de hábitos y de costumbres: no salgo apé- nas de casa; no me separo de mis hijos; estudio las fisono- mias; espío los hechos más insignificantes, y creo haber encontrado la clave del enigma.

Álvarez hace la corte á Sofia; Mlle. Dubois es la protec- tora de sus amores....

Anoche he sorprendido un diálogo entre ellos dos, y, en

consecuencia, he manifestado al Duque la conveniencia, la necesidad mejor dicho, de arrojar de nuestro lado á esos dos miserables seres.

¿No será tarde ya para tomar estas medidas? ¿Podrán evitarse con ellas los males que temo?

9 de Junio.

El Duque ha tomado la resolucio que le aconsejé: ma- demoiselle Dubois y Álvarez han partido: nosotros vamos á marchar tambien de Madrid, para no volver en algunos meses, quizá en algunos años.

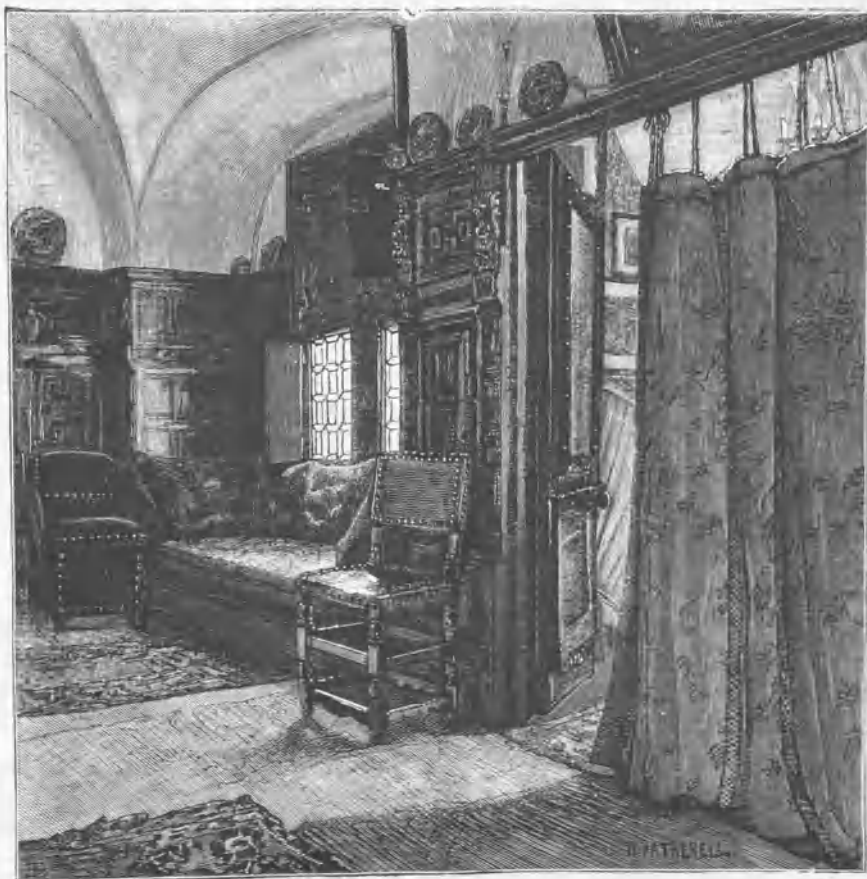
Mi marido piensa, por primera vez, como yo: no que- dándonos duda de las secretas relaciones de Sofia con Álva- rez, es menester poner mucha tierra y mucho tiempo por medio, y procurar arrancar del corazon de mi hija un amor indigno de ella.

12 de Junio.

Sofia ha huido la noche última con el miserable: hasta ahora han sido inútiles las diligencias practicadas para des- cubrirlos.

¡Madre descuidada, madre culpable, tu castigo es tan grande como tu culpa!

RAMON DE NAVARRETE.



GABINETE DE ESTILO ANTIGUO, EN CASA DEL PINTOR ALMA-TADEMA.

A!!!...

Si alguna vez tus celestiales ojos
Se fijan dulces en los versos míos,
Y si te causa mi afliccion enojos,
Y recuerdas mis locos desvarios,
Y sientes, como yo, sed infinita
De esta ansiedad sin nombre que me agita;

Sostenme sobre el mar de mi esperanza;
Porque á su inmensidad abandonado,
Con sus alas mi espíritu no alcanza
Término á su dolor desesperado;
Mientras más quiero consolar mi pena,
Más el alma de lágrimas se llena.

Y lloro y lloro más; y siempre lloro,
Invocando tu nombre en mi tormento;
Nombre que forma todo mi tesoro,
A quien alza un altar mi sentimiento:
Él defiende estas líneas angustiadas,
Con mis ardientes lágrimas borradas.

¡Oh pena cruel! ¡Oh pena la más dura
Que jamás abatió la humana vida;
Amargo cáliz que la boca apura,
De tanta hiel causada y aburrida!
El destino fatal ¿por qué no calma
La tempestad terrible de mi alma?

Tu imágen adorada no me deja
Tranquilo reposar ni un solo instante;
La dolorida lamentable queja
De aquel que fué tu venturoso amante,
Hoy tan triste, tan solo y alligido,
No turbará con su dolor tu oído.

Aun te miran mis ojos asombrados,
Y me anima el calor ¡ay! de tus besos,
Por mi anhelo febril tan codiciados....
Y aquellos celestiales embelesos,
De júbilos eternos y dichosos,
¡Aun los sienten mis labios temblorosos!

No se borran jamás del alma mía:
La mente sueña ver entusiasmada
Tu plácida sonrisa, tu alegría,
Tu fresca boea, dulce y delicada,
Y tu frente serena, esplendorosa,
Como el botón de la temprana rosa.

Está el alma cansada y confundida,
Loca con el rigor de tu abandono;
¿Con qué podrá la desgraciada vida

Mitigar el veneno del encono
Con que te apartas, de mi amor huyendo,
Y otra ilusion fantástica siguiendo?

¡Incansable dolor! Noche serena,
Oscuridad que nubla mi retiro,
Rincon por donde arrastro mi cadena,
Y donde solo en mi afliccion deliro
Con los fantasmas del amor pasado,
Como el humo en los aires disipado.

Era el mes de la dulce primavera;
En ese negro asiento se sentaba;
En él oyó mi inspiracion primera
Y la fe que mi labio la juraba;
Y en él besó su candorosa frente,
Y abrió del llanto á mi ansiedad la fuente.

Entonces sin celajes me queria;
Eran sus ojos todo mi consuelo,
Y llenaban de luz el alma mía
El sol de sus pupilas y el del cielo:
Y como el iris á las ondas calma,
Ella tambien la tempestad del alma.

Aquí escuché su voz; aquí su mano
Rompió las ilusiones de mi vida;
Aquí me dijo «Adios» su amor tirano,
En glacial insensible despedida;
Aquí lloré á sus piés, lleno de pena,
Y ella, impasible, me escuchó serena.

¡Ay! la recuerda el alma, como el hombre
Que ve en el monte la salvaje fiera
La oveja devorar, sin que le asombre
La angustia de su queja lastimera,
Ni el palpitar de la caliente entraña,
Que con la baba de su furia baña.

¿Íbate tanto en aumentar mis penas?
Yo esperé de tu aliento generoso
Tardes más puras, noches más serenas;
Soñaba ser en mi ilusion dichoso,
Y desperté sumido en el espanto
Y en un abismo de afliccion y llanto.

Por siempre se acabó.... Rotos los lazos
Del embeleso aquel que nos unia,
Cerrados ya para mi amor tus brazos
Cuando más en tus ojos me veía,
¿Qué me queda del mundo en el camino?
¡La eterna soledad del peregrino!



LUTERO, EN LA DIETA DE WORMS. — (CUADRO DE BELPÉRAE.)

EL HOMBRE DE LOS PATÍBULOS.

A LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION ARENAL.

HACE cosa de tres ó cuatro años tuve la infame curiosidad de ir al Campo de Guardias á presenciar la ejecución de dos reos. El afán de verlo todo y vivirlo todo, como dicen los krausistas, me arrastró hácia aquel sitio, venciendo una repugnancia que parecía invencible, y los serios escrúpulos de la conciencia. Por aquel tiempo pensaba dedicarme á la novela realista.

Eran las siete de la mañana. La Puerta del Sol y la calle de la Montera estaban enjadas de gente. Había llovido por la noche, y el cielo, plomizo, tocaba casi en la veleta del Principal. La atmósfera, impregnada de vapor acuoso, y el suelo, cubierto de lodo. La muchedumbre levantaba incesante y áspero rumor, sobre el cual se alzaban los gritos de los pregoneros anunciando «la salve que cantan los presos á los reos que están en capilla», y «el extraordinario de *La Correspondencia*». Una fila de carruajes marchaba lentamente hácia la Red de San Luis. Los cocheros, arrebuajados en sus capotes raídos, se balanceaban perezosamente sobre los pescantes. Otra fila de omnibus, con las portezuelas abiertas, convidaba á los curiosos á subir. Los cocheros nos animaban con voces descompasadas. Uno de ellos gritaba al pié de su carruaje:

—¡Eh, eh! ¡al patibulo! ¡dos reales al patibulo!

Me sentía aturdido, y empecé á subir por la calle de la Montera, empujado por la ola de la multitud. Los piés chapoteaban asquerosamente en el fango. ¡Cosa rara! en vez de pensar en el lúgubre suceso que me aguardaba, iba teazamente preocupado por el lodo. Había oído decir á un magistrado, no hacía mucho tiempo, que el barro de Madrid quemaba y destruía la ropa como un corrosivo, lo cual tenía su explicación en la piedra del pavimento, por regla general, caliza. «¡Buenos me voy á poner los pantalones!», iba diciendo para mis adentros, con acento doloroso.

La muchedumbre ascendía con lento paso. El que bajase á la Puerta del Sol en aquel instante y fuese examinando los rostros de los que subíamos, si no tuviera más datos, no sospecharía ciertamente á qué lugar siniestro nos dirigíamos. Las fisonomías no expresaban ni dolor, ni zozobra, ni preocupación siquiera. Marchábamos todos con la indiferencia estúpida de un pueblo trashumante que va á establecerse á otra comarca. Los que llevaban compañía, charlaban; los que iban solos, echaban pestes de vez en cuando, entre dientes, contra el barro. Sólo el cielo mostraba un rostro sombrío y melancólico, adecuado á las circunstancias.

Recorrimos la calle de Hortaleza, y al llegar cerca del Saladero, hallamos un gran monton de gente que invadía los alrededores y que nos detuvo. La muchedumbre hormigueaba delante del sucio y repugnante edificio en espera de al-

go; ¡un algo bien espantoso por cierto! Yo fui á engrosar aquel gran monton, como una gota de agua que cae en el mar. Allí los rostros ya expresaban algo: la impaciencia. Me parece excusado decir que era plebe la inmensa mayoría de los circustantes, porque la plebe es la que particularmente se siente atraída hácia los espectáculos cruentos. No obstante, hay también gente de levita y sombrero de copa que se deleita con las emociones terribles; pero en aquella ocasión era una minoría muy exígua. Un coche de plaza sin número esperaba á la puerta: el cochero tenía la cara cubierta con un pañuelo. Crecido número de guardias de orden público se hallaban distribuidos en el concurso, y un piquete de soldados, con los fusiles en «su lugar de descanso», ceñía la fachada del siniestro caseron, contemplando con ojos distraídos el hervor de aquel mar de cabezas humanas. Algunas aristócratas del comercio pregonaban á gañote tendido «cagua y azucarillos, bellotas como castañas, chufas, cacahuetes», y algunos otros artículos de entretenimiento, para los estómagos desocupados. Los balcones de las casas circunvecinas estaban poblados de gente, y no era raro ver en ellos el rostro fresco y sonriente de alguna linda muchacha que acababa de dejar el lecho, y que con sus menudos dedos blancos y rosados se restregaba los ojos.

Era tan horrible lo que iba á suceder, y tan lúgubres los preparativos del suceso, que, más por huir la tristeza que por amor al bello sexo, aunque no dejó de profesarlo, me coloqué debajo de uno de los balcones y me puse á mirar á cierta rubia, que no pagó verdaderamente mi atención—dicho sea en honor suyo. ¡Por qué había de mirarme, cuando ni siquiera me iban á dar garrote! Sus ojos estaban clavados con ansiosa curiosidad en la puerta del Saladero. Me acordé entonces de las damas del imperio romano, que daban la señal de muerte á los gladiadores, é hice una porción de reflexiones histórico-filosóficas, de las cuales hago gracia á los lectores.

Cuando más embebido me hallaba en ellas, escuché una voz cerca que preguntaba:

—Caballero. ¿sabe V. qué hora es?

Volvíme, sin saber á quién se dirigía la pregunta, y me hallé enfrente de un hombre no muy alto, de barba y pelo cenicientos, de facciones afiladas, que me miraba con unos ojos pequeños y hundidos, de color indefinible, esperando, á no dudarlo, mi respuesta. Como el reloj era de náquel, eché mano de él, sin temor de mostrarlo, y le dije:

—Las siete y veinte minutos.

—Todavía esperaremos más de un cuarto de hora—repuso el hombre reflejando leve disgusto en su fisonomía. Yo me encogí de hombros con indiferencia, y alcé los ojos al cielo, quiero decir, á la rubia.

—¡Oh, vanza bien á esos señores!—prosiguió.—¡No me

darán chasco, no!.... Dicen que á las siete y media saldrá el primero *pa el campo*.... Pues ya verá V. cómo han de ser las ocho ménos cuarto bien largas....

Me volví con alguna mayor curiosidad á mirar á aquel hombre, y confieso que me causó repugnancia. Sin ser un monstruo por lo feo, éralo bastante, y sobre todo, formaba contraste notable con la rubia que se cernía sobre mi cabeza. Estaba pobremente vestido, de capa y gorra, como los artesanos de Madrid, y podía ballarse entre los cincuenta ó sesenta años de edad. Pude observarle bien, porque no me miraba: sus ojos exploraban con avidez los contornos de la prisión.

— ¡Puercos, tunantes!—exclamó con irritación y sin mirarme, como si hablase consigo mismo.— ¡Mire V. que estar un hombre ayer toda la tarde, espera que te espera, para salir al fin con que no era posible verlos! Que el gobernador no quería que se les molestase.... ¿Y qué tiene ya que mandar el gobernador sobre ellos?.... Un hombre, cuando le van á dar *mulé*, hace lo que le da la gana, ménos escaparse.... Además, que no se les molesta.... al contrario.... lo que les hace falta es un poco de *distraición* y beber unas copas con tranquilidad.... ¿Han de estar todo el día *rodeaos* de paño negro?.... Con media hora *pa confesarse* y otra media *pa decir el ayo pecador*, y recibir, y arrepentirse, queda un hombre al sol.

Como, después de todo, hablaba conmigo, por más que no me mirase, quise demostrarle que le escuchaba, y le pregunté:

— ¿Cuál de los dos sale primero?

— El viejo, el viejo—repuso en tono firme.— Cuando el otro llegue allá, ya le habrán despachado á él. Hasta ahora es el que ha tenido más *pécho*. ... ¿*Parece* mentira, no es verdad? El chico ma han dicho que está medio *acabao*. ¡Vaya un papanatas! ¡Como si por cantar la gullina le dejasen de apretar el gañote! Lo que debe tener un hombre ante todo es *divinidad*, mucha *divinidad*, y morir como Dios manda, sin dar que decir á la gente.

— Pero ya ve V. que eso no se puede remediar; unos con valientes y otros cobardes, repliqué en tono de mal humor.

— Estamos en eso, caballero.... Pero un hombre siempre es un hombre....

— Verdad.

— Y los hombres se portan como hombres.

— Tambien verdad.

— Y cuando no hay más remedio, hay que aguantar la mecha, tener paciencia y barajar, y decir: «Pues, señor, otros han ido antes que yo, y otros vendrán tambien.» Mire usted, caballero; yo he visto á una mujer.... ya ve usted que una mujer no es lo mismo que un hombre....

— Cierto.

— La he visto morir mejor que si fuese un hombre.... Usted tambien la habrá visto.... hablo de la Vicenta....

— ¿Qué Vicenta?

— La Vicenta Sobrino.

— No, no la he visto.

— Es verdad que es V. jóven—repuso, mirándome de arriba abajo;—pero bien pudieron haberle traído aunque fuese chico.... Aquí se aprende mucho....

— No vivía en Madrid.

— ¡Ay, caballero! pues en los pueblos estas cosas se ven

pocas veces.... No es lo mismo que aquí, donde casi todos los años tenemos un *espetáculo*, cuando no son dos ó tres. Aquí se aprende á tener *comazon* y á ver lo que es el mundo.... Pues, como le decía, la Vicenta era mujer que valía lo que pesaba.... ¡tenía más agallas que un tiburón!.... La verdad es que daba gusto verla tan serena; porque, al fin, siempre es una fatiga ver á una persona humana dando diente con diente y poniendo los ojos de carnero *degallao*.... Yo he visto de todo... Mire V.; á la Bernaola la han tenido que subir casi sin sentido al *tablaó*.... y á muchos hombres tambien, no vaya V. á creerse. He visitado yo á algunas en la capilla, que *parece* que se tragaban á medio Madrid; mucha copa de vino, mucha cháclara y mucho jaleo, y cuando llegó la hora de ser hombres, hincharon el hocico haciendo pucheritos como los niños de escuela.

Mi interlocutor hablaba siempre con los ojos clavados en la puerta del Saladero. No muy lejos de ella se promovió una reyerta entre los curiosos y los agentes de orden público, que hizo retroceder y ondular á la muchedumbre. Nosotros sentimos, aunque no muy fuerte, el efecto de esta agitación. El hombre de la capa exclamó:

— ¡No puedo resistir á estos del orden!.... ¡Mire V. qué modo de tratar al pueblo! No *parece* más que ellos son los que nos dan permiso *pa ver el espetáculo*!

— Se me figura, dije yo, que va á salir el reo.

— ¡Ca! No, señor, no tenga V. cuidado; hasta las ocho ménos cuarto en punto no hay quien los menee. Echan un cuarto de hora *pa llegar al campo*; pero ¡buen cuarto de hora te dé Dios! El campo no está aquí á la vuelta; y como van á paso de carreta.... ¿Qué hora es, caballero? Hágame el favor de mirar el *reló*.

— Las ocho ménos veinticinco.

Una mujer dijo á nuestra espalda en voz alta:

— Manuela, ¿no sabes que los indultan? Acaba de llegar un soldado con el perdón del Rey.

Mi interlocutor se volvió instantáneamente, como si le hubiesen pinchado.

— ¡Qué perdón ni qué ocho cuartos! ¡Qué sabe V. lo que se dice!

— *Pas* lo mismito que V. ¡El diablo del hambre!

El hombre de la capa dejó escapar una exclamación de desprecio mirando á la mujerzuela de arriba abajo, y dirigiéndose después á mí, me dijo en tono confidencial:

— Estas balísticas, en cuanto que ven á un soldado con un pliego en la bayoneta, ya se sueltan á decir que es el indulto. El indulto no se da casi nunca á última hora, porque tiene que llevar mucha requisitoria.... Usted bien lo sabrá.... Ayer ha estado el padre del chico á echarse á los piés del Rey, pero no ha conseguido nada. ¡Qué había de conseguir! De perdonarle á él, tenían que perdonar al otro tambien.... y eso no podía ser.... Así que ya deben contarse entre los difuntos.... El Rey no lo hace casi nunca de por sí y sin consultar á los *meistros*.... Eso lo sé yo bien, caballero, lo sé yo bien.

— Pues yo me alegraría mucho de que los perdonasen—dije con cierto tonillo irritado para protestar del afán de cada uno que adivinaba en aquel hombre.

— *Eso es otra cosa*—repuso un poco cortado.— Usted puede alegrarse lo que le dé la gana; pero lo que le digo es que no vendrá el indulto.... Ellos siempre tienen esperanza,

ya lo sé; están con el corbatín entorseado al cuello y todavía esperan los pobrecitos que vengan á sacarlos del barranco. Alguno he visto que se tragó la pillera enterita desde muchos días ántes; pero es una *escecion*.... Aquél era un hombre con un corazón más grande que el palacio de Buenavista. Como aquél no ha habido otro ni lo habrá: se fué al palo con la misma cachaza que se iba ántes á la taberna. ¡Qué camelo dió al señor Gobernador y á los marranillos que andaban cerca de él! Todos se pirraban por meterle miedo y verle compungido. El Gobernador estuvo más de media hora hablándole del infierno y de las penas de los condenados; tizonazos por aquí, requemones por allá.... ¡Como si hablase á la pared! Él se reía, y de vez en cuando pedía una copa de aguardiente. A todos los de la cárcel los traía azorados poniéndoles notes; á uno le llamaba *mamoncillo*; á otro, que tenía un ojo torcido, *virelento*; al capellan de la cárcel, *hopalandus*.... ¡Ni por un Cristo se quedaba nadie solo con él, y eso que le tenían con grillos!.... A mí me quería mucho, como amigo verdadero. Yo era entonces un muchacho. Había ido acompañando á su mujer al Palacio, y la vi echarse á los piés de la Reina. ¡Si viera usted qué modo de florar, caballero! La Reina estuvo muy llana y muy buena; la levantó del suelo y la dijo que haría lo que pudiera, que se enteraría bien y hablaría con sus *mentistros*; la dijo también que se fuera tranquila á su casa, que la pasaría un aviso. Todo el día estuvimos esperándolo y no pareció.... La Reina no tenía la culpa, bien lo hemos sabido; era un *ministro* tuante el que estaba empeñado en apretar el cuello á aquel valiente.... Por la mañanita temprano me mandó á llamar desde la capilla *pa* despedirse de mí.... Pero... ¡calla, calla! Ahora salen.... Sí, sí, ahora salen.... Mire V. cómo el coche se *aprosima*.... Vamos á acercarnos un poco *pa* ver salir el reo. ¡Ya empezamos esos malditos á echar á *compufones* la gente! Mire V., mire V., ya asoma la comitiva.

En efecto, los guardias de orden público hacían esfuerzos para despejar las avenidas de la cárcel. En la muchedumbre se engendró un movimiento tumultuoso de vaiven. Rumor áspero y confuso salió de su seno, esparciéndose por el aire. El piquete de soldados, que descansaba al pié del muro, obedeciendo á la voz de su jefe, fué á colocarse junto á la puerta, y por ella comenzó á salir alguna gente con semblante triste y asustado: eran dependientes de la prisión, hermanos de la Paz y Caridad y los pocos curiosos que habían tenido influencia para entrar. Por último, apareció el reo. Venía acompañado de un sacerdote y rodeado de guardias. Seguía á la comitiva bastante gente. Gastaba el reo barba cerrada, negra y espesa; la hoga que le cubría y el birrete que llevaba en la cabeza, el cual le venía un poco holgado, prestábanle un aspecto lúgubre, espantoso. Esforzándose, sin duda, en aparecer sereno, pero en su rostro demudado reflejábanse tal expresion de dolor y angustia, que conmovía hasta lo más hondo del corazón. El hombre de la capa, que no se había separado de mí, dijo en tono satisfecho:

—Vamos.... está pálido, pero bastante sereno.... No se puede pedir más á un hombre.... porque, ya ve V., caballero, ¿á quién le gusta que le aprieten el gañote?....

El reo y el cura entraron en el carruaje. En la muchedumbre reinó por breves instantes silencio sepulcral; mas así que se cerró la portezuela, levantóse nuevamente un in-

sofrible clamoreo. El coche arrancó y emprendió la marcha lentamente; el piquete formó la escolta; los guardias procuraban hacer calle, dejando acercarse al carruaje solamente á los cofrades de la Paz y Caridad. El hombre de la capa me obligó á colocarme, como él, en las primeras filas de curiosos y caminar no muy lejos del reo.

El cielo seguía envuelto en un sudario ceniciento, y el piso no mejoraba en aquellos sitios. A la verdad, no comprendo por qué razón me dejaba arrastrar por aquel hombre. Ma sentía cada vez más aturldido, como si estuviese soñando. Iba sufriendo cruelmente, y no me pasaba siquiera por la imaginacion la idea de que podía evitar aquel sufrimiento con sólo volverme atras.

—Pues ya verá V., caballero, lo que sucedió—dijo el hombre, siguiendo su historia mientras caminábamos hácia el cadalso.—Me mandó á llamar muy temprano, y yo me planté en la cárcel por el aire. Antes de entrar á verle, me obligaron á quitarme la ropa. Los grandísimos puercos tenían miedo que le trajese algun veneno. Querian á toda costa verle en el palo. Para registrarme, me pusieron en cueros vivos y me trataron como á un perro.... ¡Mala centella los mate á todos!.... Pero, despues de muchos *arradeos*, no tuvieron más remedio que dejarme entrar.... «¡Hola! ¿Estás ahí, Miguelillo?—me dijo en cuanto me vió.—Acércate y agarra una silla. Tenía ganas de verte ántes de tomar el *tole pa* el otro barrio.» Estaba fumando un cigarro de los de la Habana y tenía algunas copas delauto. Había tres ó cuatro personas con él, entre ellas el cura. «Acércate, hombre, y bebe una copa á tu salud, porque á la mía es como si no la bebieses. Aquí todos han *trincado* esta mañana, ménos el *pater*, que se empeña en no probar la gracia de Dios.» Bebí la copa que me echó, y hablamos un ratito de nuestras cosas. Yo no me cansaba de mirarle. Estaba tan sereno como V. y yo, caballero. *Paecía* que era á otro á quien iban á dar *mulé*. «¿Verdad que no estoy *apurado*, Miguelillo?.... Eso hubieran querido los *mamonos* de la cárcel, pero no les he *dao* por el gusto.... ¡Anda, que se lo dé la perra de su madre!.... Aquí el *pater* también me predica, pero es muy hombre de bien, y por ser muy hombre de bien le he servido en todo lo que hasta ahora ha *mandao*.» Y era verdad, porque había *confeso* y *comulgao* sólo por el aprecio que le tenía. Cuando estábamos hablando, entró un hombre pequeño, *trabajo* y con las patas torcidas, y acercándose á la mesa, le preguntó: «Oye, Francisco, ¿me conoces?» Él entonces levantó la vista, y contestó, bajándola otra vez: «Sí, eres el *buchi*.» Es verdad, has *acetao*. ¿Tienes ánimo?—¿No lo estás viendo?—Ya veo, ya, que no se te encoge el ombligo.... Vengo á pedirte, perdon.—Auda con Dios, que tú no tienes la culpa de nada. Tú eres un pobre, que ganas el pan con tu trabajo.—Hasta luego.—Hasta luego.» Despues que salió el verdugo, me vinieron á avisar *pa* que me fuese. Entonces él se levantó y me abrazó como pudo (porque llevaba esposas) diciéndome: «Vamos, muchacho, no te fatigues tanto.... Este es un mal trago.... Vaya por los muchos buenos que tengo entre pecho y espalda.» Despues me echaron de la capilla y hasta de la cárcel.... ¡Pero, caballero, apriete V. un poco más el paso, que nos quedamos atras!....

Obedecí á mi compañero, como si lo tuviese por obligacion, y nos colocamos otra vez en las primeras filas. El carruaje de la Justicia caminaba á unos veinte pasos de nos-



UN HÉROE.

(ESCUELA ALEMANA CONTEMPORÁNEA.)

otros. La muchedumbre hornigueaba en torno del piquete y de los guardias, esforzándose para ver al reo. Algunos civiles de caballería, con el sable desenvainado, cacaroleaban para dejar libre el tránsito, atropellando á veces á la gente, que dejaba escapar sordas imprecaciones contra la fuerza pública. Los habitantes de las pobres viviendas que guardan por aquellos sitios la carretera se asomaban á las puertas y ventanas, reflejando en sus rostros más curiosidad que tristeza, y las camaradas del barrio se decían de ventana á ventana algunas frases de compasión para el reo, y no pocos insultos para los que íbamos á verle morir. De vez en cuando, el rostro lívido de aquél aparecía en la ventanilla, y sus ojos negros y hundidos paseaban una mirada angustiosa y feroz por la multitud; pero inmediatamente se dejaba caer hácia atrás, escuchando el incesante discurso del sacerdote. El cochero, enmascarado como un lúgubre fantasma, animaba al caballo con su látigo, conduciéndolo hácia el suplicio.

La relación de aquel hombre había excitado mi curiosidad. Así que, después de caminar un rato en silencio, le pregunté:

—¿Y V., cuando le echaron de la cárcel, se habrá ido á su casa?

—No, señor; me quedé cerca de la puerta para verle salir. Al cabo de media hora de espera, *apareció* entre un montón de gente, lo mismo que este que va en el coche.... ¡Ay, caballero, si viese V. qué otro hombre era! Ese maldito sayo negro que les ponen, y el gorro de la cabeza, le habían *muñado* enteramente. *Parecía* un alma del otro mundo. Montó, sin ayuda de nadie, en el burro que estaba á la puerta.... Entonces no iban en coche, como ahora, sino *montados* en un burro.... Estaba mejor así, ¿no le *paace* á V.?... De este modo todo el mundo se enteraba y lo veía bien.... Cuando rompieron á andar, me puse lo más cerca que pude, y él, que iba moviendo la cabeza á un lado y á otro, me *guió* en seguida y me llamó con la mano. Me dejaron acercar, y me dijo: «Adios, Miguelillo; estos cochinos me llevan á degollar como un carnero; véte *pa casa*, querido, que estás muy *fatigao*.» Me dió un apretón de manos y se puso á hablar con el cura, que le *refía* por lo que había dicho. Yo me separé, pero no quise marcharme. Seguí la comitiva hasta el mismo campo.... hasta aquí, porque ya estamos en él. Le vi subir al *tablao*, le vi sentarse en el banco, le vi besar el Cristo que le ponían delante, y cuando le echaron el pañuelo sobre la cara, entonces me puse á correr y no paré hasta *casa*....

Habíamos llegado, en efecto, al Campo de Guardias y veíamos á lo lejos alzarse el lúgubre armatoste sobre el mar de cabezas humanas que lo circundaba. El clamor era cada

vez más alto; la agitación se convertía en tumulto. Los gritos penetrantes de los pregoneros apenas se oían entre aquel rumor tempestuoso.

Mi compañero había guardado silencio. Yo, absorto completamente por la escena terrible que se preparaba, tampoco despegué los labios. Me había impresionado, no obstante, su cuento, y al fin, por hablar algo, y en tono distraído, le pregunté:

—Mucho lo habrá V. sentido, ¿no es verdad?

—¿Pues no lo había de sentir!.... ¿Para qué he de engañarle á V., caballero?— me contestó mirándome fijamente. —¿No lo había de sentir, si era mi padre!...

Quedé estupefacto. Sentí algo semejante al miedo y al asco, y no supe más que murmurar:

—¿Qué horror!

El hombre de la capa, al ver mi sorpresa, sonrió con humildad, como si me pidiese perdón, y continuó:

—Me acuerdo que, cuando llegué á casa, mi madre me dió una paliza que me hubo de matar.... no sé por qué.... Decía que para que me acordase bien de aquel día.... ¿Cómo si no me acordase bien sin necesidad de los palos!.... Yo creo que estaba un poco *guillá*.... La pobrecita no tardó dos meses tan siquiera en *espichar*.... Desde entonces no he *faltao* nunca á estos *espeláculos*. Todos los que han ajusticiado en Madrid de cuarenta años *pa acá* los he visto yo.... ménos tres ó cuatro, que no pude ver porque estaba enfermo.... Pero lo que le digo á V., caballero, es que ninguno...., y no es porque fuese mi padre...., ninguno ha tenido tantos *higados* *pa morir* como él....

La agitación de la muchedumbre continuaba en aumento. El cacaroleo de los civiles y los esfuerzos de los agentes apenas bastaban á contenerla y á impedir, sobre todo, que turbase la marcha del carruaje.

El piquete de soldados que lo escoltaba tenía que estrecharse más de lo que exige la táctica, para poder caminar. Mi compañero me dijo con tono triunfal:

—Oiga V., caballero; estos hombres se están matando para verlo y no conseguirán nada; pero nosotros lo hemos de *guiar* todito y con mucha comodidad.... No se separe V. de mí.... Irémos pegados á los faldones de los soldados, y llegaremos á *debajo* del mismo *tablao*, sin mayor inconveniente.... Hay que saber arreglárselas.... De algo le han de servir á uno los años que tiene sobre el cogote.... Vamos, no afloje V. el paso.... Apriétese V. contra mí y déjese llevar.... ¡Que se está V. separando, caballero!.... Agárrese V. á mi capa.... ¿Qué es eso? ¿Se queda V.?.... Hombre, lo siento, porque no va V. á ver nada.... Vaya, adios, caballero.... adios....

ARMANDO PALACIO VALDÉS.



LA MUERTE DE SANTA CECILIA. — (CUADRO DE VRIENDT.)

AMOR IDEALISTA. — AMOR NATURALISTA⁽¹⁾.

Romualdo y Federico, que eran gloria de la sábia Academia salmantina, cantar intentan su amorosa historia, pulsando el arpa de Helicon divina.

En peregrinas prendas noble y rico, era *Romualdo* soñador poeta : también era gallardo *Federico*, mas sus cascos no poco á la jineta.

Con burla de los clásicos preceptos, siguiendo cada cual su instinto propio, sin disfraz en los líricos conceptos, así comienzan su gentil coloquio :

FEDERICO.

Los héroes del amor eran pastores en romana y helénica poesía : contábanse, inocentes, sus amores, tristes ó alegres, como Dios quería.

Vibra la lira ya con són distinto ; la inspiracion del hombre no se estanca : los zagales de Delfos ó Corinto estudiantes serán en Salamanca.

Hoy nosotros no amamos en las cumbres, ni hay ninfas entre juncos y espadañas,

ni cuadra á nuestras cívicas costumbres aquel amor de bosques y montañas.

Dejemos, pues, el pastoril idilio ; dejemos la zampoña sempiterna, y, con perdon de Mosco y de Virgilio, hagamos un idilio á la moderna.

IDILIO.

ROMUALDO.

A Elisa hallé en la selva : dulce y grave, su vista al firmamento dirigia : en torno suyo el céfiro suave las flores y los árboles mecia.

Desde entónces su rostro peregrino es de mi vida el celestial lucero ; si ella no alumbra mi mortal camino, ni á gloria aspiro, ni aun la vida quiero.

Madonna de Fra-Angélico parece con la expresion de un alma sin manilla, y entre doradas trenzas resplandece la ebúrnea palidez de sus mejillas.

FEDERICO.

Era una tarde : en el *Jardín de Apolo* dar con una modista fué mi estrella :

(1) El pensamiento está tomado de una poesía joco-seria de Alfred de Musset; pero la presente composicion es completamente distinta de la del ilustre poeta frances.

verse y jurarse amor fué un punto solo,
yo con pasión y sin remilgos ella.

De juventud y amor haciendo alarde,
nos contamos alegres desvarios,
y ¡oh impaciencia de amor! aquella tarde
se juntaron sus labios con los míos.

ROMUALDO.

¡Cuán diferente mi adorada Elisa!
Nobleza, honor infunde su mirada,
y vale más su angélica sonrisa
que los vulgares mimos de tu amada.

Jamás de amor le hablé; pero mi acento,
mi anheloso mirar, mi paz perdida,
le dicen que es mi solo pensamiento,
que en ella está la fuente de mi vida.

Siempre es mi Elisa de virtud ejemplo,
siempre divina luz brilla en su frente,
ya orando de rodillas en el templo,
ya socorriendo al mísero indigente.

Si es ángel ó mujer, parece arcano:
nada hay en ella de terrestre estigma:
semeja un sér etéreo y sobrehumano
que aquí del cielo descender se digna.

FEDERICO.

Tu ninfa admiro pudorosa y casta,
pero no envidio tu celeste ensueño:
á mi tanto idealismo no me basta;
yo quiero ser de mi adorada el dueño.

Mi amor es luz, deleite y alegría;
tu amor es sombra vagarosa y triste:
yo palpo y gozo la ventura mía;
tú forjas un amor que aquí no existe.

En esa palidez no hallo embeleso;
la tez prefiero espléndida y lozana:
las mejillas de Ines, te lo confieso,
más que el marfil recuerdan la manzana.

Pero me gusta así; no soy poeta:
yo quiero la mujer viva y ardiente,
y mal comprendo la emoción secreta
de una mirada lánguida y doliente.

Es modista mi Ines, de humilde laya:
sólo hermosura á las mujeres pido,
y, en achaque de amor, duquesa ó paya,
todas por un rasero yo las mido.

Ines logra de hermosa los laureles;
sangre meridional corre en sus venas:
la Vénus inmortal de Praxitéles
no la eclipsará en la ostentosa Aténas.

ROMUALDO.

Jamás sintió tu pecho los latidos
del inefable amor que al cielo inclina:
la triste realidad de los sentidos
no es de ilusión la realidad divina.

¿Qué dicha te ha de dar esa bacante
que ignora la virtud? ¿quién te asegura

que ella podrá en su afecto ser constante
y convertir en culto su ternura?

FEDERICO.

Ahora estoy de mi Ines enamorado;
mas el vaiven de amor no me contrista:
¿piensas que haya de ser tan desdichado,
que no halle en su lugar otra modista?

ROMUALDO.

¿Y á eso amor llamas? ... El sentir profundo,
el bien que al alma ensalza y extasia,
no calumnies así: nadie en el mundo
amó sin corazón ni fantasía.

Amor no es sensación: es sentimiento,
y el vértigo que pintas no me halaga:
ese delirio insano y turbulento
la mente ofusca, el corazón estraga.

FEDERICO.

Mucho, amigo, de tí me diferencio.
Soñar y no vivir no me contenta:
á tí te cuadran soledad, silencio;
á mí, sólo la vida y la tormenta.

Tu mística quimera es amor vano;
sueños no son amor, són sus reflejos;
¿puede ser, en verdad, amor humano
amar como las plantas.... desde lejos? ...

Si de la bella Ines, Romualdo, vieras
cerca de tí la provocante boca,
dudo que, inerte marino!, tú pudieras
rehusar austero del placer la copa.

ROMUALDO.

Si una mirada Elisa te lanzára,
donde refleja el celestial reposo,
en tu epicúreo corazón brotára
luz de otro amor más grande y más hermoso....

Profanando de amor el dulce nombre,
buscar de torpe afecto odiosos frutos
no es, Federico, amar como ama el hombre;
es amar (no te ofendas) cual los brutos.

Con fe en el corazón, y el pensamiento
fijo en el sér que para siempre adoras,
son más dulces las horas del contento,
ménos amargas del pesar las horas.

Dar no puede ventura, honor ni calma
el falso amor de la materia impura;
la dicha es triunfo del amor del alma,
amor que Dios bendice, amor que dura....

.....
Cada cual á sus ídolos se aferra;
cada cual siga su ferviente anhelo:
vive tú con los goces de la tierra;
déjame á mí los éxtasis del cielo.

EL MARQUÉS DE VALMAR.



EXCMO. É ILMO. SR. D. JOSÉ MORENO NIETO,
eminente orador y filósofo.

Nació en Siruela (Badajoz), en 1813; † en Madrid, el 24 de Febrero de 1887.

LOS MUNDOS HABITABLES.



¿**H**abrán habitados los mundos del cielo?

Cuando, en el silencio de una noche tranquila del estío, se ofrecen á la contemplacion las innumerables esferas que flotan en el piélago insondable del éter, y el telescopio descubre millares de puntos luminosos, que la simple vista jamás vió, ni la mente soñó su existencia; cuando en plena soledad de las montañas se observa el ocaso de los grandes luminares, quedando como en suspenso la admiracion, y convidando á meditar sobre el pasado del Universo y sobre el arcano inescrutable de sus destinos, ¡cuántas veces, lector, me he hecho la misma pregunta!

Porque, si unidad de efectos acusa forzosamente unidad de causas, y unidad de constitucion en los globos celestes aboga en favor de unidad de fines para que fueron creados, ¿qué cosa más natural, para nuestra limitada inteligencia, que sentirnos inclinados á vislumbrar la existencia de criaturas animadas, racionales quizá, en los verjeles de la Creacion? ¿Qué analogía tan seductora no se impone al razonamiento, para sospechar la existencia de seres que viven, piensan y tal vez abstraen, allí donde un eden parece reclamar el desarrollo de la vida y el imperio del espíritu libre, capaz de comprenderla y de elevarse al conocimiento de la Causa de las causas?

Más de dos mil años há que el problema de la pluralidad de mundos habitados fué planteado por los antiguos filósofos y por los escrutadores del cielo, pues ya en tiempo de Pitágoras se enseñaba, entre varias verdades astronómicas de primer orden, que la Luna era tierra habitada, llegándose á conjeturar que los animales de aquel mundo eran quince veces mayores y más bellos que los del nuestro. Plutarco, en el libro II de su obra sobre las opiniones filosóficas de su época, trata de la Luna, y de lo expuesto en el capítulo XXV se desprende que Demócrito, Anaxágoras y Heráclito suponían habitable el astro de la noche, mezclándose con estas ideas las que dominaban á la sazón en el paganismo, como la de que la Luna era el país de las almas, desde donde bajaban para animar los cuerpos humanos.

Estas primeras semillas de la doctrina que suponía habitados los astros florecieron de nuevo en el siglo XV, en que el cardenal Nicolas de Cusa publicó, en Basilea, en 1565, una obra sobre el asunto, exponiendo sus conjeturas acerca de la poblacion de todos los astros, incluso el Sol, en donde se figuró podían habitar criaturas intelectuales, más espirituales que los selenitas, que son, á su vez, ménos materiales que los terrícolas. Cerca de dos siglos más tarde, Fontenelle y otros que siguieron sus pasos han escrito largas disertaciones sobre los planetícolas, no tanto para instruir

útilmente á sus lectores, como para divertirlos y entretener la ignorancia de la época con ingenioso artificio. Aquella semilla ha producido, áun en nuestros días, frutos abundantes, aunque no óptimos, ni mucho ménos, sobresaliendo entre sus más decididos defensores Camilo Flammarion, el astrónomo soñador por excelencia, tan digno del primer título por su gran saber, como del segundo por lo inverosímil y absurdo de sus concepciones, siempre que da libre vuelo á una imaginacion visionaria.

La cuestion reviste verdadero interés, y merece, por lo tanto, ser estudiada con alguna detencion. Para todo espíritu reflexivo, que rinda culto á la verdad en su doble manifestacion, revelada y natural, resulta evidente la necesidad de hacer intervenir en la investigacion estos dos elementos del razonamiento: por una parte, la palabra inspirada, cuyo fin es el destino perdurable del hombre, deja descubrir puntos de contacto análogo á lo largo de la induccion; por otra, la aureola de Minerva y de Urania, derramando raudales de luz en el templo de la ciencia contemporánea.

Gracias á estas luces, es dado conocer lo que pudiera llamarse grado de habitabilidad de cada globo celeste, en lo que hace relacion á las condiciones físicas, climatológicas y atmosféricas, allí donde la potencia de los instrumentos ópticos y el analisis espectral han permitido dar el primer paso para descifrar el enigma. Astros hay, como las estrellas, que nos muestran ahora las fases de incandescencia por que pasaron há tiempo, tanto tarda su luz en llegar hasta nosotros; fases que establecen condiciones incompatibles entónces con la existencia de organismos. En cambio, entre los globos de la provincia solar de que formamos parte, opacos ya y enfriados en diverso grado, hay algunos que reúnen condiciones análogas ó casi idénticas á las que ofrece la Tierra; y si no consiguiente, es, al ménos, físicamente posible que, áun bajo el punto de vista biológico, exista verdadera similitud entre ellos y este mundo sub-lunar. No será, pues, fuera de propósito reseñar á grandes pinceladas la fisonomía propia de cada uno de los planetas que componen la expresada provincia, empezando por el más vecino del Sol.

Mercurio. Es un globo cuya revolucion se efectúa en 83 días próximamente, y su rotacion en 24^h 5^m, ó sea casi en el mismo tiempo que la Tierra. Tomando por unidad la distancia media del Sol á la Tierra, la de Mercurio al Sol está representada por 0,39. El diámetro es de 4.820 kilómetros, y su volumen, 18 veces menor que el de nuestro globo. Un pedazo de planeta, suponiendo su composicion homogénea desde la superficie al centro, pesaría 7,48 veces más que un volumen igual de agua. El peso de los cuerpos en la superficie de Mercurio es casi la mitad que el que tienen sobre la Tierra. De las condiciones astronómicas se desprende que

los días y las noches, las estaciones y los climas, se suceden en un orden algo distinto del de la Tierra. Al hallarse en el *perihelio*, ó sea en el punto de su órbita más próximo al Sol, las radiaciones luminosas y caloríficas que de este astro recibe un punto dado de su globo son diez veces mayores que las que recibe un punto análogo de la Tierra; de suerte que el calor ha de llegar á ser, en tales circunstancias, intolerable, á menos de no hallarse atenuado por la absorción en una atmósfera envolvente. Todo parece indicar que esta atmósfera existe, por más que nada se sepa todavía acerca de su constitución química.

Venus. Es un globo ligeramente aplanado en los polos, cuyo año ó tiempo de revolución consta de 225 días, y el día ó trascurso de rotación, de $23^{\text{h}} 21^{\text{m}} 22^{\text{s}}$. La distancia media al Sol es 0,72. El diámetro mide 12.000 kilómetros, y el peso de los cuerpos en su superficie es casi igual al que tienen sobre la Tierra, pues tan sólo es una séptima parte menor. El calor que recibe del Sol conserva durante todo el año del planeta una gran uniformidad, y es sensiblemente doble del que la Tierra recibe. Esta circunstancia se halla desfavorablemente contrarrestada por la gran inclinación del eje de rotación sobre el plano de la órbita, que hace que las estaciones opuestas, invierno y verano, sean muy rigurosas. Venus posee una atmósfera densa, en la cual se ha descubierto la presencia del vapor de agua.

Marte. Es el primero de los planetas exteriores, ó el que se encuentra después de la Tierra. Su forma es casi la de una esfera un poco aplanada en los polos, cuyo diámetro vale 6.890 kilómetros. La distancia media al Sol es de 1,52; su revolución, de 687 días, y su rotación, de $24^{\text{h}} 37^{\text{m}}$. El día marcial es, pues, un poco más de media hora más largo que el nuestro.

Examinado con el telescopio, presenta un tinte rojizo muy acusado, interrumpido por grandes espacios de color ceniciento verdoso, y dos grandes manchas blancas hacia los polos, muy visibles, aun con anteojos de mediano alcance, en las épocas de la oposición del planeta, ó sea cuando se halla en el punto de su órbita opuesto al Sol con respecto á la Tierra. Estas dos manchas ofrecen la singular circunstancia de que varían de tamaño, observándose que, durante el verano de un hemisferio, disminuye la mancha polar del mismo, y aumenta la del opuesto, y vice-versa, lo cual revela que están realmente constituidas por hielos que se derriten al calor del estío, como sucede en las regiones polares de nuestro globo. La inclinación del eje de rotación sobre el plano de la órbita difiere poco de la que tiene la Tierra, y establece, como en ésta, zonas tórridas, templadas y glaciales. La intensidad de la luz y del calor solar varía entre 0,36 y 0,52, tomando por unidad la que llega á la Tierra. Un cuerpo que sobre nuestro globo pesara 10 kilogramos, pesaría allí tan sólo cuatro próximamente. Marte se halla rodeado de una atmósfera en cuya constitución interviene el vapor de agua, hecho que da mayor fundamento á la hipótesis según la cual las manchas blancas son verdaderos hielos. Si á esto se añade que el cambio de humedad que debe originarse periódicamente entre ambos hemisferios ha de causar variaciones meteorológicas profundas, de una violencia superior á los ciclones de nuestra atmósfera, se verá hasta qué punto existe similitud de condiciones vitales entre aquel mundo y el nuestro.

En los grabados adjuntos he representado los aspectos real de Marte ó ideal de la Tierra, como si ésta fuese vista desde el espacio. Las dos figuras están hechas de modo que den idea de las dimensiones comparadas de ambos astros. El globo mayor representa la Tierra, dejando ver una parte del África y de la América septentrional, toda la América del Sur, y el casquete de hielos que cubre el polo de este nombre, con una faja de nubes que se extiende al rededor de la zona ecuatorial, é invade una parte de los Andes, regiones estas últimas en donde, á causa de una evaporación abundante de los mares, y de la extensa cordillera continental, se acumulan las nubes en gran cantidad. El globo menor representa Marte, con su polo nevado, tal como aparecía en la oposición que tuvo lugar en Setiembre de 1877, una de las más favorables de nuestra época.

Júpiter. Es el mayor de todos los planetas conocidos. Efectúa su revolución en doce años próximamente, y su rotación en $9^{\text{h}} 56^{\text{m}}$. Su distancia media al Sol es 5,10, y su forma, la de un esferoide muy aplanado en los polos, cuyo diámetro ecuatorial ó mayor mide 142.000 kilómetros, ó sea 11 veces el de la Tierra. La densidad media es 1,37, ó un poco mayor que la del agua; de suerte que la del suelo ha de ser, necesariamente, menor que esta cifra, lo cual da idea de la escasa consistencia del mismo. Las estaciones son muy uniformes, por la pequeña inclinación del eje sobre el plano de la órbita. Júpiter se halla rodeado de una atmósfera muy densa, formada de vapores parecidos á los que abundan en la nuestra, si bien el análisis espectral acusa, además, la presencia de algún gas ó vapor, del que no hay ejemplo en la naturaleza en que vivimos. La presencia del vapor acuoso, y los cambios rápidos de aspecto, como consecuencia de los grandes movimientos que allí se efectúan, denotan, en concepto de algunos astrónomos, que el mundo jovial no ha llegado aún á enfriarse tanto como el nuestro; pero esta opinión no pasa de ser una simple hipótesis más ó menos aceptable, como la de que la Tierra debe ofrecer, vista desde el espacio, un aspecto parecido al de Júpiter; opinión que también se ha aventurado en estos últimos tiempos.

Saturno. Sigue inmediatamente después de Júpiter, en situación y en magnitud. Dista del Sol 9,54. Efectúa su revolución en 29 años 167 días, y su rotación, en $10^{\text{h}} \frac{1}{2}$ próximamente. El esferoide de Saturno es el más aplanado de todos; su diámetro ecuatorial vale cerca de 10 diámetros ecuatoriales de la Tierra, y el polar, 9. La densidad media se halla representada por el número 0,66, y es, por consiguiente, menor que la del agua. Saturno se halla rodeado, á cierta distancia, por un anillo casi plano y muy delgado, el cual posee un movimiento de rotación sensiblemente igual al del planeta. La atmósfera contiene también entre sus elementos el vapor de agua, y otros gases que no existen en la nuestra.

Urano. Es un globo de un diámetro algo más de cuatro veces mayor que el de la Tierra. Su revolución es de 84 años, y su distancia al Sol, 19,18. Por efecto de la grande inclinación del eje sobre el plano de la órbita, las estaciones entrañan cambios extremos de temperatura. La luz y el calor solar llegan allí con una intensidad 370 veces menor que á la Tierra. Se desconoce la constitución de su atmósfera.

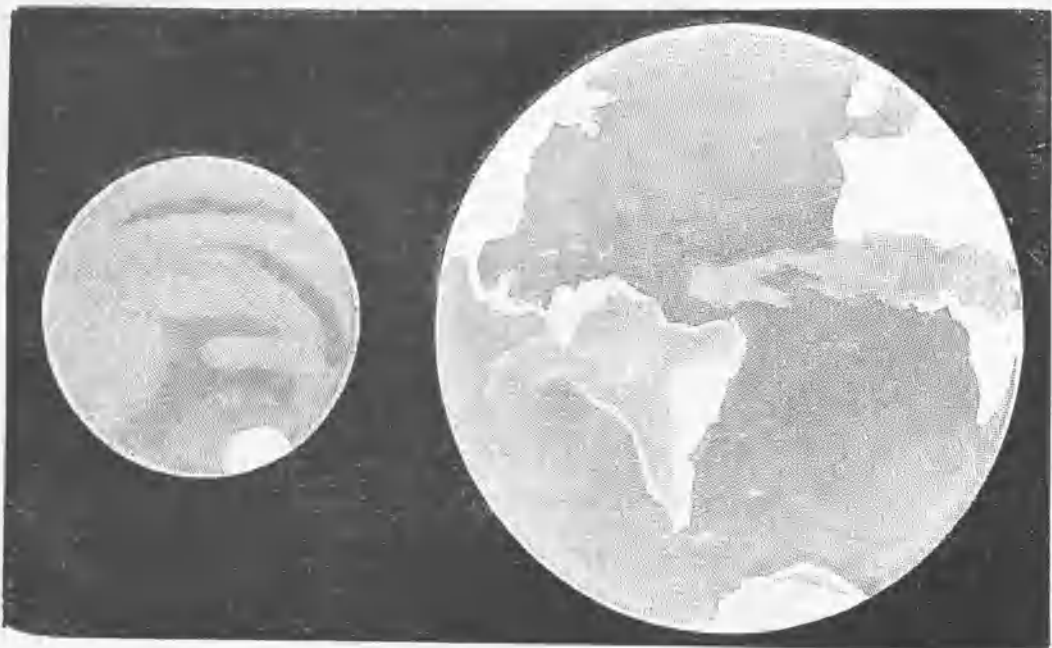
Neptuno. Este planeta emplea cerca de 165 años en su

revolucion, y se halla situado en los confines del sistema planetario, á una distancia media del Sol de 1.100 millones de leguas kilométricas. Nada se sabe todavía sobre sus condiciones climatéricas.

Luna. Como complemento á los detalles monográficos que preceden, hay que consagrar también una breve descripción al luminar de nuestras noches. Baste decir que es un globo casi perfecto, de origen ígneo y de aspecto volcánico, cuyo diámetro mide 3.484 kilómetros, y separado de la Tierra, á la cual sirve de satélite, por una distancia media de 96 096 leguas. Carece totalmente de agua y de atmósfera, y la naturaleza de las rocas que componen su suelo atestigua que jamás el tridente de Neptuno tomó posesión

de aquel mundo, y que sólo al poder de Plutón obedecieron las fuerzas que han presidido en su génesis (1).

No es necesario esforzar el razonamiento para hacer resaltar hasta qué punto son incompatibles con la vida las condiciones físicas de algunos planetas. Desde luego se ve que, ignorándose si la atmósfera de Mercurio atenúa lo suficiente el excesivo rigor de los rayos solares, es de colegir que el calor que allí reina se opone á toda manifestación vital, á ménos de entrar en el terreno de lo inverosímil, y entónces ya no hay dificultad en concebir organismos capaces de soportar las más altas temperaturas de nuestros hornos. Añádase que, si existen efectivamente los hermicolas, ó habitantes de Mercurio (que en griego se llama *Hermés*), han de estar



ASPECTOS Y DIMENSIONES COMPARADAS DE MARTE Y LA TIERRA.

dotados de hercúlea musculatura para poder moverse libremente sobre un suelo que los atrae hácia su centro con una fuerza extraordinaria. Otro tanto puede decirse, aunque por razones diametralmente opuestas, de los mundos de Júpiter y de Saturno, y con mayor fundamento de los de Urano y Neptuno; porque ¿qué organismos son capaces de nacer y desarrollarse en una temperatura incalculablemente fría? Suponiendo resuelta esta dificultad insoluble, y dando rienda suelta á la imaginación, se podría decir que los saturnícolas son colosos de Ródas andando, y de tan glacial temperamento, que más parecen estatuas que criaturas intelectuales. Razon tuvo el Dante, en el canto XXI de su poema del *Paráiso*, para colocar en Saturno los contempladores de la vida solitaria ó extática; pero ¿habrá quien diga que todo ello es serio y ajustado al rigor de la argumentación científica? Por lo que concierne á la Luna, dadas su historia y su fúcies, y dada la carencia de agua y de aire, los dos factores esenciales de la economía animal y vegetal, no cuesta trabajo comprender que es realmente, en la actuali-

dad, un mundo desierto, y que ni tan siquiera puede llamarse necrópolis de seres que pululasen en remotas edades.

Por el contrario, la posibilidad de que Vénus y, sobre todo, Marte se hallen habitados es, á todas luces, manifiesta, puesto que la naturaleza circundante que les es propia no parece diferir radicalmente de la nuestra; y aunque en Marte ocurre que la violencia de los huracanes y la intensidad relativamente escasa de la fuerza con que los cuerpos son atraídos hácia el centro ha de hacer poco estable la posición vertical de los seres vivientes, cosa es que puede fácilmente subsanarse, suponiéndoles dotados de ancha base de sustentación, lo cual no tiene nada de inverosímil, ni mucho ménos de absurdo. Por distar más del Sol que la

(1) Los astrónomos que han observado, desde el Cairo, el eclipse total de Sol del 17 de Mayo último, han notado en el espectro un fenómeno de absorción, que parece indicar la existencia de una tenue atmósfera alrededor de la Luna; pero esta observación, áun plenamente confirmada, no invalidaría ninguna de las razones y deducciones que aquí expongo, dado que la excesiva tenuidad de esta atmósfera equivale, para el caso, á total carencia.

BELLAS ARTES.



VIAJANDO POR EL INFINITO.—(CUADRO DE BISSON.)

Tierra, y por su menor volumen con relación á ésta, Marte debe atravesar en la actualidad una fase geológica más avanzada que la de nuestro globo. Considerando, por otra parte, que aquí es el género Hombre el único que no cuenta, hasta ahora, más que una sola especie, y que, si en lo orgánico no hace excepción á las leyes del mundo animal, es consiguiente que otras especies vengan más tarde á reemplazarle, cuando su misión providencial sobre la Tierra haya tenido cumplimiento, lógico es inferir que, si la analogía entre los mundos telúrico y marcial es completa, las criaturas racionales del segundo no son los primeros representantes del grupo. Una razón del mismo valor inductivo conduce á pensar que el globo de Venus se halla apenas preparado para recibir seres del orden intelectual, si bien otras generaciones análogas á las que poblaron la Tierra durante las edades geológicas están ahora sin duda en la plenitud de su apogeo.

Habría notado el lector que, en las consideraciones que acabo de exponer, he discurrido como si en los mundos posibles no fuese dado que existan otros seres organizados que los que nos son conocidos. Este es, precisamente, el punto capital de la discusión, y por eso no puedo resistir al deseo de transcribir lo que acerca del expresado modo de discurrir lei, no hace mucho tiempo, en una Revista astronómica autorizada, en donde, por una anomalía de esas de que nuestra época ofrece tantos ejemplos, suele abogarse en pró de la existencia forzosa de los planetícolas :

«Razonar de esta suerte es pensar como un habitante de las olas, pez ó molusco, que declarase doctoralmente que es imposible vivir fuera del agua. Semejante opinión puede, seguramente, ser emitida de muy buena fe, pero no es ni de un filósofo, ni de un sabio, y, por abreviar, puede decirse que es simplemente un razonamiento de pez» (1).

En resumen : tal viene á ser también el lenguaje empleado por el vulgo cuando discurre sobre el mismo asunto, por más que no se conciba cómo en una cuestión del dominio de la ciencia pura, entendimientos cultivados adopten el tono magistral y apoyen su razonamiento en un simple *tal vez* ó en un *quién sabe*, ni más ni menos que lo hace el vulgo, completamente desprovisto de luces. Una sencilla consideración basta, después de todo, para poner de relieve los defectos de que adolece semejante argumentación. Si unidad de leyes dinámicas é identidad de elementos de la materia, desde un confin á otro del Universo, acusan también unidad de plan en el conjunto de leyes que presiden en el desarrollo del reino orgánico, ¿por qué se ha de abdicar del criterio que se desprende de la experimentación, de la observación y del cálculo, único capaz de conducir el espíritu humano á la conquista de la verdad natural? ¿Qué descubrimiento importante, digno de este nombre, se ha realizado en el terreno fecundo de las ciencias positivas, en el cual ese criterio haya sido desechado? Si la observación enseña, pues, de una manera concluyente, que sin agua, ó sin oxígeno, ó más allá de ciertos límites de temperatura, es imposible la existencia de todo organismo, la lógica más rudimentaria previene que hay que atenerse á esta enseñanza y fundar sobre ella la inducción, so pena de crear á sabiendas todo un mundo imaginario. Proceder de otra

suerte, eso sí que es rebajar el raciocinio á un nivel inferior al del más ínfimo molusco.

La suma de condiciones que los seres organizados reclaman del medio en que viven tiene límites fijos, pero amplios, y dentro de ellos diríase que caben todas las formas físicamente posibles. De ello son prueba irrecusable los descubrimientos llevados á cabo en las capas de la corteza del globo, de donde se han extraído los restos de verdaderos monstruos, que la imaginación más atrevida no hubiera soñado nunca. Y á pesar de lo extraño y de la profusa variedad de aquellas formas animales y vegetales, que se desarrollaron en condiciones físicas bastante distintas de las de hoy, y que pasaron para no volver, en todas se revela el mismo plan de organización que en las actuales: ni una sola deja de estar comprendida en los diversos términos de la clasificación zoológica y botánica establecida sobre la fauna y la flora contemporáneas, revisitando el hecho tal generalidad, y siendo, por lo tanto, de importancia tan culminante, que ha permitido formular una ley, inscrita para siempre como parte integrante del código paleontológico. Dedúcese de lo expuesto, que si el ciclo de la vida se desarrolla fuera de la Tierra, ó ha de ajustarse á estas leyes, ó carecemos de todo fundamento para afirmar su posibilidad física.

Tratada ya la cuestión bajo el punto de vista de la ciencia, falta ahora examinarla en el terreno religioso, dentro del cual ha suscitado grandes controversias, despertando en todo tiempo el más vivo interés.

Dos son las principales objeciones que se han presentado contra la existencia de los habitantes del cielo : primera, que del texto bíblico parece desprenderse que todo fué creado para el hombre ; segunda, que el historiador sagrado no hace mención ninguna de los pobladores de los planetas. La primera dificultad se desvanece reflexionando que el Sol, por ejemplo, pudo crearse para alumbrar á la Tierra, sin que por ello deje de ser un hecho que alumbró también á los otros planetas; y siendo esto así, claro es que fué igualmente creado para darles luz ; porque si en una causa natural vemos efectos ciertos y necesarios, debemos inferir que fué establecida para producirlos. Con respecto á la segunda, obsérvese que el silencio de Moisés sobre los planetícolas no es afirmar que no los hay, porque este legislador se propuso, ante todo, dar á conocer al hombre los caminos que le conducen á su destino extra-terrestre, reseñando al propio tiempo, á grandes rasgos, la historia de la Creación; pero en manera alguna escribir un tratado de Cosmografía, ni mucho menos de Antropología celeste.

A mediados del siglo pasado, un discreto y concienzudo escritor, el abate Pará du Phanjas, en su *Théorie des êtres sensibles*, decía : «La Religión nada nos enseña en favor ni en contra de la población de los planetas. Si éstos están habitados por criaturas racionales, por hombres más ó menos semejantes á nosotros, la Providencia, siempre sabia y consiguiente para encaminarlas á su último fin, las habrá surtido ó dado el orden de cosas conveniente, y este orden será semejante ó diverso del nuestro, respecto al Divino Mesías, manantial de toda gracia y de todo mérito. Se podrá decir que tales criaturas no tienen necesidad de Redentor, como nosotros la hemos tenido, ó que, si la tienen, sus méritos han sido aplicados por ellos, como por nosotros,

(1) *L'Astronomie*, dirigida por Flammarion, en su número de Marzo, 1882.

del modo que la eterna Sabiduría habrá querido determinar. He querido citar este párrafo, porque, siendo inmutable la doctrina que encierra, no puede ménos de encontrarse en el caso presente una aplicación de las más oportunas; y además, para que se vea con cuánta amplitud se discurre ya en el siglo XVIII, en la parte religiosa de la cuestión.

Es evidente que entre el hombre y el ente espiritual llamado ángel cabe una serie indefinida de criaturas racionales; y porque no sabemos positivamente que exista, no es dado negar su posibilidad. En la Revelación no encontramos fundamentos para afirmarla, pero los vislumbramos en inmensos ó innumerables globos celestes y en la majestad de Aquel que dictó leyes al mundo y es digno de ser adorado de infinitas criaturas. No sabemos si entre éstas habrá algunas en las cuales se verifiquen literalmente las palabras del Salvador: «Tengó otras ovejas que no son de este rebaño, y conviene que yo las traiga; ellas oirán mi voz; todas formarán un rebaño, del que uno solo será el Pastor» (1).

Podrá objetarse que la Religión declara que en el mundo sensible no hay más criaturas intelectuales que los hombres, puesto que dice «que el Cielo del cielo es para el Señor, y éste ha creado la Tierra para los hombres»; pero, de entenderse literalmente esta expresión, fuera preciso decir que los hombres no habían sido creados y redimidos para habitar eternamente en el cielo del Señor. Hay que hacer notar que esa expresión contiene un idiotismo ó frase hebrea, en que se significa que el cielo invisible y distinto del firmamento que la vista mortal descubre fué el lugar del premio eterno, y nada dice de la bóveda estrellada, de extensión incalculable, que puede abundar en mundos habitados. La ignorancia de conocimientos científicos ha hecho que no se diciera al globo terrestre la importancia astronómica que realmente tiene, ni se le considerase, por consiguiente, como un átomo ante la inmensidad del Universo, y de ahí una de las causas que han contribuido á fomentar la creencia de que no esté ni pueda estar habitado ningún otro cuerpo de las regiones sidéreas. Por lo demás, la importancia excepcional que entraña nuestro globo, por haberse desarrollado en él el más grande de los planes de la economía divina, la Redención, obra infinitamente superior á todas las creaciones imaginables, ha podido hacer creer al hombre, con toda justicia, que su mundo es incomparable; pues, en efecto, en concepto tan elevado, su mundo es incomparable y único.

Demostrada la posibilidad de la existencia de los planetas, y su probabilidad en los mundos de Marte y de Venus, ¡cuántas reflexiones se agozpan con este motivo al entendimiento! ¿Cuáles serán su legislación, sus artes, su industria, sus ciencias, sus vínculos sociales, su adoración al Sér increado? El primer título que tienen á nuestra admiración y á nuestra simpatía es sin duda aquel que se funda en los lazos de caridad que nacen de la comunidad de destino; y si ese sol de la fraternidad cosmopolita no fué nunca eclipsado en aquellas apartadas razas, ó en otros términos: si ni Sesóstris, ni César, ni Bonaparte, los grandes

azotes de la humanidad terrestre, hubieran podido allí ser elevados á la altura de la apoteosis, ni el espectáculo abominable del circo y de las corridas de toros tomar carta de naturaleza, heito fuera concluir que, bajo el punto de vista de la civilización, aventajan á las razas humanas de todos los países y de todos los tiempos.

Yo me inclino á pensar que sólo la humanidad adámica, entre todas las humanidades posibles, abusa lastimosamente del libre albedrío con que fué dotada, y hace excepción al himno solemne que canta Natura en loor del Eterno, pues sólo en ella se da el caso inaudito, único en el ámbito de los espacios etéreos, de negar la Providencia. Aislados son, por fortuna, estos hechos, pero suficientes para poner de manifiesto una triste verdad: que ante un corazón endurecido puede estrellarse hasta el exceso de amor que el mismo Dios humanado se ha complacido en ofrecer á su criatura, como para demostrarle que ella es la obra predilecta de sus manos. Y si el hombre es capaz de rebelarse contra el cielo, no es de extrañar que hable de fraternidad y de progreso, y entable, no obstante, lucha encarnizada contra sus mismos hermanos, ó la prepare á mansalva con la propaganda del mal, oponiéndose así á la unión de la gran familia humana, á través del tiempo y del espacio, que es el fruto necesario del Evangelio y de la civilización, y el ideal que se impone á todo espíritu de miras generosas y levantadas. Todavía se intenta cohesionar esas luchas, buscando un motivo que suele tomar el nombre de *cuestión de decoro patrio*. Nunca he entendido este lenguaje, porque razones más altas me hacen ver que, cuando se ventilan á cañonazos las cuestiones de honra llamada nacional, la honra de la humanidad es la que queda siempre lastimada, y, francamente, entro mostrarme celoso defensor de una preocupación ó de la honra de la humanidad, opto por lo segundo, máxime cuando todo me está demostrando que mi patria no es simplemente el rincón geográfico en que he nacido, sino el planeta Tierra en toda su redondez.

Mucho tiene de consolador el suponer que esta idea de fraternidad universal sea, no sólo innata, sino un hecho tangible entre nuestros hermanos de allende el firmamento, y ojalá llegase á serlo asimismo, á expensas de una instrucción seria y generalizada, en la especie humana propiamente dicha. Como quiera que sea, y en tanto que un rayo de luz de la esperanza deja entrever el día en que desaparezcan de sobre la faz de la Tierra preocupaciones tan funestas, me contraigo á hacer la síntesis del estudio que acabo de presentar, diciendo que el problema de la pluralidad de mundos habitados es de libre solución, tan libre como anchos y diversos los caminos de la investigación que se ofrecen al lector ilustrado, reflexivo y de buena voluntad, á quien las enseñanzas de la Iglesia y de la ciencia merezcan adhesión racional y absoluta. En su mano está seguir el que mejor le plazca; en la mía, el no continuar más tiempo causándole sobre el mismo asunto, y despedirme hasta el Almanaque del próximo año, si Dios quiere.

JOSÉ J. LANDERER.

(1) JOAN., X, v. 16.

GARCI-LASSO DE LA VEGA.

ESTUDIO SOBRE SU VIDA Y SUS OBRAS POÉTICAS.

La ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero.

EL MARQUÉS DE SANTILLANA.

I.

DEL CONSORCIO QUE EXISTE EN ESPAÑA ENTRE LAS LETRAS Y LAS ARMAS.

OBSEVA el insigne escritor alemán Federico Schlegel, en su *Historia de la Literatura*, que la poesía española fué más cultivada desde su origen por los nobles y los guerreros, que por sabios ó por artistas de profesión, y dice que no hay nación que cuente tantos poetas que hayan desenvainado la espada por su patria, como los que España presenta en sus anales literarios.

Esta observación de Schlegel no pasó inadvertida para el autor del libro titulado: *De la littérature du midi de l'Europe*, el célebre Simonde de Sismondi, y le inspiró aquellas frases en que afirma que en la antigua poesía española se halla el heroísmo de los caballeros que luchaban con la morisma; y aun añade que en los siglos de oro de nuestras letras, los caudillos que conducían de victoria en victoria á los famosos tercios castellanos, ocupaban también puesto eminente entre los cultivadores de la literatura española.

Este consorcio, á primera vista extraño, que en España siempre ha existido entre las letras y las armas, aparece también en la historia literaria de Portugal; y así tenía que suceder, porque, en realidad, á despecho de toda división política, los dos pueblos peninsulares, los dos pueblos en que hoy se halla fraccionada la Península Ibérica, constituyen en la esfera del arte una sola manifestación intelectual, á que puede darse el nombre de literatura ibérica; organismo literario cuya interior variedad se manifiesta principalmente en la literatura castellana, en la portuguesa y en la catalana. Anudando ahora el reto hilo de nuestro discurso, recordáramos que los más esclarecidos representantes de la literatura ibérica, el gran novelista Cervántes, el gran poeta épico Camoens, y el gran dramaturgo Calderon, siguieron la profesión de las armas, desenvainaron su espada en defensa de su patria, como dice Schlegel, y por su patria vertieron su sangre: Cervántes, en Lepanto; Camoens, en África, y Calderon, en Cataluña.

Verdad decía el buen poeta y valeroso guerrero D. Inigo Lopez de Mendoza, Marqués de Santillana, cuando escribió: *La ciencia no embota el hierro de la lanza, ni hace floja la espada en la mano del caballero*; verdad decía el insigne

autor del *Quijote* cuando afirmaba que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza; y si después de todo lo hasta aquí escrito áun cupiese alguna duda acerca de la rigurosa exactitud que se encierra en las precedentes afirmaciones, parecemos que esta duda desaparecerá por completo recordando aquí la gloriosa vida y la heroica muerte del Maestre de Campo Garcí-Lasso de la Vega, cuyas obras poéticas han ejercido tan señalada influencia en el desenvolvimiento de la lírica española. Este aspecto que presenta la figura histórica del que siempre ha sido considerado como el príncipe de los poetas líricos castellanos, no será desatendido por nosotros en los apuntamientos acerca de su vida y de sus obras poéticas, que ahora comenzamos á escribir (1).

(1) Augusto Guillermo Schlegel, hermano del autor de la *Historia de la Literatura*, que en el texto citamos, en su obra titulada *Curso de Literatura dramática*, también fija su atención en el consorcio que siempre ha existido en España entre las letras y las armas, y escribe lo siguiente:

« Los poetas españoles no eran, como los del resto de Europa, cortesanos, sabios ó hombres que ejercían alguna profesión lucrativa; no en verdad; los poetas españoles eran nobles personajes, valerosos hidalgos, que consagraban al ejercicio de las armas la actividad de toda su vida. Así se ve á uno de los poetas del tiempo de Carlos V, Garcí-Lasso de la Vega, descendiente de los Lucas del Pará, pelear en África y morir gloriosamente en el asalto de Túnez. (En este lugar comete Schlegel algunas inexactitudes, y confunde al poeta Garcí-Lasso con el Inca Garcilaso.) Así el portugués Camoens, sentando plaza de soldado, llega hasta la India, siguiendo la ruta del famoso navegante, cuyos descubrimientos habia luego de cantar, y don Alonso de Ercilla compone su *Araucana*, ya bajo su tienda de campaña, haciendo la guerra á los indios sublevados, ya en desiertos hasta entonces inexplorados, ya en el bajel que hace un viaje al rededor del mundo. Y Cervántes paga la honra de haber combatido voluntariamente en Lepanto bajo las banderas del insigne D. Juan de Austria, con su largo cautiverio en Argel y la maniquedad de su mano izquierda. Lope de Vega toma plaza en un barco de la Invencible, y es testigo de la destrucción de esta famosa armada. Por último, Calderon hace las campañas de Flandes y de Italia, y cumple sus obligaciones militares de caballero de la Orden de Santiago, hasta que, entrando en el estado eclesiástico, pone en punto de evidencia que la fe religiosa ha sido siempre el primer móvil de todas sus acciones.»

Es de notar, en el pasaje que acabamos de transcribir, que A. G. Schlegel considera á Camoens como español, según acostumbraban á hacerlo todos los escritores de su tiempo, y esto confirma la exactitud de la idea que exponemos en el texto acerca de la *unidad* de la literatura que pudiera llamarse hispano-portuguesa-catalana, ó mejor literatura hispánica, ó Ibérica, para respetar preocupaciones que sólo el progreso de los tiempos conseguirá destruir.

No terminaremos esta nota sin consignar aquí que la alianza entre las letras y las armas continúa siendo una nota característica de la literatura española. Es grandísimo el número de nuestros escritores contemporáneos que, como dice F. Schlegel, han desenvainado la espada en defensa de su patria; basta citar los nombres de Espronceda, Bretón de los Herreros, los Duques de Rivas y de Kris, D. José Joaquín de Mora, D. Francisco Flores Arenas, el novelista D. Manuel Fernández y González, el poeta épico Justiniano, don Narciso Serra, D. Miguel Pastorello, D. Leopoldo Gato, D. Mariano Capdepón, el Conde de Chesle, D. Evaristo San Miguel, D. Federico Fernández San Roman, D. Nicolás Estévez, D. Pascual Ximénez Cruz, D. Manuel Seco y Shelly, D. Arturo Cotarolo, D. Alfonso Ordaz, el Marqués de Medina, D. Arcadio Rodríguez García, D. Nicolás Castor de Canelo, el general D. Narciso Ameller, D. Pedro de Novo y Colson, D. Federico de Mada-

II.

DE LA DESACERTADA FORMA CON QUE SE ACOSTUMBERA Á ESCRIBIR EL NOMBRE DE GARCÍ-LASSO DE LA VEGA.

Místicos pensadores y desengañados moralistas han dicho que todo lo que en el tiempo nace con el tiempo muere. Y aun cuando esta afirmacion no sea aplicable á las obras del espíritu en lo que constituye su racional trascendentalismo, lo es sin duda á todo lo que en este mundo aparece con las condiciones propias de la individualidad; y así la Historia, bien considerado, sólo puede conservar los recuerdos de lo general, y de sus páginas desaparece fatalmente todo lo que es individual, y por lo tanto, perecedero y transitorio.

Muere el varon ilustra, y por años, por siglos ó por edades, segun ha sido la relativa grandeza de sus hechos famosos, vive en nombre en las páginas de la Historia; pero la inexorable ley del tiempo destruye ó transforma los sonidos y las formas del lenguaje humano; los idiomas se convierten en lo que expresiva y vulgarmente se llaman *linguas muertas*; hoy no sabemos cómo sonaban las palabras, no ya de los idiomas del antiguo Oriente, pero ni siquiera del griego y del latin que hablaron los grandes filósofos de Atenas y los grandes tribunos de Roma; y así es que si Aristóteles y Ciceron oyesen pronunciar su nombre á un inglés, no sabrian que de ellos se trataba; y si Buda y Confucio viesen escrito su nombre con el carácter de letra que hoy usamos en nuestros manuscritos ó en nuestros papeles impresos, ignorarian lo que aquella palabra significaba, y aunque despues la oyesen leer, continuarian en la misma ignorancia.

Vemos, pues, que la Historia procura conservar el nombre de los varones ilustres; pero se ha de cumplir la terrible ley donde se establece que lo que en el tiempo nace, con el tiempo llega á desaparecer; y hoy sólo sabemos que ha existido, concretando nuestra consideracion á un solo ejemplo, un renombrado filósofo que nosotros llamamos y escribimos Zoroastro, sin que el sonido que producimos cuando pronunciamos esta palabra, ni los signos con que la represen-

tamos al escribirla, se parezcan nada al sonido que Zoroastro oiria cuando le nombraban, ni á los signos con que se representaba el nombre del gran defensor del dualismo en la época en que vivió.

Parece que la ley de trasformacion, que viene á ser como la *muerte del nombre* de los varones ilustres; parece ser que la ley de trasformacion fonética y paleográfica que de indicar acabamos se habia comenzado á cumplir con mayor rapidez de la acostumbrada en lo tocante á nuestro célebre poeta García Lasso de la Vega; puesto que, de su nombre de pila y de la primera mitad de su apellido, defectuosamente escrita, se habia formado la palabra *Garcilaso*, con la cual es nominalmente conocido en la historia de las letras castellanas el autor de la celebrada cancion *A la Flor de Gido*, que debiera ser llamado, siguiendo el uso más frecuente en España de nombrar á las personas por sus apellidos, el poeta Lasso de la Vega, y faltando á este uso, podria llamársele García Lasso, ó empleando la apócope, Garcilasso, en la forma que aqui aparece; pero no en la que generalmente este nombre se escribe (1).

Fácilmente se colige, de lo que acabamos de exponer, la causa que nos determina á escribir el nombre de Garcilasso de un modo desusado. Bueno es seguir la costumbre cuando la costumbre es buena; pero aun es mejor no seguirla en el caso de que sea mala; y de cierto que en este caso se halla el uso establecido de dar el valor de nombre sustantivo propio á la palabra *Garcilaso*, que no es apellido, ni nombre de pila, ni exacta combinacion de ambos, ni título nobiliario, y que, si acaso, sólo puede ser considerada tal palabra á modo de mote ó alcuño, que no es la forma más respetuosa de nombrar á las personas. Por algo se cuenta que el grave autor de *La Vida es sueño* se incomodaba mucho cuando en su niñez le llamaban de apodo *Peranton*, combinando su nombre, Pedro, con el del santo que la Iglesia celebra el 17 de Enero, que era el dia de su nacimiento.

III.

LINAJE Y NACIMIENTO DE GARCÍ-LASSO; SUS ESTUDIOS Y SU PROFESION MILITAR; SU CASAMIENTO CON DOÑA ELENA DE ZÚÑIGA.

Entendemos que no huelgan las observaciones que hemos hecho en los anteriores capítulos, acerca de la profesion y verdadero nombre de García ó Garcilasso de la Vega; pero parecemos que ya es tiempo de terminar estos preliminares; y para entrar en materia, comenzaremos consignando aquí que el retrato del cantor de *Elisa*, grabado en la Calcografía Nacional, tiene una inscripcion que dice así:

«Garcilasso de la Vega. Nació en Tolado; admiracion de la Corte y la campaña; Principe de los Poetas Castellanos; muerto en la florida edad de treinta y tres años de una herida recibida en un asalto en 1536.»

Sin que nosotros nos permitamos afirmar que esta inscripcion sea inmejorable, dirémos sí, que en ella se compendian

riaga, D. Antonio Garcia del Canto, D. Manuel Juan Diana, D. Miguel A. Espina, D. Emilio Prieto, D. Adolfo Llanos y Alencas, D. Pedro Hernandez Bayamundo, D. Juan de Quiroga, D. Enrique Cevallos Quintana, D. Patricio Aguirre de Tejada, D. Federico Machus Acosta, D. Luis Garcia Martín, don Arturo Zancada, D. Eduardo Zamora y Caballero, los hermanos D. César y D. Felipe Tornelle, D. Pedro A. Berenguer, D. José Morde Fuentes, el general D. Juan Guillen Ezcurra, D. Serafin Oliva, D. Cayetano de Alvear, D. Pedro Martín Arrue, D. Eugenio de Olavarría y Huarte, el general Ros de Olano, y otros muchos que fuera prolijo enumerar. No mencionamos aqui á los señores profesionales, entre los cuales hay algunos tan notables como Villanueva, Almirante, Gomez Arcecho, Salas, Fernandez Duro y Martinez Monje.

Las tradiciones literarias del Cuerpo de Artillería, cuyo uniforme hemos tenido la honra de vestir, que comienzan mencionando los nombres del académico D. Vicente de los Ríos y del poeta Arriaza, han sabido continuar dignamente al general D. Tomás de Reina, y los Sres. D. Patricio de la Escosura, D. Hipólito Munaritz, D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, don Octavio Cano, D. José Navarrete, D. Javier de Salas y otros varios jefes y oficiales de la citada arma. Recientemente ha visto la luz pública un escrito del general de Artillería D. Pedro de la Llave, en el cual, tratando este distinguido escritor de los lemas que pueden escribirse en las hojas de las espaldas, propone algunos que dan alta idea de sus facultades poéticas, para este género de inscripciones; género que presenta la dificultad suprema del arte librario: la concision; decir mucho, que sea muy claro y muy bueno, en muy pocas palabras.

(1) La copia autográfica de un escrito de Garcilasso de la Vega, que acompaña á la vida de este poeta, que más adelante se citará en el texto, se halla firmada en la forma siguiente: «Garcilasso.»



GARCI-LASSO DE LA VEGA,

PRÍNCIPE DE LOS POETAS LÍRICOS CASTELLANOS.

Nació en Toledo, en 1503; † en Niza, el 13 de Octubre de 1536.

las altas dotes que enaltecen la fama de Garcí-Lasso: su discrecion y cortesania (que esto indica, admiracion de la Corte); su valor en la guerra (que esto quiere significar, admiracion de la campana); el mérito de sus obras literarias, llamándole Principe de los poetas castellanos, calificacion en que hubiera sido conveniente que el adjetivo *liricos* hubiera seguido al sustantivo *poetas* (1), y su gloriosa y temprana muerte, acaecida en el asalto de una torre roquera.

También nos dice la inscripcion citada que Garcí-Lasso fué natural de Toledo; y nos indica que nació en el año 1503, como así es la verdad. Fué hijo del famoso García Lasso de la Vega, embajador de los Reyes Católicos cerca del pontífice Alejandro VI, y de doña Sancha de Guzman, nieta del famoso escritor Fernan Perez de Guzman, señor de Bâtras.

Biógrafos hay que narran menudamente los estudios que siguió Garcí-Lasso en su juventud; pero sus palabras carecen de comprobacion documentada, y en nuestro sentir, te-

(1) Lope de Vega, en su *Laurel de Apolo*, al tratar de Garcí-Lasso, dice así:

«No ménos el dorado Tajo al viento,
Luego que el claro acento
De la fama solícita escucharon,
Las cabezas espléndidas sacaron,
Crespos tendiendo, para más decoro,
Por campos de marfil, cabellos de oro,
Cimódoce, Dídama y Gliaene,
Y la que igual en tiene.
Que en tiempo del divino Garcí-Lasso
(; Oh injusta piedra!; oh lamentable casa!)
Le escuchaban cantar los dos pastores,
Cuyos dulces amôres
Estaban las ovejas escuchando,
De pacer olvidadas, y él cantando
Aquella coluinal honesta y pura.»

Y más adelante añade:

«El claro Garcí-Lasso de la Vega,
Aunque de mil laureles coronado,
Que nadie el principado
De aquella edad le niega,
También dió su poder en causa propia
De su casa ilustrada á los Arcos
Heróico descendiente,
Tan libre de Zulos y Aristarcos,
Que parece oponerle cosa impropia;
Pero dice la fama que se intenta,
Y aunque hoy vive la fuente
Que en medio del invierno está templada
Y en el verano más que nieve helada,
Pasan los siglos y en distantes sumos,
Naciendo vidas, se renuevan plumas,
Aguilas y fenices,
Aunque en la estimacion ménos felices,
Si bien más justo fuera
Que al Hércules ninguno compillera.»

Un poeta contemporáneo nuestro, el coronel de artillería D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apolaca, también ha cantado la gloria de Garcí-Lasso en la forma siguiente:

«; Cómo decir la ómnida dulzura
De tus versos, oh Lasso,
De belleza doblado y de ternura!
; Cuál de Viena en el curado muro,
Cuál en la patria de Petrarca y Tasso,
Tomando ora la espada, ora la pluma,
Te abraste al templo de Memoria paso!
Duelo profundo el corazón abruma
Del gran Emperador tu heróico muerte
Al contemplar, y de sus justas iras,
En vengativo alarde,
Del audaz enemigo arrasa el fuerte,
Y da á sus defensores
La que te cupo á tí, sangrienta suerte.»

nia razon el gran Quintana al maravillarse de que un jóven sin estudios conocidos, como lo era Garcí-Lasso, haya llegado á alcanzar tanta importancia literaria en la historia de nuestra poesia lirica.

El malogrado escritor D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, sobrino del más metódico biógrafo de Cervántes, ha publicado una *Vida del célebre poeta Garcí-Lasso*, y con sólo extractar este libro podríamos llenar muchas páginas, apareciendo ante los ojos del vulgo como investigadores asiduos de recónditas noticias histórico-literarias; que no de otro modo puede adquirirse á poca costa la fama de erudito, callando las fuentes del conocimiento inmediato y presentando como propia la labor ajena. Pero no es nuestro ánimo deslumbrar á los incautos con alardes de sabiduria histórica, y por lo tanto, nuestra tarea queda reducida á resumir en breves palabras las noticias biográficas acerca de Garcí-Lasso que se hallan esparcidas en la ya citada obra del señor Fernandez de Navarrete; en los apuntes biográficos de los poetas de los siglos XVI y XVII que escribió el señor don Adolfo de Castro; en un artículo de D. José de Vicente y Caravántes, que se publicó en el *Semanario Pintoresco Español*; y en las historias generales de la literatura de Ticknor, Gil de Zárate, Alcántara García y Fernandez Espino.

Concluida esta parte biográfica, harémos algunas breves consideraciones acerca del valor de las poesias de Garcí-Lasso, habida cuenta de las circunstancias personales de su autor y de las doctrinas literarias de la época en que se escribieron.

Y comenzando la primera parte de nuestra tarea, recordémos que ya hemos dicho ántes que se ignora dónde y cuándo estudió Garcí-Lasso lo que en su tiempo se consideraba necesario para cultivar con fruto las artes de la poesia, pues desde su más florida juventud abrazó la profesion militar; y así pudo afirmar con entera exactitud, hablando de sus versos:

Entre las armas del sangriento Marte
Hurté del tiempo aquesta breve anima,
Tomando ora la espada, ora la pluma.

Y sin embargo de esto, parece que Garcí-Lasso conocia las obras de los más famosos poetas de Grecia y Roma, pues sus comentadores y críticos, Francisco Sanchez, el Brocense, y Fernando de Herrera, han demostrado el gran número de veces que en sus poesias les imita, lo cual en aquellos tiempos era reputado como honra y gala del más aventajado ingenio.

Sábese que Garcí-Lasso contrajo matrimonio, á la edad de veinticuatro años, con doña Elena de Zúñiga, y que hubo tres hijos en este matrimonio; el primero, llamado García, como su padre, murió peleando contra los franceses á la temprana edad de veinticinco años; el segundo, dejando su apellido paterno y materno, se llamó D. Francisco de Guzman, y tomó el hábito en la religion de Santo Domingo; y doña Sancha de Guzman, que imitó á su hermano en la manera de nombrarse, ocupa el tercer lugar entre los hijos de Garcí-Lasso. Esta señora se casó con el hijo primogénito del Conde de Palma, D. Antonio Portocarrero.

Tomó parte Garcí-Lasso, siguiendo las vencedoras banderas del Emperador Carlos V, en gran número de empresas militares, adquiriendo fama de singularmente esforzado, pero su recto juicio no se perturbó ante el brillo de la gloria

militar; y mientras el soldado combatía como bueno, el poeta meditaba y escribía estos sentidas conceptos:

¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios ó aborrecimiento?
¿Sabrálo quien leyere nuestra historia?
Venso allí qué, como el humo al viento,
Ael se deshará nuestra fatiga.

¿Inspirábale á Garcí-Lasso, cuando hacía estos versos, el pensamiento místico que considera como *vanidad de vanidades* todas las dichas mundanas, ó presentía, con la adivinación del vate, que la política de la casa de Austria, que comenzaba con la gloria de Carlos V, podría terminar en la decadencia de los últimos tiempos del reinado de Felipe II, en la rota de Rocroy y en las supersticiones del hechizado Carlos II? Pareceos que faltan, y siempre faltarán datos para poder contestar á esta pregunta, porque Dios ha querido que sea oscuro misterio el pensamiento íntimo del ser humano; misterio que la mayor parte de las veces en vano pretenden escudriñar historiadores y filósofos. Así queda reservado á la justicia divina el inapelable fallo que merecen los secretos móviles de las acciones humanas.

IV.

DESTIERRO DE GARCÍ-LASSO; SUS SERVICIOS MILITARES; SU MUERTE EN EL ASALTO DE UNA TORRE; SU ENTERRAMIENTO; LUGAR DONDE SE HALLAN AHORA SUS RESTOS MORTALES.

Segun cuenta el Sr. Fernandez de Navarrete en el libro ántes citada, Garcí-Lasso fué testigo en los desposorios de doña Isabel de la Cueva, heredera del Ducado de Alburquerque, con su sobrino Garcí-Lasso, hijo de su hermano mayor D. Pedro. Este desposorio, que se verificó en 1531, irritó tanto al Emperador Carlos V, que el novio se vió obligado á refugiarse en Portugal, huyendo de las persecuciones judiciales; la novia fué encerrada en el monasterio de Madrigal, bajo la vigilancia de la Priora, que era hija natural del Rey Católico; y nuestro Garcí-Lasso, despues de ser interrogado judicialmente, fué desterrado á la isla del Danubio, llamada Schut. Allí permaneció hasta que, vuelto á la gracia del Emperador, tomó parte en el socorro de Viena y en la toma de la Goleta.

Peleando á la vista de Túnez, cerrado de muchedumbre de jinetes enemigos, fué herido de dos lanzadas; y quizá hubiese quedado prisionero á no acudir en su socorro el napolitano Federico Carraffa, con buen golpe de soldados, y hasta el mismo Carlos V desenvainó la espada en su defensa.

«El cuidado de sus heridas, dice un biógrafo, en los campos donde la gran Cartago tuvo su asiento, le ocasionó otra mayor, y si bien no mortal, tristísima en sus efectos. Encendido en amores de una señora á quien él llamó *Sirena del mar napolitano*, ni el estruendo de las armas, ni los padecimientos del cuerpo, ni la gloria adquirida en jornada tan memorable, consiguieron apartar de su violenta pasión aquel ánimo, que en la guerra no parecía apto para los sen-

timientos delicados, ni en las delicias del amor, apto para los trabajos ó el esfuerzo que reclama la guerra» (1).

Garcí-Lasso se encaminó á Nápoles, ya convaleciente de sus heridas, siguiendo á la señora de sus pensamientos; y escribiendo á su amigo Boscan, no le ocultaba sus sentimientos amorosos, puesto que le decía que jamás corazón fué consumido de tan hermoso fuego, y que no le preguntase más, porque permanecería mudo.

¿Quién fué la dama que encendió esta violenta pasión en el pecho del poeta? ¿Fueron fruto de estos amores un hijo no legítimo de Garcí-Lasso, llamado D. Lorenzo de Guzman, que parece heredó el ingenio de su padre y murió desventuradamente en los primeros años de su juventud? Los biógrafos de Garcí-Lasso guardan silencio acerca de estas cuestiones, y nosotros no nos creemos autorizados para decir aquí lo que sólo podrían ser meras conjeturas muy débilmente razonadas.

Quizá puso término al amoroso extravío de Garcí-Lasso su nombramiento de Maestre de Campo, mediante el cual le confió el Emperador el mando de once banderas de infantería, y al frente de estas fuerzas tomó parte en la desdichada expedición á Provenza. Al regresar los imperiales á Italia, algunos campesinos se hicieron fuertes en una torre cerca de Frejus, é irritado el Emperador con la resistencia que allí oponían, mandó tomarla por asalto. Intentó Garcí-Lasso subir de los primeros por las escalas que se habían arrojado al muro, pero una gran piedra arrojada por los defensores de la torre le hirió en la cabeza, y de resultas de esta herida falleció en Niza, donde fué trasladado, el día 13 de Octubre de 1536.

Por disposición de doña Elena de Zúñiga, viuda de nuestro poeta, en 1538 fué trasladado el cadáver de Garcí-Lasso desde el convento de Santo Domingo, de Niza, en que primeramente se le enterró, al de San Pedro Mártir, de Toledo, donde existía el sepulcro de sus antepasados los señores de Bâtres. Allí se conservaron los restos mortales del Príncipe de los poetas líricos castellanos, hasta que el ministro don Manuel Ruiz Zorrilla, por decreto de 31 de Mayo de 1869, ordenó que se cumpliese la ley hecha en las Cortes de 1837 en que se disponía que se fundase un Panteon Nacional, destinado á los españoles ilustres; y de conformidad con este decreto, en 20 de Junio del ántes citado año fueron trasladados á la iglesia de San Francisco el Grande, en cuya fachada se había puesto una inscripcion que decía: *España á sus preclaros hijos*, los restos mortales del Almirante Gravina, los arquitectos Villanueva y D. Ventura Rodríguez, el Conde de Aranda, el justicia de Aragon, Lanuza; el ministro Ensenada, los poetas Calderon, Quevedo, Ercilla, Garcí-Lasso y Juan de Mena; el médico Andre Laguna, el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba y el historiador Ambrosio de Morales.

No pasó de proyecto la fundación del Panteon Nacional, y sucesivamente han ido reclamando sus *gloriosos muertos*

(1) Esta aparente contradicción del carácter de Garcí-Lasso la explicaba el gran filósofo Aristóteles, escribiendo lo siguiente en el libro 11 de su *Poética*:

«La afección á las armas y á las mujeres van siempre juntas, y es de notar que las naciones más belicosas son también las más enamoradas. Así que, la antigua fábula que representaba á Marte enlazado con Venus no fué una invención caprichosa, sino una bien fundada alegoría.»

las ciudades, corporaciones ó familias que podían presentar algún legítimo título para hacer esta reclamación, y en la actualidad sólo seis españoles ilustres aún permanecen *almacenados* en la sacristía de la iglesia de San Francisco. Y hemos dicho de propósito *almacenados*, porque no encontramos ningún otro verbo que exprese la forma en que se hallan guardadas en un estante las cajas que contienen los restos mortales de Garcí-Lasso, Quevedo, Juan de Mena, el Conde de Aranda, el Marqués de la Ensenada y el justicia don Juan de Lanuza. ¿Llegará algún día en que se concedan á estos insignes españoles los decorosos monumentos sepulcrales en que deben conservarse sus venerandas cenizas? Así lo exige imperiosamente la honra de la nación española.

V.

DEL VALOR HISTÓRICO DE LAS OBRAS LITERARIAS. LAS OBRAS POÉTICAS Y EL CARÁCTER PERSONAL DE GARCÍ-LASSO.

Al comenzar esta segunda y última parte del estudio biográfico-literario que estamos escribiendo, cumplenos declarar que el juicio razonadamente fundado de las obras poéticas de Garcí-Lasso ocuparía más espacio del que en la actualidad podemos disponer.

Como atinadamente ha dicho el ilustre pensador Mr. Henry Taine, desde hace ya bastantes años se ha fijado la atención de la crítica en el valor histórico de las obras literarias; y se ha visto que la poesía no es frívolo juego de la imaginación, ni caprichoso engendro de extraviada fantasía; se ha visto que las obras literarias son el reflejo de las costumbres y del estado espiritual, digámoslo así, de la época en que aparecieron, y de aquí lógicamente se ha deducido que estudiando las creaciones del arte literario se conseguirá conocer las ideas y los sentimientos que han agitado á las generaciones humanas de los tiempos ya pasados.

Este fundado conocimiento del verdadero valor de las obras poéticas ha destruido para siempre aquellas falsas ideas, mediante las cuales Pitágoras condenaba á Homero á padecer los castigos del infierno gentilicio; Platon prohibía la residencia de los poetas en su *República* ideal; y Montesquieu afirmaba que la poesía era el arte de destruir la razón. Tales desvarios sólo podían fundarse en considerar la obra poética como creación espontánea y libre de la fantasía de su autor, desconociendo que los poetas se limitan, por necesidad absoluta, á reflejar en sus obras el estado social de la época en que viven; la corrupción de la poesía sólo puede nacer de la corrupción social.

Por el carácter íntimo ó individual de la poesía lírica, parece que su estudio es el que ménos puede servir para obtener el conocimiento histórico anteriormente explicado; pero, aun así y todo, examinando atentamente las obras de los poetas líricos suelen vislumbrarse algunos de los misteriosos problemas del pensamiento, que acaso no hallan expresión adecuada en las creaciones dramáticas, y ménos aún en las épicas.

Quizá se podría hallar prueba que confirmase lo que acabamos de decir, en el detenido análisis de las poesías de Garcí-Lasso. Teniéndonos que limitar, por la razón ántes apuntada, á brevísimas indicaciones, recordáremos la no-

ble estirpe de Garcí-Lasso, su profesion militar y la alta jerarquía de Maestre de Campo, que en el ejército llegó á alcanzar; dirémos que los historiadores contemporáneos de nuestro poeta afirman que era de apuesta y gentil figura, y que esto, unido á la elegancia de sus modales y á lo discreto de su conversacion, le captaba el favor de las damas y la simpatía de cuantos de su trato disfrutaban. El nombramiento de *menino*, que obtuvo Garcí-Lasso á los diez y siete años de edad; los privilegios que se le concedieron para que sus rentas fueran cuantiosas; la merced que se le hizo del hábito de Alcántara; los mandos militares y las comisiones que á su discrecion se confiaron, son múltiples señales de la singular proteccion que le dispensaba el emperador Carlos V. La estrecha amistad que unió á Garcí-Lasso con magnates tan poderosos como el Duque de Alba y el Marqués de Lombay, y con escritores tan distinguidos como el poeta Boscan y el famoso herejearca Juan de Valdes, nos dan á entender que en su carácter debía existir esa amable tolerancia que permite justipreciar las más diversas cualidades de nuestros amigos y poner en olvido sus defectos, considerándolos como inevitables resultados de la imperfeccion humana.

Es Garcí-Lasso de la Vega un cumplido caballero, feliz hasta donde es posible serlo en esta vida terrenal; es un caballero que cultiva la poesía por urbano pasatiempo y por alardear de ingenio entre las damas y en la amistosa comunicacion de sus doctos amigos; y así, fiel á la *moda* de su tiempo, imita en sus versos á los antiguos poetas de Grecia y Roma, y á los más célebres vates toscanos, como lleva muy corto el pelo y la barba completa, porque tal era la usanza de los cortesanos imitadores del augusto César Carlos V (1).

(1) Como Garcí-Lasso cultivó con honroso resultado la poesía bucólica, no sería importante que aquí se tratase de fijar claramente el valor de dicho género literario, valor barto controvertido por preceptistas y críticos. El poco espacio de que en el texto disponemos no consenta tales disquisiciones, que, por lo embrollado del asunto, habrían de ocuparnos durante largo tiempo, y, por lo tanto, nos limitaremos á exponer en esta nota el resumen brevísimo de nuestro pensamiento acerca de lo que *debe ser*, y de lo que *históricamente es* la llamada *poesía bucólica, pastoril, rústica ó campesina*, que todos estos nombres se le ha dado.

Siendo así que los preceptistas están de acuerdo en definir la poesía bucólica, diciendo que es la *expresion artística de la belleza que aparece en los aspectos de la Naturaleza y en la vida del campo*, no cabe duda que este orden de poesía *debería* pertenecer al género épico, al género objetivo, segun la calificación de los tratadistas de estética.

Para *históricamente* considerada la cuestion, solo los poetas bucólicos de Grecia, en primer término Teócrito, procuraron inspirar sus poesías campesinas en el estudio y en la contemplacion de la Naturaleza y de la vida de los verdaderos pastores; Virgilio se limita frecuentemente á imitar á Teócrito; los poetas italianos de la época del Renacimiento que cultivan el género bucólico imitan á Virgilio, y los poetas españoles y franceses imitan á los italianos.

Si alguno de los modernos poetas bucólicos pretende ser original, lo sucede lo que á Guarnini, de quien con verdad se ha dicho que trasladó los pastores á las cabañas, y puso en boca de los pastores conceptos y enseñanzas de la más profunda sabiduría política. Y por semejante manera, Mr. Fontanella trasformó los pastores en legendarios caballeros y *pastorettes* con pellico y càyado, al dudar de un célebre escritor.

Resumen: las poesías bucólicas *deberían* pertenecer al género épico; la poesía bucólica podría ser un género poético en que se hallasen grandísimas bellezas, porque grandísima es la hermosura de la Naturaleza y de la vida del campo; pero cultivada la poesía bucólica mediante la imitacion de los *modelos escritos*, ha dado origen á una serie de composiciones falsas en su concepcion fundamental, y que sólo pueden ser estimadas por los primores



ROMA.—INTERIOR DE LA BASILICA DE SAN PEDRO.